POLLY BARTON

¿Qué soy, un ciervo?

Traducción de Rita da Costa



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Índice

Portada
¿Qué soy, un ciervo?
Agradecimientos
Créditos

Para Mimi

¿Me sigues? Esas personas no eran personas. El yo se escapó del cuerpo. El cuerpo iba por ahí conmigo dentro, pero yo no estaba allí. Me abstuve de mí misma, igual que tú también puede que a veces te abstengas de ti mismo o de ti misma. Qué alivio, qué alivio fue.

Biografía de X, Catherine Lacey [trad. de Núria Molines Galarza]

You know you wanna sing with us (baby)
That's why you know you should be scared of us (baby)

«Scandalous», MIS-TEEQ

Eres una chica de doce años, todavía lo bastante pequeña para caber en el camisón de satén dorado de tu madre, todavía demasiado lejos de la exhaustiva reconfiguración de la realidad que trae consigo la adolescencia para sospechar que algún día tal vez no sea así, todavía tan perfecta y completamente plana que el vertiginoso escote del camisón parece concebido como una triste burla de tu figura o bien una elección poco atinada para una prepúber, dependiendo del punto de vista, y sin embargo da la casualidad de que ninguno de estos dos puntos de vista coincide con el tuyo, cosa que seguramente tenga algo que ver con el hecho de que tampoco coinciden con el de tu madre, que asiente una sola vez, solemne, cuando te pones el camisón y luego ríe con gesto aprobatorio, una reacción que parece deberse –al menos en parte– a cómo están cosidas entre sí las piezas de satén, porque cuando te acercas al espejo te quedas perpleja al ver que las pequeñas pinzas del busto generan la impresión de que hay algo más que aire bajo la tela, pero no, no es solo eso: es como si el camisón de satén te hubiese transportado a un mundo en el que sí tienes pechos, como si te permitiese creer que de verdad los tienes, una especie de convencimiento mágico estrechamente relacionado con la sensación de que, en el fondo, todo es posible, de que cualquier hazaña transformadora que la imaginación alcance a concebir puede hacerse realidad, y sobre esa premisa decides que la prenda servirá para la ocasión, concretamente para tu transformación en Céline Dion. Estás en el primer año de secundaria, a tu clase le ha tocado hacer –es el único verbo que usáis– una asamblea y habéis decidido organizar un *Top of the Pops* porque os ha podido el entusiasmo y no habéis entendido en qué consistía el encargo ni que no estabais allí simplemente para montar un espectáculo por todo lo alto, aunque, a

decir verdad, eso no acabarás de entenderlo hasta después del gran día, cuando vuestro tutor os llame la atención porque la asamblea no incluía ningún tipo de contenido educativo, por más que os lo diga con la boca pequeña, como si fuera un mandado, porque él vio cómo lo organizabais todo de principio a fin, asistió a todas las reuniones de planificación y a los ensayos, y en ningún momento se le ocurrió sugerir que incluyerais algún tipo de moraleja, mensaje o enseñanza en el programa, así que hay que ser bastante hipócrita para venir con esas a toro pasado, y él lo sabe, y además todos se han ofrecido a representar los números que les apetecen, y la mayoría se ha juntado con otras personas para formar grupos musicales, pero tú te has decidido por un tema de Céline Dion, que, por supuesto, canta sola, aunque has pedido ayuda a dos amigas, una de las cuales siempre saca sobresaliente en Francés, como tú, y ambas han accedido a bailar mientras tú cantas.

Pero ya no es solo que te hayas decidido por Céline Dion, sino que has elegido interpretar esa canción que te tiene completamente obsesionada, una que ella canta en francés, y como estás en séptimo y solo llevas unos meses estudiando francés no acabas de entender el vocabulario ni la gramática, pero has pasado mucho tiempo empollando la letra y tienes su sonido metido en la cabeza y sabes que es una canción muy desesperada y romántica, impresión que –como es natural– se ve exacerbada por el hecho de que no acabas de entenderla, pero en el contexto de la asamblea parece una apuesta interesante y, además, aunque a la clase parecía entusiasmarle la idea de marcarse un *Top of the Pops* y la eligieron frente al resto de los proyectos por una abrumadora mayoría de treinta y un votos sobre un total de treinta y cinco, el número de personas dispuestas a jugársela saliendo a cantar resultó ser bastante reducido, así que en realidad tienes carta blanca para hacer cualquier cosa que se te pase por la cabeza mientras seas inmune a la vergüenza. Y tú no lo eres, ni por asomo, ni siquiera a esa edad, pero, por algún motivo, la determinación puede más que la porosidad en este caso. Cantarás por Céline Dion luciendo un camisón de satén dorado que apenas deja nada a la imaginación y empuñando un cepillo a modo de micrófono. Además, tu pelo se

parece un poco al suyo, por lo menos en algunas fotos de juventud, aunque en la carátula de *D'eux*, el álbum del que sale el single «Pour que tu m'aimes encore», lo lleva un poco más corto que tú.

Lo que ocurre sobre el escenario, y más concretamente entre bastidores, es ridículo. Al echar la vista atrás, piensas que te la jugaron, aunque no crees que ninguno de tus compañeros tuviese la osadía necesaria para hacer algo tan descarado, pero el caso es que tu cinta no suena –solo la tuya, a los demás no les pasa–, y más tarde se descubre que el lado de la grabadora doble en el que se insertó tenía el volumen al mínimo y nadie se había dado cuenta, nadie se tomó la molestia de comprobarlo –¿en serio?, piensas, no me lo puedo creer–, de modo que te ves obligada a decidir allí mismo si echarte atrás o salir a cantar sin acompañamiento, y decides seguir adelante, llevas mucho tiempo ensayando, pero tus amigas se arredran ante la idea y te dejan tirada, no solo porque cantar a pelo no mola nada, sino porque tampoco mola que te vean con alguien que mola tan poco, así que sales sola al escenario, enfundada en tu camisón de satén dorado, y cantas en francés, a capela, delante de mil personas.

Si antes de ese día alguien te hubiese dicho que se puede saber si el silencio en una sala es benévolo u hostil, cálido o frío, lo habrías mirado confusa, pero esa mañana, aunque eres consciente de que estás haciendo algo tan audaz que ni siquiera tus amigas se arriesgan a dejarse ver en tu compañía, percibes que el silencio es receptivo, que deja entrar tu voz como un trozo de queso que, tras quedarse demasiado tiempo fuera de la nevera, acoge el cuchillo de buen grado. Lo que no quiere decir que lo recibas de forma acrítica, desde luego, ni que el silencio sea perfecto, porque se oyen silbidos y risotadas, y más tarde te enteras de que a tu profesora de Francés se le saltaron las lágrimas de tanto reír, pero cuando la canción llega a su fin estalla una salva de aplausos que, desde tu posición, parece impregnada de algo que solo alcanzas a describir como ferocidad, el arrebato y el destello plateado de un aullido lobuno, y lo que provoca en ti tampoco es fácil de describir, pero tiene algo que ver con los vasos sanguíneos que te recorren el cuerpo y con la

sensación de que…, no de que todo es perfecto, no es exactamente eso, sino más bien de que todo es como tiene que ser.

Durante el resto del día, la gente se te acerca por los pasillos, se da media vuelta para mirarte y luego se te acerca, y lo que te dicen, por extraordinario que parezca, es: oye, qué bien cantas. Y eso se te hace raro, porque tú tendrás tus cualidades, pero cantar bien no es una de ellas. Reconoces que fuiste valiente al hacer algo así, pero eso es muy distinto, y por más que te lo digan tu opinión al respecto no cambia, no crees que haya margen para hacerlo si te atienes a los hechos. Tampoco es que en tu instituto sean unos ineptos en lo musical, hay buenos cantantes, coros y demás, una esperaría que tuvieran mejor criterio, pero al parecer no lo tienen, es realmente desconcertante, y lo que va tomando forma a lo largo del día es la idea de una verdad que te pasarás la próxima década olvidando: si eres lo bastante valiente y estás lo bastante loca, podrás engañar a los demás respecto al alcance de tu talento.

Lo más extraño de todo, sin embargo, y aquello que te hace sentir mejor, no es ser famosa por un día ni que te consideren una cantante dotada, sino más bien el hecho de que no te hayan puesto a los pies de los caballos. Lo que hiciste sobre el escenario –si pasas por alto la parte del camisón de satén, que al cabo de muy poco tiempo ya empieza a darte cierta grima– fue exponer tu parte más friki, esa que había memorizado baladas de amor en francés, que había pasado horas estudiando la carátula de los álbumes de Céline y esperado impaciente a que sus vídeos salieran en la MTV las pocas veces que podías ver ese canal en casa de tus amigas, una parte de ti a la que, si tuvieras que asignar un color, temías que solo podría ser algún tono de marrón. Le enseñaste al mundo esa parte de ti tan excéntrica, bochornosa, semidesnuda y marrón, y ahora aquí estás, subiendo y bajando las escaleras del instituto, y todos te sonríen como si no les parecieras repugnante. Como si no sintieran asco al toparse con tu cuerpo, tu cara, tu voz, tu obsesión, tu extraña avidez por memorizar cosas, aunque sea en una lengua foránea. Te sonríen con complicidad y algo parecido a admiración. No hay nada que sugiera que no te aceptan.

Te gustaría decir que todo empezó en aquel momento, que

aquello marcó el inicio de algo. Tu meteórica carrera como intérprete, tu proceso de aceptación personal, tu liberación queer. Pero no fue así. Tendrían que pasar otro par de años para que tu cuerpo creciera, se desarrollara hasta convertirse en algo temible, hasta que el camisón te quedara demasiado pequeño, demasiado ceñido para que te plantearas siquiera ponértelo, pero, incluso antes de que eso sucediera, tu mente, tu cerebro, tu conciencia social o lo que quiera que fuese se había adaptado al mundo, al instituto, haciendo impensable la idea de una interpretación como esa. ¿Cómo te convertiste en un monstruo a tus propios ojos en tan poco tiempo? Intentas atrapar la esencia de ese cambio, pero se te escapa entre los dedos. Solo sabes que, en un momento dado, pasaste a considerar de un modo muy distinto tu aspecto y tus obsesiones, a la gente con la que te cruzabas en las aulas y las escaleras, su admiración y la amenaza de que esta se desvaneciera. No te convertiste en Céline Dion, pero sí fuiste ella durante unos instantes, y al mismo tiempo fuiste más fiel a ti misma que nunca, y te sentó de puta madre, pero ahí quedó la cosa. O tal vez no quedó ahí, o no del todo, porque a veces echas la vista atrás y te preguntas si, en realidad, todo lo que te esperaba estaba ya contenido en ese instante, sobre esos tablones de madera, fríos y reconfortantes bajo la planta desnuda de tus pies de niña.

En el instituto, cuando se metían en el aula para celebrar sesiones de adivinación a la hora del almuerzo y especular sobre qué estaría haciendo cada uno de ellos al cabo de diez años, sin más herramienta que el poder de su imaginación juvenil ya circunscrita por clichés y prejuicios, aunque conservara un atisbo de esa indómita vivacidad cuya fuerza iría menguando según se transformaran en la versión adulta de sí mismos, ella era la única del grupo a la que asignaban un futuro relacionado de algún modo con el extranjero: se casaría con un francés llamado Bertrand con el que fundaría una colonia nudista situada –eso lo daba por sentado– en algún rincón de Francia. A sus quince años, no le disgustaba ese futuro. Mucho menos, desde luego, que el que le habían vaticinado en una de aquellas sesiones adivinatorias –con el tema «Si fueras un hombre, ¿qué clase de hombre serías?»– en la que había sido la única de los presentes a la que habían augurado, al instante y con gran regocijo, que, de ser un hombre, sin duda sería gay. Eso la molestó, no porque le pareciera desacertado –de hecho, más o menos después de cumplir los veinticinco no pasaría un año sin que ese comentario se colara en algún momento entre sus recuerdos, y cada vez que eso ocurría experimentaba la misma sorpresa y una especie de cálida punzada se adueñaba de todo su ser, como si la chica que ese día desempeñaba el papel de sibila, que ahora tenía un hijo con nombre de celebridad cuyo desarrollo registraba públicamente mediante sesiones fotográficas de calidad profesional que subía a Instagram todos los meses, hubiese señalado algo consustancial a su identidad que no sabía muy bien cómo encajar en su interior, lo que en parte se debía al hecho de saber que las mujeres que se identificaban como heterosexuales pero, en cuanto llevaban encima un par de copas de vino blanco, declaraban sentirse

como hombres gais representaban un terrible y ofensivo cliché al que solo cabía reaccionar poniendo los ojos en blanco, y ella no quería ser una de ellas, pero sabía que esa no era la única razón, había otras, razones que no podía expresar con palabras–, sino más bien porque la intención había sido a todas luces herirla y marginarla, algo que no había percibido en el futuro vaticinado con el francés, o por lo menos no del mismo modo. Por descontado, el grupo reunido en la sesión de adivinación había sonreído y reído al oírlo, pero ella creía que esa reacción tenía más que ver con lo inesperado de la profecía, con alguna particularidad de ese futuro que bien podría haberse calificado de brillante ocurrencia. Resultaba embarazoso reconocer lo mucho que había pensado en ello, así que nunca lo había verbalizado, pero pensaba en el futuro que le habían augurado un poco como si fuera una buena novela, una historia cuya intención precisa no estaba clara ni siquiera para quien la narraba pero que contenía una extraña e insondable verdad que resonaba como una campana de iglesia, algo que sucedía muy a menudo en la época del instituto porque la gente entonces era, por lo general, más tonta, cruel, rara y maravillosa.

Podría argumentarse que ambas profecías se parecían en que la señalaban como la rara, insinuando de algún modo que no era una chica normal y por tanto no se convertiría en una mujer normal ni podría llevar la clase de vida que sus amigas del instituto tenían asegurada, una vida que incluía una carrera en Londres, hijos y todo lo demás, pero a decir verdad esto era algo que ya sospechaba de sí misma, como si, por mucho que tratara de no mirarla, una sustancia turbia borboteara en su interior, de modo que fue incluso reconfortante que desde fuera lo reconocieran de una forma que no resultara directamente humillante, y hasta podía abonarse a la idea de casarse con un francés y, si lo pensaba, a la de vivir desnuda y hablar francés con una fluidez semiprofesional. Estaba dispuesta a ir incluso más allá y afirmar que algo en ese futuro sugería una posibilidad que no había contemplado hasta entonces, a saber, que tal vez la mejor forma de quitarse ese sambenito de chica rara del que temía que nunca se libraría era, en realidad, irse a vivir al extranjero, donde nadie repararía en su extrañeza y donde podría

reinventar, al menos en parte, los aspectos más raros de su personalidad y convertirlos en fortalezas exóticas y dignas de admiración, y por lo menos la habían emparejado con un hombre, lo que significaba que, de momento, habían olvidado toda esa historia de que creían que era lesbiana, historia que ella solo descubrió bastante después de que la amiga a la que se lo había contado se fuera de la lengua y todo el curso se enterara. Así que durante un tiempo se aferró a ese futuro, sólido como una castaña asada de la que echara mano de vez en cuando, una castaña cuya cáscara tersa y oscura apretara para notar un calor que se extendía por sus dedos, el calor de Bertrand y su pecho peludo y la aceptación existencial que conllevaba, hasta que unos años después lo olvidó por completo.

Así, diez años después, sentada en el tranvía verde alemán, no iba pensando en Bertrand. Es difícil saber en qué iba pensando, ni siquiera qué sensación le producía ir en ese tranvía que se abría paso en la gris mañana de Fráncfort, el tranvía que, tras dejar atrás la estación principal, cruzaba la ciudad y se desviaba para seguir el cauce del río antes de salvar la distancia que lo separaba de una parada llamada Bürostadt, que quedaba a dos minutos a pie del edificio de oficinas en el que trabajaba como traductora de japonés para una empresa de videojuegos. Más tarde, esos tranvías ocuparían un lugar privilegiado en su conciencia, y el ritual de subirse a ellos dos veces al día se imbuiría de una sensación sagrada sobre la que escribiría cuando estuviera un poco achispada o algo triste, su movimiento ondulante, cómo aparecían de pronto, deslizándose con sigilo, su elegante chasis turquesa y el agradable estremecimiento que le provocaba su forma de adaptarse al contorno de las curvas, y, aunque en el fondo apenas tuviese que ver con el diseño de los vehículos propiamente dicho, esa sensación la hacía entender un poco mejor a todos aquellos que se declaraban fascinados por los trenes y otros medios de transporte, aquellos que a pesar del frío se apostaban en andenes y taludes para vislumbrar una mole de metal reluciente que se acercaba y luego se alejaba, dejándolos temblorosos y sumidos en la soledad.

Pero eso era antes. El acontecimiento que estaba a punto de

transformar su noción de lo que podía ser un tranvía aún no había tenido lugar, estaba a punto de suceder, y lo más probable es que en ese instante se sintiera agradecida por haber podido sentarse, que estuviera pensando cuánto le gustaba disponer de esos treinta y cinco minutos de lectura por la mañana, que había algo agradable, novedoso, algo que era a la vez adulto y como volver al colegio, en el hecho de viajar sentada en esa nave que iba acumulando pasajeros según cruzaba la ciudad, en esto consiste el trayecto diario de casa al trabajo, pensaría con un atisbo de orgullo personal por estar desempeñando un trabajo de verdad en una ciudad extranjera, donde no tenía que pensar ni saber demasiado sobre lo que hacían o fabricaban todas esas empresas. Había llegado mientras el otoño daba paso al invierno y, a veces, la caminata matutina hasta la parada del tranvía la obligaba a enfrentarse a un frío demencial, y ese día en concreto llovía a cántaros, pero el interior de los vagones estaba caldeado, era habitual que hubiese alguien con una lata de cerveza en la mano perorando sobre algo con un amigo imaginario, alguien dando tumbos en el vestíbulo, pero nunca se sintió amenazada como alguna vez le había ocurrido en el metro de Londres, lo que seguramente tenía mucho que ver con la hora del día, pues siempre había suficiente gente alrededor para absorber y contener lo que quisiera que estuviese pasando, y en esa época de tránsito ella se sentía segura, resguardada y separada del mundo.

Lo único que no le gustaba era que, un par de paradas antes de la suya, el tranvía parase delante de otra estación ferroviaria y que todos aquellos que habían recorrido la mayor parte del trayecto en un tren de cercanías se amontonasen en su tranvía durante los últimos diez minutos de viaje, gente que trabajaba en otras empresas de la zona y vestía de manera más formal, pero también muchos compañeros de trabajo, entre los que a veces se contaba ese tío de su equipo que se había encaprichado de ella, y temía verse atrapada con él y su repertorio de tics nerviosos, pero por encima de todo temía el momento en que la cálida burbuja de su tiempo de lectura se viera interrumpida y no le quedase más remedio que cambiarla por una conversación incómoda. Había fantaseado con la posibilidad de que, en esa vida nueva, no tuviera

la menor dificultad para conversar con los demás, pero por desgracia la fantasía no se había cumplido. Ese día, por suerte, no tuvo que hablar con nadie en el tranvía –a decir verdad, tampoco conocía a tantos compañeros de trabajo, o al menos no hasta el punto de verse obligada a charlar con ellos–, pero aunque no se produjera ningún intercambio forzoso que desencadenara la conversación, esta era la parte del viaje en la que de pronto recordaba qué significaba ir al trabajo: recordaba que, un día más, seguramente no tendría nada que hacer, pero debería fingir que se atareaba, que se esforzaba por familiarizarse con el entorno, por buscar una estructura en ese holgado saco de dormir que era su jornada laboral. Había llegado a su parada. Se levantó a regañadientes, metiendo el libro en el bolso y, mientras se dirigía a la puerta, vio con el rabillo del ojo que el hombre que iba sentado enfrente hacía lo mismo, aunque sus movimientos eran irregulares, y que, en vez de encaminarse a la puerta, se abalanzaba sobre el asiento que ella había ocupado, y de pronto lo tenía delante, junto a la puerta. Era alto, tenía el pelo rizado, la tez pálida, la nariz un poquito respingona y un bonito lunar en la cara.

¿Es tuyo?

Un acento, diría que francés. Sabe que por lo general es un poco lenta de reflejos, y que cuando lleva un rato enfrascada en su mundo interior le cuesta más que a la mayoría abandonarlo y relacionarse con normalidad, puede que solo sea eso. Aun así, se siente tentada de decir que hubo algo en la calidad de ese primer contacto visual, en la forma en que él la miró, como si se asomara a su interior, que le hizo más difícil apartar los ojos, lo que significa que le llevó más tiempo del habitual bajar la mirada y ver que lo que tenía entre las manos era su paraguas, y así comprender por qué se había abalanzado sobre su asiento. Sin embargo, cuando volvió a levantar la vista, la sensación de extrañeza no se había desvanecido, la extrañeza de mirarlo a los ojos mientras le daba las gracias y de que él le sostuviera la mirada mientras decía: de nada, puede que ni siquiera lo dijera, que se limitara a sonreír, una buena sonrisa, esos ojos otra vez, joder, y luego se apearon a la vez del tranvía y él echó

a andar hacia la oficina en la que ambos trabajaban, y su vida cambió para siempre

L'AMOUR
LOOKS SOMETHING
LIKE YOU

Sin embargo, ella aún no lo sabía, no a ciencia cierta. Más tarde llegará a la conclusión de que fue como si la hubiese fulminado un rayo, metáfora trillada donde las haya, pero se lo permite bajo el pretexto de sacarle todo el partido. O, lo que es lo mismo, piensa en un árbol partido en dos por un rayo, el tronco seccionado por la mitad, e imagina ese mismo rayo recorriendo su cuerpo de arriba abajo, un renglón irregular escrito con llamas. Se había subido al tranvía entera y se había bajado escindida en dos. Una parte era ella como siempre había sido, no especialmente racional ni comedida, pero sí cuando menos cínica, recelosa del amor, siempre buscando fallos en todas las cosas con el pequeño bisturí del pensamiento. En términos comparativos, esa parte se convirtió en su lado racional. La otra parte, la nueva, daba la impresión de ser ajena al pensamiento. Toda ella era acción. Determinación. Más que sentir, hacía.

Bautizó a esa nueva parte de sí misma como su mitad rebelde. Si Bertrand había sido una castaña en su cáscara, esa mitad rebelde era lo que contenía su envoltura, algo suave y duro y caliente, pálido y envuelto en una placentera oscuridad. Una mitad decidida a encarnar todos los clichés, descarada e insolente. Los clichés existen por algo, decía, y ese algo son las reglas de la conducta humana, la química, el inconsciente y todo eso, ¿por qué te empeñas en ser original?, ¿por qué no puedes reconocer para tus adentros que lo único que siempre has querido es encontrar a alguien que te mire a los ojos sin miedo, como si te conociera y entendiera? Los clichés solo parecen trillados desde fuera; por dentro, son lo más natural del mundo. La parte rebelde hablaba como un borracho. Hablaba como un sueño.

El primer pálpito que tuvo de la génesis de esa parte rebelde fue allí mismo, en el andén del tranvía, con la gente abriéndose paso a su alrededor, ansiosa por empezar la jornada, y mientras veía al desconocido alejarse con su larga y oscura gabardina sintió que lo más natural era seguir sus pasos. En realidad, esa era la única manera de expresarlo: no era un deseo ni una idea ni nada que pudiera articularse de forma racional, consciente. Lo que pasaba era que ahora estaban atados el uno al otro. Ella lo percibía como una tracción física. Dicho sin rodeos: estaba atada a un perfecto desconocido. Recuerda el instante en que cayó en la cuenta. Espera un momento, aquí hay algo raro. Ha oído decir que la maternidad se ha descrito como la expansión de la conciencia del yo para abarcar a otra persona. Él se movía y ella notaba el tirón en la piel.

Lo siguió aturdida, diciéndose que, de todas formas, ella también iba en esa dirección. Había dejado de llover, o tal vez no, el cielo era inmenso, pálido, frío, y la envolvía por completo. Todo a su alrededor parecía estremecerse bajo un velo gris. Él la precedía, de camino al edificio de oficinas. Entró tras él en la sede de la empresa de videojuegos en la que llevaba cuatro semanas trabajando. Se sumaron al gentío que se agolpaba delante de los ascensores y se subieron al mismo. Los ascensores eran enormes, varios cuerpos llenaban el espacio entre ambos, pero ella seguía notando la línea invisible que los unía. Le dio calor y mareo. Se fijó en qué piso se bajaba él, se fijó en sí misma fijándose en ese detalle, sintió que la forma del número iluminado se grababa a fuego en su mente, siete afilados trazos de luz roja. Para cuando se bajó en su propia planta, tuvo que reconocer para sus adentros que algo había sucedido. He llegado, pensó. He llegado a Fráncfort. He llegado a mi vida

YOUR BODY
CHANGES EVERYTHING

La idea, huelga decirlo, era haber llegado ya. Mudarse a Fráncfort, aceptar un puesto de trabajo en esa gran empresa de videojuegos

de la que todo el mundo había oído hablar, en eso tendría que haber consistido la llegada, la verdadera hazaña. Así era como se suponía que debía ser. Desde un punto de vista físico, todo le estaba saliendo a pedir de boca: llevaba allí un mes. El problema era todo lo demás, el plano que se resistía a llamar espiritual pero para el que no encontraba otra palabra mejor.

Ella era la primera en reconocer que el suyo nunca había sido el más intuitivo de los planes. De entrada, la idea de que ella, una completa ignorante en todo lo relacionado con videojuegos, trabajara para una empresa cuyo nombre inspiraba tanto respeto le había parecido absurda y había dejado pasar la sugerencia con una sonrisa benévola. Sin embargo, cuanto más dejaba que la idea germinara en su mente, menos descabellada le parecía. Por encima de todo, necesitaba trabajar. Acababa de terminar un máster de Traducción y lo tenía difícil para dedicarse a lo que de veras quería hacer, que era traducir libros. Una breve búsqueda la llevó a la conclusión de que los campos en los que podía trabajar como traductora asalariada eran abrumadoramente técnicos: patentes, tecnología médica, ingeniería electrónica. Fue esta revelación, más que ningún otro factor, lo que empezó a inclinar la balanza. Tal vez no estuviera capacitada para trabajar en la industria de los videojuegos, pero tampoco lo estaba para ocupar ningún otro puesto disponible, y por lo menos los videojuegos podían incluir alguna forma de narración. Cuando se permitió sopesar la idea seriamente, más allá de su tajante rechazo inicial, empezó a comprender que su relación con los videojuegos tenía más matices de los que su mente le había mostrado en un primer momento. Había juegos a los que le encantaba jugar cuando estaba en el instituto, mundos cuyos colores y texturas seguía recordando con alarmante precisión. No era que no le gustara jugar, sino que siempre lo había hecho en compañía de otros a los que se les daba bastante mejor que a ella. Aquel era un mundo en el que nunca se había sentido lo bastante hábil para sentirlo como algo propio. Así que, como con el deporte, había desarrollado el relato protector de que no era lo suyo, quizá sobre todo como un mecanismo de defensa frente a la sensación de que era mucho más patosa que los demás. Pero tal vez hubiese

llegado el momento de dejar de lado ese relato. A la mierda, pensó, y buscó el formulario de solicitud en internet. No le llevó más de media hora rellenarlo.

No sabría decir cómo esperaba que fuese el proceso de selección, pero desde luego no esperaba que la sometieran a un examen. Al revisar los mensajes de correo electrónico, comprueba que inicialmente se referían a ello como «prueba de conocimientos lingüísticos», y que solo después de que la superase empezaron a llamarla «prueba de traducción». Si se pusiera quisquillosa, diría que en realidad no era ninguna de las dos cosas, que técnicamente se trataba de una prueba de localización. Y le dan ganas de ponerse quisquillosa, porque la prueba representó su primer contacto con la práctica de la localización más allá de los libros teóricos que había consultado durante el máster. De ahí que supiera que era un término usado sobre todo en el contexto de la traducción de videojuegos y otras formas de entretenimiento y que, tal como sugería el nombre, era una modalidad de traducción que alentaba la adaptación a la cultura de llegada, cambiando conceptos, palabras, expresiones y demás particularidades por un equivalente local en vez de conservar los de la cultura de origen. En otras palabras, el principio rector de la localización consistía en poner la experiencia del consumidor por encima de la fidelidad al original. Suponía que había algo en la claridad de ese cometido, en su desacomplejada determinación, que había hecho que se perfilara en su mente como una perspectiva interesante. Mientras estudiaba el máster, a veces la asaltaba la inquietante sensación de que la traducción propiamente dicha –y, en particular, la traducción literaria– se dividía en dos escuelas de pensamiento, de que era incapaz de decidir si quería crear una experiencia para los nuevos lectores del texto, por lo menos tan placentera e inmersiva como la de quienes lo habían leído en la lengua original, o si, por el contrario, pretendía representar las especificidades culturales y lingüísticas de la fuente. O quizá no tuviera la menor intención de decidirlo, sino que prefería delegar esa toma de decisión en cada traductor, cuya habilidad residía, según la creencia general, en hallar el equilibrio entre ambas perspectivas. Si bien esta descripción del oficio a veces le parecía fascinante,

también creía que al traductor se le exigían dotes de prestidigitación y que jurara lealtad a dos amos enfrentados entre sí. Tal vez fuera posible, tal vez, si poseías un talento de proporciones sobrenaturales, pudieras salir airoso del trance, pero, salvo en ese caso, ¿cómo negar que traducir siempre implicaría engañar a unos u otros?, ¿que la sensación que producía, por tanto, era la de pasarte la vida rezando para que no te pillaran cometiendo tal infidelidad o tomándote tal libertad? La localización, en cambio, se sacudía esta ambigüedad, y por eso reinaba de forma incontestable en contextos como el de los videojuegos, donde el entretenimiento del jugador estaba por encima de todo lo demás. Se daba por hecho que el objetivo del original era ofrecer la experiencia de juego más inmersiva al mayor número de personas posible, y por tanto las alteraciones regionales se entendían como un medio para alcanzar ese fin. Tenía todo el sentido, pensaba ella, especialmente si se tenía en cuenta que, a diferencia de lo que ocurría con la literatura, el texto era tan solo una pequeña parte del videojuego, un corolario de los gráficos, la jugabilidad y el sonido.

Y, sin embargo, idealizar la simplicidad de algo desde la distancia no tenía nada que ver con enfrentarse a la tarea de ponerlo en práctica. Hay un ejercicio de la prueba que sigue anclado en su memoria: la invitaron a buscar un equivalente en inglés para referirse a una legendaria espada nipona que confería el poder mágico de la transformación. Teniendo en cuenta que había dedicado buena parte del máster a desmontar esos enfoques imperialistas para los que la traducción era otra forma de saqueo, mediante la que uno arrebataba las piezas que quería, hacía con ellas lo que le venía en gana y dejaba de lado el resto, teniendo en cuenta que había formado parte de un grupo de estudio sobre prácticas de traducción poscolonial que ponía en tela de juicio esos planteamientos domesticadores del Texto original cuando el Texto era una obra literaria, no pudo evitar sentir cierta aprensión al recibir la orden explícita de apartar dichas consideraciones. Y de hacerlo, además, con la descripción de una espada, como si la invitaran a ponerse en la piel de un comisario de arte que no se entera de nada. Sin embargo, se recordó que estaba haciendo una prueba y que

disponía de un tiempo absurdamente limitado. Tenía que disociarse de esa parte de sí misma a la que habían enseñado a cuestionar el simbolismo de cada elección, tenía que confiar contra toda lógica en que, si la Empresa le pedía que hiciera eso, seguramente estaba permitido. No llegaría a ninguna parte a menos que se volcara en la prueba con la voluntad de resolver los problemas que planteaba, a menos que la enfocara como un juego. Brujas, pensó de entrada. Hechiceros, varitas mágicas. Una varita o un bastón mágico podría ser un buen sustituto, ¿verdad? Al fin y al cabo, la imagen de la espada que aparecía en el documento de Word que le habían enviado no se distinguía demasiado de una varita en cuanto a la forma. Espera, ¿y palo de escoba funcionaría? A los *gamers* les gustaban los objetos mágicos, ¿verdad?

Para cuando llegó a la parte en la que debía traducir una serie de diálogos ateniéndose a una rígida restricción de caracteres, transmitiendo el sentido literal y al mismo tiempo dándoles un tono ágil, coloquial y divertido, sus reparos sobre la falta de fidelidad habían quedado atrás y se descubrió inmersa en lo que suponía que podría catalogarse de estado de gracia. Ya lo había sentido antes, desde luego, pero no con esa intensidad. Lo que estaba haciendo era entretenido y liberador, y, ligado a ambas sensaciones, sintió el inquebrantable convencimiento de que se le daba bien, y no solo eso, sino incluso de que nada se le daba mejor. Coger la esencia del original y hacer que cobrara vida, que sonara ingenioso, entretenido, chispeante, gracioso. Estaba sentada al escritorio, perfectamente inmóvil y con toda seguridad en una postura lamentable, pero el placer efervescente que bullía en su interior se le antojaba algo físico, como si le hubiesen concedido un cuerpo que se movía como ella quería que lo hiciera. Le recordó un poco a cómo se había sentido la primera vez que se emborrachó a plena luz del día, una sensación de incredulidad ante el hecho de que una cosa así estuviera permitida, de que aquella tontería desatada estuviera permitida, y no solo permitida, sino incluso de que se viera recompensada de manera activa en determinados círculos, como cuando volvías a casa desde el pub sonriendo a los transeúntes y llegabas a la conclusión de que les caías mejor borracha porque eras

más abierta, no te encerrabas en ti misma, dejabas que tu lado más sociable saliera a relucir.

No era algo consciente, piensa ahora, no había espacio para que lo fuera, pero mientras todo esto daba vueltas en su interior empezó a fraguarse una especie de visión de futuro. Vislumbró la forma no solo de la actividad en la que participaría si le daban el puesto, sino también de una versión completamente nueva de sí misma que encarnaría en Fráncfort: alguien menos quisquilloso, menos intelectual, menos literato, menos aguafiestas. Alguien que recordara el valor del entretenimiento sin más y que, en consecuencia, se lo pasara mejor. Sin embargo, no fue esa imagen por sí sola lo que la atrajo, sino más bien el sentimiento de aceptación que parecía desprender, pues, cuando se imaginaba participando en ese despliegue de sociabilidad, se veía inevitablemente rodeada de personas tan interesadas como ella en interactuar con quienes tenían a su alrededor. A lo mejor ya iba siendo hora de reconocer que era sociable en vez de luchar contra ello, y hacerlo sería su salvación, porque se relacionaría con gente que sentía lo mismo y la adoraría y ella los adoraría a ellos y todos adorarían los videojuegos y traducir videojuegos. Qué sencillo todo. Y ahí estaba la clave: en volver a creer en esa sencillez, en la esperanza de alcanzarla, en lanzarse de cabeza a algo sin más argumento que esa simple esperanza, sin darle demasiadas vueltas. Por fin sentiría que encajaba, por fin se vería liberada de la inseguridad que parecía seguirla allá donde fuera, que le impedía reconocer su cuerpo como propio. Se liberaría no solo de las dificultades que le provocaba, sino también del tedio y la vergüenza que sentía por no tener más motivos de queja que ese, y exorcizaría eso que la inmovilizaba y encontraría su clan. No podía pronunciar ninguna de estas palabras en su cabeza porque en cuanto alcanzaran la conciencia, en cuanto adoptaran una forma verbal, las desecharía sin contemplaciones –demasiado banales, demasiado ingenuas, demasiado bochornosas–, aunque, si ese impulso esperanzado tuviera voz propia, diría esa clase de cosas; si ella cantara una canción, podría cantar esa clase de cosas. Si tradujera videojuegos, podría escribir esa clase de cosas con total impunidad. Se iría a Fráncfort y se localizaría a sí misma.

No podía comentarle sus planes a nadie todavía, apenas se atrevía a formularlos para sus adentros con cierta convicción, en parte porque el escalofrío de emoción que le provocaban parecía indisolublemente ligado al hecho de que fueran algo difuso, un futuro posible con el que podía jugar como si fuera una especie de placer secreto. Por entonces tenía novia, una de las escasas personas de su entorno que no parecían sentir el menor entusiasmo por ese puesto en la gran empresa de videojuegos, pues no entendía qué atractivo podía tener para ella aquel sótano de frikis de Múnich, como insistía en llamarlo. Ella no encontraba la manera de explicarle la razón exacta por la que, en su cabeza, ese sótano se había convertido en el mejor lugar para volver a empezar. Además, todavía no era seguro que fueran a contratarla. La entrevista online que siguió a la prueba no salió mal, y al acabar le dijeron que la próxima vez que se pusieran en contacto con ella sería para presentarle una oferta, que ya no hacían entrevistas en persona por motivos presupuestarios. La perspectiva de tener que tomar la decisión sin haber puesto un pie en la ciudad no le hacía demasiada gracia, pero el hecho de que ni siquiera mencionaran la posibilidad de un rechazo contrarrestaba sus temores. Tenía que ser un buen augurio, ¿verdad? Seguramente quería decir que era una candidata excepcional. Sin embargo, la espera se alargó durante semanas. En el correo electrónico que finalmente llegó a su bandeja de entrada un mes después la invitaban a una entrevista en la oficina de Fráncfort. Se ofrecían a costearle el vuelo de ida y el de vuelta, pero no el alojamiento. No tenía ni idea de lo que estaba pasando.

En cuanto empezó la entrevista se lo dejaron claro: le hicieron saber que se trataba de una mera formalidad, un trámite burocrático que tanto ella como sus entrevistadores debían cumplir. Después de la entrevista online, no había nada más que necesitaran o que quisieran saber. Así que, en vez de hacerle preguntas, estuvieron hablando: sobre la empresa, el trabajo, el equipo. Ella no sabía muy bien qué pensar de todo aquello: del gran edificio de oficinas, tan diferente del espacio hipermoderno y bien iluminado que había imaginado –con salas inmensas repletas de pufs y consolas–, mucho más parecido a una oficina corriente y moliente, o de que se

empeñaran en explicarle cosas de un modo que resultaba a la vez halagador y ligeramente distinto de la forma de aceptación que ella había imaginado, en la que se le concedería espacio para hablar y se sentiría capaz de hacerlo. De pronto, la ilusión infantil que la había embargado ante la idea de que le pagaran el vuelo para entrevistarla le pareció muy lejana en el tiempo. Pero entonces le hicieron una pregunta, y la pregunta era si se quedaría hasta el día siguiente y si tenía planes para esa noche; en caso de que no los tuviera, tal vez le apeteciera salir a tomar algo con los integrantes del equipo que estuvieran disponibles. Al reservar el hotel por internet y barajar distintas opciones, la mente se le había llenado de imágenes sobre cómo pasaría la noche: deambularía a solas por la ciudad para tomarle el pulso, entraría en algún bar, hablaría con gente o, lo que es lo mismo, habitaría de lleno la fantasía del visitante, un yo foráneo totalmente liberado de las inhibiciones que la constreñían en la vida real. ¿Acaso sintió una punzada de desencanto al recibir esa invitación, al comprobar que le arrebataban esa emoción y esa libertad, ambas reemplazadas por una cómoda certidumbre? Es casi seguro que sí, que intuyera cómo se marchitaba la posibilidad de aquel milagro inexplorado justo cuando estaba a punto de materializarse ante sus ojos y que, incluso mientras se encaminaba al lugar acordado a la hora acordada, cruzando todas esas calles desconocidas, siguiera sin advertir que lo que habían destrozado era un puro espejismo y que, aunque se le diera de maravilla imaginar escenas apacibles en las que salía a cenar o se sentaba sola en una cafetería, sabía de sobra que, máxime en un país en el que el inglés no era la lengua más hablada, acabaría acobardándose y conformándose con cualquier local por la única razón de que no resultaba intimidante o bien comprando comida en un supermercado y escabulléndose a su habitación para comérsela. Lo cierto era que la soledad tenía cierto glamour vista de lejos, aunque la distancia fuese de un solo día, pero de cerca podía empequeñecer drásticamente a quien la padecía: era fría, escalofriante y aterradora.

Aunque entonces no fuera consciente de ello, sí cayó en la cuenta, mientras se encaminaba al lugar acordado, de que era agradable tener un destino al que dirigirse. No conocía tanto a esas personas

como para predecir cómo transcurriría la velada, pero aun así sintió un atisbo de ilusión mientras iba a su encuentro. Cuando llegó a la dirección que le habían dado, tras dar tres vueltas a la manzana para asegurarse de que no llegaba bochornosamente pronto, descubrió que era la típica taberna alemana de platos tradicionales en la que todos pidieron *schnitzel*, y ella probó una especialidad local que, según le dijeron, podía traducirse como «mano de queso con música». Esa era otra: parecían empeñados en traducírselo todo, y ella no sabía cuánto de ese empeño debía atribuir a que estaban siendo amables porque recordaban lo difícil que les había resultado desenvolverse en Alemania al poco de llegar, cuando no entendían nada, cuánto a que todos sin excepción parecían regocijarse en explicarle cosas y cuánto al hecho de que la comunicación que habían establecido entre ellos estaba necesariamente mediada por el inglés y todo tenía que pasar por esa lengua, como si fuera una especie de control fronterizo, para determinar si algo era tonto, gracioso o raro, algo que de algún modo la sorprendía en personas que se dedicaban a la traducción y de las que, por tanto, se esperaría un sistema de valores menos monolingüe. Además, aunque las tres hipótesis anteriores fueran ampliamente plausibles como explicaciones, no pudo evitar sentir una punzada de irritación irracional y paranoia al ver que todos daban por sentado que ella no hablaba ni pizca de alemán, e imaginó a alguien en la oficina comentando al resto que su alemán era inexistente, lamentable, aunque en realidad no había dicho una sola palabra en esa lengua delante de ninguno de ellos, así que en el fondo sus suposiciones eran absurdas, lo que no significaba que fueran equivocadas.

Esto se convertiría en un problema mucho más inquietante con el paso del tiempo, no solo porque esos sentimientos se intensificarían, sino también porque, cuanto más se intensificaran, más difícil le resultaría pasar por alto que, en lo tocante a las lenguas, se dejaba llevar por un orgullo y un egocentrismo galopantes que contaminaban toda su visión del mundo, lo que le impedía saber si estaba en lo cierto al percibir esos sentimientos en las motivaciones ajenas o si en realidad estaba proyectando sus propias emociones sobre los demás. Sin embargo, fuera o no real, reconocía ese mismo

orgullo y egocentrismo en la gente de su entorno que se complacía en explicar cosas escritas o dichas en alemán a los demás, no necesariamente porque se les diera bien hacerlo, sino porque llevaban allí más tiempo o tenían ascendencia germánica, o bien sentían que una parte de su identidad dependía de ello, y se esperaba que todos los demás lo respetaran sin cuestionarlo, como si les rogaran en silencio que tomaran aquello como una forma de amabilidad o benevolencia. A ella le habría gustado hacerlo, dejar atrás esa vena competitiva, la necesidad de ver reconocidas sus habilidades, pero no fue capaz. A veces, creía que el problema era sencillamente que sentía una terrible aversión por que los hombres le explicaran cosas que ya sabía, sobre todo la clase de explicaciones simplistas que se impartían sin la menor consideración por el interlocutor, algo que la llevaba a suponer que con esas peroratas tan solo buscaban asegurarse de que su ego se viera perpetuamente halagado, pero cuando se trataba de cuestiones lingüísticas no podía evitar tomarse la cuestión a pecho, no daba su brazo a torcer y no paraba hasta asegurarse de que no se dirigían a ella con condescendencia. Le llevó mucho tiempo comprender todo esto, y solo cuando su ira había alcanzado unas proporciones considerables fue capaz de tomarla entre las manos, observarla bajo la luz y preguntarse qué estaba pasando, pero al hacerlo, al echar la vista atrás, se dio cuenta de que ese sentimiento llevaba allí desde el principio o, lo que es lo mismo, desde esa primera noche en Fráncfort, cuando apenas hablaba alemán. ¿Tendría algo que ver con el hecho de que fuera la lengua materna de su abuela y de que creyera que por ello debía tener algún conocimiento innato de esta, aunque no fuera así? Lo ignoraba o, lo que es lo mismo, no quería darle demasiadas vueltas, porque le preocupaba parecerse a sus compañeros de trabajo y porque de nada serviría, tampoco era la clase de dato que pudiera sacar a relucir como si tal cosa, pues sí, mi abuela era una judía austríaca que huyó a Irlanda justo antes de que estallara la guerra y el alemán era su lengua materna, aunque se casó con un inglés y nunca lo hablaba en casa, y en general siento una desconexión casi alarmante con esa parte de mí misma, lo que en realidad ha sido un aliciente para venir a trabajar aquí, ajá,

para reconectar, por así decirlo, con mi pasado, presiento que es algo que debo hacer, como si hubiese una ausencia extraña que me gustaría llenar, pero, como esa herencia está ahí, creo que no se trata de una cuestión de pertenencia exactamente, sino de una especie de orgullo o algo así que existe precisamente porque apenas sé nada de ella, y me siento muy frívola y privilegiada en comparación con todo lo que le tocó vivir a mi abuela y a tantas personas en situaciones similares que no tuvieron la suerte de sobrevivir, una forma de orgullo triste y patética, desde luego, no, no podía profundizar hasta ese punto, no con esos tipos, que no parecían de los que se lanzan a explorar la cara más tenebrosa de los hechos y las emociones.

Sin embargo, al principio, cuando no hablaban de cosas alemanas, cuando no herían su triste y patético orgullo, se lo pasaba bien con ellos, y esa noche en la taberna hasta le preguntaron por sus intereses. Eran casi todos hombres, salvo por una chica llamada Aimee que llevaba una camisa de franela y nada de maquillaje y que le cayó bien al instante, aunque tuvo la impresión, también al instante, de que nunca podría hablar con ella sin sentirse extrañamente insegura e impostada, y sin embargo todos ellos parecían interesados en su vida de un modo que no se molestaban en disimular. Habló de anime con uno de ellos y resultó que conocía la serie que ella había descubierto gracias a un estadounidense del que se había encaprichado en Japón y que siempre había considerado muy de nicho, casi insoportablemente sofisticada, y resultó que también conocía su grupo musical japonés preferido, un grupo que a veces le parecía demasiado cursi para reconocer que le gustaba pero que a él no le parecía en absoluto vergonzoso. Cuando se reincorporaron a la conversación general, salió a colación que todos ellos eran aficionados al karaoke, y la misma corazonada que había tenido durante la prueba empezó a afianzarse en su interior, ahora con caras y nombres asociados a ella. Había encontrado un lugar en el que se dejaba de lado el orden social, pensó, un lugar cuyo código interno desoía toda jerarquía y permitía que sus integrantes hicieran gala de una espontaneidad casi infantil y la recibieran con los brazos abiertos. Ella también había sido así tiempo

atrás. Seguramente cualquiera podría decir lo mismo, pero ella tenía la sensación de que, en su caso, esa fase se había alargado más de lo habitual, lo que quizá solo fuera una forma de decir que no había sido una adolescente demasiado popular. Durante mucho más tiempo del que intuía en quienes la rodeaban, había anhelado habitar un espacio en el que las reglas sobre cómo y cuándo demostrar entusiasmo e interés no fueran tan rígidas, en el que no tuvieran tanto peso, y deseaba con todas sus fuerzas volver a una época de franqueza previa a todas las negociaciones que ser alguien guay traía consigo, un espacio en el que no pasara nada por manifestar que te gustaban ciertas cosas y personas.

Esa no era la razón por la que se había ido a Japón nada más terminar la universidad, o por lo menos no lo había formulado de manera consciente como una motivación, solo sabía que quería largarse de una puta vez –para entonces estaba tan al límite que le resultaba casi imposible pensar qué era lo que quería dejar atrás exactamente–, pero de pronto allí estaba, y era tanto lo que había que gestionar para sobrevivir al día a día que cualquier intento de parecer guay, despreocupada o estilosa caía por su propio peso, era imposible ser nada de todo eso mientras luchabas por hacerte entender, no podías estar desesperada y parecer guay al mismo tiempo, aunque por lo menos en Japón no había tenido que ocultar su desesperación, que estaba más que justificada, lo que suponía, ante todo, un alivio inmenso.

Si algo lo simbolizaba a la perfección era el karaoke. Qué hortera le había parecido siempre, qué pérdida de tiempo, habiendo libros que leer, manifestaciones a las que asistir, montañas que escalar, gente muriéndose y demás, y –quizá por encima de todo– conversaciones que entablar, ¿y acaso no era una mejor manera de estar con gente?, ¿no era el karaoke un pasatiempo como los bolos o el paintball, para gente que en el fondo no quería estar con otras personas, que no sabía cómo relacionarse con los demás? Pero lo cierto es que a veces ni ella misma sabía cómo relacionarse con quienes tenía alrededor, de nuevo le resultaba mucho más fácil reconocer que, cuando apenas intervenía el lenguaje, hallar consuelo en la comunicación no verbal, comprender que, en realidad,

encontrarse en una habitación con otras personas, compartir espacio físico, constituía una forma perfectamente válida de pasar el tiempo y que, de hecho, había una manera de vivir el karaoke que podía llegar a ser más íntima y profunda que ninguna conversación, y cuando recordaba las charlas que tanto había aborrecido en la universidad no podía dejar de pensar que había un tipo de conversación que, en el fondo, no era más que un sofisticado mecanismo de defensa, una manera de erigir cercas ornamentales a tu alrededor. Esas eran las reglas del juego, un juego del que estaba hasta el moño, y sin embargo se había instalado en su interior la noción de que así era como había que vivir, y eso influía en sus juicios sobre los demás. Juzgaba a quienes no acataban las reglas, salvo que fueran verdaderos portentos y además atractivos en cualquier otro sentido. Necesitaba un escenario, un telón de fondo, para liberarse de esos juicios, y el karaoke se lo proporcionaba. Podría hablar largo y tendido sobre cada uno de los aspectos de esa experiencia, sobre la emoción pura y desenfrenada que sentía, el entorno protector que brindaban las salas privadas, pero, en el fondo, pensaba que el karaoke era una forma tonta y divertida de pasar el tiempo que la hacía feliz, y hasta eso se le antojaba un pequeño avance, esa sencillez que no se permitía desde hacía siglos porque durante mucho tiempo se había sentido obligada a pensarlo y repensarlo todo hasta la saciedad. Sin apenas darse cuenta, el karaoke se convirtió en algo que no simbolizaba nada, que simplemente disfrutaba con un fervor sorprendente y del que podía hablar sin ironía.

Luego volvió a Londres y la lucha interna reapareció. La gente tenía los mismos prejuicios contra el karaoke y sus connotaciones que ella había tenido, y todo el mundo se quedaba pasmado cuando confesaba su afición sin tapujos. *No, pero en Japón es distinto, porque hay salas privadas*. A veces piensa que, si le dieran una libra cada vez que dice estas palabras, podría comprarse un local de karaoke y demostrar lo diferente que era, la experiencia tan distinta, en vez de tener que explicárselo una y otra vez a todos aquellos que palidecían ante la mera mención de la palabra *karaoke*, que fruncían el ceño como si la acusaran de ser vulgar y poco exigente, de

haberse destapado como una persona frívola, alguien que no tenía nada que ver con ellos. A todos los que pronunciaban la palabra del mismo modo en que ella debía de hacerlo antes de descubrir que estaba compuesta por *kara*, que significa «vacío», la misma *kara* que era la mano vacía de *karate*, y *oke*, las primeras dos sílabas de la palabra *orquesta*, la *orquesta vacía*, y ahora evitaba pronunciarla a la japonesa cuando hablaba en inglés porque sonaba pretenciosa y repelente a oídos de sus interlocutores, y además la gente no la entendía cuando la decía así, pero le costaba volver a la pronunciación británica, no solo a un nivel estético, sino porque no la recordaba del todo, no lograba convencer a su boca de que lo hiciera de forma convincente y acababa sonando cómica. *A ver, no, no es como os imagináis, no es eso que estáis pensando*, decía, aunque en el fondo no tenía manera de saber si lo que imaginaban los demás era lo mismo que ella había imaginado en otra época, bares llenos de hombres mayores borrachos que se turnaban para cantar «Stand By Me» de tal modo que resultaba imposible mantener una conversación, cómo podía saber que *no es eso que estáis pensando*, aunque ¿acaso compartir códigos culturales con otra persona o hacerte pasar por alguien que comparte esos códigos culturales no implica asegurarle de forma implícita que entre vosotros hay unos sentimientos, unas imágenes y unas asociaciones comunes? *No es tan malo como crees, ni mucho menos*, se descubría diciendo, como si estuviera empeñada en cambiar la imagen de esos locales, como si fuera una embajadora del ministerio del karaoke, cuando en realidad no tenía una opinión formada al respecto, ni en un sentido ni en otro, y desde luego le daba igual si la persona que tenía delante aborrecía todo el fenómeno y, por extensión, la cultura en la que desempeñaba un papel tan importante. O eso se decía. Pero puede que a una parte de sí misma no le diera igual, porque se descubría justificándose una y otra vez: la súbita privacidad de la sala insonorizada, el teléfono colgado en la pared por el que se pedían las bebidas y luego, con el paso del tiempo, las pantallitas táctiles que te permitían hacer casi cualquier cosa. Eso era antes de que el Lucky Voice y otros locales por el estilo brotaran como setas en Londres, cuando nadie sabía en qué

consistían realmente y ella se los describía: el ambiente íntimo de las salitas con sus pulcros bancos de piel sintética en rosa, azul, amarillo o rojo y las salas más grandes con sus escenarios, bolas de espejos, zonas de juego infantil, y adornaba sus explicaciones de brillo, color y glamour, *sin rastro de la sordidez que por lo general se asocia con la palabra* karaoke, y, sin embargo, mientras hablaba, la imagen que se formaba en su mente, o por lo menos la imagen que acudía a su memoria cuando pensaba en las salas privadas fuera de esas conversaciones, no estaba llena de color ni de niños ni tan siquiera de gente. A punto estuvo de escapársele un par de veces: allí es distinto porque las salas son negras. Se veía adentrándose en esa oscuridad cálida, aterciopelada y absorbente, una imagen que tenía la textura de un recuerdo, aunque no acertara a ubicar en su memoria ninguna ocasión específica en la que eso le hubiese sucedido, si bien era cierto que había entrado en una sala de karaoke y sentido que el mundo se desvanecía a su alrededor, percibido la seguridad uterina de ese espacio con sus paredes insonorizadas. *No es que sea una forofa ni nada por el estilo, pero reconozco que me gusta más de lo que creía que me gustaría*

I'M STICKING
WITH YOU

No se trata de cantar bien, ese era el otro prejuicio que intentaba desmontar una y otra vez cuando sus interlocutores le replicaban invariablemente que no sabían cantar, *en realidad la cosa no va de talento, ¡eso de no saber cantar no existe!* Lo peliagudo de esta fase del intercambio era que podía degenerar en la clase de comparación cultural generalizada que ella prefería evitar a toda costa, salvo que hablase con alguien en quien confiara casi ciegamente, capaz de abrazar la iteración sociofilosófica de esta conversación, que era una variación sobre el tema de *sí, claro, tiene sentido, porque la japonesa no es una cultura tan meritocrática como la de Occidente, no, su ética se basa más en cumplir con tu deber social participando*

y esforzándote al máximo que en alcanzar la excelencia, como hacemos nosotros, no, tienen una supraconciencia comunitaria, por decirlo de algún modo, y así hasta el infinito. Por supuesto, no es que no hubiese ni gota de verdad en estas afirmaciones, siempre hay gotas de verdad esparcidas entre las gotas de exageración, estereotipos, prejuicios, malentendidos y falsedades, y eso era precisamente lo que hacía que esos debates resultaran tan irritantes y que ella tuviera la sensación de que alguien le estaba frotando las entrañas con papel de lija, pero no era ahí adonde quería ir a parar con la conversación, en parte porque no le interesaba en absoluto debatir sobre esas cuestiones con personas que no sabían nada de Japón, más allá de un documental de la BBC en el que el presentador se esforzaba por transformar su sentimiento de superioridad cultural en reverencia y fascinación, y además tampoco se trataba de que ella, alguien que había pasado tan solo un par de años en Japón, pretendiera explicar esa cultura en su totalidad al interlocutor de turno porque sabía de sobra que carecía de la autoridad suficiente para hacerlo.

Lo que en realidad quería hacerles entender era que la suya representaba, en términos objetivos, una forma más inteligente de tomarse las cosas, porque, si te preocupas por la calidad de tu interpretación en el karaoke, la experiencia no será agradable, mientras que, si crees que a nadie le importa lo bien o lo mal que cantes, será más probable que lo disfrutes, y, por supuesto, en muchos contextos japoneses se daba el problema de la presión no deseada por participar en algo aunque en el fondo no quisieras, lo que debilitaba ligeramente su argumento, pero, al margen de eso, creía de veras que el truco consistía en pasar de todo, en dejar a un lado las inseguridades. Que se dice pronto, lo sabía de sobra, sabía que, si alguien le diera ese consejo para enfrentarse a algo que la aterraba pero que a la vez nadie esperaba que se tomara con un afán desmedidamente competitivo por ser ella una persona adulta y cabal, como por ejemplo un partido de *rounders* o un amistoso de fútbol, y si ese alguien le dijera *el truco es pasar olímpicamente* en referencia a una de esas cosas, habría pensado al instante, y quizá contestado en voz alta –si es que no lo mandaba directamente a

tomar por culo–, que, si supiera cómo se hacía eso, todos sus problemas se desvanecerían. Y, de hecho, reflexionar sobre el karaoke en contraste con algo como un deporte de balón, cosa que detestaba con toda su alma, le hizo pensar que a lo mejor sí poseía cierto talento como cantante del que no se había dado cuenta o, por lo menos, que no carecía por completo de ese talento. Quién sabe, tal vez la Céline Dion que llevaba dentro estuviera manifestándose.

Sin embargo, aunque así fuese, lo que intentaba hacer cuando le explicaba a alguien «cómo es el karaoke en Japón» era dejar claro que no solo no se tenía por una experta en el tema, sino que ni siquiera cantaba bien, *no, de verdad, lo digo en serio, tendrías que oírme*, y una vez más se le hacía raro, pero cuando empezaba a decir esas cosas una extraña urgencia amenazaba con engullirla y sentía la necesidad de convencer a su interlocutor, se tratase de quien se tratase. Tenía sentido que así fuera, claro está, por ser la actitud de alguien que defiende algo que le es querido, pero, aunque el karaoke se había convertido para ella en algo querido, no había sido así de entrada, y tampoco pretendía reivindicar la cultura japonesa. Quizá lo que intentaba redimir era la experiencia que había tenido dos veces en un karaoke, cuando había sentido que no le importaría morir en ese instante

THERE IS A LIGHT
THAT NEVER GOES OUT

No sabría explicar por qué había sucedido, pero recordaba ambas ocasiones con una serenidad y una lucidez que desmentían que se tratara de la típica epifanía etílica cuya cualidad epifánica duraba lo mismo que el nivel de alcohol en sangre, sino que se trataba de algo real, lo que quiera que sea eso, y, además, en una de esas ocasiones apenas estaba borracha. No era solo que esas personas fueran importantes para ella y que su compañía le resultara grata, y tampoco quería achacarlo al hecho de estar con ellas en una sala insonorizada cantando con la ayuda de un sofisticado equipo sonoro.

Algo había pasado y era imposible reducirlo a la suma de sus partes, algo que el cuerpo le pedía considerar sagrado, y sin embargo ahora no había ningún contexto en el que pudiera admitirlo sin tapujos porque se suponía que era una persona seria, lo que quiera que sea eso. Cuando estaba en Japón había dejado de preocuparse por ser una persona seria y ahora que estaba otra vez de vuelta se sentía atrapada por los tentáculos de esta exigencia, pese a saber que, por encima de todo, era la misma que se desgañitaba cantando «Purple Rain».

Y ahora allí estaba, en la cena, compartiendo esa pasión con sus futuros colegas. Aunque se abstuvo de mencionar la palabra tabú, *cantar* –eso habría sido pasarse de la raya–, transmitió sin tapujos su entusiasmo por el karaoke mientras ellos asentían, a nosotros también nos encanta, dijeron, y ni siquiera parecían sorprendidos, tan solo contentos de haber encontrado a alguien con intereses afines a los suyos, felices de contar con esa prueba adicional de que ella encajaba en el equipo. Y tal vez fuera inevitable que, tras hacer un repaso a la oferta de karaokes que había en Fráncfort, fueran un paso más allá y sugiriesen enseñarle uno de esos locales, el más cercano. Salieron de la taberna a la calle oscura y serpentearon por varios callejones hasta llegar a un local que todo el mundo conocía como el karaoke coreano. En Fráncfort hay karaokes con salas privadas, le dijeron, pero ese no era uno de ellos; allí se sentaban a una mesa y anotaban los temas en un trozo de papel que luego entregaban al personal, y lo que suele pasar con el sistema de anotación de canciones es que las distintas mesas acumulan su lista de canciones y, mientras los de una mesa cantan, el resto de los clientes charla entre sí, como si estuvieran en un bar normal y corriente, y luego, cuando el micro llega a tu mesa para anunciar el inicio de tu lista de canciones, es como si te alumbraran con un foco. Así que todos anotaron un puñado de canciones, las entregaron y esperaron, hasta que al cabo de un rato alguien se acercó a su mesa y les puso un micro en las manos.

Recuerda el momento exacto en que ocurrió, el momento en que la corazonada que había tenido con la espada, el palo de escoba y la varita mágica pareció conectar con el instante presente, cuando

comprendió que de verdad iba a vivir allí, a dejar su pseudovida y su pseudorrelación en Londres para lanzarse de cabeza a eso que ahora tenía ante sí: dos hombres sentados al otro lado de la mesa cantando una canción, uno de ellos, el mismo con el que había estado hablando sobre anime en la taberna alemana. Se llamaba Alan, pero todos se referían a él como Aslan, hábito que al parecer se remontaba a un malentendido que había calado –de hecho, tenía la impresión de que eran muy dados a las bromas y las leyendas internas, algo que seguramente pasaba en todas las empresas, pero allí la gente parecía regodearse especialmente en ellas–, aunque sospechaba que la costumbre de llamarlo Aslan –«león» en turco– también tendría algo que ver con el halo dorado que su mata de pelo desmadejado le dibujaba en torno al rostro, de una redondez leonina, y mientras hablaban se sintió súbita e inexplicablemente atraída por él, parecía muy tierno y entregado, otra vez la entrega, la absoluta ausencia de vergüenza por dedicarse a algo en cuerpo y alma, por sentir interés, curiosidad, ¿en eso consistía ser un friki, un *gamer*?, porque en ese caso ella se apuntaba sin dudarlo, dijo la atracción por ella, e incluso llegó a sugerir que, a lo mejor, lo único que deseaba o necesitaba de los demás era cierto grado de intensidad en su forma de prestar atención.

Más tarde, a los pocos días de haberse incorporado a la empresa, llegaría a la conclusión de que Aslan era objeto recurrente de bromas bienintencionadas, incluso en el seno de esa comunidad estrechamente unida que protegía a los suyos, y comprendería que no solo no podría expresar su atracción por él ni llevarla a la acción, sino que tampoco podría reconocer su existencia ni siquiera para sus adentros, por lo que debía reconcebirla como esa ingenuidad del que acaba de llegar y se agarra a un clavo ardiendo, pero esa noche, en el bar, no sabía nada de todo esto. Lo que sí sabía era que los dos hombres sentados frente a ella estaban cantando una canción japonesa que le resultaba familiar, en lo que le pareció la viva imagen de una clase de camaradería que rara vez se veía en el mundo del que ella provenía. El intérprete original era un cantante bilingüe que entrelazaba fragmentos en inglés y en japonés, y qué tontorrona y divertida era la canción, pensó mientras los observaba,

y le sorprendió comprobar que su pronunciación no era del todo mala, aunque en realidad no era eso, se corrigió, no era que pronunciaran bien, sino que no intentaban disimular el hecho de que intentaban pronunciar bien, como parecía hacer la mayoría de los británicos que hablaban japonés, salvo que lo hablaran casi como nativos. Qué refrescante, joder, pensó, la naturalidad con que se esfuerzan, y esta sensación vino acompañada de la súbita conciencia de que eso era lo que llevaba mucho tiempo deseando e incluso anhelando. Esa absoluta ausencia de miedo a que te etiquetaran como alguien que no molaba, esa confianza, era algo de lo que quería formar parte, de lo que en aquel momento sintió que podía formar parte. El karaoke, ese gran nivelador. ¿Y si pudiera vivir, trabajar, con gente así? ¿Acaso no aprendería a fusionar sin esfuerzo los distintos mundos entre los que se sentía obligada a transitar, no aprendería a ser la versión cursi, dicharachera y friki de sí misma, la versión Céline Dion, la de la varita mágica? La sensación embriagadora y vertiginosa que había tenido durante la prueba parecía cobrar ahora una forma concreta, y, sin apenas darse cuenta, había tomado una decisión.

Más tarde, cuando ya hubiese dejado atrás su fragmentaria vida londinense y se hubiese instalado en Fráncfort, cuando la fantasía opalescente que había creado para sí misma empezara a resquebrajarse y la realidad se filtrase por las grietas, de vez en cuando se remontaría a esa noche y le entrarían ganas de tirarse del pelo. Basar una decisión que cambiaría toda su vida en un éxtasis apenas vislumbrado durante una noche de borrachera le había parecido una forma perfectamente cabal de articular ese proceso mental. En otras palabras, había sido un acto de una frivolidad pasmosa. Y, sin embargo, en el fondo de su corazón, sabía que no era exactamente eso, que en realidad era bastante peor. Porque resultó que no se sentía demasiado avergonzada por el karaoke ni por los efectos del alcohol, y tampoco despreciaba el potencial revelador de esos súbitos instantes de alegría. La fuente de su desesperación se encontraba más bien en el salto de fe que representaba el hecho de haberse trasladado allí, en la conciencia, una vez que había dado el paso, de que llevaba tiempo esperando

alguna señal de que ese era su destino para dejarlo todo y mudarse a Fráncfort con la intención de empezar de cero. Se trataba de una maniobra tan profundamente arraigada en su interior que podía rastrear el vector que dibujaba, arqueándose con ilusión desde su estómago para proyectarse hacia el cielo. Ese vector transmitía la idea de que, si saltabas con la convicción suficiente, el cambio sería inevitable. Te arrojabas como una de aquellas manos pegajosas que tenía de niña y que estrellaba contra las ventanas y, si te catapultabas con la convicción suficiente, quedarías adherida al cristal. Te aplanarías, cambiarías, te deleitarías en la unión con esa superficie más cristalina, y te sentirías así más plana y aceptable incluso para ti misma, sobre todo para ti misma. Una especie de pacto en el que la ceguera, la ingenuidad y la falta de indagación no son compañeros de viaje accidentales, sino parte integral del proceso. Cuanto más ilusionada te sientas, cuanto menos te lo pienses antes de lanzarte a una nueva experiencia, más probable será que salga bien.

No alcanza a precisar el origen de ese sentimiento, lo que equivale a decir que la ha acompañado desde que tiene uso de razón. Al principio todo giraba en torno a las cosas, al poder transformador de los objetos. Sabía que, si pudiera tenerlos en sus manos, sería una persona distinta. De niña, estaba obsesionada con los bebés y las muñecas, algo muy acorde con las expectativas que el capitalismo había proyectado en ella, pero luego dejó de querer muñecas nuevas y empezó a interesarse más por cuidar a las que ya tenía y por imaginar un futuro en el que era de veras su madre, y lo que más ilusión le hacía en este mundo era conseguir el último número de *Practical Parenting*, la revista de puericultura. Ahora la aterra pensar en el potencial transformador que atribuía al siguiente número de la revista, que por supuesto se anunciaba con grandes alharacas en la contraportada del número anterior, y además de tragárselo todo sin rechistar le añadía un matiz más personal: la firme creencia de que esa revista iba a transformar su vida. Recordaba haber pasado por el quiosco con su madre de camino a casa de la abuela y rezar para que la revista estuviera allí, casi mareada de emoción mientras la puerta se abría con el tintineo de la campanilla y sus ojos barrían las

baldas en busca de la portada cuya imagen ya tenía grabada en la mente, el bebé que aparecía retratado, el ángulo de la foto. La revista parecía haber engordado con los años, según se iban descubriendo nuevas maneras de abarrotarla con folletos promocionales, muestras gratuitas y guías desplegables. ¿Qué esperaba sacar de todo eso –se pregunta ahora al echar la vista atrás–, de esa revista para madres reales? Resulta aterrador y a la vez reconfortante saber que todo el mecanismo, que en realidad no ha cambiado tanto en estos veinte años, siempre se ha basado en una ilusión. Recuerda que la siguiente gran fase en la que sus esperanzas se concentraron en algo muy específico, lo que hizo que se volcara en ello por completo, estuvo impulsada por los libros de autoayuda, a los que se aficionó durante la adolescencia. Por entonces, sentía curiosidad por cualquier cosa remotamente relacionada con la autoayuda o el *new age*, incluida toda la parafernalia hippy que rodeaba los contextos en los que encontraba esas cosas, pero eran los libros y las obras serias en las que parecían basarse lo que más alimentaba su optimismo, su fe en la superación personal. Disfrutaba tomándose muy en serio aquellos títulos tan sesudos. Leía *Usted puede sanar su vida* y su vida se sanaba. La maravillosa lucidez que experimentaba antes de abrir tal o cual libro y comprobar que, en realidad, nada era tan sencillo como había creído. El siguiente libro siempre era el que obraría el milagro. Vislumbraba escenas de su nueva vida inspiradas por las cubiertas de los libros que habrían de llevarla hasta allí. Si era un libro sanador, esas escenas se llenaban de espirales de colores alegres pero serenos; si era más cercano a la terapia, tenían el brillo cristalino de la verdad, y a eso se aferraba, a ese nuevo mundo en el que era y al mismo tiempo no era ella, o sí que era ella, pero sin rastro de la incomodidad que le producía habitar su piel, una incomodidad que abarcaba demasiadas facetas de su vida para verbalizarla, ni para sus adentros ni en presencia de nadie más.

En cierto sentido, tiene la impresión de que ya usaba las redes sociales antes de que existieran. De que era adicta al intenso subidón de reinventarse y, específicamente, de reinventarse como una imagen. Se decía que quienes publicaban en redes trataban de

convencer a la mirada externa, pero a ella siempre le pareció que la operación más adictiva, compleja e interesante desde el punto de vista psicológico en realidad era convencerte a ti misma de todo ese postureo, volcar tu esperanza en esa visión bidimensional o fugazmente tridimensional, sublimarte de manera muy concreta en esa bidimensionalidad cuya naturaleza superficial es de hecho lo que la vuelve tan deseable, tan fácil de anclar en la imaginación como esa canción pegadiza que no puedes quitarte de la cabeza. Así te vuelves adicta a redirigir la indeseada complejidad de tu forma de ser hacia el deseo, aunque en realidad no es deseo, porque el deseo es algo demasiado físico. Aquí el truco es más cerebral, y consiste en hacerte creer a pie juntillas en tu propia reinvención y luego convencerte de que se hará realidad. Se hará realidad, sobre todo si los demás así lo creen.

A lo largo del tiempo, según la vida se iba ramificando en posibilidades de movimiento real, los objetos en los que depositaba sus esperanzas fueron creciendo. Ir a la universidad, por ejemplo. Y luego, como en la universidad era tan tercamente ella misma y cargaba con los recordatorios de ese yo por todas partes, y como ese yo se le antojaba más repugnante y espantoso que nunca, la fijación con empezar de cero una y otra vez se intensificó. Una adicción al borrón y cuenta nueva, a los diarios en blanco, donde cada página tenía que ser nueva porque, si hubiese en ellas recordatorios de ese yo caduco y despreciable, acabarían gafándolo todo. De pronto esa búsqueda era algo espiritual, emocional, pero también profundamente físico: tenía que haber algo que pudiera hacer para resultar más atractiva, tenía que haberlo. Y luego resultó que ese algo era marcharse lejos, era viajar a Japón, era aprender japonés para hacerse tolerable en Japón, era mudarse a Londres, era mudarse lejos de Londres, era volver a Londres, era mudarse a Fráncfort. Por descontado, las circunstancias cambiaban y, en el fondo, el traslado a Fráncfort y la fijación por las revistas de puericultura no tenían nada que ver, salvo por la creencia absurda, descabellada que había detrás, el conjuro del salto al vacío. En última instancia, daba igual cuáles fueran las circunstancias mientras uno pudiera usarlas como un gancho para su esperanza, para

aquella enorme hipoteca de esperanza que mencionaba Ted Hughes en un poema que había estudiado para los exámenes finales de secundaria, en el que este narraba una visita que Plath y él habían hecho a Haworth, donde habían residido las hermanas Brontë. Ese verso acudía a menudo a su mente, donde dejaba que se fundiera con la conciencia de cómo había acabado la vida de Plath, y una pesada quietud se le instalaba en las entrañas. Si la esperanza era una hipoteca, como a veces le parecía, era una hipoteca de alto riesgo concedida de forma irresponsable, una hipoteca que te animaban a contratar a toda costa sin tener en cuenta si quienes te rodeaban te creían capaz de devolver el crédito. Eras más útil a la sociedad si tenías esperanza, no solo porque comprabas cosas, invertías en tu futuro, sino porque se asociaba con toda clase de comportamientos proactivos, con sonreír, con hacer cosas. Te mudabas a Fráncfort sintiéndote esperanzada, te casabas, tenías hijos, contratabas hipotecas, comprabas cosas, te esforzabas por llevar una buena vida, llena de objetos y experiencias, te comportabas como se suponía que había que hacerlo

TRYING
YOUR LUCK

De modo que tal vez todo el mundo estuviera atrapado en hipotecas de diversa índole, pero desde fuera no lo parecía. Tenía la impresión de ser la única que había sucumbido de una manera tan embarazosa. No pensar: esto ha pasado antes, así que seguramente vuelva a pasar. No pensar: nadie gana en este juego, sino: esta vez, esta vez será distinto. Alguien con quien había salido solía repetir, cuando la relación empezó a fracasar estrepitosamente: *hacer lo mismo una y otra vez esperando un resultado distinto es la definición de locura*; acto seguido, dejaba una pausa para mirarla con una expresión que insinuaba que esas palabras entrañaban una gran verdad, y más o menos la quinta vez que las repitió ella perdió los estribos y le soltó: ¿quieres hacer el favor de dejar de repetir esa

chorrada como si fuera lo más profundo del mundo? ¿Qué coño significa, si puede saberse? ¿La definición según quién? De hecho, suena bastante ofensivo, ¿de verdad crees que ese es el rasgo común a todas las personas a las que a lo largo de los siglos han perseguido por estar locas? Y, sin embargo, más tarde no pudo evitar preguntarse si una parte de la vehemencia que había mostrado en ese momento no se debería a la frustración que siempre le había provocado su persona, a su aparente incapacidad para entender ese mensaje por culpa de la engañosa y absurda esperanza que le aseguraba que esta vez las cosas serían distintas, que esta vez el mundo se abriría de par en par para ella.

El caso es que la realidad ni siquiera era tan mala, era la realidad y punto, con toda su complejidad y su rechazo rotundo a girar en torno a ella. Estaba rodeada de gente que se dedicaba a ese trabajo porque adoraba los videojuegos como ella jamás podría ni querría, exactamente como esperaría cualquier persona sensata de alguien que aceptara un puesto en una empresa de videojuegos, y esa gente estaba más interesada en los videojuegos y en la coherencia de sus vidas que en una unión extática con ella. Había fantaseado con la posibilidad de encajar a la perfección en ese grupo, pero ahora se daba cuenta de que su forma de encajar no podía ser perfecta ni imperceptible, de que la notaba como si algo erosionara los contornos de su ser. Instantes fugaces, al principio, como cuando intentó hablar sobre algo que había leído y se la quedaron mirando desconcertados, o cuando mencionó cierto grupo musical y sus compañeros arrugaron la nariz antes de redirigir la conversación hacia un terreno más cómodo. Al principio intentó no hacer caso a las señales de tensión. Centrarse en el hecho de que no todos tenían los mismos gustos. Había uno en concreto, Gabe, que había sido gótico y que ahora estaba en plena fase pospunk. No todos eran fans de las películas de Disney. Céntrate en lo bueno, anda.

Pero apenas llevaba allí dos semanas cuando esas pequeñas revelaciones durante el almuerzo o las pausas para el té empezaron a transformarse en señales de mayor envergadura que llegaban acompañadas de una ligera sensación de pánico. El peso de las señales en la conversación no había cambiado, seguían siendo

instantes fugaces, pero los diminutos riachuelos que pasaban por debajo de la puerta insinuaban cada vez más la presencia de una gran masa de agua que avanzaba imparable, un enjambre que acechaba en algún lugar cercano pero oculto a la vista, zumbando sin parar: aquí no eres tú misma y nunca lo serás. Por supuesto, como había dado un salto al vacío, estaba lejos de todo. Eso también formaba parte integral del mecanismo, el hecho de no poder decir: mira, no ha acabado de cuajar, pero voy a cortar por lo sano. La transformación no había funcionado, seguías hecha un lío, eras un caso perdido, pero ahora además estabas en un lugar que no conocías, en el que se hablaba una lengua que no dominabas, aferrándote a una fantasía que se había desinflado como un globo. La canción que has elegido suena en una tesitura que no puedes alcanzar, aunque sabes que alguien con mejor voz que tú la cantaría sin despeinarse.

Y, mirad, se las estaba apañando la mar de bien. Intentaba no pensar en la incomodidad que le producía trabajar para una gran multinacional, en cuánto la abrumaba su dimensión, en su chasco al descubrir que apenas tenía trabajo, en lo tremendamente insegura que, contra todo pronóstico, se sentía en la oficina, en el sonrojo constante que la fantasía del salto al vacío había prometido erradicar. Para quitárselo de la cabeza, se centraba en la insólita incongruencia de todo aquello: ¡había cogido un avión a Fráncfort para trabajar en una gran empresa de videojuegos! Se había visto engullida por la rutina, se había dejado llevar por la inercia de unas vidas ajenas y por las razones que tenían otros para seguir viviendo. Había conseguido un trabajo por el que muchas personas matarían, así que a lo mejor daba igual que fuese o no una de ellas. Y de pronto ahí estaba él. Lo reconoció al instante, alguien clarísimamente como ella, y no en un sentido trivial, de meros intereses en común, sino de un modo que la hizo sentir como si se hubiese reencarnado en una persona aceptable, como parte de un mundo que ahora parecía vasto y emocionante, anclado por esa innegable conexión

I KNOW
I KNOW

No tomó la decisión consciente de seguirlo. No hubo un momento en el que se propusiera averiguar todo lo que pudiese de él ni hacer todo lo que estuviera en su mano para aumentar las probabilidades de otro encuentro casual. En retrospectiva, ese era el elemento más desconcertante de su nuevo yo, que ahora se componía de una parte que se había desgajado del resto. Antes de la división, nunca habría afirmado tener pleno control de sí misma –nunca había sido disciplinada ni había creído actuar guiada por sus propios deseos–, pero sí había tenido la sensación de que lo que hacía cuando estaba sobria coincidía con su idea consciente de lo que estaba haciendo. Lo que ahora la inquietaba era la noción creciente de que eso ya no era del todo cierto. Como si, una y otra vez, despertara de un sueño y se descubriera haciendo algo que no había planeado en ningún momento, como si en su interior cargara con una facción rebelde capaz de poner en marcha planes sin su autorización.

Esto se hacía más evidente por la mañana, cuando salía corriendo de su piso, decidida y exultante, medio negando para sus adentros ambas emociones. Un tranvía en concreto se había impuesto despóticamente como el que debía coger. Si lo pensaba de manera racional, sabía que no había razón alguna para dar por sentado que el hombre del paraguas siempre cogía el mismo tranvía. ¿Acaso no había tanta gente metódica como gente que dejaba las cosas un poco al azar? ¿Y acaso no sabía que él era una persona despistada, como ella misma? Pero su mitad rebelde también era simple, primitiva. Así había sido y así volvería a ser, rezaba la letanía monástica de esa lógica. Y, con devoción monástica, su cuerpo la impulsaba a salir de su piso todas las mañanas, arrastrándola con la cabeza gacha por las calles oscuras, cubiertas de escarcha, desdibujadas por la lluvia, bajo el frío azote del granizo que le golpeaba la cara, para que no se le escapara el tranvía, el único tranvía que importaba. Para entonces había descubierto en qué parada se subía él, a mitad del trayecto que hacía ella. Desde que se

había cruzado con el hombre del paraguas, su aprecio por la forma en que los tranvías se movían había aumentado hasta convertirse en un sentimiento que rayaba en lo místico, y los contemplaba con el mismo arrobo que con el que de niña había admirado las montañas rusas, con la sensación de que los principios que regían ese movimiento escapaban a su capacidad de comprensión, de que eran algo inmenso a lo que una solo podía entregarse sin reservas, sumisa y esperanzada.

De todos los tramos del trayecto, el de su parada era objetivamente el más emocionante de todos, incluso antes de que empezara a viajar pendiente del instante en que él se subiera. Allí, justo antes de que el tranvía se desviara y avanzara siguiendo el cauce del río, se desplegaba un amplio tramo de carretera surcado de vías que dibujaban un intrincado diagrama. Ese gran espacio abierto, con los letreros de tráfico blanquiazules que señalaban en todas las direcciones, las hileras de árboles que parecían esperar pacientemente a ambos lados y el río con sus riberas pedregosas visibles a lo lejos, era el lugar en el que los tranvías se ponían a bailar, describiendo elegantes círculos unos alrededor de otros, marchando en línea recta y girando en el último momento, en un vals impecablemente coreografiado y de lo más espontáneo. Ese singular salón de baile era el lugar en el que ella se ponía a prueba, donde comprobaba si había logrado su propósito diario de viajar en el mismo tranvía que él.

Una parte de sí misma se resistía a identificar ese propósito como algo premeditado, pretendía ampararse en la coincidencia, en la ausencia de intencionalidad, como un escudo tras el que esconderse, pero, a medida que el tranvía se acercaba a la parada en cuestión, su capacidad para fingir que no esperaba ansiosa ese instante se iba desvaneciendo. Le sudaban las palmas de las manos y notaba un vacío en la boca del estómago. Se sentía como si hubiese estado encerrada en una oscura y húmeda celda de piedra dentro de su propio cuerpo, con el corazón latiendo nervioso a través de las paredes mientras esperaba una liberación divina que curiosamente, cuando por fin llegaba, no le brindaba el consuelo esperado. En aquellos primeros días, a veces lo lograba, se subía al mismo tranvía

que él a la ida y también a la vuelta, algo que le resultaba inmensamente gratificante, porque parecía la confirmación que necesitaba de que estaban predestinados a encontrarse, pero la emoción le provocaba náuseas, y la mayor parte de las veces él se limitaba a desplazarse en el vagón para sentarse en otra parte. Lo más que conseguía era que él mirara en su dirección; de hecho, casi siempre miraba en su dirección, y la suya siempre le parecía una mirada deliberada, cargada de intención, pero nunca bastaba para convencerla más allá de toda duda de que sabía quién era ella, de que no miraba en su dirección solo porque lo normal era mirar a ambos lados del vagón cuando uno se subía a un tranvía, y le parecía una mirada deliberada porque había llegado a un punto en el que otorgaba un significado tan trascendental a todo lo que él hacía, a cada pequeño detalle, por insignificante que fuera, que nada podía parecerle casual; en otras palabras, la distancia entre algo y nada era tan justa que la dejaba sumida en la incertidumbre, preguntándose si la corazonada de que él sentía lo mismo por ella, de que su atracción era correspondida, no sería pura obsesión por su parte. Viajar en el mismo tranvía siempre representaba la oportunidad de volver a coincidir con él en el ascensor, aunque al final no se diera la ocasión, lo que no hacía sino apretar el nudo que sentía en el estómago. Sin embargo, la mayor parte de los días él no aparecía, y una ola de alivio y desilusión la invadía mientras regresaba al mundo aséptico y bien iluminado de la normalidad, el vacío, los espacios amplios, la soledad. En cualquier caso, pronto estaría sentada a su escritorio, con un día entero por delante que había que llenar antes de enfrentarse al reto de volver a casa en el mismo tranvía que él.

No sabría decir a ciencia cierta cómo averiguó su nombre. Puede que se dedicara a rastrear correos electrónicos, probando varios candidatos en el buscador hasta que fue a parar a su LinkedIn, que llegaría a conocer como la palma de su mano, la única presencia en redes sociales del hombre del paraguas, por lo menos hasta donde logró averiguar. Lo que sí recuerda es que era tan magnífico como cabía esperar; pensó que un nombre francés le resultaría familiar, pero tanto su nombre de pila como su apellido le parecieron

imposibles de ubicar, carecían de cualquier tipo de contexto para ella y, por tanto, le proporcionaban el lienzo perfecto para su fantasía. De pronto, salía de su trance y se descubría mirándolo fijamente en la plataforma de mensajería interna: guapo, fuerte, intocable. Se imaginaba haciendo clic, abriendo un chat, escribiendo algo, y al instante sentía una oleada de protesta subiéndole desde el estómago. Un día, un coordinador de pruebas con el que trabajaba en un proyecto menor le pidió que fuera a verlo a la planta en la que ella sabía que trabajaba el hombre del paraguas. Intentó borrar ese dato de su mente, pero fue en vano, por supuesto. Cuando enfiló el pasillo, vislumbró su cabellera negra por encima de la mampara de separación. Mientras hablaba con el coordinador de pruebas, el hombre del paraguas levantó la cabeza y la miró. Su voz se volvió aflautada y perdió el hilo de sus pensamientos. Un par de semanas después volvió a su planta, esta vez sin ninguna excusa para estar allí, pero solo reunió valor suficiente para ir al lavabo, salir y volver al ascensor, aunque con eso bastó para sentir que el corazón iba a estallarle en el pecho. Eso era lo que olvidaba una y otra vez, incluso cuando acababa de pasar: que, en realidad, la mayor parte de esas experiencias no eran en absoluto agradables. La hacían sentir enferma, como si fuera a morirse. Solo muy de vez en cuando la elevaban a un plano trascendental. Y, sin embargo, ahora que las había descubierto, no podría renunciar a ellas por nada en el mundo, había algo instintivo en el propósito que la guiaba, en lo atareada que la mantenían sus maquinaciones. Y, aunque ese ajetreo estuviera teñido por el tono rojo sangre de la urgencia, el pánico y las vísceras, aunque le fuera imposible decir que era feliz, por lo menos creía estar acercándose a un sentimiento cuya relación con la felicidad era irrelevante.

Uno de los dilemas filosóficos que había estudiado en la universidad –aunque, a decir verdad, no lo había estudiado como un dilema propiamente dicho, sino más bien como un contraargumento frente al utilitarismo– era el de la máquina del placer, un aparato al que uno podía enchufarse para convertirse en un vegetal y vivir así en un permanente estado de bienestar. Por entonces, ese dilema le producía la misma aversión que muchas de las cosas que había

estudiado en la universidad, lo que se traducía en un rechazo hacia las imágenes específicas que le inspiraban. Las percepciones visuales que acudían a su mente parecían tener una cualidad empalagosa, sensiblera, que se solapaba con las emociones que le despertaba la filosofía en general: al enfrentarse a ellas, se sentía ofendida por el paternalismo que revelaba su escasa sutileza, y, a la vez, despreciaba a los filósofos profesionales que recurrían todo el rato a esas torpes alegorías. Lo mismo sucedía con los cerebros metidos en tarros de cristal, otro ejemplo visualmente evocador del que los filósofos echaban mano con frecuencia. Una hilera de cerebros metidos en tarros, cada uno de ellos soñando su propia realidad: la imagen le provocaba una sensación de tristeza y desánimo, igual que contemplar a esos filósofos que se pasaban la vida debatiendo sobre cerebros metidos en tarros. Tampoco ayudaba que estos ejemplos tan fáciles de visualizar, sobre todo el de la máquina del placer, se hallaran entre los preferidos de los estudiantes de Filosofía que solo sabían hablar de filosofía, incluso cuando se encontraban en un bar.

Esta legión de estudiantes se dividía en dos grupos: los que solo querían hablar con otros filósofos, con los que ella no podía identificarse pero a los que reconocía como una presencia habitual en contextos académicos, y aquellos a los que no soportaba de verdad, los que por encima de todo adoraban tener un grupo de oyentes atentos y ajenos a la filosofía a los que explicar cualquier dilema que hubiesen estudiado esa semana. Vale, imagina que existe una máquina, decían, con un repentino brillo en la mirada que sus interlocutores atribuían a su propia compañía y al placer de la conversación pero que en realidad respondía a lo que los estudiantes de Filosofía consideraban la complejidad de la idea y su habilidad para exponerla, para dotar de personalidad a ese árido dilema intelectual, para ser la cara humana de la filosofía, y, por supuesto, eran precisamente los que acababan como consultores administrativos, expertos en inversiones o abogados, algo supuestamente habitual entre los estudiantes de Filosofía, pensaba ella mientras los observaba y envidiaba su desenvoltura social. Y es verdad que destilaban confianza y vehemencia cuando decían: si

decides enchufarte a la máquina, te proporcionará un placer total y absoluto, no estamos hablando de nada mediocre, sino de un placer verdaderamente *orgásmico* –un brillo en la mirada–, o sea, *permanente*, pero a cambio tienes que renunciar por completo a tu vida real. ¿Tú qué harías, te enchufarías a la máquina? Los brazos cruzados, los ojos brillantes de nuevo. Mientras los observaba, cayó en la cuenta de que no usaban la palabra *felicidad*, o (mejor aún) la usaban y luego se desdecían, porque ese era terreno vedado: había un amplio debate filosófico sobre qué era la felicidad, sobre si era algo que podía nacer de una simple sensación física o de una emoción, o si era algo que debía evaluar la persona que la experimentaba en el contexto de toda su existencia o, por lo menos, de una parte de esta. Nadie elegía enchufarse a la máquina, lo que explica que nada de todo aquello constituyera en realidad un dilema, sino un argumento que se esgrimía contra el principio del placer: es decir, la felicidad humana era más que simple placer, no se podía reducir toda la ética a maximizar las emociones positivas, como sugerían los utilitaristas. Nadie quería entregar su vida a la máquina, así que no era un dilema que debatiera nadie, salvo los estudiantes de Filosofía en sus exámenes y en los bares. Punto final.

Pero el caso es que ella se descubría pensando en ello a menudo desde que había empezado a trabajar para la empresa de videojuegos y, sobre todo, desde que se había enganchado a esa inagotable fuente de emociones que era el hombre del paraguas. Ahora que su trabajo consistía en fabricar aquello que hacía que la gente siguiera interactuando con esa cosa, fuera lo que fuese, a la que se habían enchufado, ahora que ella misma contaba con su propia fuente natural de adrenalina, se le hizo evidente que mantener la atención a largo plazo era mucho más difícil que brindar placer sin más. Para enganchar de veras a la gente se necesitaba mucho más que un flujo constante de bienestar, se necesitaban altibajos. Eso, comprendió entonces, era lo que el dilema intentaba poner de manifiesto, esa era la parte que ella había pasado por alto, distraída por la absurda idea de vivir enchufada a una máquina toda la eternidad. El quid de la cuestión era que el poder del placer palidecía en comparación con otros aspectos de la experiencia

humana. Los retos, por ejemplo, con su adictivo riesgo de fracaso y exclusión, así como la euforia que uno sentía al superarlos. La sensación de que fuera de ti existía un mundo que daba acceso a cierto grado de descubrimiento pero te retenía dentro de sus fronteras y te ofrecía un sentimiento de pertenencia. La promesa de un futuro luminoso y resplandeciente hacia el que encaminarte. Esas eran las cosas por las que la gente renunciaba voluntariamente a lo que la sociedad consideraba un sólido apego a la realidad.

También cayó en la cuenta de que el ejemplo había quedado desfasado por cuanto no anticipaba del todo el futuro tecnológico, que divergía de lo que su autor había imaginado. El tiempo había demostrado que, en realidad, no hacía falta tomar la decisión consciente de enchufarse de forma casi permanente, sino que las distracciones tecnológicas llegaban a ti sin que te dieras cuenta y se colaban por los resquicios de la conciencia. ¿Acaso la vergüenza que la gente sentía respecto a la cantidad de tiempo que pasaba delante de las pantallas nacía de saber que no derivaba de una decisión consciente? Sin embargo, ese sentimiento de culpa brillaba por su ausencia entre sus compañeros de trabajo, que tomaban decisiones sin la menor dificultad y, por eso mismo, no parecían vivir instalados en la hipocresía que a menudo la irritaba en otras personas. No solo conocían y admitían sus pasatiempos y deseos, sino que se entregaban a ellos sin reservas. Cuando no estaban inmersos en esos pasatiempos, también expresaban sin tapujos su deseo de compañía, su necesidad de conversar. Aunque los juzgaras exclusivamente según los baremos de la productividad capitalista, eran pragmáticos, tenían espíritu de equipo y se dedicaban en cuerpo y alma a su trabajo. No pocas veces llegó a la conclusión de que parecían mantener la relación más sana con la fantasía de cuantas había visto: tenían menos números que nadie para caer en un abismo escapista y no volver a salir de su dormitorio, según la supuesta trayectoria de todo *gamer* una vez que perdía el control sobre sus propios impulsos. Es cierto que seguía teniendo dudas sobre determinados aspectos del universo de los videojuegos que no se habían disipado del todo al conocer el contexto más de cerca, en particular sobre las políticas de género, la representación

heteronormativa de las relaciones amorosas y la priorización de luchar y vencer, un planteamiento que consideraba imperialista y tedioso. Sin embargo, no creía que en ese aspecto los videojuegos se distinguieran demasiado de gran parte de las películas y los libros que la gente consumía, muchos de los cuales accedían a la esfera de la alta cultura. No, lo que comprendió entonces fue que, si bien el desprecio por los videojuegos era un sentimiento complejo, estaba claro que se dirigía menos al contenido o la forma de esos pasatiempos que a la participación –o, mejor dicho, la ausencia de participación– en un proyecto de vida socialmente aprobado. En otras palabras, en su formulación más visceral e instintiva, se trataba sobre todo de una sospecha dirigida contra el deseo de reclusión y, como sucede con la mayoría de las reacciones viscerales, ese supuesto deseo de reclusión no se había examinado a fondo. La cuestión no era quién se distraía hasta el punto de adormecer sus sentidos, porque la respuesta a esa pregunta era casi todos nosotros, sino a quién se obligaba a cargar con ese estigma social.

Sucedió un lunes por la mañana, mientras Aslan iniciaba uno de sus interminables informes del fin de semana, contando que una amiga escocesa había venido de visita a su casa y era furra, así que la había acompañado a una convención *furry* en Leipzig, motivo por el que estaba tan cansadito –su vocabulario era por lo general inquietantemente infantil, y prefería decir que estaba «cansadito» a que no se tenía en pie de sueño, por ejemplo–, y, mientras él peroraba sin parar, ella comprobó que le provocaba no solo irritación, sino también una especie de desdén y algo rayano en la repugnancia, aunque lo disimuló lo mejor que pudo y, fingiendo genuina curiosidad, le preguntó si había ido disfrazado de león; supo que había valido la pena el esfuerzo cuando la cabeza de Angus desapareció súbitamente tras la mampara divisoria en un gesto que, como ella había tenido ocasión de comprobar, le permitía esconder una inoportuna carcajada, y fue entonces, mientras digería ese sentimiento de repulsa, cuando por primera vez se planteó una reflexión sobre el escapismo. ¿No generaban un tipo de aversión específica las actividades que sumían a sus participantes en la lógica de la transformación personal? ¿No generaban un grado especial de

animosidad las actividades en las que no eras un simple espectador, sino que te invitaban a imaginarte como un ser ajeno a ti mismo, una animosidad que se extendía a cualquier empresa que amenazara con desestabilizar el carácter fijo del yo y su forma de presentarse ante los demás? Por supuesto, la mayor parte de las formas de arte narrativo te sumergían en un entorno particular y te animaban a sentir empatía por los personajes que lo habitaban, pero otra cosa era aspirar a sentirte *de veras* identificado con ellos, a querer salir *de veras* de ti mismo. Desplazar una serpiente o unas hileras de frutas de aquí para allá en la pantalla del móvil era una cosa, pero querer, necesitar creerte un guerrero medieval que se enfrenta a un dragón resultaba infinitamente más lamentable. Llegar al fin de semana y disfrazarte como un personaje de videojuego o un animal de peluche, y a veces incluso follar vestido así… Cómo de mal tenías que estar para que te fueran esas movidas. Daba mucha grima.

Ella era capaz de articular y creerse esta clase de pensamientos, y ahora mismo se los creía, desde luego, mientras Aslan parloteaba sobre los disfraces de la convención *furry*, sobre los dos terianos suecos a los que había conocido –uno era un tigre bebé y el otro, un collie–, gente majísima y con la que había intercambiado datos de contacto, así que confiaba en volver a verlos. En realidad nunca paraba de hablar, era como si ni siquiera se le pasara por la cabeza que lo que estaba diciendo pudiera no interesar a quienes lo rodeaban. Sin embargo, cuantas más vueltas le daba, más comprendía que allí había algo que no acababa de cuadrar. Si el verdadero escapismo consistía en evadirse, en ponerse en la piel de otro, en habitar su identidad durante un rato, ¿no era de cajón que resultaría más atractivo para aquellos cuyas identidades preexistentes se habían vuelto inhabitables, que el placer de escapar podía deberse a diversas razones, pero que las capas dominantes de cualquier sociedad tendrían menos motivaciones para liberarse de ese modo, que experimentarían en menor medida el lastre de ser quienes eran? O tal vez, por el contrario, les supusiera un gran lastre, un lastre tremendo, encarnar el papel que se les había impuesto, pero por otra parte, al desear con todas sus fuerzas liberarse de ese papel, se exponían a que los reasignaran a la

categoría de los débiles, de los que no sabían ocupar su lugar. Qué perverso todo, ¿no? Ella, claro está, entendía los juicios morales sobre la irresponsabilidad de eludir los compromisos adquiridos –el trabajo, la familia–, pero ¿por qué sentíamos repulsa hacia quienes se las arreglaban para respetar esos compromisos pero a veces –o a menudo– también querían ser otra persona? ¿Acaso no era ese rechazo un ejemplo claro de criminalización de los marginados?, ¿acaso no construíamos el concepto de repulsa para no tener que enfrentarnos al hecho de que, en realidad, estábamos castigando a quienes eran diferentes, a quienes se había hecho creer que no deberían aspirar a ser quienes eran? Eso sí, en última instancia, había pocos ámbitos en los que esto no pudiera aplicarse, pensó a renglón seguido. A nadie debería sorprenderle que la opinión pública predominante fuera en realidad una prolongación del patio del colegio, y sin embargo resultaba sorprendente. Lo que veíamos como escapismo puro y duro implicaba la existencia de una realidad de la que había que escapar, algo aterrador y, por tanto, objeto de burla.

Cuando vio a Aslan riendo a carcajadas mientras el resto de sus compañeros lo chinchaban sin mala intención a cuenta de su novia furra, recordó con un sobresalto que casi se había enamorado de él aquella primera noche, y la idea la dejó helada. Él vivía en un mundo distinto al suyo, pensaba cada vez que echaba un vistazo a su escritorio, siempre sembrado de envoltorios de los Toblerone que desayunaba cada día sin excepción; llevan turrón dentro, le decía con una sonrisa todas las mañanas, pura proteína. Pero esas dos últimas semanas, siempre que le venía esa idea a la mente, otra le salía al paso y le decía que, en cualquier escala mensurable de escapismo, ella representaba un caso bastante más preocupante que él, que cualquiera de ellos. No solo porque la narrativa en la que se había sumergido fuera una especie de romance de lo más predecible calcado tal cual de los archivos Austen, los archivos Disney, los archivos Hollywood, ni porque hubiese brotado inexorablemente en su conciencia con una intensidad y una desesperación que la desconcertaban –al punto de que no le parecía algo elegido voluntariamente–, sino porque esa narrativa compartía escenario de

forma ininterrumpida con su vida cotidiana, de modo que sentía flaquear su conexión con la realidad. La alegre y pragmática separación entre fantasía y vida real que sus compañeros manejaban sin problemas se le antojaba cada vez más inalcanzable.

Un detalle en particular se convirtió en piedra de toque de todas sus inquietudes sobre el territorio a la deriva en que se había convertido su mente. Más o menos cuando se dio cuenta de que no podía almorzar con el equipo cada día, de que no podía trasladarse de un edificio sofocante a otro para pasar cerca de una hora hablando de videojuegos, so pena de que una parte fundamental de su ser acabara sufriendo daños irreparables, empezó a llevarse el almuerzo de casa como una excusa para comer sola. El lugar elegido fue un conjunto de bancos situados a intervalos regulares a lo largo de un recóndito sendero que quedaba a cinco minutos a pie de la oficina, no muy lejos de la parada del tranvía. Fue en su segunda o quizá en su tercera pausa para almorzar cuando lo avistó, un par de bancos más allá, acabando su comida. Su primera reacción fue preguntarse si aquello era real. Por una vez, ni siquiera había albergado la esperanza de un encuentro. ¿Habría empezado a alucinar, la habría hecho enloquecer el amor no correspondido? Pero era él, sin duda, no había nadie que se le pareciera. Nadie más lucía esa gabardina larga ni ese aire taciturno y desgarbado ni esa ingobernable mata de pelo, como un personaje salido de alguna antigua novela rusa. Primero sintió incredulidad, pero enseguida pensó que estaba cantado que sucedería, porque todo lo que tenía que ver con él estaba envuelto en un poderoso halo de inevitabilidad: por supuesto que estaría allí, porque estaban destinados a encontrarse. Y envuelto, también, en una especie de belleza abrasadora. Le escocían los ojos. En cierta ocasión, alguien con quien había salido brevemente en Londres le había dicho que la soledad le sentaba bien, un comentario que entonces le pareció extraño pero que ahora entendía: qué perfecto parecía el hombre del paraguas en ese instante. Parecía destinado a estar solo de un modo que la hizo pensar que estaba indudablemente destinado a estar con ella.

Ni que decir tiene que el hallazgo del sendero de los sándwiches

resultó crucial para su plan de acecho, pues supuso una expansión significativa del limitado espacio en el que tenía alguna probabilidad de encontrárselo. Así surgió una nueva categoría de actividad, consistente en asegurarse de que sus pausas para almorzar coincidieran en el tiempo con las del hombre del paraguas, aunque, en el fondo, no sabía cómo se las arreglaría si eso llegaba a pasar, si sería capaz de sobrevivir a un almuerzo sentada en un banco contiguo al suyo y si sería capaz de masticar y tragar.

Sin embargo, también fue importante en otro sentido. Después de haberlo visto un par de veces en ese sendero –y de haber pensado que no era solo la soledad lo que le sentaba bien, sino ese lugar propiamente dicho, el banco, la hierba y la onírica artificialidad del espacio en sí– se topó de pronto con un recuerdo. No vio cómo se formaba, no fue una acumulación gradual que pudiese haber desechado fácilmente como producto de una fantasía. Fue como doblar una esquina y encontrar el recuerdo allí plantado, firme e inamovible como un tronco que le impidiese el paso, perfectamente integrado con cosas que ella sabía que eran ciertas. El recuerdo databa del día de la entrevista y empezaba así: le daba tanto miedo llegar tarde que se había plantado en la parada del tranvía media hora antes de tiempo. Eso era cierto, es decir, estaba tan segura de ello como de cualquier otro recuerdo que diera por bueno. También sabía que, tras averiguar dónde estaban las oficinas, había buscado un lugar en el que sentarse un rato. Al ver un destello de verde, había enfilado el sendero, y hasta ahora no había caído en la cuenta de que era el mismo lugar, pero ahora comprende que no podía ser otro, pues era el único espacio verde de los alrededores. Y, allí sentada en el banco, el recuerdo se activó: lo había visto. Entonces no tenía ni idea de quién era, por supuesto, ni de para qué empresa trabajaba, pero había reparado en él de un modo que se resistía al lenguaje verbal, demasiado prosaico y al mismo tiempo abrumador para traducirlo a palabras, pero, en caso de verse obligada, arrastrada hasta un micrófono, susurraría: uno de los míos. Solitario y taciturno, con un aire levemente atormentado: sin duda había extraído cierto consuelo de su presencia, eso era lo que le decía el recuerdo. Y luego, según iba invadiendo su mente, ese recuerdo

empezó a decir más cosas, se volvió cada vez más parlanchín. Con el tiempo, se animó a soltar comentarios del tipo: en el fondo, ese fue el motivo por el que aceptaste el trabajo, fue eso lo que te atrajo de este sitio, su presencia. Vale, de acuerdo, no habías formulado nada tan fantasioso como una conexión preexistente entre vosotros, pero lo miraste y pensaste que si vivieras aquí habría personas como tú, de carácter afín al tuyo, que no todos serían *gamers* (había decidido que el hombre del paraguas no podía ser un *gamer*). Los días en que no se molestaba en controlar sus pensamientos, dejaba que el recuerdo le lanzara ideas aún más descabelladas. Que si era el destino, que si la fuerza gravitatoria entre ellos era tan poderosa que los había hecho coincidir, sin nadie más alrededor, en medio de la hierba, el mismísimo día de su llegada. O podía dejar que su parte racional tomara las riendas y dijera: vale, puede que pasara realmente así, y entonces ese hecho habría sido el origen de todo, la sensación de conocerlo, de familiaridad: nada más que el recuerdo reprimido de haberlo visto antes, en esa única ocasión.

¿Qué era cierto y qué no? No lo sabía. Ese era precisamente el problema, que no tenía ni idea de si estaba ante un recuerdo real o si lo había creado ex profeso, algo que le resultaba profundamente inquietante. Se le antojaba posible que hubiese encontrado una trampilla por la que se había deslizado hacia el vertiginoso reino del subconsciente, en el que nada podía descartarse porque todo sucedía según la lógica de los sueños. Se estaba bien allí, eso no podía negarlo, pero nunca había tenido motivos para dudar, o no hasta ese punto, del funcionamiento de su mente y su memoria, por lo menos cuando estaba sobria. Se dijo que en eso debía de consistir el verdadero escapismo y que el lugar al que uno se escabullía no era un oasis de plenitud y bienestar.

Además, pese a sus constantes devaneos mentales, no había logrado entregarse por completo a la existencia onírica. También tenía una vida real que sostener, un trabajo en el que no había gran cosa que hacer. Una vida en la que contrajo candidiasis y en la que acudió sola a la consulta del ginecólogo, y mientras estaba tumbada y con las piernas encajadas en los estribos, él le levantó la camiseta, le bajó el sujetador y le estrujó los pechos. Después, cuando lo

buscó en Google, descubrió que era normal que los ginecólogos te estrujaran los pechos para descartar que estuvieran inflamados o algo así, no lo recordaba, era aterrador lo poco que tardaba en olvidar la información que no se acomodaba a sus propósitos o, mejor dicho, lo mucho que revelaba acerca de sus propósitos, es decir, nada que ver con la acumulación de conocimientos. Sin embargo, no podía deshacerse de ese recuerdo, de la brusquedad con que el médico la había tratado, le habría gustado que le anunciara sus intenciones, que no diera la impresión de estar disfrutando mientras lo hacía, pero por entonces su dominio del alemán seguía siendo poco menos que nulo y seguramente pudiera achacar lo sucedido –y el resto de las interacciones que le dejaban una amarga sensación de fracaso– a esa circunstancia. En cualquier caso, descubrió que su inquietud al respecto, el estrés de intentar saber si había sido víctima de un abuso y descubrir que no, que todo estaba en orden, le hizo desear que alguien la abrazara con una intensidad que no recordaba haber sentido desde hacía mucho tiempo, desde que era niña, pero no tenía a quien pedírselo. Y, desde ese lugar de lucidez y sobriedad, contempló lo que estaba haciendo, las complejas maquinaciones relacionadas con el tranvía y el banco que acaparaban su conciencia, y pensó que, en el fondo, no estaba haciendo ningún avance, o no más allá de ese mundo al que se enchufaba de forma esporádica, en el que todo parecía destinado a confluir en un final extático

TOGETHER
IN ELECTRIC DREAMS

Otra manera de expresar la locura que la afligía consistía en decir que ese encaprichamiento había hecho que su mente se expandiera hasta abarcar el mundo entero, de manera que, cuando recibió el correo electrónico que anunciaba la fiesta de Navidad de la empresa, fue como si una idea brillante hubiera germinado en lo más profundo de su ser. Había dos fiestas al año, se lo habían dicho tantas veces

que había perdido la cuenta, la de verano era la más importante, por lo general temática, y el año anterior se había producido un incidente con alguien que había vomitado dentro de una bolsa en el autobús y luego había cogido la camisa de otra persona para limpiarse la cara, y cuando se lo contaron asintió y sonrió como si le interesara, y al principio creía que debía involucrarse en ese tipo de tradiciones empresariales que tanto entusiasmo parecían despertar, pero ahora lo único que le importaba era esa fiesta en la que por fin se encontraría en la misma habitación llena de gente sudorosa que el hombre del paraguas. La celebración tendría lugar en una parte de la ciudad que por lo general no frecuentaba, en un bar llamado Il Destino a cuyas proféticas connotaciones se aferró con uñas y dientes.

En Londres se habían reído de ella cuando contó que se mudaba a Fráncfort. ¿Pudiendo irte a Berlín?, le decían, y añadían que Fráncfort era una ciudad aburrida, culturalmente pobre, la capital financiera, pero más allá de eso todo giraba en torno a la familia y, en general, era una ciudad poco atractiva para quien tuviera un alma artística. De hecho, creía haber descuidado la parte artística de su alma desde que había llegado, o al menos la parte explícitamente cultural. Ahora era el tipo de persona que iba de casa al trabajo y pasaba el resto del tiempo deambulando por el barrio o paseando junto al río, disfrutando de largos paseos como si hubiese caído presa de un parásito que mantenía sus extremidades en constante movimiento, escuchando música sin parar, sumergiéndose en la letra de las canciones, y que, mientras caminaba, solía pensar que Fráncfort era una ciudad sumamente interesante para recorrer a pie, un buen telón de fondo para su soledad y su confusión, una ciudad amena y dramática, aunque no de un modo alienante.

Desde que tenía esa fijación, lo vivía de un modo especialmente intenso: creía estar en el entorno adecuado para que todo esto sucediera, un entorno que le brindaba cuanto necesitara, aunque no sabía muy bien si atribuirlo a la ciudad en sí o al mundo en general, pues tenía la sensación de que ambos eran sus cómplices, ambos le generaban vértigo, pero no tanto como para que se considerara incapaz de dejar huella, una huella que en su caso consistía en

cumplir con su destino. Por eso no había puesto los ojos en blanco con gesto irónico al oír el nombre del bar, y de hecho había pensado, sin atisbo de ironía, que ese nombre le iba que ni pintado al espacio donde su destino se haría por fin realidad.

Sin embargo, cuando llegó allí, más arreglada que de costumbre, él no estaba, y al instante pensó que era de esperar: es demasiado guay para venir a una fiesta tan cutre. O tal vez sea demasiado tímido. O bien se ha ido a Francia porque tenía un plan mejor. Era capaz de formular numerosas hipótesis al momento, como si ya las tuviese preparadas, y solo servían para volverlo aún más atractivo. Tomó unas copas con sus compañeros de equipo, entre los que había un recién llegado que cogió una cogorza monumental y que, pese a haberse criado en Inglaterra en el seno de una familia occidental, de repente se negó a hablar ninguna lengua que no fuera el japonés; era en momentos como ese cuando caía realmente en la cuenta de dónde trabajaba, no solo porque pudiera suceder algo así, sino porque se consintiera. Intentó imaginar que pasaba en otro lugar, la lluvia de insultos que le caería encima, pero a lo mejor así funcionaban los lugares de trabajo: uno toleraba –o fingía tolerar– las idiosincrasias ajenas. La diferencia, pensaba a veces, era que, en el fondo, muchos de sus compañeros no veían nada reprobable en actitudes como esta. En cierto sentido eran más generosos, más tolerantes, quizá porque desde pequeños se habían sentido señalados como bichos raros, porque se habían criado a cierta distancia de la crueldad reinante o quizá porque habían sido víctimas reiteradas de esa crueldad y eso les había enseñado a no ejercerla.

El hecho de que no dudara en tildar esa actitud de infantil e intolerable, de que creyera que había que meter en vereda a ese chico, tal vez fuera señal de que no era tan friki como creía, de que no era consciente de hasta qué punto había interiorizado la ética de los guais, no lo sabía, no le gustaba pensar en esas cosas, cuando lo hacía acababa convenciéndose de que en realidad no encajaba en ningún sitio, de que nunca había encajado con nadie, salvo con el hombre del paraguas, pero él no estaba allí porque era demasiado guay, así que seguramente tampoco encajara con él, todo aquello era un error, ir a esa fiesta había sido un error. Quizá para conjurar

la sensación de haberse equivocado, se lanzó a la pista de baile, que estaba desierta salvo por ella y Katrina, una chica del equipo alemán que salía con Gabe, pero le dio absolutamente igual que no hubiese nadie más bailando. Bailar no era como el karaoke, pero le gustaba mover el cuerpo y, aunque no le gustara su cuerpo, le gustaba más si estaba en movimiento. A un lado de la pista de baile reconoció al coordinador de pruebas alto y delgado con el que había hablado aquella vez, el mismo al que había ido a ver a la planta en la que trabajaba el hombre del paraguas. Qué bien viste, se descubrió pensando, y se preguntó si ese pensamiento se le habría ocurrido en caso de trabajar en un lugar que no fuera una empresa de videojuegos, donde por lo general se respetaba un nivel básico de higiene personal pero la gente no se esmeraba en vestirse ni en peinarse, sino que se contentaba con no tener caspa. El coordinador de pruebas estaba hablando con un colega, y de pronto se fue derecho a ella. Caminaba un poco como si estuviera en una pasarela, pensó o recordó haber pensado antes ella, y la miraba con intensidad, había algo leve y felino en esos ojos. Ella miró hacia atrás para ver quién había a su espalda, suponiendo que se dirigía a esa persona, y de pronto lo tenía plantado a su lado

Hola, dijo el hombre elegante. Me gusta tu estilo.

Vaya, pensó ella al instante, qué cosa más rara de decir. Y entonces él se presentó de nuevo.

Ella habría de volver una y otra vez a ese instante para estudiarlo con detenimiento y llegar a verlo como un perfecto microcosmos de la relación que acabarían manteniendo. No fue algo único: más adelante habría infinidad de microcosmos similares, instantes decisivos en los que ella tendría que haber sabido que lo suyo no saldría bien, instantes en los que supo, más allá de toda duda, que lo suyo no saldría bien. Pero la dejaba sin palabras pensar que ya entonces, en la primera interacción que tuvieron fuera del trabajo, la segunda en total, todo quedara plasmado, como una diminuta maqueta que cupiese en la palma de la mano. El hombre elegante se le había acercado para decirle algo supuestamente audaz y romántico, para demostrar su determinación, cosa que a ella le pareció cursi y desconcertante a la vez, como si tuviera delante a un

ente alienígena sin la antena necesaria para decodificar sus mensajes, lo que le impedía contestar y le provocaba la insoslayable sensación de que se estaba perdiendo algo. Solo meses después, cuando él le dijo que para entonces ya había llegado a la conclusión de que ella le gustaba, creyó entenderlo un poco mejor. No era solo que hubiese un desequilibrio de emociones, sino que ese desequilibrio le impedía vivir la experiencia como un intercambio de ningún tipo. *Había decidido que me gustabas*: incluso mientras escuchaba y, con aire meditabundo, sonreía ante esas palabras, se preguntó por qué no despertaban en ella placer alguno, cómo podían resultarle tan ajenas. Por qué parecían tan acordes a eso que solía sentir cuando estaba con él, algo que era difícil de describir sin echar mano de adjetivos demasiado melodramáticos. Ganas de gritar, de romper las ventanas, de huir. Así se siente la gente en las obras de Ibsen, se decía, no es propio de una mujer moderna que puede decidir si quiere formar parte de una relación. Pero ahí estaba, y, cuando se encontraba atrapada por la claustrofobia de ese vínculo, algo que pasaba a menudo, se permitía volver mentalmente a ese primer instante y creía ver cómo ese sentimiento de fatalidad se alargaba hasta el presente.

Luego, con el paso del tiempo, se añadió otra capa a sus reflexiones sobre ese instante, la capa del hombre del paraguas y de su pasión solipsista; llegó a usarla como una proyección de lo que podría haber pasado si hubiese tenido la oportunidad de hablar con él en esa fiesta, y en este contexto funcionaba, en todo caso, como un antídoto contra el pesar: la prueba de que, en realidad, también esa ilusión estaba condenada al fracaso. No es que se le hubiese ocurrido usar aquella misma frase con el hombre del paraguas –para empezar, no era su estilo lo que la atraía, o no particularmente, salvo que por estilo se entendiera todo lo que era una persona–, pero, al margen de lo que le hubiese dicho en esa fiesta, sin duda habría sonado igual de raro, porque ella también había decidido ya que él le gustaba, sin tener absolutamente nada en lo que basarse para llegar a esa conclusión, y eso ya generaba extrañeza por sí solo.

Se quedaron allí un rato más, moviendo las rodillas en la pista de baile desierta, hasta que la música se volvió insoportable y se

reunieron con el equipo británico. Katrina la miraba con las cejas arqueadas desde que el hombre elegante se le había acercado, al punto de que se descubrió deseando que nadie más hubiese escuchado ese comentario sobre el estilo; quería mantenerlo en secreto para fingir que no había sucedido, pero ahora ve que las cejas de Katrina se arquean de nuevo y no bajan, se le dilatan las pupilas y, acto seguido, el hombre elegante vuelve a plantarse a su lado. Resulta que es artista y que le encanta la filosofía, así que se quedan allí de pie, en el bar del destino, que es una mierda, hablando sobre Wittgenstein, y ella comprueba que, en la distancia corta, él sigue pareciendo aseado y elegante, muy atractivo, si bien de un modo que parece milagrosamente desconectado de ella. Esto no puede ser real, ¿verdad?, siente ganas de decirle a alguien en un aparte, a cualquiera que pueda entenderlo, es decir, a nadie: no es real, ¿verdad? Él le habla en un tono tan serio y formal que casi parece caricaturesco, y ella piensa: deseaba con todas mis fuerzas esta clase de intensidad, pero esto es demasiado, llega demasiado pronto, parece una trampa que alguien ha concebido pensando en ella. Le cuesta asimilar que le guste de veras, que el hombre elegante esté coqueteando con ella. ¿Tal vez sea porque no siente nada? Pero ¿qué sentiría si estuviera sintiendo algo? De hecho, la única señal de que lo que está pasando es real son las cejas arqueadas que sigue vislumbrando entre la multitud y el gesto ceñudo con que los mira uno del equipo británico al que siempre se le van los ojos hacia sus tetas y que se pone de los nervios cuando se quedan los dos a solas en la cocina del personal. A instancias del hombre elegante, rodean la barra para alejarse de un grupo de gente ruidosa que tienen detrás, y es entonces cuando ella ve al hombre del paraguas. Se le corta la respiración, y el aire retenido en su pecho se convierte en algo más grande, un pajarito que se ha tragado por accidente. Cuando rememora esa escena ahora que todo ha pasado, la ve como un palimpsesto, como si una multitud de escenas separadas entre sí se disputaran el protagonismo, lo que la lleva a concluir que la escena se fue reescribiendo en los sucesivos sueños que tuvo con él desde entonces, infinidad de sueños en los que ella está en un bar y lo busca con la mirada, y al pensar en ellos

repara por primera vez en el hecho de que todos son permutaciones de esa escena; aunque la distribución de los bares sea diferente, aunque algunos sueños transcurran en bosques y otros en estaciones de tren, y casi todos en espacios fronterizos, hay algo que tienen en común. Todos esos sueños han retroalimentado su memoria, que ahora está entretejida y enmarañada en una red de escenas fragmentarias y relatos fracturados, cargados de significado, que han alcanzado la condición de mito, lo que no deja de tener su gracia, dada la absoluta banalidad con que describen lo sucedido: ahí está el hombre del paraguas, sentado a la barra, solo, inclinado hacia delante, borracho, fuera de lugar y a la vez cómodo pese a ello, hablando entre risas con el camarero. Su presencia es un puñetazo en el estómago, la súbita angustia de saber que ha hecho lo que no debía, que se ha subido al barco equivocado. Y que él la ha visto. Quizá no sepa quién es ella, pero aun así la ha visto allí, hablando sobre Wittgenstein con ese hombre bien vestido, y ahora no hay vuelta atrás, no puede deshacer el ridículo. Además, ha venido solo, quién sabe si estaba esperándola, no lo parecía, desde luego, pero el caso es que todo sería distinto si se acercara a él ahora, se ha maleado a sí misma, y todo porque no ha tenido paciencia, porque estaba desesperada, porque su corazón no es lo bastante puro, aunque en realidad sí lo es, objeta para sus adentros, su corazón no ha participado en esta velada hasta ahora, cuando ya es demasiado tarde, francamente, francamente. Ja, ja, ja, ja, ríe el hombre del paraguas mientras habla con el camarero, y tiene la impresión de que se ríe de ella, ¿por qué cree conocerlo de ese modo?, ¿por qué cada vez que lo ve experimenta una profunda sensación de reconocimiento? Si no fuera por eso, estaría divinamente

DIRTY DREAM
NUMBER TWO

En cierta ocasión había tenido una conversación con un amigo músico de Londres que se le quedó grabada en la memoria, separada de los recuerdos que la rodeaban y que habían quedado archivados en cajas clasificadas por orden cronológico, de manera que el recuerdo de ese intercambio se mantenía a la vez vívido y extrañamente atemporal. Por más que lo intentara, no podía precisar en qué momento había sucedido. Sabía que estaban en un pub y que ella le había hablado de una experiencia pasada, quizá de la vez que, en el bar en el que trabajaba, entró un hombre que olía exactamente igual que su ex y se inclinó sobre la barra y le cogió la mano sin mediar palabra y ella se sintió muy rara, y varias copas después ese hombre y sus amigos prendieron fuego a una chaqueta de poliéster en el suelo del pub y se dieron a la fuga, y entonces se armó un gran revuelo porque tuvieron que llamar a los bomberos, pero lo que ella recordaba era la poderosa sensación de reconocimiento mutuo que pareció envolverlos y atraparlos a ambos, ese hombre también lo había sentido, no podía ser casualidad que alargara la mano en su dirección y la tocara. Pero también era posible que estuviera enfocándolo mal, que solo fuera la forma que tomaba la atracción, la sensación que inducía. Su amigo guardó silencio un instante, como acostumbraba a hacer cuando escuchaba algo complejo: no se lanzó a comentarlo directamente, sino que hizo una pausa y luego, a media voz, dijo que, cuando se iba de gira, a menudo le pasaba que creía experimentar un flechazo. De entrada lo parece, dijo él, recordaba perfectamente sus palabras, hasta que, al cabo de un tiempo, me doy cuenta de que lo que pasa es que conozco a esa persona. ¿Qué quieres decir? Quiero decir que la conozco de antes, pero en ese momento no lo recuerdo, y lo percibo como un flechazo, a veces bastante intenso. Ella creía recordar esa conversación sobre todo por lo que sucedió entonces, por cómo se vio sacudida por una extraña descarga eléctrica que vino acompañada de una oleada de gratitud y asombro, tanto por el intercambio en sí como por el tipo de amistad que daba pie a esas conversaciones, el tipo de amistad en la que te estaba permitido decir cosas de lo más estrafalarias y, al hacerlo, tocar lo que parecía una verdad trascendental que, de otro modo, nunca habrías podido

alcanzar. Recordaba haberse sentido maravillada al constatar que, entre los dos, habían llegado al corazón del mecanismo del flechazo, esa sensación de reconocimiento de la que tanto costaba hablar, que tanto se parecía a la atracción. Sin embargo, muy a su pesar, recordaba vívidamente su propia reacción, pero no el rumbo que había tomado la charla a partir de esa revelación. ¿Habían hablado de por qué les costaba tanto hablar de ello? ¿Tal vez les daba miedo pensar en lo que significaba esa familiaridad que, al margen de cómo se interpretara, no presagiaba nada bueno? Pasada esa oleada de gratitud, su recuerdo se difuminaba y, cuando intentaba reavivarlo, solo encontraba un vacío.

A ella le daba miedo, desde luego. Esa poderosa sensación de reconocimiento le provocaba escalofríos, era tan asombrosa que empezó a rebuscar en su mente para averiguar a quién podría parecerse el hombre del paraguas. Al hacerlo intentaba evitar el golpe desgarrador de descubrir, años después, que en realidad todo había sido una equivocación, que simplemente lo había reconocido de una ocasión anterior, que le recordaba a algún conocido. Por encima de todo, quería evitar la revelación de que la persona a la que le recordaba fuese su padre o su madre o su hermano o su ex o cualquier otro individuo tan obvio como fuera de lugar, una similitud que demostraría más allá de toda duda lo mal que estaba de la cabeza, así que, de vez en cuando, repasaba mentalmente las imágenes de todas aquellas personas con las que sería impensable tener un flechazo, por si acaso.

Sin embargo, cuanto más obsesivamente se empeñaba en comprobarlo, más sospechaba que de nada servía chapotear en las aguas superficiales de la conciencia, que por ese medio nunca llegaría a comprender cómo funcionaba esa sensación de familiaridad. Tenía que ser paciente, esperar a que emergiera, reptiliana y decidida, desde las profundidades de su mente, tal como había hecho la propia obsesión. De hecho, casi una década después, de un modo casi casual, caminando por la calle, se vería sorprendida por la revelación de que había un parecido evidente entre el hombre del paraguas y un chico con el que había salido a los veintiún años, una relación que la había marcado en más de un sentido, y al darse

cuenta se convenció de que ahí estaba el meollo del asunto y una especie de conmoción le sacudió el cuerpo, a la manera exacta del instante epifánico que siempre había temido. Se detuvo en la calle y se llevó una mano a la boca, como solía hacer cuando recordaba que se había puesto en evidencia la noche anterior bajo los efectos del alcohol o cuando le venían a la mente imágenes de sí misma practicando sexo. Sin embargo, un día después, ya no las tenía todas consigo. La certidumbre se había desvanecido como por arte de magia. La sensación que tenía cuando pensaba en él, se dijo entonces, debía de tener otro origen, pero cuando intentaba atraparla desaparecía convertida en abstracción, como un roedor que se escabulle hacia la cálida oscuridad de su madriguera

EVERYTHING MERGES WITH THE NIGHT

Tal vez sea judío. Ese era otro razonamiento que a veces se presentaba como la explicación de todo. No solo de la sensación de reconocimiento, sino de todo aquello que tenía que ver con su propia presencia en ese país. Un viaje en pos de lo perdido, de una sensación de pertenencia que en realidad nunca había experimentado y que le permitía fantasear con una monumental y desenfrenada motivación inconsciente, hasta que se hacía tan inmensa y absorbente que no tenía manera de saber si había en ella algo de veracidad. De vez en cuando pensaba en el principio de verificación que había estudiado en Filosofía, que afirmaba que algo solo puede considerarse verdadero si hay algo capaz de demostrar su falsedad, y sabía que, en parte, el atractivo de esa hipótesis residía en que ni siquiera era posible falsificarla de una forma verosímil. Había viajado hasta allí acudiendo a la llamada de sus ancestros, en busca de cierto tipo de afinidad que nunca había experimentado, que no había podido experimentar precisamente por aquello que la unía a sus ancestros o algo así. Todo valía. Y, no obstante, tampoco podía considerar que todo fuera una sarta de

paparruchas. Para su sorpresa, había descubierto que en Fráncfort, más que en cualquier otro lugar en el que hubiera vivido hasta entonces, tenía la impresión de cruzarse por la calle con gente que se le parecía, y eso despertaba algo en su interior, algo irreprimible. Se había acostumbrado a pensar que, como persona caucásica y sin discapacidades criada en el Reino Unido, era absurdo que experimentara la nítida noción de ser físicamente distinta a los demás y, cuando hacía falta, la atribuía a su torpeza de movimientos y a una afección cutánea que había tenido, dos factores que seguramente habían agravado su sensación de soledad. Sin embargo, aunque esto fuera cierto, el inesperado efecto de cruzarse por la calle con gente que se parecía a ella y a sus familiares, no solo en el pelo y el color de la piel, sino también en la estructura ósea, parecía invalidar ese argumento falaz. Eso era lo que se sentía al reconocerse en otro, ese era el sentimiento instintivo de seguridad que generaba, por más que racionalmente supiera que no significaba nada, y el hecho de que le provocase una sensación tan intensa era en cierto modo la prueba de que nunca hasta entonces la había experimentado. De haber podido elegir, habría querido experimentarla antes. No solo porque percibía a su alrededor el legado de la historia de su abuela de un modo que nunca había sentido en su Reino Unido natal, sino porque era como si el pasado alargara los brazos para tocarla y despertara en ella la inexplicable sensación de ser más real por estar unida a él.

Igual de inexplicable era la forma en que asociaba al hombre del paraguas con la sensación de que te llaman desde un lugar en el que nunca te habías fijado pero que resulta ser tu hogar. La piel que parecía pálida y morena a la vez, los ojos verdes y el pelo oscuro y rizado. Mentiría si afirmara que su nombre despertaba en ella algún tipo de familiaridad; de hecho, lo que le evocaba era una intensa extrañeza que, sin embargo, convirtió en una pantalla sobre la que proyectar sus hipotéticos orígenes en una parte del mundo similar a la suya. O quizá fuera de Oriente Próximo, que también parecía resonar con los irresistibles ecos del destino. En un momento dado, descubrió que la parte de la ciudad en la que había dado por hecho que él vivía basándose en el lugar en el que hacía transbordo, una

parada cuyo nombre llegó a amar e idealizar por asociarla con él, había sido también el nombre de un famoso campo de concentración situado a las afueras de Berlín, y esta revelación la dejó no solo atónita, sino también sobrecogida, como si hasta eso fuera una confirmación de lo que intuía. Más tarde, al reflexionar sobre esto, se preguntaría por qué no se había avergonzado de su ligereza mental, de vivir inmersa en esa quimera romántica en la que no dudaba en poner el pasado al servicio de una mejor versión de su historia de amor. Se preguntaría si nunca se le había ocurrido que lo que estaba haciendo, en realidad, era explotar el pasado de su familia en beneficio propio, si no se sentía asqueada por su propia frivolidad. Sin embargo, lo cierto es que, visto desde dentro, nada de aquello le parecía frívolo. No sabía apenas nada ni sentía gran cosa respecto a su historia familiar y las tragedias que la habían marcado –lo que sentía, en realidad, era que no tenía derecho a sentir nada por vivir tan desconectada de esa historia familiar–, pero, si él había emergido de su inconsciente como parte de su pasado, como la historia a la que no quería enfrentarse, y trataba de acercarse a él, entonces era posible que, por una vez en la vida, fuera bien encaminada. ¿Podría ser eso lo que le estaba diciendo ese sentimiento de familiaridad? Acércate más. En cualquier caso, mejor eso que pensar que deseaba a su padre en secreto

IT TAKES A LOT TO LAUGH
IT TAKES A TRAIN TO CRY

Lo impensable ocurre de nuevo en su primera cita. El hombre elegante no se anda con rodeos, por lo que se ve, y hay algo en esa seguridad que resulta casi irresistible. Casi irresistible es también la noción de que hay alguien con quien se cree compatible en muchos sentidos, alguien con quien comparte intereses, películas, libros, música, alguien que se interesa de veras por ella, que le va detrás sin disimulo, que la invita a tomar vino a orillas del río cuando salen de trabajar. Casi irresistible es también la sensación de que esto es

una historia de amor, algo que nadie dudaría en calificar de romántico. Lo que todo el mundo desea para sí mismo y para los demás, y no la oscura trampa de una fantasía irrealizable. Sería de tontos rechazarlo por la obsesión con una persona con la que nunca ha hablado, en realidad, y no quiere ser tonta, lo que quiere es que la quieran. Quedan en la parada que hay delante del trabajo y se suben juntos al tranvía que va hasta la ribera, el mismo que llega hasta su casa, y en el preciso instante en que el tranvía se detiene ve al hombre del paraguas en el andén. Pese a sus ruegos, hacía semanas que no ocurría, pero, una vez más, el hecho de estar con el hombre elegante evoca inexorablemente su presencia. Desde el interior del vagón, ve cómo los mira y le resulta insoportable. Nota que se ruboriza de pies a cabeza, el sudor hace que le escueza la piel. No, quiere gritar, esto no está pasando, es un error, he cometido un error, me he subido al tranvía equivocado. Exactamente igual que la última vez, con la diferencia de que ahora está sobria y la situación se prolonga durante lo que parece una eternidad. Ese pensamiento se articula de una forma tan nítida y brutal en su cabeza que apenas deja sitio para remordimientos, para pensar: pero mira que eres tonta. En cierta manera, es un alivio sentir algo tan inequívoco, aunque sus actos lo contraríen.

También es un alivio apearse del tranvía y no tener que seguir viendo al hombre del paraguas, a la persona que le recuerda quién es, y volver a un lugar sobre el que volcar sus aspiraciones, sus grandes, luminosas y holgadas esperanzas. El sol baña la ribera del río. Él ha traído una botella de vino tinto, y galletas saladas Finn Crisp para picar. *22 Kalorien pro Scheibe*. Últimamente apenas prueba el alcohol, dice él. Se apunta a retiros de meditación silenciosa, evita las grasas y los azúcares. Cada movimiento, cada uno de sus músculos, parece tensarse bajo el estricto control que ejerce sobre ellos. ¿Qué pensará de ella? ¿Acaso no ve cómo es? No me imagino habitando mi cuerpo de esa forma, le habría dicho, prefiero olvidar, emborracharme, deambular sin rumbo, y me gusta el karaoke, y sospecho que todo eso me sirve para huir de mí misma. Pero, en vez de decírselo, se lía un cigarrillo sin mucha maña, esperando que su torpeza hable por ella. No fumo desde hace

años, dice él, y procede a liarse un pitillo perfecto. Después del vino la lleva a cenar, le cuenta cosas sobre sí mismo, quiere que ella conozca todas sus facetas. La lleva a una coctelería cuyo letrero consiste tan solo en una franja roja horizontal, lo que da idea de su exclusividad. Llama a un timbre para que los dejen entrar. ¿Cómo es que conoce esos locales si nunca sale? Se sientan cerca de la barra, envueltos en resplandor rojo y oscuridad, y él le habla de la infinita tristeza que anida en su interior, y ella no sabe qué decir. No le disgustan ese tipo de conversaciones, que en el pasado han sido como un imán que la atrae hacia los chicos melancólicos, dependientes, pero no puede evitar sentir que esto de ahora no es exactamente una conversación, sino que ella es la receptora de una especie de anuncio preformulado. No logra apartar los ojos de sus manos, grandes y hermosas, de piel dorada y tersa. Piensa que las manos se comunican mejor con ella. Al cabo de un rato, las toma entre las suyas. Más tarde se recordará esto una y otra vez: fue ella quien dio el primer paso. No es una prueba inequívoca de nada: según cómo la mire, puede significar algo más que atracción, impaciencia, por ejemplo, deseo de que él se obsesione con ella, pero siempre significa que no se quedó indiferente. Que consintió con entusiasmo. Siempre significa que no puede presentarse como víctima, ni siquiera para sus adentros, siempre significa que dio el primer paso y ella solita se metió y luego decidió quedarse en ese jardín. Al salir del bar se sientan en un banco junto al río y se besan, y ella se dice: qué romántico, ¿verdad?, aunque le sigue pareciendo un sueño lejano y se pregunta si no debería sentir algo distinto.

Ha pasado buena parte de su vida convencida de que uno de los rasgos que mejor la definen es su aversión al engaño. Se considera tolerante respecto a muchas cosas, es capaz de sentir cierta compasión por casi todo el mundo en casi todas las situaciones, con el tiempo y la distancia adecuados, pero el encubrimiento deliberado y sostenido de la verdad es algo con lo que le cuesta tragar. Gente que lleva una doble vida, gente que engaña a su pareja durante años, o que no la engaña pero le oculta el hecho de que no la ama. No es que no pueda sentir empatía por esas personas, sino que, de un modo visceral, ni siquiera se ve inclinada a intentarlo. Su mente

se vuelca primero en el sufrimiento que provoca la mentira, en el espanto de descubrir que alguien a quien creías conocer te ha ocultado algo deliberadamente desde el principio. A menudo considera esta intolerancia suya una especie de defecto, pero en el fondo está bastante orgullosa de ello y cree que, si algo la convierte en una persona fundamentalmente buena es con toda probabilidad ese rasgo. Llegado el caso, puede incluso ponerse moralista al respecto, y se ha oído multitud de veces soltando diatribas contra el engaño. Lo que subraya en esas ocasiones no es tanto la crueldad como la incomprensión: ¿cómo llega uno a ese punto? ¿Cómo acaba tomando la decisión de organizar su vida alrededor de una mentira? ¿Cómo puede alguien ser tan egoísta, eso lo primero? Pero, además, ¿cómo puede alguien convivir con un yo tan poco sincero, tan escindido?

Así que, de vez en cuando, no le viene mal recordar que durante un tiempo, mientras vivía en Fráncfort, se acercó bastante a la clase de persona que tanto aborrece. Quizá sus acciones no pudieran calificarse de engaño propiamente dicho, puesto que sentía una aversión crónica hacia el acto físico de mentir, pero sin duda eran equívocas. Pese a la incredulidad y el rechazo que le produce el engaño sostenido, al mirar atrás sin contemplaciones se da cuenta de que está perfectamente familiarizada con el mecanismo por el que la vida acaba enfilando dos caminos divergentes e instalándose en múltiples compartimentos que no se comunican entre sí, porque en un momento dado también ella cayó en esa trampa. Y comprende que, cuando plantea la pregunta de cómo acaba uno tomando esa decisión, está pasando por alto el aspecto fundamental, el principio rector del mecanismo, es decir, que uno no decide. Que la decisión es ese desvío que pasa inadvertido, un desvío que ni siquiera llegas a ver, sino que hace que te sorprendas avanzando por la autopista a toda velocidad, aunque nunca te habrías imaginado haciéndolo, y que no te quede más remedio que seguir adelante si no quieres matar a nadie.

Al principio se dice que es demasiado pronto para tomar grandes decisiones. Esto coincide casualmente con uno de esos preceptos amorosos que se imparten tan a la ligera: no pienses demasiado en

el futuro, ya lo irás viendo sobre la marcha. Por entonces ella no tenía a nadie que le ofreciera ese tipo de consejos, pero, de haberlo tenido, sin duda le habría expuesto la situación en un tono eminentemente pragmático: podía darle una oportunidad a ese hombre de carne y hueso que sentía verdadero interés por ella o bien aferrarse a una fantasía que no tenía visos de cumplirse. Así que le da una oportunidad. Al principio, no parecía algo descabellado. Simplemente salían, se besaban, se acostaban. Y, sí, pronto empezó a resultarle cada vez más difícil negar el hecho de que él estaba colado por ella, de que la suya no sería la clase de relación sin ataduras que ella esperaba que fuera, no porque quisiera una relación sin ataduras ni porque se creyera capaz de mantenerla, sino más bien porque le pesaba la disparidad de certidumbres que existía entre ambos. Aun así, albergaba la esperanza de que, con el tiempo, se le acabara pegando la certidumbre del hombre elegante. En cualquier caso, tenía que esperar, darle una oportunidad a la relación, ver qué pasaba, antes de tomar una decisión.

Y ahí, piensa, está la trampa: nunca es buen momento para tomar una decisión. Y luego el tiempo vuela y de pronto el momento de decidir ha pasado sin pena ni gloria. Con el tiempo, llega a la conclusión de que no ha decidido nada, ni en un sentido ni en el contrario. Sigue con el hombre elegante y, sin embargo, la fantasía del hombre del paraguas es irrenunciable, así que los compagina.

En un intento por calmar esos sentimientos encontrados, los comparte con el hombre elegante. De este modo soborna a su conciencia, se las arregla para convencerse de que no engaña a nadie, de que solo se le puede reprochar cierta incertidumbre. No tarda demasiado en hacerlo, ocurre durante el primer mes de relación, pero a partir de entonces todo parece precipitarse, el hombre elegante no es de los que se toman las cosas a la ligera. Primero, le dice que no acaba de sentirse segura. Le dice que todo le parece un sueño, etéreo, que algo en él la lleva a pensar que podría desaparecer de su vida en cualquier momento. Como si nada de lo que comparten tuviera suficiente peso. Y luego, tras un fin de semana en que él pasó horas sentado en su sala de estar explicándole infinidad de cosas sobre sí mismo que creía que ella

debía conocer con una solemnidad que rayaba en lo paródico, al punto de que ella llegó a sospechar que, o bien en comparación la tenía por una persona bastante simple, o bien que ni siquiera se le había pasado por la cabeza ponerse en su lugar, de pronto se le ocurrió que tal vez fuera buena idea comentarle la existencia del hombre del paraguas. Puesto que él había decidido abrirle su corazón con tanta sinceridad, ella creía tener derecho al mismo privilegio, algo que, de paso, tal vez sirviera para mantener ligeramente a raya sus sentimientos.

El problema era que todo lo que hacían era idílico, un sueño hecho realidad –dibujaban juntos, salían a pasear y volvían con dibujos infantiles y objetos encontrados en la calle, en casa preparaban ensaladas y se sentaban en el suelo con una copa de vino en la mano–, y se parecía mucho a la vida cotidiana con la que ella siempre había soñado, una existencia acomodada y vagamente bohemia que siempre había envidiado y anhelado pero en la que no acababa de verse, porque, como le pasaba con todo en aquella época, no creía encajar en ese molde. Sin embargo, como también le pasaba con todo en aquella época, se preguntaba si no sería cuestión de tiempo, si era algo a lo que acabaría acostumbrándose. Por encima de todo, le encantaba tener a alguien con quien conversar así, durante horas, alguien que no querría estar en ningún otro sitio, cuya compañía y entrega eran como un bálsamo para ella, y la idea de romper esa relación de forma voluntaria era como arrojar piedras contra su propio tejado, y tenía el corazón en un puño cuando se disponía a sacar el tema.

Sin embargo, lo más extraordinario de todo fue la forma en que le reveló la historia de su encaprichamiento, la indiferencia con que transmitió esa información al hombre elegante. Su actitud le recordó a la de él, pensó, había adoptado el mismo tono serio y envarado que antes la había dejado pasmada, y más asombroso aún era el hecho de que, mientras las palabras brotaban de sus labios, su discurso sonara tan falto de autenticidad o vitalidad que tuvo la sensación de estar mintiendo. Se oía a sí misma y lo único que podía pensar era que la suya no era la voz de una persona sincera, y desde luego no era la voz de alguien contando algo que le

importaba. ¿Acaso era así como se sentían las personas que tenían fetiches cuando los comentaban con otros? ¿Acaso sentían que, por profunda y auténtica que fuera esa parte de su personalidad, existía en un compartimento separado del resto de su ser? Cuantas más vueltas le daba, peor era, más falso sonaba todo. Se estremeció solo de pensar qué pasaría si intentara verbalizar el fondo de la cuestión, aquello que nunca le había contado a nadie. Que nunca se había topado con una cara como esa, que la interpelara de ese modo. Que se creía capaz de contemplarla durante toda la eternidad sin llegar a aburrirse, sin agotar jamás la reserva de eso que brotaba de su interior cada vez que lo miraba. Que, hacía un par de semanas, en el trabajo, él se había detenido junto a su escritorio para hablar con la persona que estaba a su lado y ella había entrado en una especie de trance, y después la imagen de sus manos, de esos dedos largos y ahusados, se le había quedado grabada en la mente, y esa noche los dibujó, esos dedos largos, ahusados, sinuosos y delicados como la mano de un esqueleto, suspendidos en el aire, flotando junto a su escritorio, y a veces esa imagen acudía a su memoria mientras se tocaba y se corría casi al instante, sus manos huesudas, hay que joderse, era como si alguien le gastara una broma de mal gusto. No dijo nada de todo esto. ¿Cómo iba a hacerlo? Se ciñó a los hechos sin dejar traslucir ni pizca de emoción, y él la miró desconcertado, como si ella le hubiese contado una anécdota supuestamente graciosa que en realidad no tenía ni puñetera gracia. Pero no tenía de qué preocuparse, porque no tardaría en presentársele la ocasión de demostrarle al hombre elegante lo ridícula que era.

Ocurrió un frío y soleado día de comienzos de febrero, cuando ambos salieron del trabajo. Tenían previsto dar un paseo hasta el río, pero primero entraron en el supermercado para comprar provisiones. Habían enfilado una calle que apenas frecuentaba la gente de la empresa y que se alejaba de la línea del tranvía, la estación de tren e incluso del río en su primer tramo, y las aceras estaban visiblemente desiertas, motivo por el que ella se percató de que alguien los seguía a cierta distancia, y cuando se volvió fugazmente hacia atrás comprobó con una súbita punzada de pánico no solo que se trataba del hombre del paraguas, sino que estaba más lejos de lo

que ella había supuesto, por lo que pasaría un buen rato hasta que los alcanzara y adelantara, y eso fue justo lo que pasó. No saques las cosas de quicio, se dijo, pero era imposible, el tiempo se ralentizó y expandió hasta volverse interminable, como la acera a su alrededor, de modo que se sintió como si estuviese en lo alto de un páramo y tuviese una visión panorámica, sin dejar de ser plenamente consciente de cuanto sucedía en su interior, el fuego rojo del pecho que le subía a la cara, las arterias azules que bombeaban sangre negra, la huella oscura de esos pasos que acortaban la distancia con los suyos y la certeza de que él estaba escuchando lo que decían. Era ella la que iba hablando en ese momento, o supuestamente hablando, pero había perdido el hilo de la conversación, le daba vergüenza que él la escuchara, dejó que la frase muriese en sus labios, articulando sonidos no del todo coherentes, renunciando a seguir con la farsa de que no pasaba nada mientras el cuerpo del hombre del paraguas los adelantaba y ella observaba, en la distancia corta, su forma de andar ligeramente escorado, con el hombro izquierdo hacia delante como si llevara encaramado un loro imaginario, y, ahora que lo pensaba, había algo en él que le recordaba bastante a un pirata, ¿tenían los piratas loros o estaba perdiendo la chaveta?, sí que los tenían, pero además ella estaba perdiendo la chaveta, de eso no cabía duda, y mientras veía como esa cabellera negra se alejaba calle abajo todo fue recolocándose, y la realidad se volvió menos amenazadora y con el rabillo del ojo vislumbró unos arcoíris que se le antojaron un buen augurio, pero, según pasaban los segundos y asimilaba lo sucedido, se fue dando cuenta de que los arcoíris no solo eran un buen augurio, de que en su cabeza había demasiada y a la vez no la suficiente sangre, de que había empezado a ver chiribitas, y el hombre elegante le preguntó a qué se refería exactamente, y lo único que ella veía eran las chiribitas de un amarillo resplandeciente que se le aparecían en el patio del cole cuando cerraba los ojos y miraba al sol y que entonces había tomado como la prueba de que Dios existía y de que Cristo volvería a la Tierra envuelto en un glorioso halo dorado para salvarlos a todos, así que, renunciando a conservar un mínimo de dignidad, dijo: perdona, tengo que

sentarme un momento, si no te importa, y eso fue lo que hicieron, y aunque el supermercado quedaba a solo cien metros, se sentaron en la acera y ella dejó caer la cabeza entre las piernas, sin saber si decírselo o no, pero al final fue él quien lo dijo. Es porque él ha pasado, ¿verdad?, y ella asintió y dijo: solo estoy un poco mareada, y entonces esa sensación de vértigo se tradujo en un sonido que le brotó de la garganta, y rompió a reír de lo ridículo que era todo aquello, de lo ridícula que se sentía. De pronto se acordó de su abuela, de la temporada que había pasado en su casa siendo una niña y de la alarma antiincendios o antirrobo o lo que fuera que sonó en mitad de la noche. Debió de desvelarse y de colarse en la habitación de su abuela cuando la alarma dejó de sonar, porque se recordaba allí con ella, su abuela totalmente desnuda porque pasaba mucho calor de noche. Recordó el asombro que había sentido al ver su cuerpo, sus curvas generosas, la palidez de su piel, carente de vello incluso entre las piernas; nunca había visto un cuerpo adulto como ese y no pudo evitar pensar que parecía un bebé enorme y rechoncho. Para colmo, su abuela parecía avergonzarse tanto de su desnudez que fue incapaz de levantarse para ponerse algo de ropa, de modo que se quedó sentada en la cama, sacudida por un acceso de risa nerviosa. En retrospectiva, se pregunta si su abuela solo quería que ella se fuera de la habitación, si se había comportado como una niña inquietante quedándose allí plantada, mirándola sin pestañear, observando su pubis lampiño y sus pliegues de grasa, exacerbando la incomodidad de la anciana, pero lo que recuerda haber sentido entonces es una profunda extrañeza. Oye, ya eres mayorcita, ¿por qué tienes miedo de que te vean desnuda?, y, si tanto miedo tienes, ¿por qué duermes sin ropa?, había pensado, y no se sumó a la risa de su abuela –como una niña inquietante, sin duda–, que no obstante siguió desternillándose, incapaz de parar, como hacía ella ahora; y, ahora que su risa tenía esa misma cualidad, qué fácil era ver lo que entonces no había estado a su alcance, que la suya era una risa de debilidad y vergüenza, la risa de quien no acierta a controlar lo que le sucede. No puedo ser más ridícula, lo sé, estoy en un punto en el que te pediría sales aromáticas si creyera que puedes tener algo de eso, dijo. No solo

creía decir la verdad, sino que sintió un inmenso alivio al reconocer su debilidad ante él, al demostrarle la intensidad de esa emoción que parecía tenerla a su merced como pocas cosas. ¿Alguna vez había estado a punto de desmayarse? Lo siento, dijo, lo siento mucho, y, desde esa parte incorrupta de sí misma, intentó expresar con la mirada lo mucho que lo sentía, y en ese instante, si es totalmente sincera, no se detuvo a pensar en cómo lo estaría viviendo él, en cómo sería lidiar con esa situación, sino que probablemente extrapoló la intensidad de la emoción que sentía por el hombre elegante, que era más bien escasa, y dedujo de forma intuitiva que tampoco debía de haber sido tan hiriente

I ONLY
SAID

Había otra anécdota relacionada con su abuela en la que por entonces pensaba a menudo, la de cómo se habían conocido su abuelo y ella. Se la habría contado por lo menos veinte veces cuando era niña y también siendo ya adulta, y no es que cada vez pretendiera contar la historia como si fuera la primera, sino que el impulso de volver a contarla provenía de un lugar totalmente ajeno al intercambio de nueva información. Una fuente que, a primera vista, parecía mitificar lo enamorados que habían estado y lo maravillosa que había sido la unión a la que sin duda estaban predestinados, de modo que la repetición del relato era una forma de honrar el recuerdo de esa gran historia de amor. Se habían conocido en un baile, así arrancaba el relato, él la sacó a bailar y ella lo supo –simplemente lo supo–, y llegados a este punto la voz de su abuela se ralentizaba, se hacía más grave en torno a esas vocales que pronunciaba con un deje austríaco, y la teatralidad de su interpretación representaba la fuerza de ese vínculo, que para ella era motivo de orgullo y alegría. Seis semanas después del baile, se habían prometido. Qué guapo era el abuelo, qué enamorados estaban. Lo que pasa es que yo, por entonces, tenía novio. Se

llamaba Ted y era un hombre muy bueno. También estaba en el Ejército, como todos los jóvenes en aquellos tiempos, ya sabes, y solo nos veíamos cada pocos meses, de manera que cuando volvimos a encontrarnos tuve que decirle que lo nuestro se había acabado, que había conocido a otro. Tuve que decirle: lo siento, Ted, he conocido a alguien. Y nunca olvidaré, decía su abuela –y de ahí en adelante la historia era idéntica al resto de las versiones–, nunca olvidaré cómo me miró, con esos ojos grandes y redondos, como de cachorrito abandonado. Su abuela se reía al contarlo, una risa seca y triste, y le brillaban los ojos mientras miraba a su alrededor como un náufrago en busca de una tabla de salvación.

Y era entonces, al ver el brillo en su mirada y sentir que una profunda pena se apoderaba de su ser, cuando se preguntaba si el verdadero impulso detrás de la historia no estaría ahí, en la necesidad de compartir o descargar la culpa y el desgarro de otras emociones dolorosas de las que su abuela no había podido liberarse cincuenta años después. En los minutos y horas que seguían a cada nuevo relato, mientras, de manera inevitable, su mente volvía a la imagen del pobre Ted, repasaba lo que sabía sobre la vida de su abuela, la depresión que había sufrido, todo lo que había perdido y las cosas terribles y rara vez mencionadas que conformaban el trasfondo de esa grandilocuente historia de amor, y se preguntaba si en realidad Ted no sería una especie de símbolo para su abuela y de toda su impotencia, su soledad, su debilidad, si no sería por eso por lo que una bola de tristeza como un frío sol invernal se instalaba en su interior cada vez que escuchaba esa historia, en la que un insondable temor al rechazo, al abandono, parecía cobrar una forma diluida y difusa a la vez. Difusa en parte, porque el hilo de sus pensamientos no se detenía ahí, sino que la idea de sentir la pena tanto de su abuela como de ese antiguo pretendiente suyo, de un modo que sugería que cualquier distinción entre ambas era ilusoria, se traducía sin esfuerzo en la sensación de que, en el fondo, experimentaba la pena subyacente a todas las historias de amor del mundo. Esto lo interpretaba no como algo casual sino inevitable, o, lo que es lo mismo, en esos momentos le parecía evidente que el matrimonio perfecto, el romántico, solo podía existir porque ahí

fuera había Teds que sufrían, que por fuerza el matrimonio implicaba ganar y perder, conquistar y dejarse conquistar, que el relato del vencedor feliz frente al perdedor desdichado se materializaba no solo en el plano social, sino también en el personal y emocional; que los vencedores conservaban la sensación de las cabezas que habían pisoteado y los perdedores la sensación de los pies que los habían humillado, de manera que ella estaba destinada a experimentar el sufrimiento de ambos lados al mismo tiempo, y era insoportable soportar tanta tristeza como si fuera algo natural, inviable como forma de seguir adelante. Lo que experimentaba no era tanto indignación como desesperación, se sentía atrapada no solo en un pozo de culpa que no reconocía como propia, sino en una visión del mundo que le estaban narrando, que le estaban enseñando sin palabras, que habría de heredar, y, por más que, allí sentada junto a su abuela, a menudo literalmente junto a la chimenea, se dijera que no quería vivir en un mundo así, que se negaba a encarnar ese modelo de mujer, casi podía sentir cómo esa visión del mundo se colaba en su interior no como un ideal, sino simplemente como una verdad, como un hecho: así son las cosas.

Ahora se pregunta en qué momento la imagen del hombre elegante había empezado a superponerse a la que se había formado de Ted plantado en ese camino sin asfaltar. El pelo rubio y rizado, la cabeza ligeramente ladeada, los ojos enormes. Tal vez fuera el día en que se pelearon y ella se marchó del piso del hombre elegante diciendo que quería estar sola y él salió tras ella y se quedó plantado detrás de la puerta acristalada del vestíbulo del edificio, mirándola con ojos de cordero degollado, manoseando el cristal. Entonces esa reacción la sacó tanto de sus casillas que pensó que estallaría de rabia: la desvergüenza, el puto melodrama, todo viniendo de un hombre hecho y derecho. Pero quizá la sacara tanto de quicio porque funcionó, porque le tocó la fibra sensible, tal como él pretendía, y, si bien esa ira la empujó a cruzar la puerta y salir a la calle, a saborear la infinita libertad de ese día soleado, con su aire fresco y todos esos francforteses ajenos a sus cuitas que nunca habían acariciado con pesar una hoja de cristal, el sentimiento de culpa no tardaría en volver a ella. Y no solo la culpa: con la distancia

que da el paso del tiempo, consideraría su ira y su desdén como una reacción a la tristeza del hombre elegante, a su debilidad, al rechazo que le provocaba su soledad, por más que también la apenara, y, cuando la imagen del hombre elegante tras el cristal se fundió con la de Ted plantado en el camino sin asfaltar, la invadió la escalofriante certeza de que, a pesar de todo, había heredado las preferencias de su abuela, el anhelo de dejarse llevar por una pasión irrefrenable, de descansar segura y orgullosa a la sombra de su mito romántico. De descansar con el hombre del paraguas, cuya silueta oscura se proyectaba sobre la calle, y en lo que eso decía de ella

YOU WOULDN'T
LIKE ME

Cuando quiso darse cuenta, estaba a punto de cumplir seis meses en la empresa y tenía algo parecido a una vida. Una vida extraña en la que pasaba la mayor parte del tiempo con un solo hombre, en la que sus ideas de futuro y una parte fundamental de su alma estaban apuntaladas por otra persona, pero que iba adquiriendo unos contornos cada vez más definidos, lo que le permitía creer que existía al margen del trabajo, o más bien que su existencia era inseparable de su lugar de trabajo pero que lo fundamental sucedía al margen del equipo. Espiritualmente estaba en otra planta del edificio. Se esforzaba cada vez menos por integrarse en la pandilla del Reino Unido, dejó de ir a comer con ellos, de quedar para tomar el té o para salir de copas después del trabajo, hasta que se acostumbraron a no contar con ella. Se había hecho evidente para todos que era un miembro periférico del equipo. No era la única, de modo que, en cierto sentido, había precedentes.

Y, sin embargo, tal vez por ser quien era, no podía resignarse a dar por buena esa realidad sin hurgar en ella, no podía quedarse indiferente. Cuanto más se apartaba de sus compañeros, más se preguntaba por qué tenía que ser así y mayor era el regocijo melancólico que la invadía en los instantes en que se sentía devuelta

a esa promesa original de inclusión. Un recuerdo de su primera semana acudía a su memoria una y otra vez, el del día en que había salido de trabajar a la misma hora que Aslan y, en la parada del tranvía, él le había enseñado su consola, de un bonito turquesa pálido con bordes redondeados, y luego se habían sentado juntos en el tranvía.

Este es el juego del que te hablé el otro día, comentó él, enseñándole la pantalla del título con un nombre femenino escrito en japonés, y luego le tendió la consola y la dejó jugar mientras la observaba o, mejor dicho, mientras observaba la pantalla. Era el tipo de juego que a ella le gustaba, es decir, del que podía disfrutar porque no requería una enorme destreza manual; el personaje principal era una chica japonesa de aspecto punki que intentaba vengarse de su ex o algo por el estilo, algo que conseguía hablando con varias personas y resolviendo misterios, un poco a la manera de Indiana Jones; de hecho, recordaba un juego de Indiana Jones parecido a este al que jugaba en el ordenador de pequeña, y también otro llamado *Pesadillas*, y así se lo dijo, pese a saber que esa información le echaba años encima, y Aslan sonrió, pero en realidad solo le interesaba el juego y, aunque no fuera uno de acción, ella no estaba familiarizada con los mandos, por lo que iba lenta, de modo que, al cabo de un rato, le devolvió la consola; él la cogió agradecido y se puso a jugar sin dejar de hablarle en ningún momento mientras ella observaba, sus cabezas poco menos que rozándose, y estaban los dos tan enfrascados en el juego que, media hora después, él estuvo a punto de saltarse su parada y salió disparado con el abrigo debajo de un brazo mientras con el otro sostenía la consola turquesa en alto, como si fuera un valioso tesoro amenazado por la embestida del agua, justo antes de que el tranvía arrancara de nuevo.

Ella se dijo que seguramente le pasara a menudo, que no debería tomárselo como una señal de nada relacionado con ella, sino simplemente como la capacidad que tenía Aslan para abstraerse del mundo cuando algo lo absorbía, y sin embargo la experiencia se le había quedado grabada. Algo de una perfección casi pura había fluido entre ambos, cierta clase de interacción que una parte de sí

misma anhelaba. Ya entonces sabía que no siempre podría ser receptiva a esa clase de interacción. Sin embargo, cuando se preguntó qué se lo impedía exactamente, comprendió que la respuesta era el miedo, el miedo a parecerse a ese hombre que, según dedujo en su primera semana, era objeto de bromas incluso en esa empresa atestada de frikis, de manera que se esforzó por imaginar cómo habría sido su paso por el instituto, y el mero hecho de intentarlo le provocó sudores fríos. Ella no habría podido soportarlo, pensó, se habría marchitado y muerto, y a veces creía que, de hecho, una parte de sí misma se había marchitado y muerto, o por lo menos osificado, en el intento de asegurarse de que nunca se repitieran los sentimientos de humillación que había experimentado durante la adolescencia. Quizá *morir* no fuera la palabra adecuada. *Marchitar* sí, pero no *morir*, porque ¿acaso no era precisamente esa parte, la parte decaída, la que a veces le producía un cosquilleo, como ese día en el tranvía? ¿Acaso no fue por eso por lo que notó un escozor en los ojos?

Ahora no cabía ni la más remota posibilidad de que algo así le pasara, nunca habría salido del trabajo en compañía de Aslan y, aunque hubiesen coincidido en la parada del tranvía, no se habrían sentado juntos. Ella habría estado demasiado absorta en sus cábalas sobre el hombre del paraguas –qué pensaría si la viera disfrutando como una niña mientras jugaba con una consola–, pero en realidad no podía considerarse la única responsable de ese distanciamiento, sino que lo achacaba más bien a algo que ambos sabían: ella había dejado de ser una esponja receptiva. Aun así, lejos ya de la fase esponjil, y pese a su condición periférica y a la locura que suponía trabajar allí, había momentos que la reconectaban inesperadamente con su esperanza inicial, con la receptividad de los primeros días.

A menudo, esos breves destellos de alegría que brillaban con luz propia llegaban a través de los diálogos que tenía con sus compañeros de trabajo a través de la plataforma de mensajería interna. Al principio le había fascinado que, a lo largo del día, alguien pudiera entablar conversaciones con cinco personas distintas y un par de grupos mientras trabajaba a jornada completa, como parecían hacer todos ellos. Eso fue antes de comprender que una

jornada completa a sueldo de una empresa no podía compararse con lo que hacía cuando traducía sola en casa para el máster, por ejemplo. Además, tampoco es que estuviera desbordada de trabajo: durante las primeras dos semanas, no tuvo literalmente nada que hacer salvo familiarizarse con la forma de trabajar de la empresa, y, cuando por fin le asignaron su primer proyecto, este consistió en localizar un videojuego sin apenas texto, adaptándolo del inglés estadounidense al británico, algo que no le resultó especialmente gratificante. Dejando a un lado las infinitas visitas al baño que hacía después de beber litros de agua con gas –había botellas gratuitas en la cocina del personal– y la lectura exhaustiva de la página web de *The Guardian*, hablar con los demás a través de la plataforma de mensajería era casi lo único que otorgaba cierta estructura a su jornada.

Angus era otro que tampoco acababa de encajar en el equipo británico, tal vez por ser un poco mayor que casi todos sus compañeros, pero había empezado a chatear con ella desde el principio. Fue un detalle que hiciera el esfuerzo de incluirla, pensó, si de verdad era eso lo que estaba haciendo, pero, al mismo tiempo, tenía tan poco en común con él que no sabía a ciencia cierta cómo evitar que decayera la conversación entre ambos. Luego lo incorporaron al proyecto de localización del inglés estadounidense al británico, de manera que, de vez en cuando, tenían cuestiones relacionadas con el trabajo de las que hablar, temas de conversación legítimos, y así, como quien no quiere la cosa, habían acabado charlando durante prácticamente todo el día –la ventana del chat siempre abierta– mientras la comunicación estrictamente laboral se fundía con temas ajenos. Cuando él empezó a salir con una chica a la que había conocido en un Starbucks, se lo contó todo, con pelos y señales, incluso el día después de que se acostaran por primera vez, cuando fue a trabajar sin haber pegado ojo, diciendo que le dolían las piernas al andar, y, cuando ella se lo comentó al hombre elegante, este dijo que le parecía totalmente fuera de lugar compartir este tipo de cosas con una compañera de trabajo, a lo que ella le recordó que ellos dos también eran compañeros, así que tal vez lo suyo también estuviera un poco fuera de lugar, pero lo cierto

era que le había gustado que Angus se sincerara con ella sobre su agotamiento postsexual, aunque el hombre elegante replicara que no se estaba sincerando, sino que claramente estaba fardando ante ella. Sin embargo, la mayor parte de los días, cuando ninguno de los dos había pasado la noche follando, su conversación en el chat se situaba en una amplia zona gris a caballo entre cuestiones de trabajo y la comunicación personal: bromas sobre un correo electrónico en particular, cotilleos sin mala fe sobre el coordinador del proyecto, esa clase de cosas.

Con el tiempo, ella había llegado a entender las reglas que regían la interacción en ese tipo de intercambios: por mucho que se alargaran, no tenían la profundidad de las charlas que tendrías con un amigo, por ejemplo, ni con alguien con quien estuvieras saliendo. De hecho, cuando chateabas con un compañero de trabajo, había un momento en que se suponía que debías ausentarte, hacer una pausa y volver al cabo de treinta minutos o una hora. Este ritmo iba totalmente en contra de su tendencia natural al todo o nada, y al principio la ponía de los nervios: se irritaba cuando recibía un mensaje, se irritaba si no lo recibía, anticipando y a la vez temiendo las réplicas a sus propios mensajes. Sin embargo, con el tiempo se acostumbró a ese ritmo, en buena medida porque aceptó que su disposición mental en el trabajo estaba conformada por una serie de distracciones intrincadamente solapadas entre sí y que, en realidad, no había nada que pudiera hacer al respecto. Todos estaban en el mismo barco, rastreando múltiples páginas web, chateando con varias personas a la vez y contestando de manera simultánea a diversos hilos de correo electrónico, y eso, junto con las obligadas restricciones de extensión e intimidad, significaba que la forma ideal de interacción en torno a cualquier tema no relacionado con el trabajo se basaba menos en un intercambio de palabras que de cosas: vínculos, imágenes, memes, canciones, pantallazos. Esta especie de trueque de objetos como forma de comunicación suponía toda una novedad para ella. El toma y daca siempre había formado parte de su interacción con los demás, por supuesto, pero nunca como acto central, sino envuelto en capas de palabras. Le resultaba muy peculiar, muy masculino y bastante friki, y sin embargo no le disgustaba, sobre todo cuando se comunicaba con alguien a quien se le daba bien ese juego.

A Angus se le daba bien, sin duda. Curiosamente, el hecho de pasar horas charlando con él no servía para atenuar la sensación de que eran muy diferentes. Siempre que se cruzaban en la cocina o por los pasillos, ella se reafirmaba en la convicción de que él tenía unos valores profundamente rígidos y de que su sentido del humor, que sacaba a relucir a menudo, era un tanto reaccionario, un tanto conservador. Era más bien una figura paterna. La imagen que se

había formado de él a través del chat, la de alguien que se tomaba mucho menos en serio, más atrevido, era distinta. La hacía reír a carcajadas. A veces, cuando él le mandaba algo y ella contestaba con una onomatopeya de risa, jaja, o viceversa, se asomaban por encima de la pantalla del ordenador para ver al otro riendo, a veces hasta las lágrimas, en el caso de ella. Un día tuvo que esconderse debajo de la mesa porque no podía contenerse, lo que hizo que él también se desternillase de risa, y a ella le sentó bien aquello, como portarse mal en clase. Y luego, puesto que esas experiencias hacían que sintiera tanto afecto por él, que sintiera que, además de ser divertido, tenía una sensibilidad profundamente afín a la suya de un modo que no podría cuantificar, volvía a preguntarse cómo encajaba eso con el resto de la vida real de Angus, esa en la que vivía en un piso impoluto con armarios de cocina relucientes, leía revistas masculinas, iba al gimnasio, se preocupaba por mantenerse en forma y caminaba como solo lo hacen los hombres británicos, arrastrando un poco los pies, algo que compartía con varios miembros del equipo, si bien con ligeras variaciones. Pero tal vez la respuesta fuera precisamente esa: existía en el contexto del chat. Que no era poco.

Una amiga japonesa con la que intercambiaba largos correos electrónicos fue la primera en hablarle del *plebbing*. Tenían la costumbre de despedirse enviándose cosas que habían visto y que, por algún motivo, habían quedado grabadas en su memoria. Al principio lo especificaban: «Te mando esto o lo otro», pero con el tiempo acabaron prescindiendo del enunciado y se limitaban a redactar una descripción de aquello que adjuntaban: «Disfraz de trucha sabia visto en el desfile del Primero de Mayo que sale en *El hombre de mimbre*, que vi anoche en el cine por primera vez», o bien: «El tufo a perro mojado que deja la lluvia en la ropa cuando el invierno ya se acerca a su fin», o bien: «La nube rosa en el gran charco». Solo cuando llevaban un tiempo practicando este juego su amiga le dijo que los pingüinos tienen la costumbre de intercambiar guijarros, algo que se conoce como *pebbling*. Y, aunque quería proteger el ritual que tenía con su amiga, preservar su carácter sagrado, no podía evitar pensar en el chat del trabajo como una

especie de intercambio de guijarros. Una forma de comunicación nerviosa, pudorosa, porque solo podía existir de ese modo solapado –tenían que ser guijarros y no confesiones, no podían mostrar abiertamente lo bien que se caían–, pero que ella consideraba generosa, y más teniendo en cuenta que aún no se le daba demasiado bien. Lo atribuía al hecho de que sus compañeros eran *gamers* consumados, pero seguramente se debiera a que pasaban más tiempo online que ella; a sus ojos, todos los integrantes del equipo contaban con unas redes de información increíbles, con una reserva aparentemente inagotable de gifs, memes, noticias, artículos y vídeos. No era solo que los pusieran en circulación, que los echaran a rodar, sino que, por lo menos en el caso de Angus y Gabe –los dos con los que más chateaba–, se tomaban la molestia de seleccionar los contenidos que creían, no sin razón, que más gracia le harían. ¿Cómo se explicaba que eso se pareciera menos a una transacción que los intercambios que tenía con el hombre elegante, intercambios de cosas más valiosas e importantes que enlaces de internet y que, sin embargo, siempre parecían llegar envueltos en expectativas? En su caso, aunque se tratara de algo susceptible de ser enviado a un chat, como una canción, siempre llevaba asociado un peso adicional, y no era raro que él subrayara ese peso con un mensaje afectuoso que siempre parecía un poco excesivo, o asegurándole en tono de advertencia que esa canción era muy profunda, algo que ella siempre se tomaba como si pretendiera imponérsela y, al mismo tiempo, insinuar que era demasiado superficial para entenderla en toda su complejidad porque había tenido una vida tan fácil que no sabría apreciarla. En comparación, la relativa ligereza y la ausencia de expectativas de las interacciones con sus compañeros de trabajo le parecían una bendición. Y, aunque no se le dieran del todo bien, tampoco es que fuera una receptora pasiva, sino que participaba en el intercambio; de vez en cuando compartía con sus compañeros algo que había encontrado, y a veces ellos celebraban sus hallazgos, algo que la complacía tanto que era casi inquietante, y todo sucedía en un plano tan elemental que parecía la continuación natural de las interacciones entre niños en el arenero del parque.

Algo así pasó con los vídeos de Rossellini. Se enteró de su existencia gracias a un artículo que había leído de madrugada en su piso; recordaba haber entrado en YouTube movida por la curiosidad y luego no ser capaz de parar. *Green Porno* y *Seduce Me* eran dos series de cortometrajes concebidos por y para Isabella Rossellini sobre la vida sexual y los rituales de apareamiento de mamíferos, peces e insectos. *Green Porno* reflejaba la diversidad de actos reproductivos del mundo animal, recreados por la actriz y un elenco de extras hechos con fieltro, cuentas, papel y otros materiales fáciles de encontrar en cualquier papelería de barrio. Los vídeos de la serie *Seduce Me*, en cambio, respondían más bien a una fórmula fija: empezaban con un primer plano del rostro de Rossellini, luciendo el pelo corto, sobre un fondo de color liso. De pronto, una o varias manos irrumpen en la pantalla y empiezan a hacerle cosas: le acarician el rostro con un gesto inicialmente tierno pero que se va volviendo cada vez más violento, o le ponen un cuchillo al cuello cuyo filo romo se desliza amenazadoramente por su mandíbula, o aparece en pantalla un brazo adornado con un brazalete de volantes que empieza a flexionar su poderoso bíceps. Entonces Rossellini dice:

¿Me está cortejando? ¿Qué soy, un pato?

O bien:

¿Me está cortejando? ¿Qué soy, una chinche?

¿Qué soy, una sepia?

En el vídeo dedicado al ciervo, dos manos enfundadas en guantes de boxeo aparecen a ambos lados de la pantalla y se propinan puñetazos cada vez más vigorosos mientras Rossellini masca chicle y, mirando a cámara con gesto hastiado, suelta:

¿Me están cortejando? ¿Qué soy, un CIERVO?

Cuando ve los vídeos por primera vez, la invade una sensación de asombro. El grado de precisión en la descripción biológica, unido a la creatividad anárquica y la estética artesanal de bajo presupuesto le resultan increíblemente familiares. Se le ocurre que le recuerdan mucho a las cintas VHS que solía grabar con sus amigas del instituto para los trabajos de Religión, a las alocadas puestas en escena que organizaban entre todas –una faceta de su pasado en la que no

piensa a menudo, un lado juguetón del que suele olvidarse–, aunque, por supuesto, *Seduce Me* y *Green Porno* se elevan muy por encima de sus astracanadas de colegiala gracias a la aparición estelar de Isabella Rossellini, deslumbrante con su disfraz de pato o con el mono de cuerpo entero con el que encarna a una chinche, muy seria y al mismo tiempo capaz de transmitir infinidad de matices humorísticos. De pronto, experimenta una sensación de familiaridad y reconocimiento que la pilla desprevenida y no puede evitar que los ojos se le llenen de lágrimas. He aquí, se dice, la creatividad en estado puro, eso que surge cuando no te preocupa lo que los demás piensen de ti.

La intensidad de su reacción a los vídeos de Rossellini, ese persistente sentimiento de reconexión consigo misma –o con la persona que había sido– hizo que dudara sobre si debía enviarlos como «guijarros». Primero probó suerte con Angus, para quien seleccionó el vídeo de la chinche, cuya descripción de penes como cuchillos supuso que lo escandalizaría y deleitaría a partes iguales. La primera reacción que recibió fue un «WTF» que le encogió el corazón –¿se habría pasado de la raya?, siempre se pasaba de la raya–, pero al cabo de un momento una carita risueña apareció en su pantalla como un sol naciente. Con disimulo, se asomó por encima de la mampara de separación y lo vio riendo con el puño en la boca, y cuando sus miradas se cruzaron percibió un destello de alegría en los ojos de Angus, y fue esa alegría lo que le dio el valor necesario para enviar otro vídeo a un chat grupal al hilo de alguna cuestión relevante, seguramente relacionada con los patos que salían en algún videojuego. Y entonces comprobó que aquello no era del gusto de todos, desde luego –había quienes reaccionaban con perplejidad–, pero sí conquistó a los suficientes adeptos en el seno del equipo para que la intro de *Seduce Me* se convirtiera en un chascarrillo habitual en la oficina que podía sacarse a colación mientras tomaban un té o salían de copas. ¿Qué soy, un OTAKU?, decían cuando recibían un contenido dirigido al público japonés, o bien: ¿qué soy, GAY?, cuando quienes se identificaban como tales eran señalados de algún modo por su orientación sexual. En el fondo era algo trivial, una entre el millón de cosas que compartían, pero

también era una de las pocas que ella comprendía plenamente y en la que podía participar, y eso la hacía sentirse bien.

A veces, a lo largo de los años siguientes, recordaría la época en la que había trabajado allí y caería en la cuenta de que entonces no había sabido apreciar del todo lo excéntricos y tolerantes que eran sus compañeros. No había entendido que, a diferencia de muchas de las personas con las que se cruzaría después, no fingían una apertura de miras progresista para ocultar un arraigado temor a la tensión y el conflicto, una estudiada evitación de esas diferencias que fingían abrazar, sino que de verdad creían que la gente tenía gustos, valores y formas de vida divergentes. Es verdad que nunca tuvo la sensación de que terminaran de entenderla, pero tampoco de que la evitaran o juzgaran por ser distinta a ellos. En retrospectiva, lamentaba no haberse dado cuenta de eso, no haberlo percibido y vivido como una suerte. Y, si bien entonces no había podido reconocer esa tolerancia, esa aceptación del otro, tampoco había sido inmune a sus efectos. Muchas veces, en pleno *pebbling*, sentía el impulso de zambullirse de lleno en lo que fuera aquello de lo que formaba parte. Veía, pintado en colores primarios, cómo el «momento arenero» se expandía y se elevaba por encima de todos los escritorios hasta llenar por completo esa oficina de planta abierta, hasta llenar por completo el tiempo que había pasado allí, y esos fugaces destellos en la oscuridad parecían bastar para sostenerla, para convencerla de que la entendían y la querían lo suficiente para seguir viviendo y trabajando allí, no siempre dichosa pero sí bien, simplemente a gusto

HOW WILL
I KNOW?

Otra de las cosas que se decía era: si por lo menos el trabajo en sí fuera más interesante. Si no pasara la mayor parte del tiempo cruzada de brazos, todo habría tenido más sentido para ella y habría experimentado algo más parecido a un sentimiento de integración.

De vez en cuando le llegaba un encargo que le daba ánimos, como cuando le permitieron participar por primera vez en las diversas tareas que hasta entonces había visto realizar a sus compañeros. En la validación, por ejemplo, que era una de las etapas imprescindibles del proceso de localización. Cuando habías introducido el texto traducido en la columna de la derecha de la hoja de cálculo, otro traductor se encargaba de validarlo. Después, debías reunirte con él para conocer sus impresiones antes de corregir los errores detectados. Ella había trabajado como *freelance* en numerosos proyectos, pero casi nunca había contado con un revisor bilingüe que repasara su traducción, y se dio cuenta de que era todo un lujo, de la cantidad de errores que se evitaban de ese modo, de lo mucho que ganaba el producto final. Sí, era fantástico que te validaran. Y los efectos de esa validación no se limitaban a la calidad del texto, sino que descubrió maravillada que ya no se sentía sola frente a las dificultades que este planteaba. Cuando le explicaron el proceso, imaginó que un sabelotodo con más experiencia que ella le reprocharía sus meteduras de pata, pero en realidad había algo en esa práctica –quizá el afán igualitario por el que se establecía como un acto recíproco que hacían unos por otros a todas horas– que parecía acercar a la gente y propiciar el tipo de conversaciones que la llevaban a pensar que, si trabajara más con ellos, tal vez llegara a sentirse más a gusto en su compañía. Recuerda la vez en que Gabe validó un conjunto menor de textos en los que había trabajado, el primer proyecto que empezaba de cero en mucho tiempo, y, aunque en general no había nada que señalar –tampoco es que fuera muy complejo–, en un momento dado había confundido «sí» y «no» por puro despiste y, poco después de que acabaran de repasar la traducción, él le envió una captura de pantalla de su error. Más tarde, se lo contó a los demás como si de verdad le hiciera ilusión: maestra traductora, dijo, y pronunció su nombre y luego le dedicó una de esas sonrisas que tanto le gustaban. No pasaba a menudo, pero cuando sucedía sentías que te lo habías ganado, que ese momento debería ir acompañado de un efecto sonoro al más puro estilo manga: ¡za-zing! Gabe tenía unos dientes diminutos y perfectamente alineados, como si fueran de leche. Al verlo sonreír,

pensó una vez más que le gustaba el trabajo e inventar soluciones innovadoras a los problemas que se le presentaban cuando le daban la oportunidad de hacerlo, aunque fuera a pequeña escala, y que solo cuando trabajaba codo a codo con sus compañeros –es decir, cuando no se limitaba a ver pasar las horas en la oficina, sino que participaba en tareas en las que todos intervenían– sentía que estaba a su mismo nivel.

Sin embargo, la mayor parte del tiempo no era así, y ni siquiera tenía la impresión de que todos estuvieran en el mismo barco, porque algunos tenían mucho trabajo y todo dependía del equipo al que te asignaran, es decir que era cuestión de suerte y por tanto no tenía nada que ver con ella, era una mala racha y punto, le dijeron, antes o después se acabaría y, si bien por un lado el hecho de que le pagaran por estar de brazos cruzados no era lo peor que le había pasado en la vida, por otro no sabía muy bien qué se esperaba de alguien que no hacía nada, que no aportaba nada, que no había hecho una sola cosa de provecho en ese espacio.

Llevaba unos meses así cuando uno de sus antiguos tutores del máster le reenvió la convocatoria de un concurso de traducción literaria, así que, a escondidas, empezó a trabajar en eso en horario laboral en vez de leer cada nuevo artículo que aparecía en la web de *The Guardian*. El texto era de una dificultad endiablada, de manera que al principio se limitó a buscar información e investigar, a leer y releer, a apuntar frases que apenas tenían sentido. Aun así, esa interacción con el texto le generaba una sensación tan embriagadora que no podía ignorarla: algo germinaba en su interior, una tremenda cercanía entrelazada con una profunda curiosidad, un desplazarse hacia dentro y hacia fuera en un mismo gesto. Y, sí, el hecho de trabajar ese texto en la misma silla en la que le habían permitido traducir unos pocos fragmentos de videojuegos ayudaba, pero era imposible no establecer un paralelismo entre ambos textos y darse cuenta de que, para ella, no había comparación posible, de que esta era su verdadera vocación. Le resultaba mucho más fácil sentir una conexión íntima con el texto cuando este se sostenía por sí solo, cuando no se reducía a una serie de palabras aisladas en una hoja de Excel y sacadas del contexto en el que luego aparecerían. Para

entonces ya tenía claro que el aprendizaje consistía en superar ese aislamiento, en familiarizarse con los videojuegos para entender en qué contextos aparecían determinadas frases, qué aspecto tenía el personaje de Smiley, el hermano mayor de *Tokyo Revengers*, qué clase de música sonaría de fondo, qué relación se establecía entre el jugador y el personaje al que encarnaba en el juego, de qué color era el cielo, etcétera. Aun así, la sensación de recostarse sobre el pecho de alguien, de oír el latido de su corazón y llegar a sentirlo como propio que la invadía cada vez que posaba los ojos en ese texto, en ese par de textos, era algo que no creía que pudiera producirle ningún videojuego. Esa forma de empaparse del texto, de hacerlo suyo: cada palabra que buscaba a tientas se revelaba como un ejercicio de interiorización primero y de exteriorización después. Era como la música: una fuerza externa que se abría paso hasta sus entrañas. Sabía que ese era su mayor defecto como asalariada, y había confiado en enmendarlo cuando empezara a trabajar en serio, pero no lo había conseguido. Por muy bien que se lo hubiese pasado con los videojuegos, por más que estos le hubiesen dejado impresiones duraderas, no le habían calado hondo. No se sentía cercana a nadie mientras jugaba y, por tanto, tampoco se sentía cercana a nadie cuando traducía videojuegos, o no como habría deseado. Envidiaba a quienes sí experimentaban esa sensación. Envidiaba prácticamente a todo el mundo, pero a la vez le gustaba recordar que había sentido esa cercanía con algo, aunque no tuviese nada que ver con su actual puesto de trabajo.

Alguien lo mencionó en un tono informal, incluso de broma, como todo lo que allí se decía, mientras tomaban té en la cocina del personal. Ella había llegado a la conclusión de que beber demasiado té negro le sentaba mal y lo usaba como oportuna excusa para no participar en esas pausas interminables, pero había momentos en los que sucumbía, sobre todo hacia las tres de la tarde, cuando el final de la jornada aún quedaba muy lejos. Alguien enviaba un mensaje al resto anunciando que iba a preparar té y, cinco minutos después, otra persona del equipo se levantaba y todos se encaminaban lentamente a la cocina, como un grupo variopinto, y se sentaban o se quedaban de pie junto a la mesa alta rodeada de taburetes sobre

la que descansaba la tetera marrón. Ese día, el tipo que le iba detrás tenía resaca porque la noche anterior había salido de copas y había acabado en el karaoke, por lo que no estaba en condiciones de trabajar, y alguien dijo en broma que allí sí que se trabajaba. Ja, ja, ja, desde luego. Qué manera de quemar calorías. Madre mía, pensaba ella, ¿en qué momento se me ocurrió que esto podría ser una buena idea?, ¿y por qué resulta que, de todas las conversaciones tontas que oigo, son precisamente las que tratan de salir de marcha y emborracharse las que más me sacan de quicio?, cuando Rick, un tipo bajito con una perilla puntiaguda y una voz ligeramente nasal, soltó sin más:

Bueno, todo el mundo sabe que la traducción no es más que una forma de karaoke.

No habría sabido decir si se hizo realmente un silencio mientras todos los presentes procesaban sus palabras o si el tiempo solo se ralentizó para ella. Casi al instante, sintió un nudo en la garganta, como si estuviera a punto de llorar. Joder, farfulló, y todos la miraron.

En momentos como ese, le gustaría poder darle al botón de pausa y decir: por favor, ¿podéis callaros y dejar que averigüe qué es lo que acaba de detonar en mi cerebro? Pero, por supuesto, las reglas decían que eso no podía ser, las reglas decían que las bromas y los chascarrillos servían para tapar grietas.

Claro, dijo alguien. Nos pasamos la vida fingiendo ser otra persona.

Es lo que nos mueve, dijo Gabe. Y estamos en nuestro derecho.

La cabeza le daba vueltas, pero a la vez sentía la necesidad de implicarse, de no quedarse al margen.

Estamos tan jodidos que es la única manera de sentirnos bien, dijo.

Hostia, dijo Rick. Qué profundo se está poniendo esto.

Aunque era consciente de que, entre todos, estaban retomando la conversación para llevarla de vuelta a un terreno seguro, de que no intentaban decir nada sincero, sino soltar tonterías, encadenar ocurrencias que sonaran ingeniosas y divertidas, no pudo evitar decirlo, tenía que decirlo, aunque solo fuera para no perder el hilo de

sus pensamientos, para asegurarse de que no se desvanecían, de que los formulaba en voz alta en ese mismo instante.

No se puede negar que hay una parte de fingimiento, de salir de uno mismo, ¿verdad? Pero también hay algo más, algo que consiste en entrar, en formar parte de la experiencia de otra persona de un modo que por lo general no está a nuestro alcance. ¿Verdad?

Había vuelto a hacerlo, lo supo no bien lo dijo, se había pasado de profunda, aunque tal vez no fuera profundidad exactamente. ¿Cómo lo habrían llamado ellos? Tal vez pedantería o ganas de filosofar, pero, en cualquier caso, la suya era una actitud que les generaba incomodidad, que los sacaba de su zona de confort. Entonces sí que se hizo un silencio sepulcral. Pero luego Gabe la miró y asintió en silencio, sin sonreír.

Sí, dijo. Es como una especie de comunión. Con alguien.

Da igual que exista o no.

¡Oye! ¡Kylie existe!

Igual que Chell, en algún universo, señaló Aimee.

Una comunión… con todos los universos que existen.

Una comunión con el alma del universo. Así elegimos vivir.

Y el karaoke no es más que una extensión natural de esa comunión.

Vale, dijo el tipo resacoso, ya me siento mejor. Habían vuelto al terreno seguro de las tonterías. Se le fueron los ojos a sus tetas. Por una vez, ella le sostuvo la mirada sin pestañear, desafiante.

Sí, dijo. Una comunión con el alma del universo. Suena bien

BREAK ON THROUGH
(TO THE OTHER SIDE)

Qué locura, se dijo mientras volvía a su escritorio con la taza de té que había dejado a medias, ahora tan tibio que estaba casi segura de que no lo terminaría, qué locura sentirse tan animada por la conversación, sentir que ese día acababa de cobrar sentido, y sin embargo eso era justo lo que sentía. De vuelta en su escritorio,

descubrió que tenía correos sin leer, lo que interpretó como la confirmación de que iba por buen camino, aleluya, le habían dado algo que hacer y se puso a hacerlo con la sensación de tener un propósito, y de pronto había llegado el final de la jornada y era viernes por la noche. ¡Por fin es viernes!, le escribió a Gabe como despedida. Me largo. Ese día había llegado antes que nadie, así que era la primera en marcharse, lo cual no era tan extraño, pero sí que alguien se molestara en despedirse no solo a través del chat sino también de palabra, sonriendo a los demás, de modo que volvió a pensar: ¿y si fuese así todos los días?, ¿y si diera con la manera de hacer que fuese así todos los días? Fuera soplaba una brisa fresca, hacía sol, y se planteó ir andando hasta casa, pero luego vio que el tranvía se acercaba y decidió cogerlo. Se bajaría a medio trayecto, recorrería ese último tramo a pie y pasaría por el supermercado para comprar algo de vino. Por una vez, el hombre elegante y ella no tenían previsto quedar durante el fin de semana, se planteaban seriamente dejarlo, o por lo menos ella se lo estaba planteando seriamente, habían pasado tres meses y seguía sin sentir nada, y eso no podía ser buena señal, ¿a que no? Le costaba creer lo poco que a él parecía importarle lo que ella sintiera o dejara de sentir, era como si su único interés fuera convencerla de que debían seguir juntos contra viento y marea. Eso la llevó a pensar que, visto lo visto, la probabilidad de que él no le mandara ningún mensaje esa noche era ínfima, por lo que no podía dejar el teléfono a un lado y olvidarse de él. A menudo se preguntaba si la sensación de tener que estar en guardia se debía solo a que esperaba algo o si escondía también el deseo de que ese algo sucediera. A menudo sentía un verdadero deseo de que no se pusiera en contacto con ella –ni él, ni nadie–, y aun así era incapaz de no mirar el teléfono. Ese fin de semana, sin embargo, decidió no hacerlo. No sucumbiría a las expectativas, sino que las haría suyas; saldría a pasear y pensaría en la traducción y el karaoke, e intentaría averiguar de dónde salía esa atracción suya por todo lo que implicara ser otra persona, todo menos los videojuegos, y quizá lograra desbloquear algo en su interior, lo que a su vez le infundiría una profunda sensación de paz por ser la persona que era, sin más. Las puertas se abrieron con un

siseo y la multitud que esperaba en el andén entró en tropel, ni en sueños podría sentarse, así que se quedó de pie junto a la puerta, sujetándose a la barra, se puso los auriculares y eligió la música que iba a escuchar durante el trayecto, y fue al levantar la vista cuando lo vio allí plantado, junto a las puertas del otro lado del vagón. Ella estaba tan ensimismada que ni siquiera lo había visto subir al tranvía. Semanas atrás esto no habría pasado, pensó, y se lo reprochó al instante, como si se hubiese relajado, como si hubiese bajado la guardia. Qué fácil habría sido no verlo, que ese momento pasara sin pena ni gloria. La simple idea le parecía alarmante. Pero ¿y si había pasado precisamente ese día porque, por una vez, tenía algo en lo que pensar, un elemento de reflexión? La charla sobre la traducción había despertado algo en su interior que por lo general permanecía aletargado, había avivado algún tipo de relación entre lo que hacía y pensaba y lo que sucedía en el mundo. ¿De veras era tan fácil? Se sentía como si se hubiese iluminado por dentro, como si tuviera la cabeza y el cuerpo más erguidos que nunca. ¿Sería por eso por lo que él no dejaba de lanzarle ojeadas? Dios, cómo le gustaba. Le gustaba mucho, y ese sentimiento no se podía comparar con nada, y pensó en el significado literal de las palabras que usamos para referirnos a ello: *atracción*, *magnetismo*, porque era justamente eso, como si, al instante, una parte de sí misma se desplazara en su dirección y ese éxodo –fuera lo que fuese– también tuviese el efecto de que la otra parte, la que no se había ido a ningún sitio, se le antojara más ligera, más soportable.

Ahora que estaba dentro de ese campo magnético, podía afirmar que le importaba una mierda que sonara a cliché, la palabra en sí era para los que se quedaban fuera: aquel era su lugar. Aquella certeza aturdidora, la cálida penumbra de una cueva. Qué privilegio divino, demencial, poder elegir y escuchar música teniéndolo delante, saber que todas las canciones que estaba a punto de escuchar cobrarían una intensidad inusitada y quedarían grabadas a fuego en su memoria. Escuchó «When You Were Mine» y luego se pasó a ELO. Desde que había llegado a Alemania, o quizá desde que esa obsesión había echado raíces, no se cansaba de escuchar el álbum *Out of the Blue*. Se lo pone ahora y, mientras el ritmo

acelerado y las voces estridentes se funden en su interior, se ve obligada a reconocer que lo que está sucediendo en su pecho no es en absoluto normal, pero aun así trata de mantener la compostura, de no mirar demasiado en su dirección. El río a un lado, el hospital al otro: ahora mismo no concibe la idea de abandonar voluntariamente el lugar en el que esto ocurre, en el que las cosas suceden de este modo. Lo glorioso de esta banalidad. ¿Qué hará él esta noche?, ¿adónde irá? Se le ocurre por enésima vez que apenas sabe nada de su vida y, en este momento mágico, hasta eso le parece adorable. Ya habrá tiempo de descubrirlo. Cuando paseen de la mano por las calles de París, a orillas del Sena, el aire pálido se estremecerá a su alrededor mientras él le cuenta su vida. Y entonces, demasiado pronto, aunque bien podrían haber pasado años, el tranvía se detuvo en la parada que su imaginación había convertido en legendaria, la isla flotante en medio del asfalto, y de golpe todo cambió. Él se bajó del vagón con el resto de los pasajeros que habían llegado a su destino, ella se dejó caer en un asiento cercano que había quedado libre y las puertas se cerraron. Fin, pensó.

Sin embargo, por algún motivo, el tranvía no se movió. No era algo habitual, quizá estuviera esperando a que el semáforo cambiara de color, pero parecía tardar demasiado. Él estaba esperando que llegara su otro tranvía, así que tampoco se movió, sino que se quedó plantado en el andén, a escasa distancia de su ventanilla, y se miraron fijamente a través del cristal. Por una vez, no había lugar a dudas, era evidente que la estaba mirando a ella, que ni siquiera se molestaba en disimular. Algo se desmorona en su interior. El derrumbe, supone, de esa parte de sí misma que hasta entonces oponía resistencia. El derrumbe de todo intento de fingir que esto no es la suma total de la realidad y de todo lo que importa, y el consiguiente alivio. Empieza la tercera pista del álbum, en su cabeza resuena «Sweet Talking Woman» mientras se miran a los ojos, y es como si toda la emoción del mundo se hubiese condensado en un solo instante, como si su obsesión con ELO hubiese nacido específicamente para ese momento, para que el contraste entre el falsete de las voces y la constancia del bajo cobre sentido de esa forma exacerbada, cósmica. Era música para gente extasiada,

comprendió. Música para gente desquiciada, y ella lo estaba. Se pasó el resto del día con la sensación de haber perdido la cabeza. Lo notó en cuanto se bajó del tranvía y echó a andar por la acera: aquello no era normal. No solo porque no sentía frío, pese a que seguramente debería haberlo sentido, ni porque se notara el cuerpo más liviano. Al principio piensa que es porque su cuerpo parece caminar solo, sin que ella intervenga, y luego se da cuenta de que en realidad es como si flotara por encima del suelo, imagina un cuerpo gaseoso en su interior que se esfuerza por elevarse hacia el cielo. Vuelve a pensar en la etimología, se dice que esos usos anquilosados, en los que no queda rastro de emoción ni de sangre, existen porque una o varias o muchas personas han experimentado esas mismas sensaciones, han caminado por la acera sintiendo que flotaban en el aire. Como si estuvieran volando. Nada como un flechazo para comprender mejor el lenguaje.

Le faltaba poco para llegar a su piso, pero no podía imaginar qué haría en casa, de manera que siguió andando, trazando un gran arco mientras escuchaba «Sweet Talking Woman» en bucle, una manera fácil de recuperar esa emoción, pero aunque hubiese querido, tampoco habría podido poner otro tema, porque la tenía completamente obsesionada. Se había convencido no solo de que él conocía la canción, sino también de que estaba íntimamente relacionada con él. No ignoraba, por supuesto, que así funciona la música de los flechazos. A veces, cuando era más joven y la persona que le gustaba le grababa sus canciones preferidas o compartía con ella una lista de reproducción, esa música se convertía en la banda sonora de sus emociones hasta el punto de teñir su vivencia del tiempo que abarcaba la relación, pero lo más habitual era que la música que moldeaba su percepción tuviera poco que ver con esa persona. Aun sabiéndolo, sin embargo, era imposible resistirse a la ilusión de que sí estaban relacionadas. Un par de años antes, hacia el final de una aventura fugaz que desde el principio había quedado claro que no iba a durar, lo que no impidió que depositara grandes esperanzas en ella, había sentido con la fuerza de una revelación que ese tipo no solo ignoraba la existencia de un puñado de canciones que ella asociaría para siempre con él, con el camino que

recorría hasta su casa y la infinidad de vueltas que daba por el parque mientras intentaba calmarse y aclararse respecto a lo que sentía por él, sino que, al no ser demasiado melómano, seguramente ni siquiera las conociera. Se imaginó con él en una habitación mientras sonaba algo parecido a una lista de temas que encarnaban el amplio repertorio de emociones que despertaba en ella, muerta de vergüenza, y él sin enterarse de nada. Sin enterarse de nada salvo que ella se lo dijera: estas canciones representan lo que eres para mí. Algo que no se veía haciendo ni por todo el oro del mundo, porque se parecía demasiado a reconocer que, en muchos casos, en realidad te enamoras de una versión del otro que solo existe en tu cabeza y que apenas tiene nada que ver con la persona de carne y hueso. Estoy enamorado de ti y no es asunto tuyo, eso decía Rilke, lo que venía a demostrar que ese solipsismo, narcisismo, proyección o como quiera que lo llamemos existía desde hacía siglos. Bastante duro era reconocerlo para tus adentros, no digamos ya ante la persona a la que habías elegido, sin que ella lo supiera, para interpretar ese papel.

Aunque nada de esto significaba que no funcionara. Funcionaba y seguiría haciéndolo, y esa canción, como tantas otras, se convertiría en un portal de entrada a él. *Portal*, así se llamaba el juego con el que todos sus compañeros estaban obsesionados. Él era su portal. En realidad, la música tampoco era tan importante, pensar en él bastaba para sostenerla mientras caminaba incansable. En ese instante, por la calle comercial que había cerca de la universidad, flanqueada de *weinstuben*, bares y tiendas adornados con guirnaldas de luces. Ahora sí notaba el frío; faltaba poco para la primavera, aunque nadie lo habría dicho, y sin embargo esa sensación de espera suspendida que la recorría no resultaba desagradable. Pero había algo más. El invierno aquí albergaba lobos, pensó, lobos, fuegos y cuentos de hadas. En cierta ocasión había leído un libro que el narrador, un escocés del siglo xix, había dividido en meses amarillos y meses negros, y ahora su mente jugueteaba con esos términos mientras vagaba por las calles de Fráncfort. Nunca un invierno le había parecido tan negro como ese, el invierno londinense era gris oscuro, pero el de Fráncfort era negro, con humo

de leña y bufandas oscuras en torno al cuello, aunque también había amarillo: el brillo de los escaparates y las guirnaldas de bombillas colgadas en la calle, el brochazo amarillo limón del sol matutino, los regueros como de sorbete que dibujaba el pis de perro sobre la nieve. Esos meses de invierno eran negros y amarillos a un tiempo. El invierno aquí tenía peso. No era la estación en la que todo moría y la gente se sentía demasiado enferma o abatida para salir de casa, salvo cuando se veía arrastrada por los rituales consumistas y las obligaciones sociales de la Navidad. A veces, dando un paseo en Londres, sentía el intenso deseo de estar con las personas del otro lado del cristal, donde fuera bienvenida y formase parte del todo, pero aquí se sentía incluida simplemente con pasar por delante.

Dobló la esquina al final de la calle y enfiló una vía de doble sentido con aceras anchas. Más abajo, junto al museo, en un cubo de obra retranqueado respecto a la calzada, se alzaba la escultura de un dinosaurio. Por la noche se convertía en una silueta imponente cuya sombra, engrandecida por las farolas, se proyectaba sobre la calle, y hasta eso resultaba reconfortante. ¿O acaso todo lo que había allí le resultaba reconfortante si lograba sentirse conectada a una red de significado más amplia? Ya antes lo había experimentado al pensar sobre la traducción, o más bien al reflexionar sobre la traducción y el karaoke con otros y percibir una cierta curiosidad mutua, por fugaz que fuera. Pero eso no era nada comparado con lo que sentía en ese instante, mientras se regodeaba en el recuerdo del hombre del paraguas, en su aura de intensa trascendencia. En momentos así, las frustraciones de la vida cotidiana –la sensación de existir al margen de todo aquello que importaba– quedaban relegadas a un segundo plano, reemplazadas por la certeza de estar profundamente conectada con el mundo. Comprendió, de una manera intuitiva, que era precisamente por haber pasado sola tanto tiempo por lo que era capaz de sentirse de este modo. De sentir que había vuelto a un estado primigenio, al estado primigenio de soledad, una figura vestida de negro pensando en otra figura solitaria vestida de negro que avanza a trompicones por la noche fría, con ese fuego amarillo ardiendo en su interior, eso era lo importante, la noción de estar persiguiendo algo que jamás

alcanzaría, ¿por qué le resultaba tan familiar? La idea le resultaba irresistiblemente seductora, y era justo esa capacidad de seducción lo que le daba un inquietante filo amenazador. Era del todo imposible distinguirla del más puro delirio. Rebosaba de alegría por formar parte de una comunidad, la comunidad que formaban las calles invernales, esa persona a la que había inventado y ella misma. Una comunidad que, por ejemplo, no incluía a la persona con la que supuestamente mantenía una relación de pareja, que no incluía a sus compañeros de trabajo, que a decir verdad no incluía nada que cualquiera hubiese considerado real, solo una compleja red de señales, sentimientos e impresiones. En el fondo, sabía que eso era lo que pasaba cuando perdías el control de tu vida, cuando te dejabas embaucar una y otra vez por tus fantasmas, hasta que un día te despertabas con resaca a los cuarenta y tres años, sin pareja, sin apenas amigos y sin ningún camino ante ti

SHOULD HAVE KNOWN BETTER

Había dado por hecho que cuando se despertara al día siguiente la locura habría remitido, pero tan pronto abrió los ojos sintió que esa urgencia le oprimía el abdomen. Desahógate corriendo, pensó, y se encaminó al parque por las calles frías y desiertas de la mañana. Se convenció de que lo vería avanzando en su dirección a la vuelta de cada esquina, de que estaría esperándola en el parque, aunque, a juzgar por el trayecto que hacía en el tranvía, era bastante improbable que lo frecuentara. Sin embargo, cuando llegó allí, encontró el parque prácticamente desierto, cubierto de escarcha y envuelto en niebla. Al doblar un recodo del sendero, volvió a tender la vista hacia la gran extensión de hierba y vio tres enormes perros lobo irlandeses tirando de su dueño, como renos que escoltaran a un diminuto Papá Noel por el cielo, y el corazón le dio un vuelco en el pecho, el latido de la alquimia. Era una bendición vivir en ese mundo, en esa frecuencia, pero también era una pesadilla.

Al llegar a casa, descubrió que el hombre elegante le había enviado un mensaje preguntándole si quería quedar. Permaneció diez minutos en silencio delante del móvil, con la ropa deportiva todavía puesta, mientras el calor de los radiadores desataba un intenso rubor en sus extremidades heladas, y entonces, como un fogonazo, recordó lo que iba pensando el día anterior en el tranvía antes de ver al hombre del paraguas, la pureza de su determinación de reservarse ese fin de semana para sí misma. Hasta cierto punto, eso era ya imposible, pues el hombre del paraguas impregnaba todo su ser como nunca hasta entonces, pero por lo menos podía despejar el terreno de otros obstáculos. Se apresuró a contestar que lo sentía pero que había quedado con una amiga, y le deseó un buen fin de semana. No era una reacción habitual en ella y se le disparó el corazón solo de pensar en las repercusiones, en lo que tendría que hacer para reparar su falta, en las interminables y exasperantes discusiones, pero todo eso llegaría después. Guardó el móvil en un cajón y se metió en la ducha. La gran pregunta ahora era qué podía hacer para que ese día resultara tolerable. Si ese estado vital encerraba alguna cualidad mágica y gloriosa, esta venía acompañada de una angustia que impedía deleitarse en el presente, que transformaba el tiempo en una espiral sin fin. Una espiral que, además, difícilmente podría contener al hombre del paraguas o un encuentro casual con él. ¿En serio tenía que ser así? Pensó en el lugar en el que él vivía, en el que ella había deducido, dado por hecho, decidido, que él vivía, y se le ocurrió hacer una especie de excursión. No para verlo, por supuesto, sino tan solo para disfrutar de su campo magnético. Poner la música que le recordaba a él y deambular sumida en una especie de trance. No tenía nada de malo, ¿verdad? ¿O acaso, por más que intentara engañarse a sí misma, la motivación para dar ese paseo residía en la posibilidad –por remota que fuera– de volver a toparse con él? Y, si así fuera, ¿era consciente de lo turbio que podría resultar?

Últimamente pensaba con frecuencia en la palabra *obseso*, y cada vez estaba más convencida de que bien podría aplicarse a sus propios actos. No era algo que se le hubiese ocurrido de manera espontánea, en parte debido al componente de género asociado con

ese término, pues había crecido más preocupada por vérselas con un obseso que con ser una obsesa ella misma, pero también porque era una forma de pensar incompatible con la visión romántica del mundo que tenía por bandera, en la que cada pequeña muestra de interés por su parte era no solo deseada, sino secretamente aplaudida. Sin embargo, había empezado a comparar cada vez más su forma de actuar con la del hombre elegante, y a descubrir aspectos de su actitud hacia ella que le generaban incomodidad. La insistencia y los intentos de persuasión estaban ahí desde el principio, pero ahora se daba cuenta de que él analizaba al detalle todo lo que ella publicaba en redes, lo comentaba y luego deducía que guardaba relación con él. Esto no solo le parecía inquietante, sino que el comportamiento del hombre elegante, sumado a su visión sesgada de lo que este representaba –pura virtud–, le resultaba sumamente desagradable. Él era romántico, detallista, entregado, no podía evitarlo, y parecía convencido de que esa versión de sí mismo era sencillamente irresistible. Cada uno de los gestos con los que minaba la capacidad de decisión de ella se justificaba con el argumento de que lo convertía en un buen novio. A nivel emocional, ella no se lo tragaba ni por asomo, y sin embargo echaba mano de ese mismo argumento para apaciguarse a sí misma, diciéndose que, en cierto sentido, en lo que a él respectaba, sí que le pertenecía. Por mayor que fuera el desequilibrio entre los sentimientos de ambos, el lugar que ella le había concedido le otorgaba ese derecho, se decía, y se lo creía a medias. Sin embargo, esa conclusión la llevaba también a reconocer la trampa a la que la condenaban sus propias acciones: no estaba saliendo con el hombre del paraguas, y era posible que él no supiera quién era ella, aunque esperaba que sí, por supuesto, sobre todo después de que le sostuviera la mirada con gesto anhelante a través de la ventanilla. No quería aferrarse a esa fantasía sin tener en cuenta sus sentimientos, pero no encontraba otra manera de descubrir cuáles eran esos sentimientos que aferrarse a la fantasía con la esperanza de acercarse a él algún día. Asimismo, reconocía que vivía tan entregada a esa emoción embriagadora que no tenía más remedio que dejarse llevar por ella. ¿Cómo iba a pasar un sábado normal si

en ese momento se sentía de todo menos normal? Miraba a las mujeres con las que se cruzaba por la calle comercial que había cerca de la universidad, mujeres que le parecían indudablemente alemanas por alguna característica que no sabía precisar, cierta forma de resistencia, de dureza, que se manifestaba en su manera de andar con la cabeza erguida y en su indumentaria, en una displicencia innata que la fascinaba y que habría querido poseer, y les preguntaba en silencio cómo iban a pasar el sábado. Sin duda lo dedicarían a hornear pasteles, a cuidar del jardín, a participar en una manifestación, a preparar un estofado para llevar esa noche a una fiesta en un centro artístico situado en un edificio okupado, y si la lista de actividades edificantes que le venían a la mente sin ningún esfuerzo sonaba desdeñosa y burlona era solo porque envidiaba a esas mujeres. Deseaba que fueran esas cosas lo que diera sentido a su vida, pero, por más que intentara convencerse de que el problema era que aún no se había terminado de integrar en la ciudad, lo cierto es que tampoco había hecho esas cosas en Londres porque estaba demasiado ocupada mirándose el ombligo. Estaba demasiado confundida para integrarse en la ciudad –demasiado exigente, demasiado rara, demasiado vulnerable–, así que había abrazado la pureza de la fantasía. Siempre que tomaba el té con sus compañeros de trabajo tras haber leído algún artículo sobre las políticas de austeridad, el conflicto en Palestina o el cambio climático y los oía parlotear sobre videojuegos, se descubría preguntándose qué pasaría si volcaran todo ese entusiasmo en hacer algo por mejorar la sociedad y qué significaría eso para ellos, y luego se preguntaba si sonaba demasiado conspiranoico pensar que esa indolencia era justo lo que perseguían los videojuegos y demás formas de entretenimiento: el opio del pueblo. Sin embargo, si eso era cierto, lo mismo podría decirse de las relaciones amorosas, de esa absurda dinámica del flechazo concebida para que experimentaras sentimientos profundos, tanto buenos como malos. Concebida para trastornarte hasta el punto de que, aunque quisieras ser distinto, aunque quisieras pasar el sábado haciendo algo que valiera la pena, no podías. Pero ¿quién había inventado esa dinámica? ¿De dónde venía?

Repantingada en el sofá, hastiada de la pereza y vaguedad de sus pensamientos, se hizo una pregunta distinta: ¿qué pasaría si no se resistiese a esa dinámica, si se dejara llevar por ella pero de un modo que fuera de obsesa? Dejó que la pregunta resonara en su interior por unos instantes. En cierta ocasión, en un centro budista, había asistido a una clase de meditación en la que le habían enseñado a hacer justamente eso con una pregunta, con algo impreciso e imposible de contestar del tipo: qué quiere mi corazón; no forcéis la respuesta, había advertido el maestro con voz cantarina, todos hablaban con la misma cadencia, eso era lo que pasaba cuando te hacías budista, dejabas caer una pregunta en tu interior, como quien deja caer una piedra en un pozo, y esperabas a que la respuesta flotara a la superficie, así que, allí sentada en el centro budista, había esperado pacientemente la respuesta a lo que su corazón quería, pero no había llegado ninguna; ahora, sin embargo, respiró y destensó los hombros, sin nadie a su alrededor, y una respuesta surgió en su mente con una calma y una claridad inesperadas.

Tenía cuatro sílabas.

Hizo una búsqueda rápida y luego se levantó para arreglarse. Quince minutos después, estaba en la calle. Según la app de geolocalización, el trayecto le llevaría cuarenta y cinco minutos, por lo que llegaría allí sobre las doce, que era la hora a la que abría los sábados. Le parecía absurdamente temprano, ni que estuvieran en Japón, pero sabía que debía aprovechar el impulso. Siempre había querido hacer eso que se disponía a hacer, pero nunca había tenido agallas. Compró un par de latas de cerveza en un quiosco, otra cosa que siempre había querido hacer. No había probado bocado todavía y, al apretar el paso, notó cómo el alcohol invadía su flujo sanguíneo, creyó verlo, el rosa sucumbiendo al dorado centelleante. Dorado centelleante como la sensación que experimentaba en el patio de recreo cuando se presionaba los párpados y veía aquellas chiribitas que asociaba con Dios, Dios estaba en todas partes ese día. Se puso los auriculares y volvió a escuchar «Sweet Talking Woman». ¿Tendrían esa canción? Seguramente no. Seguía haciendo frío, pero la niebla se había disipado y el sol invernal atravesaba las nubes de

vez en cuando, un resplandeciente cuchillo blanco. Dios era benévolo.

En lo que le pareció un abrir y cerrar de ojos se plantó frente al karaoke, el de las salas individuales, pero ya había apurado la primera lata de cerveza y eran las doce y diez, así que llevaba cincuenta y cinco minutos caminando. Había estado allí un par de veces, aunque siempre con compañeros de trabajo, entre un grupo numeroso liderado por el tío que le miraba las tetas. A él le encantaba el karaoke, pero con todo el mundo apiñado en torno a un solo micrófono, canturreando o chillando al unísono, que era el que menos le gustaba a ella. En esas ocasiones, siempre aprovechaba para tocarla, para alargar los dedos y tocarle el brazo o el hombro, y cuando ella lo miraba se limitaba a sonreír y fingir que no era más que un roce amistoso. Pero también es verdad que todo en él parecía amistoso cuando se ponía así: su voz y sus gestos se volvían lánguidos, los párpados y el cuello pesados, y ese hombre que escondía su timidez y ansiedad tras una apariencia de rigidez se convertía en un bebé gigante y feliz que iba por ahí abrazando a los demás y diciéndoles lo mucho que los quería. Pensaba a menudo en él, no solo porque le parecía un obseso, sino también porque le preocupaba parecerse a él. Le preocupaba que le estuviese mostrando una verdad fundamental sobre el acto de emborracharse y, concretamente, sobre los motivos que la llevaban a ella a beber: como una forma de eliminar cualquier agudeza o interés y transportarse a un estado de ñoña desinhibición que habría sido demasiado embarazoso, demasiado humillante habitar sobria. Paliar la soledad, no solo inhibiendo sus propias reservas, sino también diluyendo cualquier rasgo distintivo o manía que tuviera para quedar reducida a su estado más básico. Pero ¿acaso no era ese el objetivo del karaoke? ¿No era eso lo que le reprochaban algunos? La grima que les daba no solo se debía a su condición de entretenimiento vulgar, sino también a que lo consideraban una forma de exposición que no resultaba atractiva, constructiva, sexy ni elevada, que no era más que un ejercicio de escapismo inmaduro, caótico, ordinario y sin sentido para gente que no se gustaba a sí misma. Levantó la vista hacia el letrero de neón del karaoke, que apenas parecía iluminado:

los tubos electrificados irradiaban un tenue resplandor violeta, pero la luz del día lo difuminaba y el trazado sinuoso de las letras de plástico prestaba a todo un aire hospitalario. Un recuerdo acudió a su mente, y se vio caminando por los callejones de Japón al día siguiente de haber salido de marcha, cuando todos esos garitos que por la noche parecían tan sugerentes quedaban expuestos a la luz del sol y había gente de aspecto demacrado agachada en la calle, fumando o descargando cajas de bebida, y en el aire flotaba un cansancio resignado, tan denso que costaba creer que no fuera una sustancia química. ¿Cómo se le había ocurrido que ir hasta allí sería buena idea? Sola, por más señas, cuando, si había algo redentor en el karaoke, era el hecho de compartir espacio físico con otros cuerpos, ¿qué podía ser más triste que hacerlo por tu cuenta? Su determinación palideció y perdió fuerza, pero, confrontada con la perspectiva aún más triste de dar media vuelta y volver a casa sola sin haber logrado su objetivo, reunió el poco valor que le quedaba y abrió la puerta de un tirón.

El interior del local no recordaba para nada a Japón, pero tampoco parecía del todo alemán. Era imposible de definir: una zona de recepción inusitadamente espaciosa con un gran mostrador de madera pulida, detrás del cual había un hombre de mediana edad con un polo a rayas y una especie de música tradicional turca sonando muy bajito. A simple vista, el local parecía la tapadera de un cártel de la droga, pensó, algo que nunca se le había ocurrido cuando pasaba por allí de noche y, por las exclamaciones y los alaridos amortiguados que se oían desde la calle, sabía que allí dentro había alguien más que el recepcionista. Y, sin embargo, el hombre de mediana edad que estaba al otro lado del mostrador ni se inmutó al verla entrar. Notó que se le hacía un nudo en la garganta mientras le explicaba que había ido sola, que no tenía reserva, que quería la sala más pequeña que tuvieran, todo el rato con la sensación de que su alemán era más penoso que nunca, aunque al recepcionista no pareció molestarle lo más mínimo. Allí no repartían cestitos con el micrófono, el recibo y toda la parafernalia, como pasaba en Japón, y el hombre se limitó a señalar el pasillo.

Fear, le pareció que decía, «miedo» en inglés. ¿Perdone? *Wie bitte? Zimmernummer vier. Ah, ja.*

Maldita sea, piensa mientras enfila el pasillo, maldita sea, dios mío: era de un vídeo que le habían enviado, les pirraba esa escena de *Los hombres duros no bailan* en la que Ryan O'Neal repetía estas palabras una y otra vez, maldita sea, dios mío, maldita sea, dios mío, cómo había podido confundir *vier* y *fear*, cómo había podido olvidar que estaba hablando alemán, se podía saber qué le pasaba, aunque mejor no saberlo, estás tonta perdida, loquita de remate, se dijo, pero sabía que, al menos en parte, ese despiste se debía a que estaba inexplicablemente asustada. Se dirigió a la puerta en la que ponía *fear*, *eins, zwei, drei, vier*, había una canción japonesa que empezaba así, el cantante repetía esa letanía con una insistencia machacona en un alemán muy entrecortado con acento japonés, y ahora, a falta de algo mejor, la repite para tranquilizarse, *eins zwei drei vier*, mientras recorre el pasillo hasta que apoya la mano sobre el pomo de la puerta.

Y de pronto allí está, a solas, y enciende la luz. El suelo está un poco pegajoso, pero la sala pinta bien, ve el linóleo negro salpicado de purpurina. Pide algo de beber, enciende el micro. Todavía no ha puesto ninguna canción, la presión de elegir el primer tema se mantiene aunque no haya nadie más, piensa, sobre todo cuando no hay nadie más y todo se convierte en un ritual. Quiere comprobar si el micro funciona, quiere postergar la decisión, así que pulsa el interruptor y emite un sonido de prueba: ah ah ah. Lo había olvidado, pero de pronto recuerda que hay algo especial en ese primer sonido. Su forma de resonar por la habitación, de expandirse a través del espacio vacío como el primer sonido que llenó la oscuridad de la creación, vacilante y estridente a un tiempo, tanto que alcanzó a imaginar el pico, de un blanco amarillento, en el gráfico que registra los sonidos de la habitación, que alcanzó a ver la línea con que abarcaba la estancia. Qué poco tardó ese eco vago y desangelado en volverse constante e íntimo: en cuestión de segundos, el espacio se había transformado en la única estancia que tenía razón de ser en ese momento y, sin que apenas se diera cuenta, en la única que había existido nunca: una caja negra que

albergaba y abrazaba su voz y su cuerpo como lo que eran, fuentes de ruido desmesurado y de un movimiento salvaje, tal como lo habían sido el resto de los cuerpos y de las voces ruidosos, ávidos, desiguales que habían pasado por allí. Ella no había frecuentado demasiadas discotecas en su primera juventud, y recordaba haber pasado la mayor parte del tiempo pendiente de su aspecto o de lo que hacía la gente a su alrededor, pero en unas pocas ocasiones había experimentado un sentimiento de trascendencia en la pista de baile, se había entregado sin reservas a lo que quisiera que viniese y había habitado ese universo con la gente que la rodeaba sin pensar en cómo se suponía que había que bailar o ser; podría escribirse un libro entero sobre esa sensación, uno que posiblemente se reduciría a 423 páginas en las que aparecería la misma palabra una y otra vez

ATOMIC
OH, OH
ATOMIC
OHHH
ATOMIC
OH, OHH

Y hasta eso palidecía en comparación con los tres o cuatro o siete minutos en los que te sumergías en el universo de una canción en particular: el ridículo vídeo que no tenía nada que ver con la música, los subtítulos que iban pasando y que, de manera fluida o en bloques de palabras, cambiaban de color, del blanco al amarillo, al violeta, al rosa, y eso era lo único que había, lo único que hay, la transformación del silencio en canto era lo único que importaba. Si el espacio del karaoke ofrecía unas mínimas condiciones, todos unían fuerzas en torno a ese objetivo.

Huelga decir que la experiencia del karaoke no siempre reunía las condiciones mínimas, había infinidad de conductas problemáticas que podían impedirlo. Si ibas en grupo, sobre todo con gente cuyos códigos respecto al karaoke no habías verificado de antemano,

siempre había quienes cargaban las máquinas con las canciones que querían cantar, convencidos de que eran temazos indiscutibles, y luego compensaban ese acto antidemocrático invitando a los demás a cantar al unísono con ellos, de modo que cada canción se convertía en un coro de borrachos mugiendo como vacas. Luego estaban aquellos a los que persuadían para que fueran al karaoke pero que no querían estar allí y se quedaban sentados con las manos apretadas entre los muslos y la espalda tensa, intentando conjurar con el poder de la mente cualquier incursión en su espacio personal mientras la telaraña de venas de sus sienes trazaba un mapa del campo de batalla en el que se jugaban la dignidad.

Pero ese día estaba sola y, además, había ido allí a celebrar algo. ¿Qué celebraba? Esta vez ni siquiera pensó en el pozo y la piedra, y sin embargo la respuesta pareció emerger de lo más profundo de su interior. Celebraba su faceta más cursilona y romántica, una faceta que, con el corazón en la mano, no sabía si podía reclamar como propia, una faceta que solo podía reconocer del todo en privado, por lo menos de momento. Ese día alcanzaría cuotas de bochorno nunca vistas y no se avergonzaría de sí misma. De pronto, supo con toda claridad qué quería cantar. Abrió la lista de canciones de Céline Dion. El problema de cantar a solas en un karaoke, comprendió entonces, era que le resultaría casi imposible hacer una cola de reproducción, pero se las arregló para programar un par de temas antes de que empezara a sonar el primero, mientras arrancaba la intro. No tenían nada de Electric Light Orchestra, pero sí «I Drove All Night», de Cyndi Lauper, y de pronto se había puesto en pie y las palabras blancas aparecieron en la pantalla

THE POWER
OF LOVE

Era gracioso, pensó, que la experiencia en solitario no fuera tan distinta de la colectiva, que también hubiese que superar cierta vergüenza inicial, vencer cierta frialdad. Le tembló la voz y sintió una íntima conmoción al comprobar, una vez más, cómo sonaba: no era la voz de una cantante. Lo que había que vencer eran tus propias limitaciones. Sin embargo, cuando lo lograbas, te descubrías en un espacio inmenso en el que, contra toda lógica, no te sentías sola, ni mucho menos. Ella temía no alcanzar ese espacio si cantaba sin compañía, temía no superar la frialdad inicial, como quien se queda congelado delante de un espejo implacable, pero una estrofa fue cuanto bastó, y de pronto allí estaba. Recordó las palabras de la víspera, pronunciadas en ese espacio extraño a caballo entre la ironía y la franqueza: *una comunión con el alma del universo*. De eso iba, en realidad, o como mínimo de sentirte en comunión no solo con las canciones que cantabas, sino con la música en su totalidad, o por lo menos con el karaoke en su totalidad, con toda la gente que se había encerrado en una sala como esa para ponerse a cantar o que antes incluso de la invención del karaoke, ya fuera sentada o de pie, había roto a cantar en situaciones similares. Recordó el día, un mes atrás, en que el hombre elegante y ella habían comprado un billete de avión a buen precio para pasar un par de noches en un pueblecito italiano; recordó que, por la mañana, mientras él dormía, se había escabullido del hotel para dar un paseo y, al ver la iglesia de la plaza principal con la puerta entreabierta, se había colado en su interior. No necesita comentar lo hermosa que era ni las enormes y sublimes pinturas que flanqueaban la nave central ni el hecho inconcebible de que fuera tan solo una de las muchas iglesias que había en ese pueblo diminuto –y lo que eso decía sobre la naturaleza cotidiana de esa belleza doliente, extravagante– ni la cantidad de documentos que daban testimonio de un sufrimiento y una devoción de verdad extraordinarios; ninguna de estas impresiones le resultó novedosa, algo que achacaba en parte a la exacerbada percepción del turista y en parte a su propia falta de interés por la religión organizada. Lo que sí la sorprendió fue que, pese a la grandiosidad y la ostentación del interior, que en circunstancias normales le habrían generado incomodidad, no sintió el impulso de marcharse. La iglesia

estaba tranquila y en penumbra, y hacía frío, pero menos que en la calle; se sentó en una de las modestas sillas de madera y rompió a llorar de un modo casi involuntario, pero las suyas no eran lágrimas de tristeza, sino de karaoke, en las que la pena parece inseparable de la belleza, que a su vez es inseparable del hecho de estar vivo, y pensó en los siglos que la gente llevaba acudiendo a esa iglesia para rezar a Dios, sentada en esas sillas como ella ahora, tal vez entre lágrimas, aunque suponía que por lo general no. Se acordó de un amigo que en cierta ocasión, sin que viniera a cuento, había comentado que a veces se preguntaba cómo sería ir a la iglesia cientos de años atrás, cuando las condiciones de vida eran tan austeras, y lo abrumador que sería entrar en una iglesia y toparse con semejante esplendor, semejante profusión decorativa, y cómo eso, por sí solo, debía de bastar para convencer a los fieles de que había que creer en Dios; esa opulencia no solo habría resultado persuasiva, sino que, en semejante contexto, habría tomado la apariencia de lo divino de un modo que alguien como ella apenas podía imaginar. O apenas había podido imaginarlo cuando él se lo había dicho, pero ahora creía poder hacerlo: la iglesia como el lugar donde uno experimentaba el mundo en toda su gloria y plenitud, y donde eso también representaba un llamamiento a vivir de una manera determinada, un lugar de aceptación que imponía sus condiciones. Y entonces recordó otra conversación que había mantenido con una chica que pertenecía a una familia evangélica y que sostenía que la práctica de la oración, hablar con Dios, le resultaba increíblemente cercana a la experiencia de escribir un diario, de encontrar un espacio en tu interior en el que ese diálogo pudiera tener lugar, y en ese momento le pareció la cosa más extraordinaria del mundo que una iglesia pudiera convertirse, en cierto sentido, en la encarnación espacial de un cuaderno de notas, un lugar en el que la comunión con el otro se producía tanto dentro como fuera de uno mismo, aunque eso no tuviera nada que ver con el propósito para el que se había concebido.

Para ella, el karaoke era algo parecido, pensó mientras empezaba a sonar el estribillo. El impulso de la melodía la llevó a forzar las cuerdas vocales, y entonces obtuvo la confirmación de algo que

siempre había sospechado: la transacción primaria que tenía lugar en la sala del karaoke se producía entre el mundo y ella. Sí, cuando había más gente era distinto y, sí, eso arrojaba una luz nueva sobre toda la experiencia, pero lo fundamental en su caso era la idea de cobijarse, cálida y misteriosamente, en los anales de la historia. Cantabas, en palabras de otra persona, cosas que vivías como intensamente propias, cosas que quizá no sabías que estaban ahí, el amor y la pena, el aislamiento, la devoción y el desespero, y mientras lo hacías veías todas esas cosas en la trayectoria, en la historia de todos aquellos que se habían sentido así antes. El sentido del ridículo se desvanecía, al igual que el sentido de la propiedad: solo quedaba un sentimiento de pertenencia.

Años después, repantingada en el sofá con un amigo tras una larga sesión de karaoke, le pasaría algo similar en Japón. Era un ritual con el que solían rematar las noches de juerga, algo así como una ceremonia de clausura. Él había pasado una temporada fuera y hacía mucho que no iban a un karaoke, de manera que, como acto central de la velada, habían pasado horas rebuscando en sus archivos personales y sacando a relucir un repertorio que nunca se habían revelado, al menos que recordaran. Una vez me enamoré locamente de un hetero, le dijo su amigo en un tono íntimo, casi confesional, mientras la canción se cargaba, y sobre los acordes de guitarra iniciales añadió: un día acabamos borrachos perdidos y medio empezamos a acariciarnos, nada superexplícito, aunque noté que él se empalmaba, pero al día siguiente fingió que no había pasado nada, y yo estaba tan colado por él que casi me vuelvo loco –por la evolución de la melodía, ella sabe que está a punto de empezar la parte vocal, y él acelera el relato–, pero el caso es que esta canción me recuerda a esa época, se las arregló para decir justo antes de romper a cantar, así que, mientras él cantaba, ella sumó a la cola de reproducción un tema que asociaba con el hombre del paraguas. La intro era breve, por lo que solo alcanzó a decir que esa canción le recordaba a la persona con la que había estado obsesionada casi un año. Habría jurado que ya le había hablado de él en alguna ocasión, pero ninguno de los dos lo recordaba, así que

ahora allí estaba, en el sofá de su amigo, un poco borracha, contándole la historia desde el principio.

¿Qué le gustaba de él?, le preguntó su amigo casi al instante cuando ella concluyó su relato. Tío, no sabría decirte. Hace una pausa y, en ese instante, es como si se abriera un abismo ante sí, y en vez de precipitarse al vacío se limita a decir lo primero que le viene a la cabeza: simplemente me parecía la persona más atractiva del mundo, y entonces su amigo le preguntó si tenía alguna foto, y ella se las arregló para buscar en el móvil la única foto del hombre del paraguas que había en internet, de su perfil de LinkedIn, la misma que ella guardaba en su escritorio desde que se propuso escribir una novela sobre él y que, de tarde en tarde, le hacía preguntarse si lo de escribir una novela no sería solo una excusa para tenerlo allí. Mientras ampliaba la imagen para que él la viera, hizo un pequeño preámbulo: sabía que no era lo que se dice un guaperas, pero tenía algo especial e imposible de definir, no me juzgues, ¿vale?, me da un poco de corte, todo el rato pensando que era imposible que su amigo intuyese siquiera qué fue lo que la había conquistado, aunque no se cayese del sofá extasiado, pero, cuando por fin le tendió el móvil y él inspeccionó la imagen, su reacción fue de profundo desconcierto. Se limitó a asentir con el ceño fruncido y luego emitió un sonido propio de la cultura japonesa que por lo general denota algo a caballo entre la sorpresa y el desinterés. A ella esta reacción la extrañó e, incapaz de contenerse, dijo: ¿no crees que hay algo especial en sus ojos? Parecen estar diciendo…, no sé… Dejó la frase a medias y su amigo la miró como preguntando qué parecen estar diciendo sus ojos, a lo que ella enmudeció. Esperaba que él dijera algo para no tener que ser ella quien lo hiciera, pero su amigo guardó silencio, hasta que al cabo de un rato, con un tono de voz que le salió agudo de pura vergüenza, ella concluyó: sus ojos parecen estar diciendo: soy la mejor persona del mundo y estamos conectados, o algo así, y en ese instante, aunque reconocerlo la matara de vergüenza, tuvo que reprimir unas lágrimas de emoción porque, mientras ambos contemplaban la foto, sintió que los ojos del hombre del paraguas le estaban diciendo justamente eso o algo que

se le acercaba un poco, y hacía mucho tiempo que no sentía nada semejante.

Primero su amigo se echó a reír y luego volvió a emitir ese sonido tan peculiar, esta vez de manera más audible, y en ese preciso instante ella supo lo que significaba: madre mía, a veces olvido esa faceta tuya, lo intensa que puedes llegar a ponerte con cosas bastante raras, y para ella también supuso un momento de asombro, porque experimentó la sensación inequívoca de estar al borde de un lago. Se notaba los pies bien plantados en la orilla, y sin embargo era consciente de que podía precipitarse al agua, sentía la premonición física de cómo sucedía, la atracción de esa superficie azul pálido, de ese peculiar tono de azul que ella asocia con los ojos del hombre del paraguas, aunque ni siquiera está segura de que fueran azules, sospecha que bien podrían ser verdes o marrones, cualquier opción era plausible, y recuerda la sensación que, como si fuera vapor, parecía emanar de la foto, y es que no solo lo encontraba irresistiblemente guapo y especial, sino que además necesitaba su protección, que seguía siendo uno de los suyos, y eso estaba directamente relacionado con sus ganas de llorar, ese era el lugar al que iba en sueños cuando se despertaba con la almohada empapada en lágrimas.

Lo que más la sorprendió al cabo de un rato o quizá al día siguiente, cuando lo recordó con un respingo, fue lo mucho que le costó articular esas palabras, pese a estar borracha y pese a estar hablando en japonés, una lengua en la que no reacciona de forma tan visceral al bochorno como cuando se expresa en su lengua materna, sino en la que, por lo general, es capaz de decir cosas más cursis o explícitas sin desear que se la trague la tierra. Sin embargo, aunque hace años de todo eso y tiene confianza con su amigo, que no podría ser más ajeno al mundo de Fráncfort, hasta el punto de que sospecha que no sabría ubicar Alemania en un mapa, aun así, aun así, aquella aversión seguía intacta, había tenido que arrancarse las palabras a la fuerza, como un gato que regurgitara diminutas bolas de pelo. Y eso que unas horas antes habían estado en una sala de karaoke cantando frases mucho más cargadas de clichés que nada de lo que había vomitado en el sofá y les había sentado de

maravilla. Era como si una fuerza divina les hubiese concedido permiso para hacerlo. Estaban cantando y por tanto podían manejar el lenguaje del amor sin asomo de vergüenza, y lo hacían con confianza, con gracia. Regodeándose en ese exceso. Recordó que, cuando estaba bajo el influjo de ese terrible flechazo, había desarrollado la costumbre de repetir para sus adentros frases que eran como mantras, a veces tan sencillas como *te quiero te quiero te quiero te quiero te quiero te quiero*, y otras más del tipo *te quiero tanto que voy a morir* y otras tan embarazosas que las había desterrado de su memoria, pero que entonces le salían con toda naturalidad, qué empalagosas eran, y a su manera resultaban útiles, porque era como si de algún modo liberaran el vapor que empezaba a acumularse en su cabeza, el vapor ardiente y apasionado que su motor nervioso no paraba de producir. Daba igual que sonaran trilladas; de hecho, le producía un placer inusitado no tener que hacerse la remilgada con esas cosas, entregarse a una sinceridad que anhelaba deshacerse de cualquier capa de ironía y de medias verdades, que los encontraba engorrosos, para qué molestarse cuando podías decir *te quiero te quiero te quiero te quiero te quiero te quiero eres guapísimo te quiero* o lo que fuera, he aquí un contexto en el que no pasa nada por caer en el exceso, mejor eso que quedarse corto, un contexto en el que nadie te señalará por cargar las tintas, al menos en teoría. Eso es lo que nos dice el lenguaje del amor. Y, por supuesto, el lenguaje del amor es también el de la lírica, el de la sala del karaoke, que representa una peculiar forma de verdad porque es un espacio en el que puedes manifestar lo que sientes sin temor a que te juzguen pero también entregarte sin reservas a la teatralidad de esa forma de expresión, acaso del mismo modo en que muchas personas ven la poesía: como algo a lo que se acercan cuando están enamoradas y solo entonces, como quien comprueba la temperatura del agua con los deditos de los pies. Le viene a la mente la tarjeta de San Valentín que un hombre le dejó en su casillero de la universidad en la que había transcrito un poema de amor denso y no muy bueno con una caligrafía ensayada y, sin embargo, de trazo nervioso, y se notaba por la tinta que estaba escrita con pluma estilográfica, una tarjeta bastante curiosa,

además, larga y estrecha, con un diminuto rectángulo que albergaba lo que parecía una pintura abstracta en tonos marrones y dorados perdida en un mar de gruesa cartulina blanca. Recuerda que la tarjeta le pareció de lo más rara y que luego, cuando descubrió quién se la había enviado, le pareció menos y a la vez más rara todavía: otro estudiante de Filosofía que una vez había bromeado sobre el tamaño de sus tetas delante de un amigo común mientras ella entraba en clase, a lo que el amigo común había replicado: John, deja en paz a la pobre chica, y luego, al salir de clase, quizá por si le servía de consuelo, o quizá no, le había regalado una gaviota que había hecho con la bolsa de papel del sándwich, y fue con él, con el amigo común, con quien acabó saliendo, y fue él quien la introdujo en la cultura japonesa, quien dejaba toda clase de cosas realmente alucinantes en su casillero, cosas como pequeños fanzines con relatos de Borges y Ursula K. Le Guin y dibujos de insectos que elaboraba solo para ella, pero nunca el Día de San Valentín, y cuando recordó la tarjeta con el poema le pareció increíble que alguien que aparentaba ser pragmático hasta la médula recurriera de repente a formas tan elevadas –arte abstracto, poesía amorosa– para expresar sus sentimientos, pero luego lo pensó mejor y se dijo que quizá no tuviera nada de extraño. Una cosa era una cosa y otra cosa era otra cosa. Si enviabas una tarjeta de San Valentín, el código de honor de los caballeros te obligaba a poner toda la carne en el asador, a tener un Gran Gesto Romántico, por más que tu comportamiento o tu actitud al margen de la tarjeta no tuvieran ni pizca de romanticismo, y era una pena, o acaso algo inevitable, que su versión de ese tipo de gestos no fuera del agrado de ella, que incluso su forma de entregarse al sentimentalismo le pareciera aburrida y opresiva; habría preferido mil veces los insectos y la gaviota, y de hecho los prefería, porque le parecían sinceros y tontorrones en la debida proporción.

Ese es el quid de la cuestión: le gusta que el karaoke sea un espacio controlado para experimentar, para jugar con toda clase de estados psicológicos y para hacerlo con sinceridad; le gusta que proporcione un lenguaje franco que no siempre está a nuestro alcance en la vida cotidiana. Es una sala repleta de distintos mantos

de sinceridad, un lugar donde expresar facetas de ti mismo con las que aún no te has comprometido, con las que no sabes si querrás seguir cargando. Pero también se pregunta si las necesitaríamos en caso de vivir en un mundo distinto, un mundo en el que el canto y el baile estuviesen más presentes en el día a día, desde luego, pero también donde ser sincero y, especialmente, sentir cosas por los demás, demostrar amor, no generara tanta vergüenza. Se burlaba de John y de lo fea que era su tarjeta, pero en muchos sentidos ella no era mejor que él, de hecho era peor, porque seguramente ni siquiera habría enviado una tarjeta fea, sino que se habría convencido de que era mejor no enviar nada. Hasta qué punto debería fustigarse por ello, se preguntaba a veces. Por su reticencia, por su incapacidad para demostrar amor, afecto, pena y desesperación más allá de esa sala negra.

Pero de momento no pensaba reprocharse nada. Aunque en la calle siguiera siendo de día, lo que había entre las paredes de aquella sala era la noche sin culpa ni vergüenza, la noche de Céline Dion, la noche del hombre del paraguas. La noche que le permitía sumergirse en lo que reconocía como pura fantasía y que, sin embargo, experimentaba como la más profunda de las verdades, sumergirse en su textura pantanosa y onírica y limitarse a habitar durante un momento, a oscuras, el alivio de ese abandono. Y eso hizo, a solas, pero el mundo estaba allí con ella

HOPE IS A DANGEROUS THING
FOR A WOMAN LIKE ME TO HAVE
BUT I HAVE IT

La carta llegó mucho más tarde, más de un año después, cuando ya había roto definitivamente con el hombre elegante y este se había mudado a California. Ella seguía viviendo en Fráncfort, en el mismo piso, aunque ahora trabajaba como *freelance*. Como solía suceder cuando iba a su aire y no tenía demasiada vida social, se había acostumbrado a acostarse temprano y levantarse casi todos los días

antes del alba para sentarse al escritorio, de cara a la ventana, con el pijama todavía puesto. Al otro lado del amplio ventanal, justo en su campo de visión, se alzaba una torre de telecomunicaciones con un cinturón de tres luces rosadas cerca de la base. Todas las mañanas, mientras trabajaba, veía cómo el cielo viraba del negro al gris, del gris a un blanco lechoso, mientras, impasibles, las luces rosadas seguían parpadeando hasta que por fin se apagaban con la llegada de lo que todo el mundo tenía que reconocer como la plena luz del día. No habría sabido decir por qué le resultaba tan reconfortante presenciar esa transformación, pero en su mente estaba relacionada con la vida lejos de casa, con una forma de existencia al límite, dependiente de la observación de fenómenos externos para sentirse acompañada, un poco como lo haría un niño. O quizá lo que pasaba era sencillamente que le encantaba esa hora de la mañana, en la que parecía que el tiempo se detenía y todo estaba en calma. En eso debe de consistir el encanto de trasnochar, pensó, y esa era su forma de trasnochar, pero sin el cansancio que acarreaba. Tenía el mundo entero para sí, tenía tiempo para sí, tenía un puñado de horas antes de que los correos electrónicos empezaran a llegar. En ese preciso momento estaba trabajando en un videojuego sobre piratas que parecía tener un volumen de texto ilimitado. Resultaba irónico que, nada más dejar la empresa, hubiese empezado a traducir textos para videojuegos en cantidades por las que habría matado mientras estuvo allí, pero no les guardaba rencor; de hecho, estaba agradecida, y por lo general afrontaba el nuevo día con ilusión mientras abría la bandeja de entrada a sabiendas de que durante el siguiente par de horas no recibiría ningún mensaje.

El mensaje estaba esperándola en silencio. No tenía asunto, el cuerpo de texto vacío, y el archivo adjunto era un simple documento de Word que tampoco pesaba tanto.

Ahora se pregunta por qué es incapaz de pensar en la carta sin revivir ese instante específico. La conmoción, seca como el papel, que la invadió gradualmente en la penumbra del alba. Ver el mensaje casi agazapado en la pantalla y notar de entrada algo parecido al alivio al comprobar que no había fotografías ni

ilustraciones adjuntas. Advertir, a continuación, que el título del archivo era demasiado largo para verlo completo. Descargar el archivo, abrirlo y fijarse en cómo el contador de páginas situado en la parte inferior de la pantalla registraba incrementos graduales de tres o cuatro páginas, hasta que se hizo evidente que le había enviado un texto de ochenta y una páginas en formato A4, sin apenas saltos de línea, cuya frase inicial decía: «Te escribo esta carta para recuperarte».

Tenía el amanecer, el cielo inundado de luz desde abajo, pero era demasiado difuso, demasiado estático para retener su atención en ese momento. Quizá por eso sus pensamientos volvían una y otra vez al instante en que había recibido supuestamente el mensaje, horas antes, para preguntarse –de un modo casi equiparable al de las paparruchas pseudofilosóficas y pseudoespirituales del tipo «cómo suena un árbol que cae en un bosque desierto»– si algo en la esfera tecnológica habría lanzado un grito de auxilio en su nombre –o emitido el equivalente numérico a un grito de auxilio– a la hora de la madrugada en que él lo había enviado. Preguntarse si algo, cualquier cosa que no fuera ella, había estado presente de algún modo para registrar la anomalía que representaba eso que había acabado en su posesión, con un peso emocional excesivo, desesperado, que de pronto también era suyo.

No es que la sorprendiera exactamente, o, mejor dicho, no debería haberla sorprendido. Los meses transcurridos desde que el hombre elegante se había marchado fueron movidos. Tras su partida, a ella le costó creer que hubiese abandonado el país por voluntad propia, que se hubiese ido a vivir tan lejos. Después de tanto tira y afloja, pensaba, el final ha llegado sin que tenga que mover un dedo. Pero pecaba de optimista. No tardó en comprobar que él no daba la relación por zanjada. Durante un tiempo, no supo a ciencia cierta si lo que quería era volver con ella, pero estaba claro que quería hacerla partícipe de su profunda pena.

De entrada, la había sometido a un bombardeo de mensajes, correos electrónicos, cartas y regalos que le enviaba por correo, y luego, en mitad de ese bombardeo, había empezado a publicar en su web una serie de ilustraciones que de algún modo se relacionaban

con ella y que anunciaba mediante un post en Instagram. Estaba desarrollando una nueva forma de expresión, usando rotuladores de colores vivos, para fusionar algunos de los clichés del arte marginal con la destreza que proporciona una formación artística clásica y crear un estilo que parecía transmitir a la vez su desconfianza hacia el mundo del arte, sus aspiraciones espirituales y su vulnerabilidad psicológica. Había una ilustración que recordaba a la vez a un niño pequeño y a la clase de retrato que haría de su madre un niño de parvulario, y que se parecía a ella de un modo vago y al mismo tiempo asombroso. Otras ilustraciones eran más ambiciosas en lo que respecta a la escala y, si bien no había referencias explícitas a su persona, los títulos aludían a bromas que habían compartido o a cosas que ella había dicho. Había una serie de dibujos, algunos bastante malos, de dos siluetas toscamente dibujadas con sendas matas de pelo rizado que los representaban tumbados y desnudos en varios lugares: un bosque, la torre de un castillo, acurrucados en una calleja de los alrededores de un pequeño mercado. Ninguno lleva ya ese pelo, ahora nuestro peinado es totalmente distinto, se decía ella, mezquina y enfadada, pero esa era una de las estrategias que él había desarrollado al principio de su relación y que se mantuvo a medida que las cosas se fueron fragmentando entre ambos: insistir en que eran idénticos, por dentro y por fuera, algo que a veces la llevaba a pensar que quizá estuviera perdiendo contacto con la realidad.

La joya de la corona, en lo que a ella concernía, era una representación a vista de pájaro de su piso, en tonalidades de azul y verde, que un buen día se coló en su *feed* de Instagram. A simple vista, todos los dibujos del hombre elegante parecían alegres, lo que seguramente explicara que tuvieran tantos *likes*. En el dormitorio, desnudas sobre la cama, yacían las mismas siluetas toscas, esta vez con un bebé sin ropa y con una mata de pelo rizado idéntica a la suya entre ambas. Lo que más la asombró fue la profundidad del detalle, una precisión cartográfica de la que ella no habría sido capaz aunque hubiese estado físicamente en la habitación, no digamos ya en otro país, a miles de kilómetros de distancia. Fue eso, más que la desnudez y el bebé, lo que transformó la incomodidad que había

sentido al contemplar el resto de los dibujos en algo más parecido al pánico, así que le escribió un correo electrónico para enfatizar, con la mayor firmeza y amabilidad posibles, que lo suyo se había acabado.

Una semana después apareció en su web una nueva ilustración a gran escala con frases escritas a rotulador y en mayúsculas sacadas de ese correo, junto a las impresiones del hombre elegante: «Pero qué condescendiente». Llegados a este punto, el pánico que sentía dio paso a la ira y a una especie de desdén. Que se fuera a tomar por culo con su actitud de mártir y sus estúpidos dibujos pseudonaifs. Ni siquiera eran buenos, en realidad, sino bastante anodinos. Lo de querer dibujar como un niño estaba tan visto que, si te proponías hacer algo así, tenías que aportar algo más que una añoranza de mamá. Como si el hombre elegante hubiese leído sus pensamientos, de pronto se produjo un silencio inquietante. Se suspendió toda comunicación entre ambos. Como en anteriores ocasiones, una parte de ella se dijo que no podía creer en su suerte, mientras que otra parte se negaba literalmente a creer que fuera tan afortunada. El tiempo daría la razón a esta última.

Sin embargo, ni aunque se lo hubiesen advertido, ni aunque hubiese sabido lo que pasaría, habría estado preparada para afrontar la impresión que le causó ver esas ochenta y una páginas densamente escritas y darse cuenta de que él no había hecho un copia y pega de otro texto ni le había enviado un mismo fragmento repetido hasta la náusea, sino que se había sentado a redactar ese descabellado híbrido de carta, diario y libro de ilustraciones que, por lo menos sobre el papel, estaba dedicado a ella. La conmoción que sintió fue como una descarga de adrenalina. Era como si pudiera olfatear la obsesión que rezumaba la carta y hacerla suya. De repente se imaginó ante un juez, he aquí la prueba definitiva que la acusación sacaría en el último instante, arqueando las cejas mientras contemplaba la sala. ¿Lo ven ustedes?, decían esas cejas, no hay duda, ¿verdad? Es obvio que estamos ante personas desequilibradas

I HATE TO SAY
I TOLD YOU SO

Tal vez porque la carta –la llama así porque así era como él se refería al texto, pese a no tener ninguna de las características habituales de una carta, como el saludo o la firma– era en términos generales tan descabellada, sorprendía encontrar en ella destellos de rigor e incluso de consideración hacia el lector. En cierto modo, iba más allá que una carta normal y corriente, pues contenía su propia guía de lectura (claro que alguien podría argumentar que una carta normal y corriente no necesitaría semejante guía porque se ceñiría a las normas que la harían legible, justo lo que esta no era, y por supuesto tendría toda la razón, pero, y había que mirarlo por el lado bueno, le pareció un esfuerzo de lucidez al que se aferró con uñas y dientes en medio de la vertiginosa incertidumbre de esa primera lectura). La carta no solo anunciaba, ya en el primer renglón, que era un descarado intento de recuperarla –un hechizo, un conjuro, un desafío, había una lista de palabras similares casi vacías de significado–, sino que también detallaba, en esa página inicial, sus propias limitaciones. Las reglas (escribió él) dictaban que no podía borrar absolutamente nada de lo que había escrito, porque esa carta era algo así como una forma terapéutica de escritura o de diario, pero llevada –cómo no– al extremo. Las reglas (no escribió él) dictaban que dejaría que brotara de sus dedos un torrente de los recuerdos más dolorosos y cargados de emociones que conservaba del tiempo que habían vivido juntos y que los plasmaría de tal modo que parecerían a la vez sentimentales y extrañamente despojados de todo sentimiento real, o tan solo el relato de un niño abrumado por cosas que no alcanzaba a entender: *y a veces nos ponemos a hacer bailes tontos tipo Miranda July y un buen día sorpresa suena el timbre y voy a abrir y ahí estás tú que vuelves de correr pantalón corto rojo y sostienes entre las manos un cartel enorme que has encontrado en la calle con dos hombres enmascarados y el texto il carnevale di venezia y cuánto me reí ese día y esa fue nuestra última semana*. Junto a estos había una cantidad todavía mayor de recuerdos que no parecían asociados a ningún sentimiento específico, aparte de con una nostalgia omnipresente, es decir, se trataba de una especie de obsesivo y minucioso registro del tiempo que habían pasado juntos que a ratos lo llevaba a cuestionar sus

propios recuerdos, a tratar de plasmarlos con la máxima fidelidad posible. Otras veces relataba cosas personales y embarazosas sobre ella o sobre su relación, como la anécdota que había compartido con él de cuando era pequeña y se había comido una enorme uña de pie que había encontrado en el suelo de la guardería, tras un buen rato combatiendo en vano la tentación, o tal vez lo que pasó fue que sostuvo y jugueteó con la uña tanto tiempo que llegó a creer que era suya, aunque fuese mucho más grande y dura que cualquiera de las suyas, pero el caso es que, después de aquello, se sintió terriblemente sucia y culpable durante mucho tiempo, por más que conservara un vívido recuerdo del placer que le había brindado, y se lo había contado pensando que él se echaría a reír, pero pareció asqueado, y ahora había escrito sobre eso, *todas las cosas asquerosas que haces y aun así yo aaah*. Dedicaba buena parte del tiempo a lanzarse reproches a sí mismo, ya fuera por haberla perdido o en términos más generales. Ridiculizaba su forma de hablar inglés –el hecho de que no fuera su lengua materna le concedía una extrañeza que lo situaba en esa delgada línea que separa la genialidad y la locura, una cualidad resbaladiza y ambigua que hacía que sus palabras oscilaran constantemente entre significados dispares–, cosa que hacía escribiendo algo y después citándose a sí mismo entre paréntesis («entre paréntesis») para que ella se diera cuenta de que se estaba mofando de su propio uso («su propio uso»), lo que hacía que leerlo fuera un suplicio, y las partes de las que decidía burlarse siempre eran las mismas que a ella le parecían inobjetables, lo que acentuaba la sensación general de desequilibrio mental.

La carta era perturbadora, desgarradora, dolorosa, implacable incluso en la ausencia de puntuación, y, a las tres o cuatro páginas, que había leído de un tirón, empezó a pensar que leerla entera tal vez no fuera lo mejor para su salud mental en ese momento; tampoco para su jornada, el sol ni siquiera había acabado de salir aún, tenía piratas que traducir. Cuanto más tiempo pasaba, más consciente era de que, en realidad, esa carta le estaba provocando náuseas, el tipo de náuseas que parecían manifestarse físicamente como una pequeña aleta de tiburón que le salía del estómago y

subía hacia el esófago. Sin embargo, como si, anticipando sus reacciones al milímetro, él le hubiese leído el pensamiento, fue justo entonces cuando eso que tenía ante sí…, está a punto de escribir la palabra *novela* y se queda petrificada, pero esa era exactamente la sensación que tenía, porque, justo cuando estaba a punto de clicar sobre la equis de la esquina, bendita equis de la esquina, y correr a refugiarse en la ducha, aquel texto que tenía delante empezó a adquirir cualidades narrativas.

Por encima de todo, era desconcertante. Justo cuando creías que la realidad ya era bastante monstruosa, algo enorme invadía tu campo de visión para cernerse sobre ti y arrojar una sombra que revelaba el contorno deshilachado, irregular de todas las cosas. El caso era que, pese a la guía de lectura, las primeras páginas eran el retrato perfecto de una mente caótica que saltaba de un tema a otro sin orden ni concierto, lo que llevaba al lector a sospechar –o, mejor dicho, la había llevado a ella a sospechar– que esa sarta de tonterías sobre el propósito de la carta y el conjuro que lanzaba no eran más que eso, tonterías, palabrerío hueco que, por algún motivo, él había considerado oportuno alargar durante ochenta y pico páginas y luego enviarle. Ahora, sin embargo, veía cómo un argumento se iba consolidando en la página que tenía delante, tal como ocurriría si un escritor decidiera hablar por boca de un personaje trastornado, supuso ella, aunque seguramente lo haría de un modo menos sutil, no tendría el valor de jugársela durante tanto tiempo, no confiaría tanto en el lector como parecía haber hecho él. Ahora volvemos al conjuro y, de pronto, empezamos a entender a qué se refería, a que la carta en sí es una especie de elemento de realismo mágico y a que, si logra escribirla –sorteando los desafíos que la propia carta le plantea–, habrá ganado, la recuperará para siempre, se sentarán juntos en el suelo de su piso y comerán pizza de espinacas por los siglos de los siglos. ¿Lo cree de veras?, ¿está siendo irónico?, ¿es una broma? Mientras lee la carta, se regodea en estas preguntas y, al cabo de un rato, empieza a tener la sensación de que han perdido su significado, de que él es todas esas cosas a la vez: un loco, un escritor que sabe lo que quiere contar, un niño decidido a pasarse un videojuego y un adulto alto y bien vestido que intenta manipular a

su antigua novia. Que le haya enviado esta carta no está bien, pero es evidente que él no está bien.

Tampoco está bien que ella siga leyendo, y sin embargo no puede evitarlo, y ahora, al llegar a la quinta página, se topa con eso que adora y que a la vez le produce recelo de los libros y las películas: el instante en que te das cuenta de que se ha puesto en marcha algún repentino mecanismo narrativo y el pequeño aguijón de la intriga te mantiene pegado a la página.

Y entonces conoces al enemigo, escribe él. *Se llama John King y está intentando detener el conjuro*.

Venga ya, tío, pensó ella, de todos los nombres que podías haberle puesto a tu enemigo eliges ese, pero a renglón seguido descubrió que John King era una persona de carne y hueso. Había existido realmente, en la forma de un profesor invitado que había pasado un par de días en su lugar de trabajo impartiendo una especie de clase magistral. La carta relataba con todo lujo de detalles en qué había consistido ese taller, además de los deberes que les había puesto a los asistentes para el día siguiente. El área de especialización de John King era una respecto a la que el hombre elegante también tenía ciertos conocimientos, y saltaba a la vista que había algo en su forma de enseñar y de comportarse en general que lo sacaba de sus casillas y que describía de un modo lo bastante vívido para que ella imaginara sin esfuerzo esa clase de seguridad suave y alambicada que tan a menudo iba ligada a la mediocridad.

NO, JOHN, NO ME INSPIRA UNA MIERDA, escribió él, y ella se sorprendió mordiéndose el labio para no sonreír. Le dolía comprobar lo divertida que le parecía la carta, divertida en el mismo sentido en que él siempre se lo había parecido, sin saber hasta qué punto era algo intencionado, lo que equivalía a decir que no sabía hasta qué punto se reía con él o de él, una forma de humor que siempre le había parecido teñida de tristeza, como si fuera una nueva prenda que se estuviera probando y saliera del probador, torpe y desgarbado, en busca de opinión. Una inseguridad que no acababa de encajar con su forma de comportarse ni con su aspecto intachable. Si le quedaba alguna duda de que, en el fondo, no era un hombre seguro de sí mismo, su descripción de los sentimientos

que le despertaba John King, el malvado macho alfa, la despejó de una vez por todas. John King, que tenía el poder de detener el conjuro porque rebosaba de confianza por los cuatro costados, porque tenía un aplomo indestructible. Engreído, insensible, mediocre y, por tanto, seguro de sí mismo. No era el hombre adecuado para ella, había que detenerlo, escribió, y, mientras con los ojos y la mente realizaba las contorsiones que requería la implacable estructura sintáctica de la frase, ella se preguntó si habría una parte de él que percibía el conjuro, el verdadero poder transformador de la carta, como una forma de exorcizar su propia inseguridad, todas las dudas, los vaivenes y las minuciosas disquisiciones que parecían lastrarlo, de manera que también él pudiera ser un hombre simple y fuerte, como John King. ¿O era más bien la clase de conjuro que depende de la sensibilidad, de la complejidad de quien lo lanza? ¿Cómo se ganaba ese juego exactamente? ¿Había que cambiar el mundo? ¿Derrocar al patriarcado? ¿Acaso lo sabía él?

El golpe maestro que llegó en la página siguiente, el giro de guion sobre el que ella no ha dejado de pensar, por el que no ha parado de odiarlo y envidiarlo, por el que los ángeles bajaron del cielo trompeta en mano y proclamaron a su oído tres palabras radiantes de purpurina, ¡¿*pero qué coño?*!: resulta que John King no era un ente unitario. Para entonces, ella había entendido que el hombre elegante redactaba la carta en una especie de entorno laboral compartido, pues había muchos pasajes en los que describía con todo lujo de detalles las interacciones que allí tenían lugar, siempre con la sensación subyacente de que estaba haciendo algo mal. De verdad, se decía ella cada pocos minutos, esto no es agradable de leer, se mire como se mire, y además te lo ha mandado sin pedirte permiso, te está haciendo sentir fatal, deberías dejarlo, pero no lo hizo.

El caso es que un día cualquiera –dentro de la carta, el tiempo era líquido– se produjo en el entorno laboral compartido una interacción con Rohit a propósito del uso de la impresora que el hombre elegante había malinterpretado, por lo que temía haberle causado mala impresión, pero Rohit tenía la piel gruesa y no se inmutó. De hecho, Rohit también era John King, comentó él como de pasada, inaugurando así la lista de todos los Johnkings que vendrían

después. Y los ángeles reanudaron su coro de trompetas, porque ahora no eran solo compañeros de trabajo, sino que la lista de Johnkings abarcaba también a personas a las que ambos habían conocido en Fráncfort, todas aquellas que en algún momento él había sospechado que podían gustarle, todas las que ella suponía que le habían provocado alguna punzada de celos, y entre estas, cómo no, brillaba con luz propia el hombre del paraguas, al que había dedicado varios párrafos. *El tipo ese con el que hiciste el intercambio lingüístico en alemán, cómo se llamaba, nos reímos porque su nombre sonaba igual que una palabra obscena en japonés, ese era John King. Los tíos que trabajaban en la bodega de Leipziger Strasse: Johnkings. El tipo nuevo que entró a trabajar en la vinoteca cerca de tu casa, otro King*.

Qué difícil es separar, incluso en retrospectiva, las capas de impresiones que le deja la carta: incredulidad, sorpresa, vulnerabilidad, una pena profunda, genialidad y la enormidad de lo que representaba, todo ello entrelazado y anulándose entre sí, como esas esculturas de dos personas que se abrazan en un círculo infinito. Esto era particularmente aplicable a la primera lectura, cuando todo confluyó y se aglutinó de un modo apabullante. Y luego, cerniéndose sobre ese amasijo, estaba la extraña sensación de haber sido desenmascarada allí donde creía que nadie podría verla. O lo que es lo mismo: no podía negar que, en el fondo, él tenía razón, que los hombres a los que había enumerado eran los mismos por los que se había sentido atraída en un momento dado. Eran sexis porque tenían seguridad en sí mismos, porque eran corpulentos, rudos y varoniles, en uno o en muchos sentidos distintos, y, aunque lo suyo no pasara de un simple flirteo, le gustaba la sensación de entregarse por completo a la presencia rotunda de esos hombres, creyendo e imaginando que podría sostenerla.

Su compañero alemán de intercambio lingüístico cuyo nombre sonaba muy parecido a la palabra *coño* en japonés había sido abogado, era un hombre sumamente anodino y, con tono impasible y una expresión que venía a decir que nada de lo que sucedía en el mundo importaba demasiado, desgranaba anécdotas extraordinarias

sobre su vida entremezcladas con otras de lo más corrientes sin que pareciera advertir diferencia alguna entre unas y otras. Las únicas ocasiones en que lo vio demostrar algún tipo de entusiasmo o emoción digna de ese nombre coincidieron con que estaban hablando de algo relacionado con la violencia, y entonces sí parecía no tener filtro. Recordaba que, al preguntarle por el significado de alguna palabra que había pronunciado, un verbo, quizá el equivalente alemán de *apuñalar* o algo por el estilo, se levantó de un brinco fingiendo que sacaba una navaja del bolsillo y acuchillaba algo que estaba sobre la mesa de la terraza, delante de ella, con un vigor que habría resultado excesivo viniendo de cualquier otra persona, pero que señalaba un contraste tan acusado respecto a su talante habitual que la dejó literalmente boquiabierta, y cuando volvieron a quedar él insistió en que se reunieran en un lugar más discreto, una sala que a la que le dieron acceso gracias a un contacto en la universidad, en algún anexo desierto, y pasó todo el tiempo temiendo que sucediera algo espantoso, como que él la violara o la matara, pero lo que pasó fue que leyeron juntos cuentos de David Sedaris y ella contestó a sus preguntas, que eran interesantes y pertinentes, y él le contó, en ese mismo tono impasible, que se había criado en Mongolia y que de pequeño había tenido un lobezno como mascota, y en ese instante le pareció muy atractivo, de un modo inevitablemente ligado a esa especie de tensión feroz que parecía haber entre ambos y que ella no podía sino encontrar emocionante, y sin embargo no estaba segura de querer reconocer esa emoción o, mejor dicho, estaba bastante segura de no querer reconocerla.

Aunque, en realidad, ¿qué emoción estaba dispuesta a reconocer? ¿Acaso el problema no era que, en el fondo, estaba demasiado confundida para reconocer lo que sentía por nada ni nadie? ¿Y por qué tenía la vaga impresión de que aquel ejército de Johnkings parecía golpear de lleno esa incapacidad suya?

Te lo encontrabas a la vuelta de cada esquina, ¡pero la vez que él te siguió ni siquiera te diste cuenta, cariño! Te tenía vigilada todo el tiempo y tú ni lo veías, pero tienes que creerme cuando te lo digo ya

sé que a la larga dejaste de creer en mí no confiabas en mí y la confianza es esencial pero créeme:

JOHN KING TE ESTUVO SIGUIENDO MUCHO TIEMPO ANTES DE QUE YO ME MARCHARA DEL PAÍS

Por lo que habían vivido juntos, por el día en que él había manoseado el cristal con cara de cordero degollado y por un millón de circunstancias similares, ella tenía claro que era una pringada, y, aun sabiendo que él trataba de hacerla sentir culpable, de endosarle la pena y la soledad que parecía incapaz de experimentar en carne propia, no por ello dejó de sentirse culpable y de consumirse en la soledad y la pena del hombre elegante, como siempre, así que no debería haberla sorprendido que la carta le provocara unos remordimientos tan desgarradores, y sin embargo la sorpresa y la culpa la invadieron y la arrastraron consigo. Había una clase de remordimientos especialmente dolorosa que parecía inherente al formato de la carta, a la sobreabundancia de detalles: la que se debía a que ella era la menos observadora de los dos, la que sentía con menor intensad, no solo respecto a él, sino –por extensión– respecto a todo. Solo podía suponer que esa clase de remordimientos había calado tan hondo en ella porque era una novedad: estaba acostumbrada a ser la más obsesiva, la más atenta, de modo que toparse con una prueba tan concreta de la contumacia ajena la hizo sentirse poco menos que negligente. ¿Por qué no recordaba el cartel del carnaval de Venecia? ¿Cuándo y por qué se había vuelto tan despiadada?

Solo cerca de una semana después de haber recibido la carta y cuando la conmoción inicial empezaba a disiparse comprendió que el relato del Amante Atento era de lo más simplista, y, si lo pensaba, lo mismo podría decirse del relato del Amante Intenso. Por primera vez, empezó a formular explícitamente la idea de que tal vez mantener una relación con alguien que experimenta sentimientos muy intensos hacia ti acaba despertando sentimientos de similar

intensidad en cuanto receptor de toda esa carga afectiva, por más que esos sentimientos no sean tan unilaterales ni estén moldeados según el prototipo heroico del anhelo insaciable ni vengan envueltos en el inmutable y exuberante ideal del amor romántico. Solo tras planteárselo se le ocurrió algo que luego ya no pudo quitarse de la cabeza: podría haber escrito una carta igual de exhaustiva sobre su relación con el hombre elegante, el yin de su yang, porque no es que no le prestara atención, sino que el registro minucioso que ella había llevado de su relación estaba repleto de otro tipo de detalles. Su carta, comprendió mientras se permitía empezar a redactarla en su cabeza, recogería todas las cosas que la habían herido, todas las ocasiones en las que él la había decepcionado, que la habían llevado a la conclusión de que no tendrían futuro juntos, aunque se quedara a su lado, aunque volviera con él una y otra vez. Detestaba la sola idea de escribir semejante documento, nunca lo habría hecho –y esa, se decía para sus adentros con aire triunfal, es la gran diferencia entre nosotros–, pero mientras jugueteaba con la posibilidad no solo comprendió que era perfectamente capaz de escribirla, sino que empezó a atisbar, como si lo viera a lo lejos, el potencial catártico de semejante empresa. Podría escribir sobre los comentarios como de pasada que él solía hacer en torno a su aspecto, sobre la primera vez que se acostaron, cuando él se quedó mirando al infinito y le dijo: no estaba seguro de que tu cuerpo fuera a atraerme, y luego puso cara de angelito, o sobre la vez en que estaban los dos frente al espejo, lavándose los dientes, y él presumió de tener el físico de un dios griego, a lo que ella replicó: ¿lo dices en serio?, ¿de verdad lo piensas?, y él insistió: pues claro, quiero decir, yo no tengo nada de esto, y pellizcó un pliegue de carne de sus caderas, como si se dispusiera a medirlo, y luego se metió en la ducha como si nada y ella entró tras él (esta es la parte en la que el lector te abandona, se dice, la parte en la que te metes en la ducha con él, porque si lo haces es evidente que no te ha dolido tanto, que estás haciendo una montaña de un grano de arena), pero por dentro tenía la sensación de que le habían arrancado las vísceras y se las habían reemplazado por un inmenso abismo de incredulidad; por encima incluso de la ira y la vergüenza,

flotaba una sensación casi vertiginosa de pura estupefacción. Y, en ambas ocasiones, y en los millones de ocasiones similares, de las que su hipotética carta estaría llena a rebosar, había intentado distraerse del dolor que sentía concentrándose en lo imbécil que él era –un capullo integral– por decirle algo así. Como si el hecho de interiorizar el argumento racional de que el hombre elegante era un cabrón sin sentimientos sirviera para contrarrestar el sufrimiento que la afligía. Huelga decir que los comentarios hirientes no se limitaban a su cuerpo, aunque esa es la parte que más le duele. También estaban los juicios constantes sobre otras personas, las descripciones de sus compañeros de trabajo, de una crueldad que la dejaban atónita, el profundo desprecio que sentía por quienes, según él, se esforzaban por seguir la moda del momento o estaban desfasados, un desprecio que a veces dirigía incluso contra sí mismo, y esa frialdad se traducía para ella en un escalofrío permanente, en la incesante convicción de hallarse sometida a un examen minucioso, permanente, no solo por parte de él, sino de todo el mundo, porque ¿qué podía haber, más allá de esos principios imparciales, inquebrantables, por los que nadie podía aspirar a nada salvo que lo hiciera a su manera, es decir, una manera inalcanzable para ella? Y, en ese caso, ¿por qué se empeñaba él en seguir a su lado? Luego estaba la vez en que, yendo en bici, se le quedó una rueda atrapada en las vías del tranvía, se cayó y se quedó despatarrada en el suelo mientras él parecía totalmente ajeno a lo que estaba pasando, como si tuviera que pensar si debería acercarse a echarle una mano, y cuando por fin lo hizo se comportó como un extraterrestre, y ella supo, con la misma sensación de vehemencia instintiva que la recorría cuando veía al hombre del paraguas y sabía que formaba parte de ella, que el hombre elegante nunca la rescataría, que sería incapaz de salvarla de ningún peligro, y era la misma sensación que tenía una y otra vez al despertar a su lado, cada vez que veía su rostro de cerca, una especie de pánico creciente que amenazaba con engullirla, sobre todo por lo que ella misma había hecho, y se consideraba una mala persona por haber aceptado esa situación que no sabía habitar como estaba mandado. El dolor incesante, el rencor incesante, tediosos hasta para ella. No quiero ser así, recuerda

claramente haberle dicho, me gustaría no sentirme tan vulnerable, pero no es algo que pueda evitar. Cada uno de sus terribles comentarios venía a confirmar lo que ella sospechaba desde el principio: que no podía estar con él, que seguramente no podía estar con nadie. Él es demasiado guapo para ella. Pero no es eso: lo que pasa es que él valora demasiado su atractivo, no hay el menor atisbo de humildad en su forma de comportarse, cada gesto suyo parece rezumar confianza de un modo que a ella le parece feo. Pero ¿de verdad le parece feo o lo que pasa es que no soporta la vergüenza de que él esté con ella, juzgándola, afeándole ese cuerpo que no es como debería, que no se parece al de una diosa griega?

En algún momento, ella le intenta explicar esta fealdad a su psicóloga, hacerle entender qué sensaciones le produce. Se descubre sentada en un sillón con brocado verde diciendo: es como un líquido corrosivo que amenaza con abrasar todo mi cuerpo. ¿Una fealdad física? Es física, pero también emocional, es sentirte repugnante y sola, es avergonzarte de ti misma, pero brilla como si fuera radioactiva y te quema por dentro. Me quema por dentro. A lo mejor no es fealdad, sino inferioridad. Un profundo sentimiento de inferioridad. Ostracismo, dice la psicóloga. La sensación de ser inaceptable. La sensación de ser inaceptable, repite ella, asintiendo. La sensación de ser inaceptable por ser como eres, no por algo que puedas cambiar o disimular. Es algo intrínseco a ti, como una masa corrosiva que te fluye por las venas. Se oye a sí misma, se disculpa. Parece una locura, lo sé. No pasa nada, pero me interesa esa…, esa masa corrosiva. ¿Con qué la asocias? Con lo obvio, supongo: mi cara, mi pelo, mi cuerpo, los espejos que tengo en casa, mi casa, el instituto, mis padres, la casa de mi abuela.

Me pregunto, dice la psicóloga, y ella sabe lo que está a punto de decir, lo sabe desde que se permitió reconocer que le había venido a la mente la casa de su abuela, me pregunto si es algo relacionado con los orígenes de tu familia. Mmm, dice ella. No quiere pensar que se siente fea e inaceptable porque su abuela era una refugiada, porque la mayor parte de su familia acabó en un campo de concentración y, ya en Reino Unido, ocultó que era judía, es algo que ha comentado con la psicóloga en otras ocasiones. ¿Es posible que

la ascendencia judía sea esa pieza que no acaba de encajar? La ascendencia…, no lo sé, supongo que lo que no acaba de encajar es el hecho de que no se puede ver la forma de una ausencia, ¿sabes a qué me refiero? Solo sé que llevo dentro esa masa corrosiva y que no se va. ¿Sabes eso que, por lo general, pasa con los sentimientos negativos, que cuando los analizas y aceptas su existencia te liberas de ellos y que de eso se trata? Pues en este caso es como si esa masa ardiente siguiera enquistada en mi interior por más que la abrace.

Cuando dices que arde, ¿te impide eso mirarla de frente? No puedo mirarla de frente. ¿Porque es demasiado doloroso? Sí, supongo que es demasiado doloroso. Demasiado bochornoso. Me duele demasiado sentirme tan… ¿Puedes acabar la frase? Me duele demasiado sentirme tan impotente, supongo. De acuerdo. La psicóloga hace una pausa. La psicóloga quiere que ella acepte ese hecho, el hecho de que es incapaz de aceptar su impotencia. Porque, si lo hace, no tendrá más remedio que pasar toda la vida del lado de fuera, así que se ve obligada a disimular, aunque disimular sea justo lo único que no puede hacer. Acepta tu incapacidad para aceptar. ¿Le servirá de algo, a la larga? ¿Se volverá la masa menos corrosiva algún día?

COULD YOU BE
COULD YOU BE
COULD YOU BE LOVED

De momento, sin embargo, sigue en Bürostadt y nada ha cambiado, salvo que la luz reflejada ahora en las ventanas del edificio de Nestlé tiene el brillo mineral de comienzos del verano y hace menos calor en la oficina que durante el invierno, cuando no se podía regular la calefacción central ni abrir las ventanas. No sonó ninguna alerta sonora cuando el primer chat del día apareció en su pantalla:

En serio, por qué nos empeñamos en salir con hombres

Diez minutos antes, frente al espejo del lavabo de chicas, había sorprendido a Katrina, la joven gótica del equipo alemán que salía con Gabe, secándose los regueros de agua gris que manaban de sus ojos, siempre emborronados de rímel. No sabía si preguntarle qué había pasado, pero, al verla allí plantada, la propia Katrina se lo contó todo. Se había peleado con Gabe, se ha puesto muy borde y muy terco. Rompe a llorar de nuevo y luego se disculpa. Ella procura escuchar sin saber muy bien qué decir; Gabe le cae bien y la complicidad que tiene con él dentro del equipo es una bendición, aunque no sea constante ni fiable, pero ella también ha visto su lado terco y torpe, y no le cuesta imaginar cómo esos defectos se proyectarán magnificados sobre su pareja. Sin embargo, también sabe que no es la primera vez que esto pasa, que discuten mucho y que a veces el resto de los miembros del equipo arquean las cejas al hablar sobre ellos, así que en realidad no tiene claro qué consejo ofrecerle a largo plazo. No parece el mejor momento para preguntarle si de verdad cree que son compatibles, pero nunca es buen momento, y tampoco es que la compatibilidad de caracteres sea lo que empuja a la gente a emparejarse. Ella sabe que, desde que se desmelenaron juntas –no hay otra palabra para describirlo– en la pista de baile, Katrina se ha encariñado con ella, e intuye que esa afinidad tiene algo que ver con la tierra de nadie en la que ambas se encuentran respecto a las demás mujeres de la oficina, que se dividen entre hiperfemeninas y marimachos con camisas a cuadros, una tierra de nadie que –quizá sea una casualidad– las lleva a vestir casi siempre de negro, y sin embargo hay momentos como ese en los que sabe que le faltan herramientas femeninas para manejar la situación, que el lenguaje necesario para consolar a una mujer destrozada por las acciones de un hombre imbécil no brota de sus labios con naturalidad. En parte por eso, quizá, no ha podido hablarle a nadie del hombre del paraguas, aunque sea el tipo de cotilleo que haría las delicias de sus compañeras. A falta de palabras, apoya una mano sobre el hombro de Katrina, le frota la espalda y, acto seguido, piensa que tal vez sea un gesto demasiado íntimo; Katrina se declara abiertamente bisexual de un modo que la saca de sus casillas, de un modo en que ella nunca podría; en concreto, cree

que sería incapaz de decir qué mujeres de la empresa le parecen más sexis mientras solo sale con hombres. Cuando vuelven a sus escritorios, Katrina, que es hija de estadounidense y tiene un nivel de inglés poco menos que nativo con acento de Los Ángeles, le envía un mensaje casi al instante para tratar, supone ella, de disimular su bochorno, de cubrir con una pátina de indiferencia la escena del lavabo

De qué sirve

Ya, totalmente

El caso es que soy bi, ¿sabes? ¿Por qué no me limito a salir con mujeres?

Ya

Le ha llegado un correo electrónico que debe contestar, pero mientras empieza a redactarlo nota que algo le bulle por dentro y, cuando analiza ese malestar, descubre las palabras *¿por qué no me limito a salir con mujeres*? flotando entre sus pensamientos como trozos de madera arrastrados por la marea. Bueno, ¿y por qué no lo haces?, se permite replicar para sus adentros. Se me ocurren varias razones, tampoco es que sea un puto misterio.

Y entonces, con la fuerza de ese *puto* que le ha salido del alma, recuerda que esa cuestión ocupó buena parte de sus pensamientos en la época que estuvo saliendo con una mujer en Londres. A veces se queda atónita al desenterrar recuerdos de esa etapa de su vida no tan lejana en el tiempo y comprobar que hacerlo es como acometer un agotador proyecto de excavación, como si, para poder comprender que de verdad le pasaron esas cosas, tuviera que quitarse de en medio. No obstante, todo eso había pasado. Había salido con una mujer y se había puesto nerviosa al contárselo a sus amigos y familiares, algunos de los cuales incluso llegaron a conocerla. No había sido la mejor de las relaciones, pero pasaron buenos momentos, y algunas cosas le habían resultado fáciles de un modo novedoso para ella y, al comentarlo con las amigas, más de una había puesto los ojos en blanco y había dicho: Dios, por qué no habré nacido lesbiana, en serio. Y no es que fuese la primera vez que oía esa frase, pero sí la primera que era ella quien recibía y no quien lanzaba la pregunta, ella la destinataria directa de esa

supuesta envidia, y había algo en esa circunstancia que, junto con el momento en que se produjo, justo después de hacer pública su relación, presentar a su novia y mantener tensas conversaciones con familiares cercanos, hizo que la encajara de una forma distinta. Hasta entonces no le había dado más importancia, por considerarla un comentario sin la menor trascendencia, pero ahora se descubrió sopesándola, preguntándose qué conclusión podía sacar de ella.

La conclusión a la que llegó fue que, en Londres, se había movido en círculos en los que la homofobia no solo se consideraba inaceptable en todas sus formas, sino que la sexualidad se trataba casi como un tema del que no hacía falta hablar, algo que se daba por supuesto. Por supuesto que no tenemos tabús relacionados con la sexualidad, tanto es así que hablar de ello se ha convertido en tabú, y en algunos sectores de su círculo íntimo esto se traducía en un: por supuesto que todos somos gais, aunque la mayoría de nosotros tengamos una relación heterosexual. Y, por supuesto, se había visto arrastrada por esa dinámica porque la fantasía era tan atractiva que cualquiera se resistía a ella. El mundo de la postsexualidad: quién no querría vivir ahí.

Le avergüenza reconocer que solo al cruzar públicamente la inexistente línea entre la supuesta heterosexualidad y la homosexualidad, no ya identificándose como alguien que se siente atraído por toda clase de personas, al margen de cómo estas se identifiquen, sino saliendo con alguien que no era un hombre y haciendo todo lo que ello conllevaba, comprendió –es decir, percibió con bastante intensidad– que, a fin de cuentas, esa línea no era tan inexistente. Como es natural, supo que le resultaría poco menos que imposible deslindar de una manera mínimamente objetiva qué parte de la tensión y el sentimiento de transgresión le pertenecía solo a ella: qué parte de su vergüenza y sus reticencias se aplicaba a su caso particular –por lo que no cabía generalizar esas emociones– y qué parte tenía que ver específicamente con la gente que la rodeaba.

Sin embargo, con el paso del tiempo, descubrió que estaba bastante segura de no querer achacarlo todo a una homofobia interiorizada ni reducirlo a un grupo de personas concretas. Quería honrar de algún modo lo que había sentido entonces, esa sensación de que se le caía una venda de los ojos, y que se traducía en la noción de que, a la hora de la verdad, la mayoría de la gente juzgaba su propia vida y las vidas ajenas según los típicos hitos heterosexuales. ¿Por qué debería sorprenderla?, ¿por qué se sintió casi traicionada al constatarlo? Supuso que se había hecho a la idea de que la heterosexualidad era una especie de vacío predeterminado, una nada, algo con lo que, por tanto, resultaba difícil comprometerse de un modo sustantivo. Lo que ahora recordaba –y era un recordatorio más que una revelación: notó cómo se le enroscaba en torno a los tobillos con un sordo tintineo de reconocimiento– era el peso y la importancia que asumía la heterosexualidad por el mero hecho de ser la opción predeterminada, la violencia y la presión que se ejercía en su nombre con tal de asegurar que seguía siéndolo. Era algo más que una nada. De vuelta en Londres, lo que esas interacciones le habían inculcado, las conversaciones sobre sexualidad en las que no estaba especialmente interesada pero que se había visto obligada a mantener por estar haciendo algo que se apartaba de la norma, era que la mayor parte de la gente seguía creyendo en el relato heterosexual del fueron felices y comieron perdices, en la historia del amor tal como se contaba en buena parte de la cultura occidental, en la historia del regreso del héroe y la búsqueda de redención, de la necesidad de encajar en un lugar y una comunidad determinados. La gente estaba profunda y radicalmente decidida a hacer lo que los demás esperaban de ella. Los que formaban parte de su círculo aceptaban, por supuesto, que cualquier persona quisiera ser gay, poliamorosa, fetichista o promiscua, tal como aceptaban encantados que cualquier persona se vistiera de forma extravagante, dijera cosas escandalosas o no fuera atractiva ni delgada. Sencillamente se reservaban el derecho a no querer lo mismo para sí. Se reservaban el derecho a ser respetables y respetados.

Por supuesto, nadie lo habría reconocido en voz alta. En realidad,

a eso se reducía la sorpresa, a la brecha existente entre lo que la gente decía, lo que desde un punto de vista social consideraba válido, y lo que hacía ante la duda, es decir, perseguir la única posibilidad vista como verdaderamente legítima. ¿Cuándo y cómo se había vuelto censurable señalar las ventajas sociales de ser heterosexual, la misma clase de torpeza que afirmar que salir con alguien atractivo aumentaba tu estatus social o que la mera noción de ser atractivo se cimentaba sobre varias capas de juicios relacionados con el estatus social o que, en el caso de que fueras mujer, siempre era preferible, más seguro, ser delgada y tener el pelo largo y liso? Vivías convencida de que ni por todo el oro del mundo aceptarías estos valores jerárquicos, pero luego te invitaban a un fiestón para pijos y los experimentabas como verdades que recorrían la estancia y te apretaban el abdomen como un puño: eran las vías por las que circulaba el poder. A veces tenía la sensación de que operaba una amnesia deliberada por la que se consideraba demasiado evidente, grosero o vulgar hablar de algo y, a fuerza de no mencionarlo, se nos permitía olvidar que existía y persuadir a los demás de lo mismo. Lo milagroso era que funcionaba, ella misma había enterrado esas verdades en su interior hasta que, por lo menos en el plano racional, había dejado de verlas, se había dejado engatusar por el prestigio que parecía rodear a la homosexualidad, hasta que de pronto se encontraba en ese punto, en esas conversaciones, en esas situaciones, en el extremo receptor de esos silencios y esas miradas de sorpresa.

Por eso sentía tanto malestar cuando oía la frase *ojalá fuera lesbiana*. Era discutible hasta qué punto abrirse a la atracción por personas del mismo sexo se podía considerar una elección espontánea, y la mayor parte del tiempo ni ella misma estaba segura de su postura al respecto, pero esa no era precisamente la cuestión. Por más que la gente se convenciera de lo contrario, la pertinaz prevalencia de la heterosexualidad no era un misterio cuya única explicación consistiese en una predilección sexual inmutable. Por descontado, la experiencia de salir con hombres heterosexuales acababa por lo general en decepción, y era comprensible que una se sintiera desencantada o, mejor dicho, que adoptara una postura de

desencanto mientras en secreto albergaba unas esperanzas que no se avenían con todo lo que veía, oía y experimentaba. Lo que le generaba rechazo era fingir que no sacabas ninguna ventaja a cambio de hacerte pasar por hetero, negar la existencia de cierto privilegio heterosexual. Dar a entender que lo único que te impedía ser lesbiana era la preferencia sexual constituía una falsedad, ya fuera consciente o no. Siente el impulso de decirle a Katrina que, al convertir ese flirteo de oficina en una relación en toda regla, está cayendo en un patrón fácil, establecido, que no levanta críticas, sino que le ofrece aceptación y comodidad, aunque a veces el contenido real de la relación no sea demasiado reconfortante. Siente el impulso casi desesperado de decirle, de teclear en el chat que tiene abierto con Katrina, que, como mínimo, se debe la sinceridad de reconocer que en muchos sentidos lo ha tenido fácil.

Mientras digiere esta desesperación, este veneno, comprende que, en buena medida, va dirigida contra sí misma y su hipocresía, contra la terrible sensación de falsedad que no la abandona últimamente. Cuando vivía en Londres, creía haber dejado atrás esa hipocresía de un modo que le parecía arriesgado precisamente porque pensaba que sería una renuncia permanente, una decisión de la que no podría desdecirse. Sin embargo, allí estaba, no solo saliendo con un compañero de trabajo que la había decepcionado, sino fantaseando con otro que no lo había hecho, no lo haría, no podría hacerlo jamás. Tal vez por eso le escocería tanto lo de John King más adelante: porque se daría cuenta de toda la hipocresía que se había instalado en su interior, de las partes que desaparecían de la vista y resurgían con formas distintas. Lo que hacía que la fantasía del hombre del paraguas fuera tan exquisita y maravillosa era que anulaba la necesidad de pensar en este o en cualquier otro asunto espinoso, cediendo al irresistible impulso de bloquear todas sus funciones cognitivas mientras se zambullía en ella. Ahí, lo sabía, estaba la esencia del privilegio heterosexual. Aunque luego todo se redujera a un montón de promesas vacías, podía atesorar esa época en la que, joder, todo era fácil. El alivio del deseo ratificado por todos los relatos fundacionales. El alivio de la aprobación y la conformidad, por más que nunca las reconociera como tales. El alivio

de encajar en la historia, en la naturaleza, tal como la entendía el común de los mortales.

¡Validación!

Pero ese no es, y cada vez menos, su caso. No puede desconfiar de las oleadas de alivio mientras se deja mecer por ellas, pero en cuanto la marea retrocede empieza a cuestionarlo todo y no sabe qué hacer al respecto. Cada vez está más convencida de que debería dejar a un lado esa fantasía, aunque en realidad haya dejado de cultivarla de forma activa: ya no intenta subirse al tranvía con él, ya no trata de coincidir con él, pero tampoco puede evitar sentir lo que siente cada vez que lo ve, y a ratos cree que pagaría un dineral para sentir eso mismo por la persona con la que está saliendo. Quiere desvincularse por completo de él, y no tiene ni idea de cómo hacerlo.

No logra concentrarse en el correo electrónico, así que vuelve a abrir el chat.

Algo bueno sacaremos de las relaciones con hombres, ¿no?

Mientras pulsa enviar, espera en secreto que Katrina le diga cuánto le chifla una espalda recubierta de vello. Una polla, unos abdominales marcados, la clase de sudor que apesta de verdad, la sensación de dejarse arropar por alguien más corpulento, el ensimismamiento de los hombres, su torpeza, sentirse protegida, algo, cualquier cosa a la que aferrarse.

Supongo…

Aunque no se me ocurre nada, la verdad

A veces cuesta entender las razones por las que haces lo que haces, ¿sabes?

(´Д`;)

Ya, totalmente, contesta ella, y vuelve a abrir el borrador del correo. Se tiraría de los pelos de pura exasperación ante la asfixiante, estúpida insignificancia y complacencia de todo aquello, y, en ese instante, mientras apoya la cara en las manos y deja que se le desplome entre los huecos de los dedos abiertos, siente como si el techo se desmoronara sobre ella y la sangre que le corre por las venas retransmitiera Rage FM, una emisora que no logra sintonizar

muy a menudo, aunque en ese instante oye la voz del DJ alta y clara, o tal vez sea el presentador diciendo: *estoy hasta los mismísimos de esta puta peña que se contenta con esconder la cabeza bajo el ala, que parlotea alegremente mientras esconde la cabeza bajo el ala, y ya sé que yo estoy haciendo lo mismo, pero por lo menos soy consciente de ello, aunque puede que eso sea peor aún, porque aquí estoy, sin hacer absolutamente nada de provecho con mi vida, pero, por favor, por favor, ¿no podrían tener un poco de curiosidad, un poco de inteligencia, un poco de perspectiva, algo*?, y, cuanto más se permite escuchar la emisión, más siente que no puede seguir así, que tiene que abandonar ese lugar con su luminosidad opresiva, sus emojis y sus bromas, donde *broma* es tan solo una forma de decir mirar hacia otro lado, mentir, no significarse, y mientras escucha la emisión comprende que ha llegado la hora de la verdad, que esos son los pensamientos que siempre acaban acudiendo a su mente, los pensamientos que conforman su sentimiento de exclusión, o quizá los pensamientos conformados por ese sentimiento de exclusión, seguramente ni siquiera vale la pena preguntarse cuál de las dos opciones tiene primacía ontológica, tal como no vale la pena preguntarse si es una pedante por emplear las palabras *primacía ontológica*, depende de a quién se lo pregunte y cuál sea el estado de ánimo de esa persona, y su propio estado de ánimo ahora mismo es tan atroz, tan explosivo que la pilla por sorpresa, le da miedo. Si por lo menos hubiese una sala insonorizada en la empresa, piensa, en la que pudiera encerrarme y chillar y luego llorar, tal vez se me pasara. Entonces cae en la cuenta de qué es lo que de verdad necesita, y piensa: dios mío, ojalá pudiera volver al karaoke, y una sensación inmensa y aterciopelada inunda su cuerpo, algo que proclama: sí, joder. Y en ese preciso instante logra verbalizar ese deseo, que dice: llévame de vuelta a un lugar en el que las cosas tengan peso y significado

CUT
TO THE FEELING

La pasión por el ritmo tiene mucho que ver con nuestra capacidad predictiva, le explicó el sesudísimo iraní de su curso de alemán un día, al salir de clase, mientras todos se precipitaban escaleras abajo y salían a la calle, y luego se quedaron allí plantados los dos, bajo la farola. Sus momentos preferidos en Fráncfort eran aquellos en los que tenía la sensación de estar en una película de cine negro; de hecho, le pasaba muy a menudo, con distintas películas de cine negro, o por lo menos con distintas escenas, y le preocupaba ligeramente que esa escena en particular, la de la sombra de las piernas de ambos solapándose sobre los adoquines de la calzada, fuera aquella en la que los sentimientos románticos empezaban a florecer en el pecho del protagonista masculino. ¿Por qué había dedicado tanto tiempo de su vida a pensar en eso? ¿Sería porque, en realidad, le había pasado muchas veces y las consecuencias no siempre habían sido gratas? Casi seguro que sí, y sin embargo intentaba prestar atención y concentrarse en lo que él iba diciendo, tal como parecía estar haciendo él, porque he ahí un hombre que jamás perdía el hilo de sus pensamientos, por más que la primavera estallara en su pecho, pensó ella, atravesada de pronto por una profunda envidia. Ese día, la clase había girado en torno al tema «Ocio y placer», y los habían invitado a hablar unos minutos con la persona que tuvieran al lado sobre sus aficiones antes de compartir esta información con el resto de la clase, y, cuando se volvieron el uno hacia el otro, él dijo sin vacilar: escuchar música y conducir. Esas dos cosas, replicó ella, a lo que él contestó: no, una sola. Me gusta hacerlo a la vez, escuchar música mientras voy conduciendo. Me sienta genial. Qué interesante, dijo ella, ¿a qué crees que se debe?, y él se embarcó en una explicación que ella no entendió en absoluto, tan larga y prolija que no tuvo ocasión de contarle sus aficiones, aunque tampoco lo lamentó, porque no estaba segura de poder confesarle a ese hombre tan serio y formal que le gustaba el karaoke y le gustaba beber, pero que por encima de todo le gustaba hacer esas dos cosas juntas; también podría haberlo expresado diciendo: me gusta la embriaguez en todas sus formas, pero no sabía cómo se decía *embriaguez* en alemán. Abrió mucho los ojos y asintió, creyendo haber fingido de manera convincente que entendía

la explicación, pero por lo visto no solo se había esforzado en vano, sino que el hombre parecía muy empeñado en hacerla entender lo que decía, porque en cuanto se acabó la clase empezó a explicárselo en inglés. Disfrutamos del ritmo porque permite al cerebro predecir y, además, acertar cuándo llegará el siguiente compás, lo que resulta gratificante. No se entretuvo demasiado con esta parte porque quería ir al meollo de la cuestión, que no era otro que la forma en que percibimos la música en el interior de un vehículo en movimiento. Sostenía que escuchar música mientras uno se desplazaba en el espacio enriquecía aún más esa experiencia, quizá porque se establecía una relación con otro tipo de percepción rítmica, como si escuchar música en un coche elevara el ritmo al cuadrado. Esto último no lo dijo exactamente así, pero ella se encargó de hacer la extrapolación.

Ignoraba cómo había podido predecir el hombre que eso le resultaría interesante antes incluso de que ella lo supiera, ¿o tal vez lo que pasaba era que simplemente le gustaban las chicas con cara grande porque parecían prestar atención? El caso es que se sintió repentina y sinceramente fascinada por el tema, y al amparo de esa fascinación, y del entorno en cierto modo menos expuesto del charco de luz de una farola, se las arregló para decirle que le interesaba mucho el karaoke, por lo que le intrigaba esa idea del ritmo como medio para satisfacer la capacidad predictiva del cerebro humano, y tal vez fuera algo evidente, pero nunca se le había ocurrido enfocarlo de ese modo, y luego pasaron a hablar de otra dinámica predictiva, otro tipo de movimiento: el de las palabras que iban cambiando de color en la pantalla del karaoke, siguiendo el ritmo de la música. Mientras lo comentaban, a ella se le ocurrió que estaba equivocada respecto al alcohol, que en realidad no era parte integral de la experiencia, ni mucho menos; la verdadera experiencia de ritmo al cuadrado consistía en cantar y bailar al son de la música, así era como se llevaban las cosas más allá, hacia el éxtasis, y de repente se imaginó escribiendo sobre esto en una especie de artículo académico de título rimbombante en el que fusionaría neurociencia, antropología y lo que hiciera falta, y la idea le pareció de lo más profunda y, a la vez, de una banalidad insuperable.

Mientras emprendía el largo camino de vuelta a casa, constató que la conversación le había dejado un regusto extraño, una punzada de malestar que se resistía a todo intento de acotarla. El tipo era el mismo que, una semana antes, le había enseñado cómo se decía *tornillo* y *tuerca* en alemán introduciendo el dedo índice de la mano izquierda en el hueco del puño derecho y moviéndolo hacia dentro y hacia fuera con el mismo gesto con que ella llevaba toda la vida viendo que se representaba la penetración vaginal, y había intentado no reírse, pensaba ahora, y era interesante que se tomara tan en serio lo que él decía, y se preguntó, en una nota al margen, si la gente que se tomaba tan en serio sus propias ideas y no se avergonzaba fácilmente era la que acababa ejerciendo una mayor influencia sobre los demás, y luego reflexionó sobre lo bien que el hombre sesudo debía de hablar alemán si sabía cómo se decía *tornillo* y *predicción* (para entonces, ella había olvidado ambas palabras) y, en ese caso, ¿qué demonios hacía en una clase con gente como ella que no sabía una mierda?

Sin embargo, nada de todo esto estaba en el origen de su malestar; andando el tiempo, comprendió que no era nada interpersonal lo que la irritaba, sino algo relacionado con esa teoría del ritmo, un malestar cuya naturaleza se le escapaba entre los dedos. Al principio intentó buscar contraargumentos obvios a su teoría, como acostumbraba a hacer cuando ponía a prueba alguna idea nueva, y se descubrió pensando en las personas que disfrutan conscientemente la música arrítmica, música que desbarata los ritmos predecibles de una forma creativa e interesante; recordaba la emoción que había sentido al escuchar por primera vez la canción «Supervixen» de Garbage, el tema con el que abría su álbum de debut, en cuya introducción, estruendosa y enérgica, se omitían compases con regularidad, lo que en un primer momento te llevaba a pensar que el CD estaba rayado, hasta que aprendías a predecir esas omisiones sin dejar de admirar el vuelco que le daban a la canción. Sin embargo, cuanto más lo pensaba, más se convencía de que ese tipo de placer podía seguir enmarcándose en la observación del ritmo, en las expectativas que generaba, tanto si aprendías a anticipar ese compás irregular como si no eras capaz de hacerlo, o

precisamente porque no eras capaz de hacerlo, y que en todo caso era un argumento a favor, y no en contra, de la teoría del hombre sesudo.

Reconocerlo no sirvió para mitigar su frustración, que persistió, se intensificó, y mientras una sensación de nerviosismo que el paseo no conseguía aplacar se adueñaba de todo su cuerpo, empezó a pensar que el escurridizo origen de su objeción no podía ser solo intelectual. Comprendió que la sesuda teoría de la predicción rítmica había pinchado su burbuja, la burbuja romántica del karaoke, cuyo carácter sagrado ella quería preservar a toda costa. Siguió caminando sin descanso con esa sensación de inquietud, en realidad su casa quedaba demasiado lejos para ir andando, se dijo de pronto, y más con el estómago vacío, cansada y completamente sobria como estaba, aunque le gustaba que fuera julio y la noche la acogiera en esa panza caliente de las noches estivales del continente, o, a decir verdad, simplemente fuera del Reino Unido, que hacía que todo se llenara de nuevas posibilidades, pero que hoy no bastaba para hacer apetecible una caminata de noventa minutos, y esa parte de la ciudad que tanto le gustaba de día, con sus fachadas de piedra rojiza, sus contornos interesantes y los letreros en voladizo, se veía apagada por la noche, toda la intriga oculta tras las cortinas, y uno de sus auriculares había dejado de funcionar y el cansancio y la inquietud se mezclaban con la desazón que le producía la idea de que el placer de la música radicase en su naturaleza predecible. ¿Acaso lo que le molestaba eran las implicaciones autocomplacientes de la teoría, la idea de un cerebro simplista y arrogante: *lo sabía, me lo veía venir*? Si así fuera, pensó, sería una objeción absurda, no había motivo alguno para que nuestros mecanismos primarios se amoldaran a los complejos sistemas del comportamiento social, no había motivo alguno para que las cosas no fueran simples, arrogantes, masturbatorias. ¿O sí?

Y entonces –¿quizá motivada por la palabra *masturbatorias*?– la fuente de su incomodidad se le reveló como una herida que se reabre. Lo que tanto la molestaba era la pasividad. Ahora que lo entendía, le parecía obvio: mientras oía al hombre sesudo reflexionando sobre la previsibilidad, el placer de la música y, por

extensión, el placer del karaoke, había quedado asociado en su mente con la idea de enchufarse a la máquina del placer, un mecanismo socialmente aceptado que producía un contenido genérico al que, sin embargo, te sentías íntimamente conectado, como si te entendiera a la perfección. El ocio visto no como un ejercicio de imaginación, sino como la práctica pasiva de dejar que te sirvieran en bandeja todo lo que querías, fueras o no consciente de ello. Pero no solo eso. Al verse cantando la letra de esas baladas de amor que tanto le gustaba entonar en la sala de un karaoke, le había llamado la atención el paralelismo entre el ritmo musical y la dinámica amorosa: la alegría que sientes cuando eso que crees que va a pasar acaba pasando. Mientras las vivías, ambas experiencias parecían fascinantes y sublimes, pero en cuanto dabas un paso atrás comprendías que el verdadero movimiento era una forma de rendición, una entrega. El relato no era tanto *sabía que esto iba a pasar* como *estaba escrito que esto pasaría*.

Ahora avanzaba por la acera de una calle ancha por la que los coches circulaban a toda velocidad, así que imaginó al hombre sesudo enfilándola también en su coche, pisando el acelerador y meneando la cabeza, casi extasiado, al ritmo del rock clásico que suponía que sería su música preferida, y se dijo que, en última instancia, lo que tanto la asustaba era lo mucho que lo deseaba todo: el ritmo trepidante, la siguiente copa, a ese hombre taciturno al que creía conocer, la oscuridad de la noche. Lo que la asustaba era el asfixiante deseo de sucumbir a algo que la trascendiera. Huelga decir que la mayor parte de los anhelos humanos responden a esa definición, incluidos los más nobles y espirituales, pero no se sentía capaz de abrazar el impulso romántico que crecía en su interior; intuía que la capacidad de ese impulso para cogerla desprevenida provenía precisamente, en parte, del hecho de haberlo desacreditado racionalmente, porque quería negar la parte de sí misma que seguía albergando la esperanza de que la vida se lo ofreciera. ¿Por qué le resultaba tan doloroso afirmar que había heredado el sueño de que un gran amor transformara su mundo, la convirtiera en la adulta que quería ser, le diera la vida que deseaba vivir y el sentido de valía que necesitaba para ser una persona

funcional? ¿Por qué, si sabía perfectamente que todo formaba parte de la educación que recibías si nacías mujer? Para su abuela, una refugiada sin familia, sin red de apoyo, ser hermosa y casarse había sido una forma de acceder a un hogar, de tener estabilidad, de formar una familia; eso era lo que le había permitido alcanzar todo lo que había tenido en la vida. El amor que brotó en la pista de baile había determinado el rumbo de su vida. Su madre había sido la primera mujer de la familia en ir a la universidad, pero casarse, tener una familia y cuidar su aspecto eran cosas que habían formado parte esencial de lo que entendía por una buena vida. Y allí estaba ella: se había criado entre los indudables privilegios de una familia de clase media y se dedicaba a algo que la motivaba, por lo menos hasta aceptar ese trabajo, pese a lo cual algún aspecto de esa herencia femenina seguía acechándola desde los márgenes de su existencia. Su forma de encarar las relaciones sentimentales, el amor y la búsqueda de pareja no se parecía a la de los hombres que habían pasado por su vida. La cuestión no era si quería o no todo eso, y ni tan siquiera si era algo que ocupara sus pensamientos. La cuestión era cómo lidiar con determinadas emociones, de esas que rara vez se manifiestan, de esas que anidan, intransigentes y metálicas, en la médula de los huesos. La cuestión era su propia valía.

¿Por qué le costaba dios y ayuda traducirlo a palabras? ¿Acaso porque le dolía que fuese cierto, porque se avergonzaba de ello?, ¿o tenía que ver, más bien, con su fracaso a la hora de ser la mujer que el mundo quería que fuera, de creer que pudiera llegar a ser esa mujer? Esa era la canción que te cantabas, la de tu propio fracaso. Pero el mundo te había hecho así. El mundo quería que, como mujer, estuvieras con alguien y quería que ese alguien fuese un hombre y quería que ese hombre fuese lo más socialmente dominante posible. Cada vez más, el mensaje no se transmitía mediante lo que se decía, o por lo menos no mediante lo que se decía abiertamente, sino que se modelaba, ya fuera de manera tácita o a las claras, a través de relatos e imágenes. Sin embargo, cuando el mensaje del mundo daba sus frutos, este se regocijaba, porque, a fin de cuentas, habías hecho lo que tocaba. Pensó en la

emoción que habían manifestado los suyos desde Londres cuando se le escapó que estaba saliendo con el hombre elegante, un entusiasmo que no se había dado, por decirlo suavemente, cuando había empezado a salir con su novia. Y una parte de esa reacción se debía a ella. También a ella le había emocionado la idea de que por fin su vida amorosa pareciera encarrilarse. Esa era la parte más emocionante, en última instancia: los carriles que te transportaban hacia el futuro. Sus amigas habían dado fe de ello, sobre todo las que no salían solo con hombres: el alivio palpable de su entorno cuando empezaban a salir con un tío. La deducción implícita de que por fin lo habían entendido, de que comprendían cómo funcionaba el mundo, de que habían puesto fin a su fase de experimentación y en adelante se comportarían como estaba mandado. Como estaba mandado significaba existir dentro de una estructura socialmente ratificada. Como estaba mandado significaba John King.

Le entraron ganas de chillar.

Una vez más, lo pensó: quiero ir al karaoke. Se prometió que volvería pronto, ella sola, y que cantaría todas las canciones rabiosas que conocía. Se preguntó si el hombre sesudo cantaría al volante. Se imaginó con él en su coche, cantando su música predecible, aunque en realidad el plan sonaba de lo más divertido. Pero seguramente no sería lo bastante divertido, no lo bastante divertido para ella

WHY
CAN'T I
BE YOU?

Ni siquiera cuando, después de que pasara, relataba la anécdota para sus adentros lograba enmarcarla de manera que tuviera un sentido geográfico. Sabía que había sucedido, por lo menos eso no lo ponía en duda, sabía que había ocurrido a mediados de agosto, y

tal vez hubiese algo en el ambiente pesado y bochornoso que contribuyera a desdibujar su percepción, a prestar una cualidad onírica al lugar, una especie de vaguedad centelleante, resplandeciente, que impregnaba sus impresiones cuando pensaba en la primera vez que se había topado con él en el sendero de los sándwiches, en su primer día de trabajo. A veces, cuando era pequeña, tanto que sus padres aún seguían juntos, iban a un pueblo que tenía un tren en miniatura y solían almorzar en un pub cercano en el que recordaba haber visto a su padre con una chaqueta vaquera forrada de borreguito. No sabría decir exactamente quiénes la acompañaban. Estaban su hermano y ella, eso seguro, y cree que había más niños, pero no recuerda si los había conocido allí, en la terraza del pub, o si eran los hijos de las familias con las que habían ido hasta el pueblo. Lo que sí sabía era que, al fondo de la terraza ajardinada, había un seto con un agujero y que, con el paso del tiempo, esa abertura se convirtió para ella en una especie de umbral mágico que se abría a un mundo totalmente distinto cada vez que se asomaba a él. Ahora que lo piensa, parece evidente que tomó prestada esa percepción de los programas que veía en la tele y de los libros que leía, en los que a menudo aparecía un portal giratorio de mecanismo similar: una artimaña con la que brindar a los lectores o espectadores una experiencia única cada vez, generando así la emoción propia de una tómbola, de un sobre sorpresa. De hecho, la única escena que recuerda haber visto al otro lado de ese umbral es la de un campo dorado en el que tres faisanes del mismo color alzaban el vuelo, por lo que está bastante segura de que fue entonces cuando decidió que se trataba de un lugar mágico. Tal vez no hubo más escenas; lo único que conserva es la sensación irreductible de que sí las hubo, pero sin detalles concretos. Sin embargo, aunque se centre únicamente en los faisanes, no sabe a ciencia cierta en qué consistía la escena, si fue una pura ilusión o si el azar determinó que se asomara al umbral en el preciso instante en que el sol tamizado por las nubes bañaba un campo dorado del que salieron volando tres aves y ella tuvo la certeza de que algo tan maravilloso solo podía ocurrir bajo el auspicio de la magia.

Décadas después, en un largo y abarrotado tren con destino a

Londres, oiría a un hombre hablando a voz en cuello con otro pasajero que viajaba sentado enfrente, al otro lado de una mesa, sobre un pub que ella identificó sin lugar a dudas como el de sus recuerdos de infancia. El hombre comentaba lo bien que se estaba en el pub, hay que ver lo bien que se está allí, decía una y otra vez, a todas luces encantado de afirmar algo que lo acercaba al común de los mortales tras haberle confesado a su compañero de viaje –y, de paso, al resto de los pasajeros– que residía lujosamente en Bath y trabajaba como consultor financiero, y ella se quedó perpleja al descubrir que el pub de la gran terraza ajardinada en el que habían jugado de niños seguía existiendo, aunque tal vez lo realmente desconcertante fuera constatar que de verdad había existido, que no había sido todo una fantasía.

De un modo similar, el lugar en el que se había encontrado por casualidad con el hombre del paraguas durante la pausa del almuerzo le parecía, en retrospectiva, algo nacido de su imaginación, porque ¿cómo iba a haber un bosque allí, cerca de Bürostadt, donde todo eran calles anchas y edificios de oficinas? Sin embargo, estaba convencida de que también eso había sucedido, de que había comido en alguno de los bancos de esa hilera entre los que sabía que el hombre del paraguas también solía almorzar, y se pregunta si fue porque estaba pensando en él por lo que puso *Paris 1919* o si fue al revés. A un tipo con el que había salido en la universidad le encantaba John Cale, aunque ella no llegó a contagiarse de ese gusto y ni siquiera lo intentó; solo lo hizo años después, y entonces la dejó boquiabierta, no podía creer lo cercana que le resultaba esa música, cómo parecía calarle hasta lo más hondo de una forma que no acertaba a cuantificar.

Dios, qué bien le sentaba, iba pensando, debería hacerlo más a menudo, engullir el almuerzo a toda prisa y aprovechar el tiempo sobrante para pasear. Sentía que su mente le pertenecía por completo o, cuando menos, que no se definía exclusivamente en función de lo que sucedía dentro de ese edificio y todos sus sistemas, toda su gente. Desde hacía poco, tras haber recibido un par de correos electrónicos de dos amigos londinenses que se encontraban en situaciones laborales muy distintas pero en cierto

modo terribles, correos en los que detallaban el estrés al que se enfrentaban a diario, se esforzaba por mostrarse agradecida por su actual situación, pero eso no tenía nada que ver con este placer inmediato que llegaba sin esfuerzo. Mientras paseaba se sentía como una persona entera, si es que tal cosa era posible, y entonces empezó a sonar el tema titulado «Half Past France». Había ido a un concierto de Cale en el Southbank Centre en el que tocó el álbum al completo y, cuando las notas iniciales de esa canción resonaron en el auditorio, se le había erizado el vello de todo el cuerpo y se había sentido como si se hubiese transformado en otro ser infinitamente más sensible y estuviera flotando en un mar de mercurio líquido. Ahora suena la misma introducción, el mismo conjunto de notas iniciales, más tristes y cercanas que nada que haya oído nunca, y la voz, y, por supuesto, como era una canción maravillosa y aparecía Francia en el título y París en la letra, asoció irremediablemente esa canción con el hombre del paraguas, por más que hablara de un soldado que regresaba a casa tras la Primera Guerra Mundial; le resultaba imposible escucharla y pensar en algo que no fuera la soledad que los unía a ambos, regodearse en ella, y fue en ese preciso instante, al doblar la esquina, cuando lo vio acercándose en sentido opuesto. El pelo oscuro, las manos enterradas en los bolsillos de un modo que sugería que no descansaban allí, sino que ejercían una presión constante, el abrigo oscuro, un aire vagamente medieval pero sin duda presente, un cuerpo real que aumentaba de escala según avanzaba en su dirección; se quedó casi sin aliento al constatar la materialidad, el movimiento de ese cuerpo. Sin casi: se quedó sin aliento, y una luminosa y expansiva bocanada de aire fresco procedente del bosque le llenó los pulmones pese al calor. La calle estaba demasiado desierta para fingir que no se veían y ella estaba demasiado desconcertada para hacerse la indiferente, así que se saludaron con un gesto de la cabeza, emitieron algún tipo de sonido, un hola desconstruido, y siguieron avanzando en direcciones contrarias, él hacia la oficina. Esta vez ella ni siquiera tuvo la sensación de estar flotando, sino que fue más raro todavía: creyó estar soñando. No puedes usar la palabra *milagro*, se dijo, no puedes, no puedes, pero no había otra manera de describir eso que

sentía en el pecho, no solo por haberse cruzado con él, sino por haberlo hecho mientras sonaba «Half Past France», por ir pensando en él y que de pronto estuviera allí, así que quizá no fuera tanto un milagro como la pura magia de su pensamiento, la magia de desear algo y que ese algo se haga realidad, el tipo de magia que, día tras día, tanto se esforzaba por convencerse de que no existía, como si estuviera enseñándole a la niña que llevaba dentro a ser una adulta funcional. Pero ahí estaba la prueba, desvinculada de la causalidad del mundo material y sin embargo real, palpable. ¿Sería su racionalidad lo bastante fuerte para rechazar la creencia de que se trataba de algún tipo de señal?

No, no lo era.

La lógica de la sala de karaoke se había trasladado al mundo real y funcionaba como una invocación. Poniendo esa canción había invocado no solo el vídeo y las emociones que asociaba con la música, sino también su encarnación material: él estaba allí porque así lo había querido ella, y tan solo de pensarlo se sentía salvaje, indómita. Volvió con desgana a la oficina, con las venas todavía palpitando de exaltación, reconociendo a regañadientes: esto es una recaída, y, mientras el pulso se le instalaba en una frecuencia que parecía subvertir los cálculos de velocidad habituales, acelerado y sin embargo extrañamente sereno, se dijo que sin duda acabaría pagando por ello de algún modo

PUT
YOUR BACK
N2 IT

Escribe una carta, dijo la chica francesa del nombre bonito. Como muchos otros alumnos del curso de alemán, también trabajaba en la empresa, y, tras buscarla en la plataforma de mensajería interna, había empezado a enviarle mensajes. No eran como los que recibía del equipo británico, en los que se evitaba toda interacción o pregunta directa en favor de comentarios ingeniosos o enlaces de

internet. De hecho, podría decirse que eran todo lo contrario, y el efecto que tenían en ella la llevó a preguntarse si tanto tiempo en el chat la había vuelto reacia a ese tipo de intimidades triviales: qué tal el fin de semana, estoy agotada, no veo la hora de irme de vacaciones.

Pero en el fondo sabía que ese no era el origen de su aversión, sino lo exquisitamente aburrido y predecible que era charlar con esa chica, tan aburrido y predecible que la conversación parecía condenada a morir, porque nadie en su sano juicio querría mantener un diálogo de esas características, pero el caso es que ahí seguían. A veces, se le ocurría que tal vez la chica francesa solo quería practicar inglés, que el chat solo tenía sentido como una forma de simular una conversación normal. Esta posibilidad le producía cierto alivio, pues de algún modo resultaba menos claustrofóbica que la alternativa, es decir, que ese tipo de intercambio le pareciera realmente gratificante, por más que supiera que plantear ambas opciones como mutuamente excluyentes era una ingenuidad, y tal vez le pareciera gratificante precisamente porque seguía los cauces que se le suponían a una conversación real. Estaba segura de haber cometido el mismo pecado en japonés, cuando se deleitaba con las cosas más corrientes y molientes, que para ella no lo eran en absoluto. En cualquier caso, el motivo por el que rezongaba para sus adentros era que, por insulsa y trillada que le pareciera la conversación, se sentía incapaz de pegarle un corte a la chica francesa, de dar la callada por respuesta o de hacer otra cosa que no fuera sostener el diálogo, aunque fuese de un modo vacilante y poco comunicativo. Cuando accedió a tomar un café con ella antes de la clase, fue sobre todo porque lo vio como una buena ocasión para poner fin al chat. ¡Genial, nos vemos el martes!

Cuando se sentaron en la terraza de la cafetería que había junto a la escuela de idiomas, donde la mujer de mediana edad que la regentaba las miró con recelo, y pidió un café que no le apetecía tomar a esa hora del día porque no tuvo el valor de pedir una cerveza, sintió una punzada de pánico. No solo porque no sabía cómo iba a sobrevivir a la siguiente hora, sino porque ese pánico parecía conectar con un miedo más profundo, el de que la vida se

reducía a eso, a hablar con gente que, en el fondo, no quería saber nada de ti o que, por lo menos, creías que no quería saber nada, de manera que no podías compartir con ella ninguna información personal. A verse atrapada, entre coba y sonrisas, en interacciones guionizadas por otra persona, por una vaga noción de cómo debían ser las cosas.

Pero ella había accedido a ese encuentro. ¿Qué podía hacer, salvo entregarse pasivamente a él? Sintió que se hundía en su propio cuerpo, que se retiraba a un fuero interno de la conciencia para que la experiencia la afectara lo menos posible. Aquello era como un mal polvo, pensó. La chica le habló de su hermana, de su padre, de una amiga que vivía en Francia. Luego, en lo que entendió como una especie de milagro, pasó a hablar de la terapia Gestalt. Espera, ¿has hecho Gestalt?, le preguntó. Sí, en Lyon. No tiene nada que ver con otras formas de terapia, es fascinante. Todo gira alrededor del concepto de plenitud. ¿Plenitud? *Gestalt* significa «pleno» en alemán, explicó la chica, y se centra en entender al ser humano como un todo compuesto por cuerpo, mente y emociones, con el objetivo de que funcionen en armonía. Cuando eso ocurre, es porque hay bienestar psíquico.

Claro, desde luego, asintió ella, notando cómo le subía la bilis por dentro. De hecho, últimamente he pensado bastante en la plenitud. O más bien en su ausencia. En qué hacer para no sentirte dividida todo el rato o para evitar tener sentimientos que no parecen provenir de ti, ese tipo de cosas. Pero, dime, a ver, según el pensamiento gestáltico, ¿qué debes hacer si te sientes escindido, si una parte de ti experimenta emociones intensas y la otra no?

Antes incluso de que acabara de formular la pregunta, la chica francesa ya estaba asintiendo. Esta chica acabará siendo profesora o incluso terapeuta, pensó, porque había algo en su actitud pragmática que de pronto le resultó de lo más reconfortante. Por un momento, intentó imaginar cómo sería vivir así, sin preocuparse por cosas como ser simple, aburrida o insensible, y descubrió que no podía imaginarlo, por lo menos allí, en esa terraza, mientras la gente pasaba y la chica se explayaba en su explicación.

Para deshacerte de los sentimientos encontrados que alguien te

genera, dijo, tienes que mandarle una carta. Escribir todo lo que sientes, sin dejarte nada en el tintero, todo lo malo. Suena obvio, pero de verdad que funciona, le aseguró, y luego le contó que había escrito cartas como esa a su padre, a una amiga, a su ex, y que la habían ayudado muchísimo. Las emociones conflictivas, concluyó, habían desaparecido casi por completo.

Entiendo, entiendo, dijo ella, lo escribes, sacas todo lo que llevas dentro, pero no envías la carta. Es una forma de desahogarte.

No. La chica francesa la miró muy seria. La envías. Es importante para tu psique. Lo que haces es poner una dirección falsa y meterla en el buzón, porque así el cerebro piensa que de verdad se la has enviado a esa persona y puede empezar a procesarlo, es una especie de ritual de purificación. Es una pasada, deberías probarlo.

Ah, entiendo, la envías, ja, ja. Me pregunto dónde irán a parar esas cartas. Algún cartero por ahí seguro que se echa un buen rato. O uno malo, si tiene que dar con ese destinatario inexistente.

Se rieron. Era la primera vez que se reían juntas, pensó ella, y la suya era una risa sincera, y sin embargo, incluso mientras se reía, se preguntó por qué la cautivaba esa idea, por qué sentía que esa era la tarea que el universo le había encomendado, pese a ser lo último que le apetecía hacer en el mundo. Por eso la gente acababa metida en sectas, pensó, porque se presentaba como la única solución en el momento justo, porque había alguien sentado al otro lado de la mesa que hablaba con una seguridad reconfortante. Apuró de un trago el resto del café y se preguntó si conseguiría pegar ojo.

El domingo fue a una cafetería que quedaba a la vuelta de la esquina y, por primera vez en la vida, pidió lo que los demás habitantes de Fráncfort parecían tomar los fines de semana: un tazón enorme y lleno hasta el borde de café con leche que resultó ser demasiado lechoso para su gusto; de hecho, en cuanto lo tuvo delante se preguntó qué la había llevado a pensar que podría gustarle algo así, cuando la leche que sabía a leche le daba cada vez más asco, y sin embargo extrajo cierto consuelo de la rotunda presencia del tazón sobre la mesa, como si fuera un gato tumbado a su lado, transmitiéndole calor. Le dolía reconocer que, aunque pronto haría un año que vivía en Fráncfort, aunque estaba

estudiando alemán, le seguía resultando increíblemente estresante entrar en un local, sobre todo en uno tan popular como ese, donde los camareros siempre parecían tener prisa, y pedir algo; no es que temiera no hacerse entender, pero el intercambio siempre parecía un poco forzado, y eso le provocaba una especie de hormigueo, una incomodidad a flor de piel de la que no era fácil desprenderse, una sensación muy distinta de la que experimentaba al pasar por delante de la cafetería y contemplar su interior blanco y a la clientela sonriente, y esa aparente serenidad era el motivo por el que la había elegido para escribir la carta. La serenidad y la vaga impresión de ser objeto de escrutinio, de que no podía perder el tiempo remoloneando porque le daría vergüenza quedarse mirando al infinito, o eso creía. Sin embargo, ahora que estaba allí, comprendió que no se saldría con la suya, sobre todo rodeada de parejas jóvenes y atractivas que habían quedado para tomar el brunch, de hombres elegantes y mujeres mayores que leían un libro a solas o de pandillas de amigos. Todos tan equilibrados, tan plenos. Le entraron náuseas solo de escribir su nombre en la parte superior del folio, y no tuvo más remedio que preguntarse a quién pretendía engañar cuando pensó que sería capaz de meter esa carta en un buzón. Aun así, se obligó a escribir la primera frase: *te escribo porque necesito decirte lo que siento*, una introducción de lo más trillada que no le había soplado la chica francesa, aunque bien podría haberlo hecho, pero lo más curioso de todo es que funcionó, y que la siguiente frase le salió de forma casi natural. A lo largo de los últimos días había intentado no pensar en lo que se disponía a hacer para no acobardarse, pero, al ver que sus pensamientos iban a parar allí de todos modos, se le ocurrió que escribirle a alguien con quien mantenía una relación tan profunda en su cabeza y tan insignificante fuera de ella le resultaba una forma de comunicación inusitada y tendría que inventársela. Pero resultó que no tuvo que inventar nada: las palabras brotaron de su interior como si lo hubiese hecho incontables veces en el pasado, y al repasar el texto manuscrito se preguntó si, en cierto sentido, no estaría escribiendo la letra de una canción, la letra mediocre de una adolescente despechada, o quizá un diario.

Lo más asombroso e incluso estimulante de todo fue la rapidez con que la hoja de papel que tenía ante sí adquirió las características de una carta escrita por alguien con graves problemas mentales. No solo por su contenido, sino incluso por su aspecto, porque, de repente, buena parte del texto estaba escrito en mayúsculas, y su letra, apenas legible y desaliñada de por sí, se volvió irregular y angulosa, hasta el punto de que solo mirarla resultaba angustioso, porque parecía reflejar a la vez el tormento interior de quien escribía y una amenaza potencial para el destinatario de la carta, y luego estaba el hecho de que mientras escribía había roto a llorar, claro, de modo que había un par de borrones provocados por las lágrimas y lo único que faltaba era algún goterón de sangre, pero incluso sin ellos era la carta de un auténtico chiflado: *libérame, te has apoderado de mi vida, estoy harta*.

Era interesante ser a la vez la chiflada y la persona que observaba a la chiflada, lo que la llevó a pensar de nuevo en las palabras de la chica francesa: el objetivo es que todo funcione en armonía, como parte de un conjunto cohesionado. No tenía ni idea de si esa era una descripción precisa de la escuela Gestalt o no, pero instintivamente sentía que ese era el objetivo que debía perseguir, que tal vez no hubiera otro más instintivamente importante para ella en ese momento, y aferrándose a esa visión de plenitud, como el orbe redondo de una luna desconocida, volcó la angustia que le quedaba en el folio. Los camareros que pasaban ajetreados por delante de su mesa miraban de reojo el tazón de café con leche, cuyo contenido apenas había menguado y que ya estaría frío, sin duda pensando que ojalá liberara la mesa para dársela a una de las parejas que hacían cola junto a la puerta, pero ella no levantó la cabeza en ningún momento, negándose a establecer contacto visual con ellos. Para cuando terminó, tenía claro que, al margen de que fuera o no prudente enviar la carta, esta era bastante intensa y que, si había una posibilidad, por remota que fuera, de que al remitirla liberara todas las emociones que contenía, la daría por buena, aunque esa mezcla de vehemencia y locura hiciera que la idea de meterla en un buzón de la misma ciudad en la que él vivía con su nombre completo escrito en ella resultara aterradora, incluso con una falsa dirección

parisina escrita debajo. Mientras firmaba al pie del folio y bebía un sorbo de *milchkaffee* destemplado, pensó en meter la carta en el buzón, y la sola idea le dio ganas de vomitar.

El lunes siguiente volvió a tener ganas de vomitar cuando se llevó la carta de camino al trabajo. Antes incluso de redactarla, había pensado en la nueva predisposición hacia lo mágico y lo ritual que esta obsesión había traído consigo. Una parte de sí misma sospechaba que eso sucedía porque no tenía mucho más a lo que aferrarse: no le quedaba más remedio que buscar refugio en la magia porque, en definitiva, todo aquello no era sino su propio y elaborado juego mental. Otra parte de sí misma, en cambio, opinaba que se trataba no tanto de desesperación como de una sensibilidad exacerbada: que el tipo de cosas que por lo general apenas le dejaban huella se convertían, en ese estado más receptivo, en distracciones sumamente entretenidas; que, en cierto sentido, ahora estaba más en contacto con las oscilaciones del mundo. Tenía que echar la carta al buzón, el ritual destinado a acabar con todos los rituales, el ritual que anunciaría su regreso a la plenitud gestáltica, y estaba claro que tenía que hacerlo bien, asegurarse de que su subconsciente tomara nota de lo que estaba haciendo. No era un equilibrio fácil de conseguir, porque a la vez sabía que, si le daba demasiada importancia a ese gesto, si era demasiado consciente de la trascendencia de sus acciones, se echaría atrás. Al final, decidió levantarse temprano e ir caminando al trabajo, recorriendo ese trayecto de tranvía que tanta importancia había adquirido en su vida e imponiéndose la obligación de echar la carta al buzón antes de llegar a la oficina. La caminata en sí no era una novedad para ella, la había hecho varias veces en los últimos tiempos, pero ese día estaba tan nerviosa que cada minuto de los ochenta que tardó en llegar a su destino pareció desdoblarse en otros tantos, y, para cuando encontró un buzón que no quedara demasiado lejos de la oficina, no sabía si sus nervios resistirían esa prueba.

¿Voy a morir?

Tenía la sensación de haberse hecho esta pregunta muchas veces ese último año, demasiadas para alguien joven y sano que llevaba una vida segura en una ciudad segura. Pero de pronto la carta

estaba en el buzón y ella, recorriendo el último tramo del camino hasta el trabajo, y recuerda la música que iba escuchando, recuerda haberse sentido desquiciada, completamente desquiciada, pero tal vez fuera el último día que se sentía así, tal vez su psique hiciera lo que tenía que hacer y por fin pudiera disfrutar de cierta normalidad

AND SLEEP THE CLOCK AROUND

Al principio solo pensaba en poner a prueba el éxito del ritual, aunque no tenía claro cómo hacerlo. ¿Cómo saber sin lugar a dudas si habías superado a alguien con quien no tenías el menor contacto? En la oficina, volvió a buscar su nombre en el chat y lo observó mientras intentaba descifrar lo que sentía. ¿Podría considerarse algo? Creía sentir menos que la última vez que lo había buscado, pero, con el corazón en la mano, no podía decir que no sintiera nada. Lo que sentía estaba a medio camino entre la nada y un algo. La prueba resultó poco concluyente, lo más seguro defectuosa, sesgada. Más tarde, al salir del lavabo, se detuvo delante del ascensor y se planteó subir hasta la planta en la que trabajaba el hombre del paraguas para comprobarlo. Era la misma en la que trabajaba el hombre elegante, se recordó. Pero no entraría en la oficina, se replicó, sino que se quedaría fuera, calibrando sus sentimientos. En cuanto se abrieron las puertas del ascensor, le dieron ganas de vomitar. Me cago en todo. Con la sangre hirviendo, volvió a su mesa a grandes zancadas. La sacaba de quicio haberse vuelto tan sumamente ridícula. Había gente en el mundo con problemas de verdad y ella perdía el tiempo con esa especie de lectura de runas emocional que no solo era repugnante de puro frívola, sino también moralmente reprochable. No volvería a hacerlo. Pronto saldría de dudas, seguro.

Y así fue. Dos días después, un día hermoso y soleado, fue a sentarse junto al río al salir del trabajo, con un libro y una cerveza, y entonces él pasó a su lado y su alma se elevó hacia las alturas, su

cuerpo se llenó de luz dorada y llegó a la conclusión de que el ritual no había funcionado

HEY
THAT'S NO WAY
TO SAY GOODBYE

Cuando llevaba casi un año en la empresa, el hombre elegante intentó convencerla de que dejara su trabajo y se marchara con él.

Al principio, se tomaba su vida profesional tan en serio, parecía tan empeñado en conservar ese buen sueldo que había alcanzado a base de esfuerzo y en ahorrar de cara al futuro que la perspectiva de que abandonara la empresa resultaba inverosímil. Poco después de que empezaran a salir, él le había enseñado una libretita diminuta que había encuadernado con sus propias manos antes de conocerla, decorada con florecillas, en la que apuntaba todos sus gastos a lápiz con una caligrafía minuciosa. La imagen fugaz que había acudido entonces a su mente, una del hombre elegante a solas por las noches garabateando en esa libreta, le había provocado una pena casi insoportable, que más tarde se transformó en una especie de horror ante su forma de ser, ante la realidad de su mundo interior. Entonces achacó esa contabilidad personal a un temperamento escrupuloso, a una atención al detalle que le resultaba radicalmente ajena y que no aspiraba a alcanzar. Al fin y al cabo, sus respectivos sueldos, que no diferían demasiado, le parecían lo bastante generosos para no tener que andar escatimando, salvo que hubiese deudas que saldar o algún desembolso importante a la vista, pero no era el caso. Solo algún tiempo después supo que él enviaba dinero a sus padres de forma más o menos regular, y no solo eso, sino que su relación con el dinero estaba íntimamente ligada a su historia personal.

Se tranquiliza pensando que, si tardó tanto en darse cuenta de ello, en parte fue porque él evitaba mencionar sus orígenes, a su familia. Era lo único de lo que no hablaba con la vehemencia

habitual, y por eso no comprendió que era precisamente ahí donde residía su mayor fuente de angustia. No obstante, reconoce que su incapacidad para percibir la sensación de aislamiento del hombre elegante, lo mucho que se jugaba en esa reinvención desde sus orígenes en una comunidad semirrural, su relación con el ahorro, se debía únicamente a su ignorancia y al hecho de ocupar una posición privilegiada en el mundo. Ella se había criado en un hogar urbano y acomodado, lo que quería decir, comprendió con otra clase de horror, que era una de esas personas que solo perciben como verdadero aquello que se expresa mediante el lenguaje y a las que, aun así, les cuesta verlo como algo real. Sus padres habían ahorrado como si les fuera la vida en ello y sabía que, durante la adolescencia y las primeras etapas de la vida adulta, su madre llevaba la cuenta de lo que gastaba de un modo no muy distinto al del hombre elegante, pero a ella la habían mantenido al margen de todo eso, no había sido testigo de ello. Es más: pese a su obsesión con reinventarse y huir, nunca había terminado de romper con sus orígenes ni con las expectativas familiares, o por lo menos no de un modo que le provocara profundos remordimientos. En todo caso, las expectativas que habían depositado en ella la invitaban a triunfar, a salir al mundo y hacer cosas. En cierta ocasión en que el hombre elegante y ella estaban en su piso bailando o puede que desayunando, no lo recuerda, ella puso «Smalltown Boy» y, al escuchar la letra, que decía que tienes que abandonar el hogar para encontrar el amor que buscas, él se acercó a ella con lágrimas en los ojos y la cogió de la muñeca, como si la canción hablara específicamente de él, y, aunque para sus adentros la exasperó esa reacción tan melodramática y egocéntrica –siempre había pensado que esa canción hablaba sobre todo de la sexualidad, y sigue sin descartar dicha interpretación–, se sintió fatal por no haber comprendido lo delicado que era ese tema para él. Del mismo modo que él no comprendía su realidad emocional, ella tampoco entendía por qué él se empeñaba en salir adelante por sus propios medios. Cuando hablaban del futuro, ella se daba cuenta de lo mucho que podía apoyarse en su formación académica, en su capacidad para traducir de una lengua lucrativa. Para él era distinto: no podía

sentarse a verlas venir confiando en que todo saliera bien, en parte porque, si las cosas se torcían, no tendría a quien recurrir. Entonces ella no era tan comprensiva como podría deducirse de estas palabras, sino que todavía lo tachaba de cuadriculado y mezquino, entre otras cosas, piensa ahora, porque esa obsesión por planificar estaba claramente relacionada con su tendencia a controlar ciertos aspectos de su relación, algo que nunca dejó de molestarla, aunque a veces entendiera por qué ese afán de control estaba tan arraigado en su interior.

Sin embargo, algo cambió en un momento dado, y en un plazo de tiempo muy corto. Él diría que fue ella quien lo cambió. Le habría gustado matizar esa afirmación, decir que no había sido ella propiamente, sino la cantidad de tiempo que pasaban despotricando del trabajo y de sus compañeros, algo que lo había obligado a enfrentarse a su insatisfacción de un modo que no sucedía cuando se lo guardaba todo para sí. Pero ella sabía que había algo más, algo que no tenía nada que ver con el trabajo. Él también era un ferviente defensor de la lógica de los nuevos comienzos con la que ella estaba tan familiarizada, y, tal vez en parte porque intuía esa afinidad, la aplicaba sin cesar a su relación en crisis. Cuanto más se desmoronaban las cosas entre ellos, más echaba mano de ese relato milagroso: lo que necesitaban era empezar de cero, hacer borrón y cuenta nueva. Por extraño que le resulte ahora, porque estaba tan enredada en esa dinámica tóxica que no alcanzaba a verlo, debe reconocer que, después de que tocaran fondo y la niebla pareciera disiparse, hubo momentos realmente mágicos, momentos en los que ella llegó a creer, en intervalos de media hora, medio día, que estaba perdidamente enamorada de él, que todo había cambiado entre ambos. Un día, al volver de un viaje de una noche, él se afeitó la barba, y a ella no solo le pareció joven, guapo y distinto, sino que tuvo la impresión de estar ante una persona completamente nueva: más segura de sí misma, más natural, menos pretenciosa, menos controladora. No podía apartar las manos de su cuerpo, y se convenció de que quizá el hechizo había funcionado. En el fondo, sabía que no podía acabar bien, que no era así como los adultos

resolvían sus diferencias, pero estaban atrapados en esa dinámica y no era fácil salir de ella.

Cerca de una década después, se puso a hurgar en una bolsa de cachivaches que había ido acumulando a lo largo de los años, que no revisaba desde hacía mucho y cuyo contenido había elevado en su mente a la categoría de tesoro mítico. Buscaba objetos que exponer en un viejo cajón de imprenta, pero resultó que en la bolsa apenas había nada digno de exhibirse o que cupiera en alguno de los largos y estrechos compartimentos del cajón. Aun así, reunió una pequeña pila de objetos susceptibles de formar parte de la colección, entre los que había un dinosaurio de plástico: un *Tyrannosaurus rex* con la boca abierta en un rugido que dejaba sus fauces a la vista. Como tantas cosas de esa bolsa, no recordaba a qué etapa de su vida pertenecía. Estaba como nuevo. A juzgar por el color, dudaba que lo hubiese comprado ella misma, pero tal vez lo hubiese encontrado en la calle. Resultó que el dinosaurio de plástico era demasiado grande para caber en ninguno de los compartimentos del cajón, pero mientras intentaba encajarlo en los distintos huecos se dio cuenta de que tenía algo embutido en la garganta. Qué raro, pensó, y lo llevó hasta el fregadero. Usando un tenedor, logró sacar un diminuto cilindro de papel de su interior. Ni siquiera al constatar que estaba enrollado a la manera de un pergamino se le ocurrió que pudiera ser un mensaje destinado a ella. Solo cuando lo desenrolló con cuidado y vio escrito, en letras mayúsculas de trazo débil y fino,

EL DINOSAURIO MOLÓN DICE QUE DIMITAMOS LA SEMANA QUE VIENE Y NOS MUDEMOS A VIENA

comprendió varias cosas de golpe, y con ellas llegó una sensación de vértigo y caída libre, la misma sensación de vértigo y caída libre que la asaltaba cuando revisaba cajas de trastos viejos y, con un vuelco en el estómago, recordaba una realidad pasada que sin embargo no podía separar de su identidad. El espanto de constatar que forma parte de ti.

El dinosaurio se lo había traído de Fráncfort, comprendió en ese instante, y seguramente lo hubiera comprado el hombre elegante en el mercadillo dominical que solía frecuentar. Tenía un ojo infalible y siempre encontraba algo con lo que agasajarla al volver a casa. Claro, empieza por la parte buena, por qué no, la parte que no te duele recordar. El recuerdo de lo bohemia que le parecía su vida de entonces, sobre todo gracias a él. Pensó en su piso, con las paredes cubiertas de dibujos que habían hecho juntos, de cosas que encontraban por la calle. En Fráncfort era habitual dejar objetos que ya no querías en la acera, junto a la puerta de tu edificio, para que cualquier transeúnte pudiese recogerlos. Ellos habían compartido su afición por esta costumbre, y el hábito de rebuscar entre objetos usados les había brindado hallazgos extraordinarios. Los fines de semana solían dar largos paseos que terminaban en la *weinstube*, en cuya terraza se sentaban a dibujar mientras tomaban vino tinto. Él siempre le hacía pequeñas ofrendas en forma de dibujos, libros, pinturas, mensajes. Nunca había llevado una vida tan hermosa, pensó ella ahora, desde el punto de vista estético, nunca había vivido tan rodeada de cosas bonitas, cosas que no podían comprarse con dinero.

Sin embargo, en su memoria, esa abundancia de belleza va unida a una sensación menos placentera, la de asfixia. Durante un momento, logra mantener a salvo los recuerdos –la imagen de los dibujos solapándose en la pared, un pícnic que habían hecho–, pero de pronto le viene a la mente un regalo particular, un mensaje en concreto que trae consigo un tropel de sentimientos turbios. En relaciones previas, había deseado que la persona con la que salía se comunicara más con ella; nunca se le había ocurrido que llegaría a un punto en que los mensajes, las cartas, los regalos y las notas se convirtiesen en una forma de bombardeo, en un intento de despojarla de todos sus deseos y objetivos para suplantarlos con otros. Esta percepción había alcanzado su apogeo con la carta de John King, un año después del hallazgo del dinosaurio, pero sus orígenes se remontaban a mucho antes. A veces las notas se limitaban a recordarle lo mucho que la quería, pero a menudo, como pasaba con la del dinosaurio, ofrecían consejos sobre qué sentir,

hacer o pensar. Por supuesto, ella sabía que verbalizar estos sentimientos la haría quedar como una desagradecida. En cierta ocasión, su madre la había llamado justo cuando acababa de encontrar una nota que él le había dejado en el espejo rogándole que reconsiderara algo, y mientras intentaba explicárselo por teléfono, había confesado, en un momento de desahogo, que estaba harta de que le dijeran qué pensar y sentir, a lo que su madre replicó: ¿no crees que te pasas de dramática?, se me ocurren cosas bastante peores que ser agasajada con notas y regalos, a mí me parece muy romántico, creo que solo intenta hacerte feliz, y ella le dijo con brusquedad: el que se pasa de dramático es él, joder, no quiero seguir participando en su estúpida obra de teatro. En cuanto colgó el teléfono, se sintió como una niña malcriada. Era una niña malcriada. Solo quería que alguien, le daba igual quién, entendiera cómo funcionaban esas cosas, poco a poco y a lo largo del tiempo, cómo los gestos románticos se iban transformando en algo menos agradable, cómo el amor podía acabar asfixiándote.

A veces se preguntaba si era posible que él no se diera cuenta, que tuviera una idea distinta de la persuasión o que se tratara de algo cultural, en cuyo caso solo había que hacerle entender el efecto que tenía sobre ella. En cierta ocasión, mientras intentaba explicárselo de una forma sutil o, mejor dicho, sin herir sus sentimientos, le dijo, invocando a Isabella Rossellini: ¿qué soy, un BUZÓN?, pero él no lo pilló, se echó a reír y siguió como si nada. Y seguir como si nada equivalía a insistir, a no soltar la presa. Le gustaba pensar que no había recibido esa petición de mudarse con él a Viena porque el papelito se había pasado diez años metido en las fauces de un dinosaurio, como un mensaje en una botella que se le había escapado por no haber estado atenta, y se imaginaba como una solterona que de pronto descubría un camino no transitado, el camino que podría haberla hermanado con sus ancestros, haberla llevado a conocer el amor y la felicidad, y no a su existencia actual, estable pero sin amor, en la que vivía rodeada de baratijas de plástico. Y, sin embargo, no fue así como sucedió, sino que el delgado pergamino cumplía más bien la función de recalcar una sugerencia que él le había hecho ya en varias ocasiones, que ya

antes le había formulado por escrito en una carta con un desplegable que contenía tan crucial proposición. Si ella quería aprovechar esa oportunidad para reavivar su relación y mudarse con él a Viena, decía la carta, debía dirigirse a cierta cafetería, en la que él estaría esperándola, y como era una pringada y no quería dejarlo allí plantado le siguió la corriente, y él estaba que no cabía en sí de contento y ella se vio obligada a explicarle que no veía nada claro lo de mudarse a Viena, que habría que hablarlo, que no las tenía todas consigo. Sabes que siempre he soñado con vivir allí algún día, se abstuvo de añadir, y ahora me has arrebatado ese sueño y has hecho que quede ligado a nuestra relación.

Lo curioso del caso es que su atención parece centrarse en la palabra *molón* aplicada al dinosaurio, que no era molón ni lo contrario, sino tan solo un juguete infantil de color chillón, piensa ella. Cree percibir en esa palabra la carga subrepticia de los juicios que él emitía y que se le colaban bajo la piel, la forma en que lo invadía todo con su manera de clasificar las cosas, con su manera de clasificarla a ella, allí plantada junto al fregadero, contemplando ese trozo de papel, y le sorprende con qué fuerza la repugnancia crece en su interior, como una varilla metálica que sobresaliera entre la hierba, y después de todos los años que lleva aprendiendo a invocar un abanico de simpatías y empatías hacia él, a atenuar los más variados pensamientos crueles con otros más amables, le asombra descubrir esa emoción que parece haberse conservado intacta en su interior y que ahora sale a la luz con una franqueza militante y descarada

OH HOW I WANT
TO BREAK FREE

Pero lo mismo podría decirse de su trabajo. Empezaba a creer que no quería seguir allí, o quizá lo que sucedía era que siempre lo había creído, pero ahora empezaba a pensar que ya lo había intentado el tiempo suficiente y, más importante aún, que no era imposible

marcharse. Varios compañeros que habían empezado a trabajar en la empresa antes que ella y que luego habían montado un próspero negocio propio de localización fueron de visita y quedaron en el pub. Mientras se encaminaba a la parada del bus con uno de ellos, le reveló que a veces se planteaba trabajar como *freelance* y él le dijo que lo llamara si finalmente se decidía a hacerlo, porque estaban buscando gente. Se vive mucho mejor al otro lado, le aseguró, mirando a lo lejos para que ella supiera que estaba diciendo la verdad. Fue más o menos por entonces cuando recibió un correo electrónico en el que le anunciaban que había ganado el primer premio del concurso de traducción literaria en el que había estado trabajando a escondidas en la oficina, que consistía en un contrato remunerado para traducir un libro. Le llevó cerca de media hora asimilar que lo que decía el correo era cierto, aunque en realidad no lo era: meses después, se enteró de que el Gobierno japonés había retirado la financiación a ese proyecto y de que, en vez del contrato, recibiría una fea placa de cristal con su nombre grabado. Sin embargo, la ilusión de que eso pudiera ocurrir no se desvaneció, ni siquiera cuando aquella realidad se evaporó como por arte de magia. Si pudiera ganarse la vida trabajando como *freelance*, tal vez lograra dedicar un poco de espacio mental a convencer a alguien más de que era capaz de traducir un libro. De hecho, en cuanto se permitió imaginar un futuro que no implicara trabajar en la empresa, las oportunidades empezaron a surgir una tras otra. Siendo *freelance*, podría concentrarse en aprender alemán y quizá incluso encontrar trabajo en un bar. De ahí a pensar que algún día tal vez pudiera trabajar en un karaoke no había más que un pequeño salto.

Con el tiempo, el hombre elegante y ella llegaron a un consenso por el que acordaron dimitir al unísono. En vista de la creciente tensión entre ambos, él pareció aceptar que no era razonable plantear un traslado a Viena. Sin embargo, aunque cabía la posibilidad de que no estuvieran juntos en el futuro, a ojos de todos seguían siendo una pareja, y parecía lógico que se apoyaran mutuamente al dar el paso de abandonar la empresa. Sin apenas darse cuenta, se descubrió yendo al trabajo con una carta de dimisión en la mano.

En cierto sentido, es asombroso –incluso para ella– lo poco que se detuvo a pensar en el hombre del paraguas mientras todo esto sucedía. Se pregunta si, en el fondo, era consciente de que no había otra manera de obligarla a poner fin a su obsesión y no sabe qué contestar. Lo que sí sabe es que, después de presentar la dimisión, cuando solo le quedaba un mes en la empresa, por fin empezó a asimilar el hecho de que había llegado la hora de la verdad. Se enfrentaba al dilema de perder toda conexión con él o abordarlo y perder toda la dignidad. Hubo un tiempo en el que habría dicho que lo primero era impensable, pero ahora ya no le costaba tanto imaginarlo. Lo que ahora se le hacía insoportable era la idea de dejar que él desapareciera de su vida por pura cobardía y no por una decisión consciente, la idea de seguir con la trayectoria actual de desear sin hacer nada al respecto, con la diferencia de que, cuando hubiese dejado la empresa, apenas tendría ocasión de toparse con él salvo que se dedicara a acosarlo activamente. Se imaginó viviendo como *freelance* en Fráncfort y albergando la ridícula esperanza de toparse con él por casualidad, pensando en él cada vez que pasara delante de la parada del tranvía, y le pareció un futuro demasiado lamentable. También le dio pena.

Imagina, se dijo, imagina que empiezas una vida como *freelance* en Fráncfort y una relación con el hombre del paraguas al mismo tiempo: claramente no podía haber una felicidad mayor. No había pasado nada entre ellos mientras trabajaban allí, de acuerdo, pero eso tal vez se debiera precisamente a la extrañeza que generaba todo el tinglado empresarial, que era como una maldición, y en realidad verse liberados de esa carga haría que todo fluyera como la seda. Se imaginó quedando con él para tomar una copa en el centro de la ciudad al salir del trabajo y luego paseando junto al río, que no era tan bonito como el Sena, pero menos daba una piedra. Sí, se decía, lo suyo ni siquiera tenía por qué ser una cosa locamente intensa, sino que podía ser algo divertido, bonito, fácil. Podían salir juntos como hacían los veinteañeros. Esto pensaba para sus adentros, y mientras lo pensaba creía de veras que era posible, factible. Luego se recordaba que eso implicaba hablar con él antes de marcharse, renunciando de paso a su dignidad, y que del dicho al

hecho había un trecho. No es que no lo hubiese intentado antes, llevaba un año intentándolo, y por entonces sabía cuán profunda era su resistencia a quedar como una imbécil delante de él.

En esas llegó el correo electrónico con la invitación a la fiesta de Navidad e, igual que el año anterior, el plan cobró forma en su mente como si lo hubiese ideado otra persona. Aprovechando unos días de vacaciones acumuladas, el hombre elegante ya había dejado la empresa, así que no estaría allí. El destino se encargaba de agilizar las cosas, aunque esta vez no fuera ese el local elegido para celebrar la fiesta, sino uno del que ella nunca había oído hablar. Lo buscó en Google Maps y comprobó que estaba en una parte de la ciudad que rara vez pisaba, céntrico y apartado a la vez. Desde la oficina, lo buscó en modo *street view* y vio una calle flanqueada por oscuros edificios de un gris parduzco en la que no parecía penetrar la luz del sol y que a simple vista no se distinguía demasiado de los laberintos de callejuelas que había detrás de las estaciones de metro en las zonas urbanas más deprimidas de Japón, donde se concentraban los bares. Mientras se desplazaba virtualmente por la calle y apreciaba la longitud del toldo fucsia festoneado que delimitaba el local pensando que debía de ser enorme, se dijo con toda la serenidad de la que fue capaz que esa era su última oportunidad de quedar bien. Ese local anodino cuya fachada acristalada reflejaba el sol de un día retratado años atrás y que la noche de la fiesta estaría iluminado desde dentro representaba su última oportunidad de abordar al hombre del paraguas de una manera que pudiera considerarse casual o espontánea. Si fracasaba, se vería obligada a enviarle un correo electrónico o un mensaje por el chat, o a dejarle una carta en su último día de trabajo; en cualquier caso, a hacer algo que rezumaría desesperación y, por tanto, locura. Si no quieres que eso pase, masculló para sus adentros como un amenazante entrenador deportivo, tienes que asegurarte de que el plan de la fiesta funcione, tienes que buscar la reserva de valor que llevas dentro y sacarla a relucir

TO DANCE

Había noches en las que un minuto le bastaba para emborracharse, y esta parecía una de ellas, aunque llevaba bastante más de un minuto de copas con el equipo y, para cuando se encaminó al baño, había perdido la cuenta de lo que había bebido. El aire estaba saturado de música, colonia, oscuridad y luces; los focos giratorios y el incesante retumbar de los graves en la pista de baile desierta se aliaban para crear una descarga sensorial que parecía concebida para que te sintieras borracha aunque no lo estuvieras, si bien, en su caso, era indudable que experimentaba un estado de conciencia alterado, atrapada de cuello para abajo en una especie de ebullición nerviosa. Pese al filtro borroso con que percibía la realidad, se las había arreglado mal que bien para sociabilizar con el resto del equipo, quedar con ellos para ir andando hasta allí, llegar temprano y sentarse junto a la barra casi desierta, interpretando una versión exagerada de sí misma, en parte para distanciarse de sus pensamientos. A veces creía que toda forma de interacción era un coqueteo hasta que se convertía en hostilidad, que todo eran caricias, carantoñas y una intimidad creciente a no ser que la relación se decantara hacia la competición y el afán de hacer daño, y a ella se le daban muy bien las caricias, en parte porque le habían sido útiles en el pasado, qué duda cabe, y porque así le habían enseñado a comportarse, pero también porque tranquilizaban tanto al acariciador como al acariciado, y en ese momento necesitaba tranquilizarse más que nada en el mundo, así que se dedicó a acariciar todas las cabezas disponibles, algo que le resultaba mucho más fácil aquí que en la oficina, mientras intentaba ceñirse a su plan secreto para esa noche, no perderlo de vista pero sin dejar que acaparase todos sus sentidos, porque aquello era como inhalar popper, la sangre que se le agolpaba en la cabeza, el martilleo del corazón, la sensación de mareo. Aunque no pensara en ello, las náuseas persistían en segundo plano y su mente las asociaba con algo que percibía como la intensa heterosexualidad de ese lugar, que se afirmaba como un traje reluciente, como unos tacones de

plataforma, tan poco convincente como argumento y, sin embargo, tan inamovible en su rotundidad. Una construcción social disfrazada de deseo primario, un deseo social disfrazado de construcción primaria. La discoteca era todo sombras oscuras y luces cegadoras, y olía a camisas recién planchadas e impregnadas de *aftershave* cuya fragancia era tan genérica que resultaba imposible de definir, todo deliberadamente exento de solemnidad, como si la pista de baile y la discoteca en su totalidad hubiesen interiorizado el lema por excelencia de las apps de citas, *alguien que no se toma demasiado en serio*, aquí nada de seriedad, pero tampoco de ligereza, alegría o placer reales, porque, en el fondo, todo aquello iba pero que muy en serio, en ese espacio teñido de azul y de humo, ese era el lugar donde tenían que parecer divertidos, y eso era muy importante, y por algún motivo en Alemania era algo que parecía implicar una mayor exigencia, o por lo menos una exigencia distinta, especialmente seria, especialmente *camp*. Qué irónico, se descubría pensando a menudo, que santuarios heterosexuales como ese fueran tan ridículamente *camp*. O quizá no fuera tanto teatralidad como una especie de ciega y desesperada obediencia a las normas, con esa desesperación como lo único, suponía, que les impedía darse cuenta de que todo se reducía a una puesta en escena.

Pero quién coño era ella para juzgarlos, para pensar o decir absolutamente nada acerca de la heteronormatividad cuando allí estaba, de camino al lavabo, flotando en ese ambiente de expectación, con la promesa aún sin cristalizar de una noche de fiesta, con la noche precipitándose a toda velocidad hacia su propia e inevitable conclusión, con la sugerencia de que esa era la noche en la que pondría fin al juego –a decir verdad, no le quedaba más remedio que ponerle fin, ya estaba fuera, eso era lo único que tenía claro–, pero la gran pregunta era cómo lo haría, si alcanzaría la gloria, si las estrellas lloverían en cascada desde lo alto de la pantalla, si aparecería un trofeo, si aparecerían diez trofeos, si el cielo se llenaría de fuegos artificiales, los corazones estallarían en llamas y las botellas eyacularían champán para coronarla vencedora porque, con dedos rápidos y ágiles, se había sacado un as de la manga en el último momento, porque había aprovechado ocasiones

que otros quizá no habrían visto, había sacado el máximo provecho de la situación, había calibrado sus opciones y se había lanzado a por ello con valor, audacia y confianza, aunque estaba por ver si ganar consistía en algo de todo eso o si, en el fondo, era tan solo una forma lenta de acumular, si no habilidades y dones, quizá impulsos y necesidades, porque allí estaba ahora, saliendo del cubículo –esas hileras de lavabos unisex eran algo que no había visto nunca en Alemania, evocaban de algún modo los festivales de música y de literatura, una construcción temporal pero un poco más cuidada, y frente a la hilera de cubículos monolíticos se sucedían los lavamanos con grandes espejos orientados hacia la discoteca pero ocultos por una pared cubierta de hiedra artificial entre cuyas hojas asomaba alguna que otra flor azul claramente fuera de lugar–, trepando en torno a los espejos y suavizando sus aristas, y allí, frente a uno de los espejos, lavándose las manos y contemplando su reflejo, estaba el hombre del paraguas, pantalones y camisa de lino crema, una elección sorprendente, puesto que nunca lo había visto con nada que no fuera negro o marrón, pero no carente de gusto, la camisa tenía una caída bonita y, por supuesto, él era guapísimo, ni por un segundo había dejado de parecerle guapísimo, pero en ese preciso instante no solo le pareció guapísimo –y coqueto–, sino también un símbolo, una encarnación del destino que la aguardaba. ¿Qué probabilidades había, desde un punto de vista estadístico, de que coincidieran los dos en ese instante frente al lavamanos? Pensándolo bien, puede que bastantes, las probabilidades siempre eran sorprendentemente altas o sorprendentemente bajas, pero eso daba igual, lo que importaba era que en ese instante el destino le estaba diciendo que ahora o nunca, y debía actuar en consecuencia o dejar pasar la oportunidad y luego seguramente tirarse de los pelos, aunque en el fondo supiera no solo que le faltaba valor para hacerlo, sino que tampoco lo deseaba tanto, no estaba segura de tener derecho a reclamarlo para sí. No era tanto una cuestión de confianza como de autoengaño, de desesperación, aunque en definitiva quizá fueran lo mismo, o por lo menos podían ser lo mismo, es decir, una mera fuerza impulsora, porque apenas sintió nada cuando se acercó a él, ni siquiera mientras se lavaba las manos

con gesto mecánico al tiempo que le dirigía la palabra y luego se volvía hacia él, sin tener apenas idea de si lo que había dicho tenía algún sentido fuera de su cabeza.

Hola, solo quería saludarte porque me marcho la semana que viene, dijo.

Como si una parte de sí misma esperara de veras que él cayera de hinojos, atónito y profundamente disgustado. Como si una parte de sí misma esperase de veras que se hubiese fijado en ella, que pensara en ella, que cada día cogiera el tranvía anhelando en secreto que se subiera a su vagón, que se sintiera abrumado por su presencia hasta el punto de haber estado a un tris de perder el conocimiento porque ella había pasado a su lado, que pensara en ella mientras follaba con otras personas, y lo más asombroso de todo no era que él no diera la menor señal de haber hecho ninguna de estas cosas, sino que pareciera tomarse ese acercamiento como si no fuera del todo inesperado, como si encajara sin ningún esfuerzo en la lógica de la noche, o quizá fuera tan solo la lógica de su ego, porque cuando se dio la vuelta para mirarla de frente lo que dijo, más o menos lo primero que dijo, con ellos dos allí plantados, mirándose entre la hilera de retretes y la hilera de lavamanos, fue:

¿Estás intentando seducirme?

No son imaginaciones mías, se dijo ella. Está pasando de veras. La incredulidad era una emoción de lo más simple, una especie de gran vacío, pero de puertas adentro notaba cómo todo se reajustaba a un ritmo frenético, una criatura con muchas patas y pezuñas pesadas que pataleaba dentro de un saco rojo. Apenas alcanzó a formular la asociación en su mente, pero las palabras estaban ahí, en segundo plano –¿qué soy, un CIERVO?–, con la diferencia de que no se trataba de una broma, eso estaba claro, y su incredulidad se debía al hecho de que nada de aquello era una broma, y cómo iba a reprocharle que contestara así cuando era posible que fuese exactamente eso lo que ella estaba haciendo. ¿Lo era? Ladeó la cabeza.

Puede.

Se le hizo extraño. Estaba diciendo la verdad, pero lo verbalizó de un modo que apenas reconocía, una versión coqueta de sí misma

con la que no se había topado hasta entonces, el coqueteo de las últimas dos horas no era nada comparado con esto, o quizá la diferencia radicara en que antes se había limitado a encarnar una caricatura que todos reconocían como tal, ella la primera. Ahora, sin embargo, ahí estaba, y él le permitía ser eso que ni ella misma habría sabido nombrar, pero también era verdad que no tenía por qué hacerlo.

A mí me parece que sí, repuso él.

Y entonces se besaron entre la hilera de cubículos y la hilera de lavamanos.

Una sensación de triunfo estalló en su interior en el momento en que abrió los ojos al azul de las flores de plástico –también las había de color rosa– que sembraban la hiedra artificial, pero, en el tiempo que tardó en registrar esas impresiones, la sensación empezó a parecerle hueca: esa experiencia perfectamente heterosexual que estaba viviendo en una discoteca no menos heterosexual, la concretización de un sueño que no se parecía en nada a lo que ella había soñado. Pero ahora no había marcha atrás, había vencido, había besado a John King en aquellos lavabos unisex y completado la misión, la cinemática había empezado y la música ya estaba sonando. Se dice que las ilusiones se hacen añicos, como si todo se viniera abajo en un instante decisivo, y desde luego hay momentos de destrucción absoluta, un súbito estallido de fragmentos resplandecientes, pero se pregunta si no será más común la experiencia de una ruptura prolongada. O puede que una ilusión se haga añicos en un instante, pero una esperanza tarde más en romperse. Una esperanza se va agotando poco a poco.

Salieron a fumar con un par de franceses, unos amigos del hombre del paraguas a los que ella no conocía, y él le habló de su etapa como maestro de primaria. Le dijo que tocaba la guitarra para los niños. No te imagino dando clases, comentó ella, como si lo conociera bien, a lo que, sin amago de ironía, él replicó: se me daba muy bien, los niños me adoraban. Ella frunció los labios, abrió mucho los ojos y pensó que tal vez le habría gustado escuchar esas mismas palabras, que con mucho gusto lo habría dejado bucear en ese lago de autocomplacencia si se lo hubiese soltado poquito a

poco mientras paseaban cogidos de la mano o al día siguiente por la mañana, tumbados en la cama. Pero esto era muy distinto, él estaba actuando para un público, haciendo eso que en los círculos más selectos se conocía como sacarse la chorra. Yo era el rey del mambo en esa escuela, en ese pueblo, y eso está muy bien, ya sabes. Pero lo dejé porque aspiraba a algo más. Seguro que no lo decía en serio, pensó ella, seguro que estaba siendo sarcástico, y le sonrió a la espera de una confirmación, pero no lo decía en tono sarcástico –de hecho, el sarcasmo no parecía formar parte de su repertorio–, y fue al ver frustrada esa esperanza cuando encontró el valor necesario para decir lo que pensaba: ¿esto de ahora es ese algo más al que aspirabas? Pero él se limitó a asentir, lo traía sin cuidado, empezó a hablar de lo orgulloso que estaba de haber conseguido trabajo en esa empresa, de que lo hubiesen ascendido hacía poco. Era asombroso verlo fardar de esa manera, pavoneándose ante su público, y le vino a la mente una frase de *Orgullo y prejuicio* en la que el señor Bennet, a propósito de Wickham, comenta: *pone sonrisitas zalameras, y satisfechas, y nos hace el amor a todos*; qué extraña y maravillosa le había parecido esa expresión de adolescente, *nos hace el amor a todos*, y ahora ahí estaba el hombre del paraguas, haciendo justo eso. Hablaba sin parar, acaparando el interés de los presentes con tal desparpajo que ella decidió desconectar y, mientras asentía con cara de embeleso, recordar la conversación relativa al carisma que había mantenido con un amigo.

Su noción de carisma siempre había sido bastante simplista, lo equiparaba a una especie de simpatía innata, un don de gentes que, aunque no estuviera ligado a ninguna cualidad específica –se podía ser carismático sin ser generoso, atento, inteligente o considerado, por ejemplo, y seguramente la gente recurría a este calificativo para justificar la estima que sentía por alguien que carecía de atributos fácilmente reconocibles, como la bondad o lo que fuera–, seguía percibiéndose como algo positivo.

Su amigo tenía una perspectiva distinta. Le explicó que su hermano le parecía la personificación del carisma, un hombre peculiar capaz de explicar el argumento de una película con pelos y señales a sus interlocutores, la hubiesen visto o no, lo que

demostraba una escasa consideración hacia estos, y que en general no caía bien a sus semejantes, quienes, sin embargo, lo encontraban inevitablemente fascinante; en otras palabras, la noción de carisma de su amigo se correspondía con la del líder de una secta, un estafador, un timador, nada que uno percibiera cognitivamente como una cualidad positiva, sino más bien como el anzuelo que te mantenía enganchado, una fuerza irresistible que contrariaba tu buen criterio y los valores que, en cierto modo, eran intrínsecamente tuyos. Desde su punto de vista, el carisma era casi una forma de magia negra.

Ahora, mientras veía al hombre del paraguas *haciéndoles el amor* a los allí reunidos, creyó atisbar por primera vez una vía intermedia entre estas dos definiciones de carisma, un hilo conductor que las unía y se materializaba en él, él era el hilo conductor, la tercera vía. Se trataba de establecer una división, supuso, de separar interior y exterior, algo que se agradecía, pero solo hasta cierto punto: las partes externas de su aparato social se sentían inevitablemente atraídas por él, tal como ella se había sentido inevitablemente atraída por él durante todos esos meses, no podía negar que era encantador, el maestro al que los niños adoraban, porque nada le gustaba más que dejarse adorar, vivía por y para eso. Por dentro, en cambio, no dejaba de ser una sorpresa, como el resoplido de una carcajada que no alcanzas a reprimir, que no se pareciera en absoluto a lo que ella había imaginado al verlo, desgarbado y taciturno, caminando con su gabardina por los senderos arbolados, tan jovial y seguro de sí mismo, y según fue pasando el tiempo comprendió que no podía seguir reprimiendo la conclusión que se desprendía de esa dualidad y que verbalizó para sus adentros antes incluso de comprender su significado: puede que este tío sea un poco capullo.

Dentro, volvieron a besarse, esta vez a la vista de toda la discoteca, de la pista de baile, donde la gente se reía y contoneaba bajo los focos azules. Para entonces ella era plenamente consciente de que su fantasía había quedado hecha añicos, pero estos estaban tardando lo suyo en caer al suelo; el cristal tal vez estuviera resquebrajado, pero por algún motivo seguía conservando su forma,

y supo de un modo no del todo consciente que debía buscar la manera de hacerlo caer. Pero no tenía de qué preocuparse, él se lo pondría fácil. ¿Por qué fue?, ha olvidado ya cuál fue la excusa, pero sin venir a cuento él le pide que se dé media vuelta para mirarle el culo y ella accede, y él observa su cuerpo tal como ella siempre ha temido que lo hagan, aunque finge que le gusta, y en cierto sentido es verdad que le gusta. Y luego vuelven a besarse y esta vez, cuando paran para recuperar el aliento, él le dice que le encantaría llevarla a un hotel pero que esa noche no podría cumplir, o al menos no estaría a la altura de sus propias expectativas, y ella seguía tan metida en su papel que hasta acogió este comentario con una risa benévola, a qué te refieres con tus propias expectativas, le preguntó, y fue entonces cuando él se lanzó a explicarle lo buen amante que era. No lo decía en broma, seguía sin haber ni pizca de ironía en sus palabras, ni rastro de vergüenza; sin duda estaba borracho, pero había algo en su forma de hablar que la llevó a concluir que esa actitud no era algo excepcional en él. Sí, iba diciendo ahora, mientras ella contemplaba ese rostro que había escudriñado a través de ventanillas, en la pantalla de su ordenador, esa maravillosa piel morena salpicada de pecas, las manos en las que tanto había pensado y que ahora descansaban en su trasero, que era donde siempre había querido tenerlas: soy un amante excepcional, te dejaré sin palabras.

La verdad es que entonces le costó reprimir una carcajada, no reírse de él en su cara. Pero se limitó a esbozar una sonrisa bobalicona, o eso cree, no lo sabe a ciencia cierta, pero en cualquier caso no bastó para impedir que una frase, pronunciada despacio con una voz cargada de irónica indignación, se abriera paso en su mente:

¿Qué soy, un CHOCHÍN?

La serie *Seduce Me* no incluía ningún chochín, y en realidad ni siquiera estaba segura de saber qué aspecto tenía ese pájaro. ¿De qué color sería? Inevitablemente, pensó que tendría un plumaje vistoso: un chochín de vistoso plumaje. Y, sí, respondiendo a su pregunta, puede que fuera un chochín. Tal vez se hubiese convertido en un chochín. Puede que ese último año no hubiese hecho más que

pasearse luciendo un elaborado disfraz de confección casera, creyendo que se disponía a abrazar la gloria cuando en realidad se encaminaba a la nada.

La nada: quería decirlo en voz alta, quería reírse de nuevo, oía en su interior una extraña forma de risa, el bronco resuello que emitía a veces su abuela, sin vocalización alguna, tan solo una áspera bocanada de aire, mezcla de carcajada y suspiro, una risa desesperada que flotaba en un mar de agotamiento. Ahora tenía claro que toda la esperanza se había desvanecido. Se había evaporado y no quedaba ni rastro de ella, eso era lo que significaba ese sonido rasposo, el siseo del mechero cuando cerrabas la espita y la llama se apagaba como por arte de magia, y así fue como se desprendió del hombre del paraguas. Voy al baño, dijo. Cuando salió a la calle, Angus estaba esperándola para decirle que se marchaba y preguntarle si necesitaba que la acompañara a casa. Pese a todo lo que estaba pasando en ese momento, su ofrecimiento le llegó al alma. Aunque de pronto ya no le parecía que estuviese pasando gran cosa. Mientras se marchaba de la discoteca, miró hacia atrás y vio al hombre del paraguas hablando con alguien a quien nunca había visto en la oficina, alguien a quien no imaginaba trabajando en una empresa como la suya, una chica guapa con la cabeza rapada y un piercing en el labio, tal vez formara parte de su grupo de amigos, y lo que sintió, el pensamiento que le acudió a la mente sin que pudiera evitarlo, iba dirigido a la chica, y decía: eres demasiado buena para él

COUNT ME
OUT

Volvió andando a casa con Angus. Las calles estaban oscuras y hacía frío, pero después de lo que había pasado se sentía a salvo de cualquier sensación corporal, como suspendida en la noche, ni sobria ni borracha, sino poco menos que extasiada por estar caminando acompañada al filo del amanecer; quería seguir caminando hasta

que saliera el sol y luego continuar hasta adentrarse en un nuevo mundo. Los letreros de las tiendas en las calles desiertas le parecieron estridentes y extraños, como si la noche no supiera descifrar su lenguaje. No miró a Angus, pero notaba que caminaba arrastrando los pies a su lado, se sorprendió de lo mucho que la reconfortaba esa forma tan masculina de moverse, y dudó si decirle que caminaba como un personaje de videojuego, de un modo sospechosamente rítmico, pero pensó que lo mismo se ofendía, de manera que se guardó el pensamiento con la impresión de que se quedaba flotando entre ambos. Llevaban unos diez minutos caminando cuando él le preguntó qué tal estaba, y fue entonces cuando ella se dio cuenta de que lo sabía y de que posiblemente por eso había decidido acompañarla, porque estaba bastante segura de que su casa quedaba en otra dirección.

Te he visto desde la barra mientras hablaba con Gabe y me he movido para hacer de pantalla y que él no te viera, dijo entre risas.

¿Tan terrible habría sido que Gabe me viera?

No lo sé, solo sé que no quería tener esa conversación.

Qué mojigato.

Ajá.

Aunque se me hace raro pensar que nos estabas viendo, me sentía como si estuviéramos a salvo de cualquier mirada en nuestra pequeña burbuja, pero supongo que cualquiera podía vernos.

Sin comentarios.

El caso, dijo ella, es que, mira, yo qué sé, llevo siglos colada por ese tío y la cosa se me ha ido un poco de las manos. Esta noche tenía pensado echarle valor y acercarme a él para dirigirle por fin la palabra, en plan, ahora o nunca. Y lo he hecho, me la he jugado, y resulta que es…

¿Que es…?

Pues un tío normal y corriente. Un tío del montón, seguro de sí mismo y más bien aburrido. Ha presumido de lo bueno que es en la cama. Y ya sé que debería preguntarme qué esperaba cuando me arrojé a sus brazos. No sé qué esperaba. Supongo que pensaba que me diría que también estaba enamorado de mí o algo por el estilo. No lo sé. Nunca imaginé esa parte con tanto detalle, como es obvio,

habría sido directamente de locos. Pero esa es la cuestión, creo que me he vuelto un poco loca con esto, y más aún por no poder compartirlo con nadie.

Angus se quedó un rato en silencio. Avanzaban entre los puestos del mercadillo navideño, cerrados porque era de noche, y al pasar junto al belén, con la oveja de suave pelaje y la virgen con su manto azul y esa expresión melancólica considerada virginal, le dijo: te mereces algo más. Ella lo miró, apartó la mirada, abrió la boca y volvió a cerrarla. Era como si las palabras procedieran de un mundo en el que todo funcionaba según leyes distintas a las del suyo. Un mundo de respeto mutuo. El mundo de las revistas de bienestar masculino. Ese no podía ser su lugar, de eso estaba segura. Y, sin embargo, alguien la había considerado digna de esas palabras, y tardó unos segundos en asimilarlas. ¿De veras lo crees?, preguntó, pero sintió cómo se asentaban en su interior. En ese preciso instante, sintió que avanzaba hacia una nueva forma de ser; el alba aún quedaba lejos, pero parecía insinuarse en el cielo azul, y se le ocurrió que, por primera vez, se disponía a vivir en esa ciudad como una persona plena, se disponía a empezar de nuevo, pero al mismo tiempo seguiría allí, y pensarlo fue como levantar la mirada y encontrar un cielo cuajado de estrellas, insondable y pletórico

IT'S THE END OF THE WORLD AS WE KNOW IT (AND I FEEL FINE)

Al día siguiente ni siquiera tenía resaca, lo único que tenía era la sensación de haber recuperado la libertad. Durante mucho tiempo, el hombre del paraguas había sido como el pedal de un piano que, con solo pulsarlo, la llevaba a sentir que todo su aparato mental se desplazaba, entre crujidos, para cambiar de tonalidad. Tumbada en

la cama, alargó un pie solo para comprobar que no hallaba resistencia. El pedal no hacía nada, no pesaba nada, estaba empujando aire. Su mansión se había quedado sin fantasma. En cierto sentido, eso era exactamente lo que había deseado, y apenas se detuvo a pensar en lo que esa experiencia decía del mundo que la rodeaba. La dejó ir: se alejó flotando como un globo lleno de helio y ni siquiera la siguió con la mirada.

Llamó al hombre elegante, que no había ido a la fiesta, así que no podía saber que para ella había supuesto una última oportunidad, una apuesta al todo o nada. Acabaría enterándose de todos modos, a través de sus conocidos, y pensó que debía ser ella quien se lo contara. Se habían dado un tiempo, se dijo, así que no había hecho nada malo –a decir verdad, no tenía del todo claro si había provocado ese distanciamiento de manera inconsciente para dar cabida a lo que había sucedido la noche anterior, para que no pudiera considerarse una infidelidad, en sentido estricto–, pero sabía que aquello le afectaría. Era un detalle que se enterara por ella, pensó, pero también era posible que solo quisiera contárselo a alguien. Tal vez quedase un resquicio de esperanza para ellos, la esperanza de que hubiese sido ese embrujo lo que había dado al traste con su relación. Ahora todo era posible. Le mandó un mensaje y él la llamó mientras caminaba por la calle. Cuando se lo contó de sopetón, él dijo: espera un segundo, y luego oyó cómo le decía a alguien que supuso que era un perfecto desconocido: perdona, ¿tienes un cigarro?, con gran urgencia y seriedad. Ella sonrió. Nunca hay que desaprovechar la ocasión de hacer un gesto melodramático, pensó.

Sus suposiciones no iban desencaminadas: para cuando él se presentó en su piso esa tarde, alguien de su antiguo equipo lo había llamado porque se moría de ganas de contarle el cotilleo. ¿Sabes en qué ha insistido una y otra vez?, le comentó él, ha insistido mucho en que ese tipo tenía el cuello cubierto de marcas de acné. No, venga ya, no te ha dicho eso, te lo acabas de inventar. Te lo prometo. Lo decía completamente en serio. De verdad que me lo ha dicho. Pero no es posible que lo viera, cómo iba a hacerlo desde la otra punta de la discoteca. Ella se abstuvo de decir que ni ella se

había dado cuenta, y eso que lo había tenido muy cerca. Lo que dijo fue: joder.

En cierto sentido, era emocionante haberse convertido en objeto de cotilleos tan íntimos, de chismes de patio de colegio subidos de tono, había algo casi triunfal en la magnitud de esa caída, no sabía si de la suya o de la de él, pero le daba igual. Sentada en el suelo de su piso, le contó lo sucedido, la parte del hotel, que había omitido por teléfono, mientras el hombre elegante asentía con gravedad y, tras una pausa, decía, con el mismo tono que usaría un terapeuta, asintiendo una vez más: te has violado a ti misma, y ella no tuvo fuerzas para poner objeciones a esta afirmación, carecía de los recursos necesarios para desmenuzar todo lo que esas palabras le hicieron pensar y sentir, y se recordó que el inglés no era la lengua materna del hombre elegante, así que dejó que esa burbuja se expandiera hasta llenar la habitación y que luego se disipara poco a poco y se llevara consigo un regusto a hiel amarilla.

Esta sensación de náusea, su incapacidad para verbalizarla, la conocida opresión que le provocaba también auguraban que la esperanza de que las cosas fueran a arreglarse entre ellos se había desvanecido. Nada había cambiado como por arte de magia. De hecho, todo seguía exactamente como siempre, con o sin el hombre del paraguas, pero una vez más tardó lo suyo en llegar a esta conclusión, o quizá anhelara sentirse acompañada, aceptada, quizá anhelara un poco de contacto físico y de intimidad. Eso pondrían en su lápida, pensó:

Podría haber sido un gran hombre, si no fuera porque anhelaba un poco de intimidad.

Así que se pasaron toda la tarde tocándose, tocándose mientras bebían vino sentados en el suelo. Él tardó un par de horas en ser capaz de besarla y, cuando lo hizo, sus labios le parecieron como cojines, muy suaves, en el tiempo que llevaban sin besarse ella había llegado a olvidar lo ilegalmente suaves que eran; follaron por la tarde y volvieron a follar antes de irse a dormir, y al día siguiente ella se despertó con la sensación angustiosa de que no debía despertarse a su lado, de que no debía estar con él, y tuvieron una discusión espantosa. Aun así, la relación prosiguió a rastras unos

tormentosos meses, hasta el final del verano, cuando él se marchó a Estados Unidos, desde donde, un tiempo después, le envió la carta. La carta en la que ella todavía piensa, la carta que en estos diez años no ha podido achacar a los desvaríos de un exnovio chiflado, por más que a veces caiga justo en eso. La carta cuyos efectos, en cualquier caso, parecían haber echado raíces en su interior porque, según fue pasando el tiempo, comprendió con mayor claridad que, aunque el hombre del paraguas hubiese muerto para ella, John King seguía vivito y coleando, y John King era legión. Lo que significaba que, en realidad, ella no era libre, ni mucho menos

TRUE LOVE
WILL FIND YOU
IN THE END

Desde hace un tiempo, ahora que hay cada vez más aficionados al karaoke y la gente ya no reacciona con la sorpresa, el horror y la aprensión de antes, nota que las conversaciones en torno al tema han cambiado, y es interesante que en tan pocos años hayan eclipsado a las anteriores como norma o que ni siquiera exista una norma que adopte una forma universal y predecible. ¿Cómo aprende la gente a reaccionar de la misma manera ante algo? Pero así es: cuando descubren que le gusta el karaoke, suelen preguntarle: ¿cuál es tu canción?, y mientras ella los mira intentando decidir qué contestar insisten, como si temieran que no haya entendido la pregunta, tu canción, tu canción preferida, ya sabes, y ella siente el impulso de decir que lo sabe pero que al mismo tiempo no las tiene todas consigo porque, aunque haya canciones que canta con más frecuencia que otras (llegados a este punto, no menciona a Céline Dion), el mero hecho de contestar a esa pregunta va en contra de lo que ella cree que representa el karaoke, es decir, la multiplicidad, es decir, no verte encasillada en una identidad inamovible, es decir, poder elegir sobre la marcha –o dejar que alguien de confianza elija– la compañía, la atmósfera y el universo sonoro que vas a

habitar durante ese rato, aunque, por supuesto, no puede decir nada de esto, porque es un tema de conversación que no admite demasiada seriedad, uno no puede ponerse intenso mientras habla del karaoke si quiere triunfar en la vida, así que acaba soltando alguna bobada del tipo: no, qué va, hace siglos que dejé atrás esa fase, haciéndose la altanera, con la esperanza de que entiendan que no lo dice en serio, aunque para sus adentros no esté segura de que así sea. Pero, si lo dijera en serio, si tuviera permitido no tomárselo a broma, esto es lo que diría.

Había un programa de la tele que le encantaba de niña, aunque no recuerda su nombre; desde que le dio por pensar en él lo ha buscado en Google varias veces y siempre ha acabado averiguando cómo se llamaba, pero enseguida vuelve a olvidarlo, lo que la lleva a pensar que tal vez prefiera prescindir del nombre, retener esa experiencia no como algo ajeno a sí misma, sino como parte de su mundo interior, como sin duda ocurrió en su momento. El programa en cuestión transcurría mayormente en un invernadero en el que se alzaba un árbol imponente. En el tronco del árbol había una puerta ovalada, situada a una altura conveniente, que daba a una especie de incubadora. Al comienzo de cada programa, los presentadores escogían una semilla para incubarla y, al final, tras haber vivido toda clase de aventuras y peripecias, abrían la puerta y sacaban la semilla, convertida en un árbol joven plenamente desarrollado. Eso siempre era bonito, ver en qué se había transformado, pero lo que la encandilaba era el primer plano de la bandeja de semillas –o huevos, como las llamaba ella; de niña, no le interesaba especialmente la naturaleza–, todas decoradas de manera distinta, con multitud de colores, dibujos, adornos, cintas. Se acercaba a la pantalla para sumergirse al máximo en el instante o, si el programa estaba grabado, lo rebobinaba y pausaba el vídeo –no tiene ni idea de si en su casa grababan el programa o de si solo se lo imagina– para quedarse absorta en esa imagen de la que nunca se cansaba. ¿Cuál de las semillas habría escogido ella? Esa era la pregunta que se hacía mientras las vislumbraba fugazmente o se demoraba en su contemplación, lo que le producía un cosquilleo eléctrico en la garganta. Pero en el fondo sabía, o por lo menos ahora lo sabe,

piensa, que la pregunta era fascinante justo porque no necesitaba escoger, porque no tenía que tomar esa decisión. La experiencia de la magnitud, la emoción, la vertiginosa noción de un mundo desconocido e inconcebiblemente colorido provenía de no tener aún respuesta a esa pregunta.

Y entonces contestaba a sus interlocutores, que la miraban entre atónitos y aburridos, que había sentido lo mismo la primera vez que vio el catálogo de un karaoke. La primera vez que entró en un karaoke en Japón tenía veintiún años. No había demasiados karaokes en la zona rural en la que vivía por entonces, pero uno de los más importantes –un local llamado Pu Pu– quedaba a tan solo un par de minutos andando. Solo mucho tiempo después de haberse mudado a otra zona comprendió que en realidad el nombre no era una inexplicable referencia a las heces, un extranjerismo mal empleado, y que tampoco era un extranjerismo, sino la onomatopeya del sonido de una bocina o un claxon. Ha intentado escribir sobre el Pu Pu muchas veces, pero por algún motivo le resulta abrumador, tendría mucho que contar –y a la vez no lo suficiente– sobre ese lugar que ocupaba un lugar tan extraño en su cabeza. Le da la impresión de que la verdad es tan vasta y compleja que se le escapa. La idea de corromperla y banalizarla simplificándola más de la cuenta le resulta aterradora. Y, sin embargo, si se concentra exclusivamente en la primera vez, cree estar en disposición de alcanzar esa verdad. A ello contribuye el hecho de que entró en el karaoke con un gran grupo, compuesto sobre todo por personas que no le importaban demasiado, y que las emociones que asocia con esa experiencia sean tan mundanas como la irritación, la envidia y el desconcierto. De hecho, está claro que este contexto desempeñó un papel clave a la hora de definir su experiencia, porque recuerda estar sentada en los bancos que rodeaban la mesa con el catálogo de canciones en el regazo pensando que no le importaría caer en ese mundo, como Alicia por la madriguera del conejo, y no salir nunca.

Está harta de oír a occidentales que, cuando intentan explicar qué tiene de especial Japón para haberlos dejado tan impresionados tras un viaje de dos semanas a Tokio y Kioto, invocan el poderoso

contraste entre lo familiar y lo desconocido; está harta de recordar a su yo del pasado formulando pensamientos que entonces le parecían interesantes sobre este tema, como por ejemplo que el poder de esa experiencia viene dado por el hecho de que la infraestructura de muchos contextos japoneses modernos se parece lo suficiente a la de los países occidentales del primer mundo para que el cerebro se crea capaz de predecir lo que va a pasar, pero luego descubre que se equivoca casi por norma, como si hubiese ido a parar a una especie de valle inquietante, y sin embargo el resultado no es la alienación, o no solo, sino una suerte de cura de humildad casi espiritual, un sentimiento de desorientación, la idea de lo sublime o una combinación de los tres, y no es que ahora crea que esas reflexiones fueran erróneas, sino que se avergüenza de haber dedicado tanto tiempo y energía mental a disquisiciones tan trilladas. Y, no obstante, ahora echa mano del manido contraste entre lo familiar y lo desconocido para decir que fue una versión tipográfica de ese contraste lo que la engatusó en su primer encuentro con el catálogo del karaoke. El japonés salpicado de inglés y de muchas otras lenguas, el inglés salpicado de japonés, el inglés que ya no era inglés, las notas musicales, las estrellas y los corazones espolvoreados sobre las letras impresas, en una época en la que no se veían emojis impresos, Dir En Grey, IN MY DREAM (WITH SHIVER) 君 station, The♡World's♡End, BUMP OF CHICKEN, Happy Birthday Yeah! Yeah! Wow! Wow!, GLAY, 甘いワナ～ Paint, It Black, intercalado con Bryan Adams, los Beatles, Queen; los elementos individuales son fáciles de enumerar, pero evocar el efecto general es mucho más difícil, en parte quizá porque para entonces la lengua japonesa había dejado de ser un magma ininteligible para convertirse en un batiburrillo de caracteres que era capaz de leer si se estrujaba la sesera, y luego vinieron miles de caracteres más. O quizá no había llegado a ese punto todavía y esa experiencia fue lo que la llevó a pensar que tenía que ponerse las pilas y aprender el alfabeto, no lo recordaba con exactitud, pero eso daba igual, lo importante era que ese folleto había sido como un enorme semillero

tipográfico, la emoción desbordante que señalaba mundos conocidos y desconocidos fusionándose, coexistiendo.

Por supuesto, para cantar una canción en el karaoke tenías que elegirla, y esa elección podía ser difícil y estresante, por no decir motivo de arrepentimiento y bochorno, pero en el momento, cuando te sumías en las páginas de ese folleto, la sensación, tremendamente poderosa, era de que no tenías que elegir. O, dicho de otro modo, de que podías elegir multiplicar, de que podías ser y cantar varias cosas a la vez, de que podías equivocarte y darle al botón de cancelar, siempre y cuando hubiese alguien que supiera cuál de los botones servía para cancelar. Sentías que no estabas atada a ninguna identidad específica porque ahí estaba la multitud, ahí estaba todo, toda felicidad futura. Podías disfrutar del karaoke por el simple placer de encarnar una canción, una voz o a un cantante en particular, pero ella creía que no podías amarlo de verdad sin regocijarte en la disolución de cualquier tipo de vínculo con una identidad específica, sin permitirte y que te permitieran ser todo el mundo a la vez. En su opinión, el karaoke era lo opuesto a tener una canción preferida: era tenerlas todas y ninguna al mismo tiempo, y deleitarse con la promesa que eso encerraba. Nada superaba esa sensación.

Y, sí, claro que era una forma de evasión, eso lo entendía con una claridad cristalina. Era una forma de evasión como lo era traducir, un modo de habitar algo por completo sin comprometerse con esa realidad, de vivir instalada en las suntuosas promesas y posibilidades que ofrecía, y no en una realidad aislada y cargada de consecuencias; de habitar algo específico sin dejar de sentirse parte de un todo primigenio. Era una forma de evasión que ella podía anhelar sin remordimientos y convencida de que en realidad no se distinguía demasiado de una experiencia espiritual en la que el yo se desdibujaba y trascendía el mundo material, una experiencia que podía permitirse disfrutar.

Además, cada vez estaba más segura de que ese tipo de autoindulgencia era, en última instancia, la única manera de derrotar a John King en su arquetípica multiplicidad: cuando creías que te habías librado de él, volvía a asomar desde el inconsciente, meses o

años después, en una encarnación ligeramente distinta, y con su presencia arrogante, escurridiza y taciturna, sus privilegios innatos y la cualidad normativa y aristocrática de su belleza física volvía a atraparla en su embrujo, rebosante de una promesa que parecía creada especialmente para ella, nunca tan a su medida como el hombre del paraguas, pero tampoco tan distinta. Ahora tenía claro que quería derrotarlo. La ironía de tener el mismo objetivo que el hombre elegante, es decir, la destrucción de John King, le arrancó una media sonrisa, pero era algo real. Sin embargo, a diferencia del hombre elegante, ella no sabía cómo hacerlo, no tenía pistas ni conjuros para librarse de él, y, cuanto más pensaba en ello, más sospechaba que la única manera de destruirlo era entenderlo mejor, no perderlo de vista. Saber más sobre John King, permitirse soñar con él y ser víctima de un terrible flechazo tras otro y dejar que la decepcionara, hasta que un día se hartara, la llama se extinguiera y no quisiera saber nada más de él. Permitirse tenerlo hasta que ya no lo deseara, hasta que pudiera llorar como estaba mandado porque él no fuera a salvarla, porque, de hecho, nadie fuera a hacerlo

I JUST CALLED TO SAY

Gabe le envió un mensaje para decirle que la persona que iba a reemplazarla acababa de llegar, que habían quedado para salir a tomar algo a modo de bienvenida y si le apetecía apuntarse. Ahora que lo pienso, nunca llegamos a hacerte una fiesta de despedida, verdad que no, a lo mejor podríamos juntar las dos cosas. Una fiesta de hola y adiós, por así decirlo. No me hicisteis una fiesta de despedida porque se me notaban tanto las ganas de largarme de la empresa que nadie tuvo los huevos de sugerírmelo, pensó ella, y sintió una punzada de remordimientos por lo mal que se había portado. Para su sorpresa, la idea de salir con todos ellos no solo no la horrorizó, sino que hasta pensó que podía pasar un buen rato, un rato agradable, aunque no lo fuera de principio a fin, aunque le

trajera un aluvión de malos recuerdos de la época en que había trabajado allí. Pero ¿acaso no sería eso una buena señal, una forma de reafirmarse en la decisión que había tomado? Copas de bienvenida y de malvenida, contestó, y añadió: claro que sí, a quién no le iba a gustar, y al momento: me encantaría quedar, gracias. Joder, se dijo mientras repasaba de abajo arriba la ristra de mensajes, que en ese instante se le antojó una representación visual de cómo había cambiado en los últimos tres meses. ¿Era posible que haberse visto privada de compañía humana la hubiese vuelto tan dócil? ¿Acaso era ese el origen de su afabilidad, una desesperada necesidad de compañía? El hombre elegante y ella aún no habían roto del todo, pero había estado tan ocupada que apenas se veían. Puede que solo estuviera desesperada. Sin embargo, por más que sus pensamientos la arrastraran a un pozo de cinismo, por turbia que le pareciera la motivación o el sentimiento de culpa que intuía tras esa invitación, no podía negar que había sido todo un detalle invitarla.

El bar en el que habían quedado era casi todo exterior, o al menos la parte agradable, y se dijo que, para ser marzo, habían pecado de optimistas, pero desde que Gabe la avisó de la quedada había empezado a salir más el sol, y el sábado en cuestión resultó ser la jornada más cálida de lo que llevaban de año, tanto como para ponerse sandalias. Sentada entre Rick, Gabe y Katrina, los únicos que ya estaban allí, hizo visera con la mano para localizar al camarero y pedir una *weissbier*, y sintió que una euforia la invadía: la primavera y el verano que se avecinaban, el mundo que tenía ante sí, una sensación que era posible porque estaba allí, protegida por un mundo que reconocía.

Rick estaba describiendo con pelos y señales la novela que tenía pensado escribir para el NaNoWriMo del año siguiente: a ver, es básicamente la del año pasado, pero con una línea temporal expandida y mejor en todos los sentidos, por supuesto. Gabe y Katrina estaban sentados en unas sillas pegadas entre sí y al parecer su relación pasaba por un buen momento. Como de costumbre, se soltaban alguna que otra pulla, pero a continuación se miraban fijamente a los ojos y se daban la mano.

Los demás fueron llegando en rápida sucesión. Angus se presentó en compañía de Jim, el veterano del equipo. Ella nunca había entendido del todo qué le veían –siempre que posaba los ojos en él le venía a la mente el adjetivo *cascarrabias*– y, cuando quería provocar a Angus, aludía a su amistad con Jim como prueba de que era un carroza, pero la opinión generalizada era que habían hecho buenas migas porque tenían una actitud más escéptica que el resto del equipo y porque ambos habían estado casados con mujeres niponas. En esas llegó Aimee, de la mano de Coralie, su nueva novia del equipo de pruebas francés. Sintió un amago de pánico al pensar que tal vez conociera al hombre del paraguas, que tal vez estuviera al tanto de lo que había pasado y tuviera una opinión al respecto, pero para entonces lo más probable era que todos lo supieran, y qué más daba, la verdad. Además, Coralie, una rubia menuda que lucía una camiseta de anime, parecía el tipo de persona que pasaba olímpicamente de esas cosas. En realidad, todo estaba saliendo a pedir de boca. Se sentía tan bien que hasta se vio capaz de soportar al tipo que le miraba las tetas, pero resultó que tenía fútbol. Un día redondo. Mientras los demás charlaban a su alrededor, levantó la vista hacia el sol, y hasta la calidez de los rayos solares le pareció perfecta, de manera que dejó que ese resplandor inundara su retina hasta que lo que veía y lo que se sentía se fundieron, y entonces volvió a mirar al grupo reunido ante sí. Temiendo que hubiese demasiado afecto en su mirada, la desvió hacia el otro lado de la plaza. Un tranvía tomaba una curva a lo lejos, un tipo con una barriga prominente sostenía una vara cargada de salchichas que le daba el aspecto de un comandante medieval. Ensartado en lo alto de la vara había un solo panecillo. Adoro Alemania, pensó, y en ese momento lo sentía de veras, y poco le faltó para decirlo en voz alta.

Al cabo de un rato, se descubrió siguiendo distraídamente los movimientos de una mujer muy alta que cruzaba la plaza apretando el paso, aferrada a la correa del bolso. Observaba su forma de andar casi al trote cuando reparó en dos detalles más o menos a la vez: primero, en que esa forma de caminar, combinada con el hecho de que llevaba el bolso en bandolera, cruzado sobre el pecho, la asemejaba en cierto sentido al hombre del paraguas, aunque lo

sujetaba de un modo menos relajado, y, segundo, en que la desconocida no solo avanzaba en su dirección, sino que se encaminaba a la mesa que ellos ocupaban. Se acercó al borde del corro con la cabeza adelantada respecto al resto del cuerpo y, de pronto, se detuvo para mirar alrededor con gesto nervioso, esperando que se produjera una pausa natural en la conversación para decir:

Siento mucho llegar tarde, me he perdido un poco.

¡Ah, Denise!, dijo alguien, y todos farfullaron un saludo. No se les daba muy bien acoger a la gente con entusiasmo ni hacer que una se sintiera cómoda, recordó ella. ¿Te ha costado encontrarnos?

Me he perdido un poco, la verdad, por eso llego tarde, repitió Denise, sonriendo mientras cogía una silla de otra mesa y se sentaba ligeramente retirada del corro. Hablaba con un leve ceceo, una inesperada nota de dulzura en su porte algo rígido. Hizo amago de quitarse el bolso, pero pareció cambiar de idea y se lo dejó cruzado sobre el pecho. Aún me cuesta un poco orientarme en Fráncfort.

Ah, recuerdo esa sensación, dijo ella. Y era cierto, la evocó sin esfuerzo. Su primera noche en la ciudad y todas las que vinieron después, cuando Fráncfort parecía tan inmensa como la emoción que le producía todo lo que le quedaba por aprender. Cuando sus noches y el trazado serpenteante de sus calles y sus infinitas plazas, cuyos nombres y ubicaciones le parecían imposibles de memorizar, parecían ofrecer un potencial demasiado vasto y abstracto para quedar grabados en su mente de forma precisa, por lo que titilaban desperdigados en el aire. Hasta ahora no se había dado cuenta, pero esa sensación se había desvanecido casi por completo. Gracias al trabajo que le pasaban los antiguos trabajadores de la empresa que habían montado un negocio por su cuenta, su carrera como *freelance* había despegado con fuerza, por lo que tenía menos tiempo del que había supuesto para deambular por la ciudad, pero aun así constató que su forma de interactuar con el lugar había cambiado, que le permitía acceder a espacios distintos: los inmensos baños públicos con piscinas al aire libre que había al final de las líneas del tranvía, los bosques y las amplias calles residenciales por las que daba largos paseos, la biblioteca de la universidad. Se sentía

cada vez más como en casa. Sin embargo, ya no se adentraba corriendo en el parque con la sensación de haber ido a parar a un reino de fantasía. No había sido un cambio súbito, ¿o sí? ¿Acaso el misterio de la ciudad se había evaporado junto con su obsesión y sencillamente no se había dado cuenta de ello? Recordó que, mientras estaba atrapada en su vorágine amorosa, había buscado el origen de la palabra *Fráncfort* para comprobar si tenía algo que ver con Francia y así conectarla con el hecho de haber conocido allí al francés, como si se tratara de un guiño del destino.

Ya te acostumbrarás, le dijo. Luego, en parte para acallar la pena que le inundaba el pecho, se presentó formalmente. Buscó una manera amable de decir *eres mi sustituta*, pero no la encontró. ¿En qué momento de la vida adulta aprendías a escoger las palabras adecuadas? ¿O acaso se le había escapado ese tren?

Antes yo hacía… el trabajo que ahora haces tú. O que vas a hacer.

Ah, sí, lo sé, guay, hola, me llamo Denise. Me han hablado mucho de ti.

Vaya por Dios.

No, no, solo cosas buenas, te lo prometo. Denise asintió vigorosamente y sonrió.

¿Qué tal te va de momento?

Bien, estupendo, todo es nuevo para mí, pero bien. Cada día me digo: dios mío, no me puedo creer que esté trabajando aquí, ¿sabes a qué me refiero? Es como un sueño hecho realidad. Y, por supuesto, me preocupa que mi japonés no esté a la altura, pero, ya sabes, todo el mundo se ha portado superbién conmigo y me ha animado mucho.

Denise es asquerosamente políglota.

No, bueno, sí, pero de una forma muy pasiva. Nací en Londres, pero mi madre es francesa, así que me he criado hablando francés con ella, y mi padre es nigeriano, así que me enseñó algo de yoruba, pero muy poco. No lo hablo con fluidez, ni mucho menos. Lo que pasa es que, comparado con el japonés, todo me parece aburrido, ¿sabes?

¿No se te ocurrió coger la vía fácil y hacer francés?

Ni hablar, no se hace buen anime en francés. Se rio de manera

súbita y explosiva, casi como si tuviera un ataque de tos.

Di que sí, aplaudió Coralie.

Qué raro, pensó ella, ese repentino y abrumador afán de protección que le despertaba su sustituta, un sentimiento con el que no sabía qué hacer, teniendo en cuenta que seguramente no volviese a verla, salvo que siguiera quedando con el equipo en el futuro. Qué bien le había caído enseguida y, al mismo tiempo, qué lejana le parecía, lo que en parte era una forma de decir: qué joven. Qué esperanzada. Pero la suya era una esperanza distinta de la que ella había albergado; no había pasado más de cinco minutos en su compañía, pero se creía autorizada a afirmarlo con rotundidad: tenía delante a una persona cuyos sueños estaban hechos de cosas concretas, que se sentía realizada al avanzar hacia una meta y luego alcanzarla. La clase de persona que se haría una foto en el momento en que lograra un objetivo y la publicaría en sus redes sociales sin obsesionarse con lo mal que se veía.

Tenemos que hacerte una pregunta importante, Denise.

Ah, ¿sí?

Desde luego. Gabe sonrió. Sus dientes eran realmente diminutos. Quizá por eso parecía tener muchísimos. En ese instante, pensó que lo quería, y acto seguido intentó apartar ese pensamiento de su mente.

Ahí va, ¿es una especie de rito de iniciación?

¿Qué opinas del karaoke?

¿Del karaoke? Denise parecía sorprendida. A ver, no tengo nada en contra del karaoke.

Hubo una pausa. ¿Esperabais oír otra cosa?

¿Quizá un poco más de entusiasmo?

Entendido. Me gusta el karaoke.

Genial, estás contratada.

Guau, ha sido más fácil de lo que creía. Doy por sentado que sois megafans. ¿Cuál es vuestra canción preferida?

Ella decidió esperar a ver cómo se lo tomaban, si se lo daban todo masticado a la nueva.

La cosa es que, cuando alcanzas cierto nivel de fanatismo, no puedes tener una canción preferida, ¿sabes?

¡Madre mía, qué nivelazo! O sea que sois unos profesionales del karaoke.

Si por profesionales te refieres a que tenemos más experiencia y pasión que talento, pues…, sí, supongo.

Ahí estaba, pensó ella, esa forma de hablar que la sacaba de quicio. Y, sin embargo, ese día no la molestó especialmente.

Vale, os lo preguntaré de otra manera: ¿cuál es la canción más memorable que habéis cantado en un karaoke?

El silencio que acogió sus palabras significaba que esa pregunta era mejor que la primera. Se notaba que todos estaban rebuscando entre sus recuerdos. Coralie fue la primera en contestar.

Yo canté «So Emotional», de Whitney Houston, con una persona y luego nos besamos. Fue mi primer beso, de hecho.

Un momento, ¿¡QUÉ!? Queremos todos los detalles. ¿Os besasteis mientras cantabais?

No, justo después. Coralie lo contó sin amago de emoción. Había algo en el contraste entre su apariencia delicada y esa forma de compartir su intimidad sin tapujos que le hizo pensar: menuda crack. Pero puede que esa impresión viniera de antes, de ver cómo se movía, de lo angulosas que parecían sus extremidades.

La canté con una chica, las dos sabíamos que nos gustábamos, pero no lo reconocimos hasta ese momento. Luego nos fuimos fuera y pasó lo que tenía que pasar. Yo tenía diecinueve años.

Vale, pero, si nos ponemos quisquillosos, fue memorable no tanto por la canción como por la experiencia, ¿no crees?

Sintió ganas de saltar en defensa de Coralie, de decir que esos tíos nunca desaprovechaban la oportunidad de ponerle pegas a todo, aunque a ella le había parecido una historia increíble, pero la propia Coralie se le adelantó.

No. Negó con la cabeza, imperturbable. Lo de cantar a la vez fue bastante tórrido. Además, no creo que se pueda separar la experiencia de la canción así como así.

Bien dicho.

Yo canté «Like a Virgin» con seis carcamales japoneses después de una fiesta de empresa, soltó Jim de sopetón. Eso fue bastante memorable.

Yo estaba haciendo una mamada mientras el tío de la sala de al lado destrozaba «I'd Do Anything for Love».

Yo acompañé a mi jefe al karaoke justo después de que su mujer lo dejara y rompió a llorar mientras cantaba «Nothing Compares 2U». Fue muy triste y, al mismo tiempo, me costó horrores no reírme. Solo estábamos nosotros dos.

Hubo otra pausa y luego Gabe se inclinó hacia delante y entrelazó los dedos de las manos como un abuelo que se dispone a contar una batallita.

La primera vez que me llevaron a un karaoke sin alcohol en Japón, alguien puso «Idioteque», de Radiohead. Supongo que estábamos todos hasta los mismísimos, llenos de frustración reprimida o lo que fuera. Fue más o menos por entonces cuando me di cuenta de que nuestro trabajo como profesores de inglés era una mierda como una catedral. El caso es que había un rubito estadounidense con pinta de cuidarse mucho que puso «Idioteque», y de repente nos volvimos locos. Un desmadre absoluto. Fue como una especie de hechizo o algo así.

Un hechizo catártico.

Tal cual, en serio.

«Idioteque» es esa canción de Radiohead medio electrónica, ¿verdad?, preguntó Denise. Creo que nunca he prestado atención a la letra. ¿De qué va?

No sé si lo he leído en algún sitio o me lo estoy sacando de la manga, pero creo que tiene un rollo posapocalíptico…

Alguien sacó el móvil y leyó en voz alta:

«Idioteque» cuenta la historia de un páramo apocalíptico ficticio generado por una Edad del Hielo de origen nuclear. Aunque los integrantes del grupo no han querido explicar el significado exacto de la letra, se relaciona con el cambio climático antropogénico y ofrece la visión de un mundo asolado por la destrucción humana.

Hay que tenerlos bien puestos para elegir ese tema, desde luego.

Sinceramente, me sorprende un poco que lo tuvieran en el karaoke, dijo ella. O tal vez me sorprenda no haberlo visto nunca.

A mí me da que lo he visto, pero lo he descartado pensando que ni de coña funcionaría.

A mí me pasa lo mismo. O ni siquiera llego tan lejos, sino que veo «Fake Plastic Trees» y allá que me voy de cabeza.

Pero, en el fondo, ¿por qué no iba a funcionar? Si lo piensas, ese ritmo parece hecho para el karaoke.

Vale, la Wikipedia dice que Thom Yorke lo describió como «un intento de captar ese sonido rítmico explosivo de cuando estás en la discoteca y el volumen es tan atronador que sabes que no saldrás indemne».

Desde hace un rato, Denise se tapa la boca con la mano, pero ahora la aparta y, con una sonrisa, dice: ¡madre mía, sois realmente fanáticos! Es muy gracioso. Videojuegos, traducción y karaoke. Menudo combo.

Bueno, hemos llegado a la conclusión de que son lo mismo, afirma Gabe, que le lanza una mirada fugaz. El insaciable deseo de ser otra persona.

Pidieron algo de comer y luego empezó a hacerse tarde y la temperatura cayó en picado. En realidad, he quedado para hablar con mi novio, dijo Denise. Está en Australia y no le va demasiado bien, así que será mejor que me vaya. Lo dijo con expresión compungida. Sí, pensó ella, tenía razón, esta chica sabe poner límites, y se sintió muy aliviada por ella.

Al final, solo tres de los presentes se apuntaron a seguir de copas: Gabe, Angus y ella. Katrina tenía que coger un avión a Estados Unidos a primera hora del día siguiente, así que se fue a hacer la maleta y no pareció inmutarse al ver que se marchaban juntos, pero ella sintió una punzada de remordimientos, no tanto por seguir de copas como por el gusto de volver a estar los tres a solas. Mis chicos, se sorprendió pensando mientras se encaminaban al bar, un lugar llamado Zappbar con el que Gabe estaba obsesionado, cuyo letrero exhibía el mostacho de Frank Zappa y que por dentro estaba empapelado con viejos pósteres de rock.

No tendría que ser así, se quejó ante un público invisible, se me

da bien tener amigas mujeres, me gusta tener amigas mujeres, las mujeres me caen genial, lo que pasa es que en esta empresa me costó hacer amigas, no sé muy bien por qué, quiero decir, en parte seguramente porque éramos pocas y punto, pero hay algo más, tengo la impresión de que la amistad femenina exige más esfuerzo, y ahora mismo siento algo, no puedo negarlo, que me resulta tremendamente reconfortante, que es lo contrario al esfuerzo, que me da alegría, por estar solos mis chicos y yo, que por supuesto son hombres hechos y derechos, con pareja. Como si también ella se preguntase si, pese a toda esa alegría, no sería la única de los tres que lo vivía así, temiendo que ese sentimiento opuesto al esfuerzo fuera algo efímero. Ellos dos no eran amigos del alma, siempre se habían tratado casi con recelo, y, mientras caminaban por la acera en penumbra casi en silencio, se le pasó por la cabeza que aquello podía ser un tremendo error. Que empleaba un lenguaje distinto para hablar con cada uno de ellos, que sería incapaz de hablarles a la vez, de emplear un lenguaje que todos entendieran, y la noche, a la que ella se aferraba como si fuera una especie de globo dorado, se desinflaría entre sus dedos. Tal vez porque ahora las calles parecían más silenciosas, más frías, se convenció de que el Zappbar estaría desierto, pero, cuando abrieron de un tirón la puerta del local, en la que se reflejaba el letrero naranja, estaba bastante animado y se acomodaron en torno a una mesa alta, la única que había libre.

Y bien, ¿qué tal te ha sentado volver al redil?, preguntó Angus después de pedir la bebida. ¿Te alegras de habernos dejado?

Ha estado bien, dijo ella, y se contuvo para no añadir nada más. Con los *gamers*, incluidos aquellos con los que tenía confianza, siempre llegaba un momento, recordó al darse de bruces con él, en que veía cómo el camino se bifurcaba y le quedaban dos opciones: o bien transformar sus impresiones reales en un comentario ingenioso y superficial, a sabiendas de que ellos preferían esa opción, o bien ser sincera y hablar de lo que sentía realmente y arriesgarse a parecer demasiado seria, topar con un silencio nacido de la incomodidad que, a su vez, haría que se sintiera incómoda. Después de una temporada trabajando allí, pensó, había aprendido a optar

por el camino más fácil de esa bifurcación, y luego les guardaba rencor por ello. Incluso antes, mientras hablaban de esas canciones de karaoke memorables, había estado a punto de mencionar una de las dos únicas veces que había vivido lo que no dudaría en definir como una experiencia trascendental, pero se había mordido la lengua para no exponerse a que esas historias quedaran para siempre mancilladas por la vergüenza, así que se decantó por la anécdota de la mamada, que era cierta y tenía su gracia, aunque no tanta, en realidad. De hecho, lo recordaba como algo bastante raro y, cuanto más pensaba en ello, más raro le parecía. Ahora, sin embargo, se sentía más a salvo. O no, tampoco era eso, exactamente. Una nunca sabe cuándo está a salvo. Lo que pasaba era más bien que la necesidad de decir lo que estaba pensando era tan grande que valía la pena arriesgarse.

Pero el caso es que me lo he pasado muy bien. Hace una pausa. Lo raro es que me he sentido de una manera muy distinta a cuando trabajaba allí. Supongo que es porque entonces tenía la impresión…, no sé…, de que no acababa de encajar, mientras que hoy he venido en plan: vale, soy diferente, ¿y qué?, ¿a quién le importa? Y entonces me ha dado por pensar por qué no podía tener esa actitud mientras estaba en la empresa, ¿sabéis?

Ninguno hizo nada parecido a una mueca, pero ella creyó entender, por cómo habían clavado los ojos en la mesa, que en presencia el uno del otro les costaba decir lo que quisiera que tuvieran que decir.

Porque, a ver, ¿vosotros tenéis la impresión de que encajáis?

¡Ni de coña! La respuesta de Angus fue lo bastante inmediata para que quedara claro que eso era lo que estaba rumiando en silencio. Creo que buena parte de mi autoestima se basa en la convicción de que no soy uno de ellos.

Ellos, pensó, no hacía falta que lo dijera así. Vio de reojo que le lanzaba una mirada a Gabe para comprobar si se había ofendido. Ella contuvo la respiración mientras Gabe fruncía los labios. Luego tomó aliento.

Ya, ahora que lo dices... Levantó la vista y sonrió. Yo me siento exactamente igual.

Rompieron a reír al unísono, y fue como si el universo exhalara.

Vale, lo pillo. Pero por lo menos a vosotros os gustan los videojuegos. Me refiero a que es una parte importante de vuestra vida.

Sí, pero eso no significa…, quiero decir, a ti te gusta leer, pero eso no significa que vayas a encajar automáticamente en la industria editorial.

No, para nada, convino ella, asintiendo. Por alguna razón, el corazón le latía desbocado.

Pero también es verdad, añadió Gabe, inclinándose hacia delante y fijando la mirada en su copa, o en sus propios pies –había algo artificial en su forma de hablar del mundo real que le recordaba al hombre elegante, que la obligaba a mirarlo bajo una luz más favorable–, que nunca he tenido la sensación de encajar en ningún sitio. Pero son mis compañeros, quiero decir, no son mala gente y compartimos ciertos gustos. De todos los sitios en los que he trabajado, es el único que no detesto.

Pero tienes novia ahí.

Él la miró perplejo, parpadeando. Sí.

Me refiero a que de alguna manera estás integrado ahí.

Pero tú…

Yo también salía con alguien que trabajaba en la empresa. Es verdad. Dios, es como…

Pero ¿cómo era, en realidad? Era como si a veces no supiera si eso que tanto deseaba, eso que tanto se esforzaba por alcanzar, de verdad existía. Si la vida a la que aspiraba no sería la traslación de sus sueños, que se mantenían tiernos y rosados como un molusco pese al caparazón de cinismo que se había calcificado a su alrededor. Precisamente porque el grado de exigencia que se imponía, tanto a sí misma como a los demás, no era de este reino, nada estaba a su altura, empezando por su persona. ¿Acaso no era ese el motivo por el que se había arrojado con tanta vehemencia a los brazos de una oscura fantasía? Cuando miró el rostro de Angus, recordó lo que le había dicho mientras la acompañaba a casa, su tono mientras lo decía: te mereces algo más. Pero ¿cómo? Para aspirar a algo más, ¿tendría que contentarse primero con algo menos? Incluso mientras

articulaba este pensamiento para sus adentros, sabía que era verdad. Tenía que encontrar la manera de permitirse ser una persona defectuosa y bochornosa, con una vida igualmente defectuosa y bochornosa, para que su existencia tuviera sentido sin necesidad de vivir en el mundo de fantasía y colores del flechazo amoroso. El problema era que no sabía si sería capaz de hacerlo. ¿Cómo podías resignarte a ser tú misma cuando habías no solo intuido, sino comprobado de manera fehaciente, mediante casi todos los sistemas de evaluación social que manejabas, que ese yo no era el que los demás querían o esperaban encontrar? Una vez que esa certeza echaba raíces en tu interior, ¿cómo la arrancabas? ¿Acaso no era imposible de erradicar? Supuso que pensaba así por cobardía, la cobardía que yacía en el fondo del supuesto coraje de sus saltos al vacío pero que en realidad ella vivía como pura incapacidad.

Y, sin embargo, aquí y ahora, no le pareció imposible. No solo se sentía esperanzada, eufórica, sino también querida por esas personas, por sus chicos, de un modo que ellos jamás habrían verbalizado en esos términos. No era tan tonta como para seguir creyendo que esa sensación fuese a durar o, mejor dicho, ya no era tan tonta como para confiar ciegamente en la abrumadora certeza de que durara. Sabía que lo difícil era sostener esos sentimientos benévolos sobre los demás cuando estaba sobria. Que lo difícil cuando estaba sobria era experimentar la sensación de que le estaba permitido aspirar a eso. Cuando estaba sobria, le parecía una aspiración tonta, frívola, no lo bastante relevante o intelectualmente elevada, pero puede que ni siquiera fuese algo tan racional, tan bien formulado, sino que sintiera sin más que no le estaba permitido ser adorada de ese modo, que adorar y ser adorada era algo que se reservaba para ocasiones especiales. Para las noches envueltas en el resplandeciente halo dorado del alcohol. Tenía que cambiar su vida, dejar atrás esa etapa. Tal vez hubiese perdido de vista al hombre del paraguas, pero la parte de sí misma que lo había engendrado seguía intacta, la notaba acechando en su interior, sobre todo en noches como esa, en las que hurgaba en lo más profundo de su ser para tocar lo que quedaba oculto. Seguía dividida entre la parte ebria y la parte que no soportaba contemplar aquello que la parte ebria

anhelaba. Apenas era capaz de decirlo, tenía que buscar el tono adecuado de complicidad teñida de ironía para poder verbalizarlo, para esquivar la vergüenza.

De momento, sin embargo, estaba borracha y volvía a querer a sus amigos, ahora con más intensidad por haberse dado cuenta de que antes también los quería pero no había sido capaz de abrazar todas las contradicciones que entrañaba ese sentimiento, y no podía recuperar la sobriedad con un simple chasqueo de dedos, qué se le iba a hacer.

Se descubrió apoyando los codos sobre la mesa, haciendo peligrar las copas, sintiéndose un poco como una niña malcriada, percibiendo la expectación en la cara de Angus y Gabe ante ese gesto teatral y diciendo:

Mirad, tengo una idea, y ya sé que suena un poco descabellada, pero creo que es importante que vayamos a un karaoke. Darlo todo durante una horita o así, y luego a casa.

¿Importante, dices? Gabe arqueó una ceja.

Sí. De verdad que sí, porque tenemos que ver qué tal aguanta «Idioteque».

Como una prueba de fuego.

Como una prueba de fuego con los mayores pirómanos del lugar, ya me entendéis.

Los había convencido, sabía que los había convencido. Comprendió que por eso había tenido el valor de sugerirlo, porque estaba segura de que no se negarían, y así fue, pero se negaron a ir caminando hasta el karaoke, así que Gabe pidió un taxi, apuraron las copas y salieron arrastrando los pies a la calle oscura, a esperar a que llegara, y ella sintió que algo se elevaba en su pecho, un revoloteo de alas en la chimenea de su tráquea, y pensó, como solo podía pensar cuando estaba achispada y las palabras brotaban de lo más profundo: el amor entre amigos, ¿cómo es que todo era tan emocionante esa noche?

SING ANOTHER SONG,
BOYS

Tienes amigos, dijo el recepcionista cuando se acercaron los tres al mostrador. Lo soltó con una cara tan inexpresiva que ella no habría sabido decir si lo decía en broma o en serio, ni siquiera si la distinción estaba tan solo en su cabeza, porque el hombre vivía en un mundo donde no había respuesta a esa pregunta.

Son compañeros de trabajo, dijo ella. Antiguos compañeros de trabajo.

El recepcionista asintió. Los dos hombres que la flanqueaban parecían desconcertados por la situación, por la vaga familiaridad que existía entre ambos, pero ella no supo qué decir para mitigar su perplejidad. No era que la avergonzara confesar sus visitas en solitario al karaoke, pero no le salían las palabras. Lo que sí le salió, sin embargo, fue el alemán. Fue allí con ellos, gente en cuya presencia otra gente, la que llevaba más tiempo viviendo allí, siempre había hablado por ella en esa lengua, cuando comprendió por primera vez que estaba hablando alemán, que lo usaba con una naturalidad creciente. No creía que lo hablara mejor, pero sí estaba más acostumbrada a hacerse entender, mal que bien, y eso, al fin y al cabo, era una forma de confianza. ¿Cuánto rato? Ella los miró de reojo, pero pidió una hora para mantenerse fiel a su promesa original, aunque parecía inevitable que ese plazo se alargara, y, mientras introducía ese dato en el ordenador, el recepcionista le preguntó:

¿Has dejado el trabajo?

He dejado el trabajo.

Vaya. El hombre frunció el ceño. Ahora sabía su nombre, se llamaba Erkan, aunque no recordaba cuándo ni dónde lo había averiguado.

No pasa nada. Tengo otro.

Mientras se dirigían a la sala número cinco, sintió la necesidad de volverse y decir: no me voy a marchar de Fráncfort.

Erkan la miró y asintió con los ojos muy abiertos, como si tratara de asimilar una avalancha de información totalmente innecesaria. Cuando volvió a mirar atrás un momento después, lo vio sonriendo y meneando la cabeza mientras ordenaba el escritorio. Le caigo bien, pensó, de esa forma ingenua y rotunda en que se piensan las cosas

cuando estás borracho, y luego se dijo que eso también era amor, el amor entre desconocidos, o casi desconocidos, que dependía de un montón de factores, y ella sabía que, por el hecho de ser una mujer joven, tenía más probabilidades de recibir ese tipo de afecto y que eso no era justo y que ese sentimiento algo tenía que ver con la culpa que la acechaba por estar allí con dos hombres, disfrutando de su compañía, como si le estuviera siendo infiel a alguien. Pero también sabía que, precisamente por ser una mujer joven, se había criado creyendo que era importante para ella ser la receptora de esa clase de afecto, más importante que para otros grupos humanos, que tenían otro tipo de interacciones con las que complementaban ese afecto, o quizá fueran otras formas de amor que simplemente dependían menos del atractivo sexual por el hecho de estar vinculadas a otros parámetros. Y en los últimos tiempos se había dado cuenta de que extraía una satisfacción similar de las interacciones en alemán que salían bien, en las que se establecía algún tipo de conexión, una especie de orgullo que la hacía estremecerse de emoción, y era tentador desmenuzar esa forma de amor y criticarla hasta la saciedad, cosa que ella hacía, pero también estaba la posibilidad de aceptarla sin más, y de momento se contentaría con eso.

Habría sido demasiado precipitado poner Radiohead de entrada, y luego se le olvidó por completo. Siempre se le hacía raro que sus planes sobre qué cantar se esfumaran en cuanto entraba en la sala, por más que hubiese repasado la lista de temas de camino al karaoke. En cierto sentido, era agradable que se te vaciara la mente de ese modo, pero eso implicaba que seguramente al día siguiente se machacaría por haberse olvidado de esa canción que llevaba toda la semana deseando cantar y que se le había ido por completo de la cabeza. Siempre se había negado a hacer listas en el móvil, pero de un tiempo a esta parte empezaba a pensar que por qué no hacerlo, por qué no abrazar el lado friki de su existencia, eso que para entonces había alcanzado el estatus de pasatiempo y que consistía en frecuentar el karaoke en solitario. Aunque ese día no estaba sola. Recordó lo espaciosa que le había parecido la sala la primera vez que entró, y ahora le pasaba todo lo contrario y le costaba asimilar

el hecho de estar allí con otras personas. Volvió a sentir la misma aprensión que había experimentado en el bar. ¿De verdad iban a hacer algo tan íntimo, en ese espacio cerrado, los tres? Esa sensación no desaparecía ni siquiera cuando te convertías en una veterana del karaoke, pensó. Gabe puso «Paint It Black» y Angus eligió «Groove Is in the Heart», y ella recordó que tenían un chiste interno sobre el sonido de la flauta de émbolo en esa canción, aunque no recordaba cómo había surgido, y la canción que ella escogió fue «When Doves Cry» y luego empezaron a cantar y se adueñaron de la sala. Entonces cayó en la cuenta de que no había estado en un karaoke con Angus hasta entonces y de que cantaba sorprendentemente bien, lo que no debería sorprenderla, porque, conociéndolo, no estaría allí si no supiera cantar.

Al final, alguien más lúcido que ella puso la canción, y no se dio cuenta de que lo había hecho hasta que de repente el título ocupó toda la pantalla, IDIOTEQUE, y el ritmo llenó la habitación, ese compás hecho de graves que le hizo pensar en cuando cruzaba con el coche por una rejilla metálica. ¿Por qué había temido que las máquinas de karaoke no estuvieran a la altura de la canción, que sonara a música enlatada? En cuanto empezó, se hizo evidente que para eso se había creado el karaoke o, mejor dicho, que esa canción la habían creado para el karaoke, para ser cantada en una habitación pequeña en penumbra, en un lugar donde nadie pudiera verte mientras perdías la cabeza, mientras perdías el control de ti misma y de lo que los demás pensaban de ti y ponías voz al amor pero también al miedo, a la esperanza pero también a la desesperación

WE'RE NOT SCAREMONGERING
THIS IS REALLY HAPPENING

Solo había dos micrófonos, que Angus y Gabe se repartieron, así que ella que se colocó entre ambos, primero acercándose a uno, luego a otro y al final berreando a pleno pulmón en el espacio

intermedio. Estaban los tres de pie, «Idioteque» no era un tema que se pudiera cantar sentado, pero en algún momento comprendió que quería saltar, que necesitaba saltar, y ellos también empezaron a dar botes, primero uno y luego el otro, mientras el suelo retumbaba y una pieza de algún aparato, quizá el soporte de la tele, traqueteaba sin parar, y Gabe estuvo a un tris de volcar una copa de un rodillazo y la retiró un poco, y ella apoyó las manos sobre los hombros de ambos y los tres botaron no exactamente al unísono, entre el golpeteo de los zapatos, la respiración jadeante, los gritos, el sudor, y ella se dio con la rodilla contra la esquina de la mesa y se movieron un poco, pero seguían tocándose y de vez en cuando se miraban con ojos brillantes, aunque sobre todo miraban a la pantalla, y entonces ella golpeó su copa con la rodilla, tendría que haberla apartado después de ver que Gabe apartaba la suya, y el vaso de plástico volcó y el líquido se derramó con languidez, un reguero de Campari con soda cruzó la mesa en un movimiento perfectamente fluido hasta derramarse por el borde y caer al suelo, y el líquido fresco le salpicó los pies y sintió cómo se le colaba entre los dedos mientras miraba la pantalla, la pantalla en blanco y negro en la que las palabras blancas se teñían de rojo con la misma fluidez, y para entonces no había distinción entre lo que decían las palabras y los sonidos que llenaban la habitación, los sonidos que les brotaban de la garganta, ellos mismos se habían convertido en palabras, y esas palabras decían

HERE
I'M ALIVE
EVERYTHING ALL OF THE TIME

AGRADECIMIENTOS

Esta novela debe mucho a los siguientes libros y artículos: *Optimismo cruel*, de Lauren Berlant; *Let's Talk About Love*, de Carl Wilson; *The Tragedy of Heterosexuality*, de Jane Ward; *Psicoanálisis, la profesión imposible*, de Janet Malcolm, y «On Heteropessimism», de Ana Seresin. Querría dar las gracias a todos aquellos que me recomendaron estos y otros libros, que leyeron versiones preliminares de este, que charlaron conmigo sobre temas relacionados con él, aunque fuese de forma tangencial, o que contribuyeron de cualquier otro modo a su publicación: Laurie, Walters, George Barton, Marta Dziurosz, Adrian Bridget, Kate Johnson, Leah Reynolds, Jess Andrews, Jack Young, Shannon Kneis, Tom Robinson, Kimihiro Tomioka, Yuji Nishino, Rebecca Franks, Tristam Adams, Kim Renfrew, Daryl Maude, Jen Calleja, Caitlin Van Buren, los Scratch and Sniffers. A Angelique Tran Van Sang, sin la que nada de esto habría sido posible. A mi madre, a mi padre, a mi tía, con cariño. A aquellos familiares que ya no están. A mis queridos amigos, presentes y pasados, a todos los que no aparecen en la lista y que, a su manera, han hecho posible este libro. A Cove Park, por brindarme el espacio y el tiempo necesarios para escribir los primerísimos esbozos de este libro. A Jacques Testard, Charlotte Jackson, Clare Bogen, Ray O'Meara, Joely Day, Tamara Sampey-Jawad, Joel Burton, Emma Berrill y el resto del equipo de Fitzcarraldo: gracias, gracias, gracias.

ETítulo de la edición original:
What Am I, a Deer?
Fitzcarraldo Editions
Londres, 2026

Ilustración: © sentelia / Magnific
Concepto: Yolanda Artola

Primera edición: septiembre 2026

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
© De la traducción, Rita da Costa, 2026
© Polly Barton, 2026
© De la canción «Idioteque», Warner Chappell Music LTD (PRS)
y Warner Chappell Music Publishing LTD (PRS). Letra y música:
Paul Lansky, Thomas Edward Yorke, Philip James Selway, Colin
Charles
Greenwood, Jonathan Greenwood y Edward John O'Brien
Todos los derechos gestionados por Canciones Warner Internacional
© FELTRINELLI ANAGRAMA EDITORES, S. A. U., 2026
Pau Claris, 172
08037 Barcelona

ISBN: 9788433950956

Conversión a formato digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es